

Ángel María de Lera

OSCURO AMANECER



Con *Oscuro Amanecer*, Ángel María de Lera ha puesto fin a su tetralogía “Los años de la ira”, de la que forman parte sus anteriores novelas *Las ultimas banderas*, *Los que perdimos* y *La noche sin riberas*. Tetralogía que abarca desde la guerra civil hasta los últimos años cuarenta y en la que su autor ha recreado literariamente el período más dramático y trascendente de la historia nacional, constituyendo un testimonio histórico y humano de primer orden porque muestra la otra faz de los acontecimientos y sus profundas repercusiones en la conciencia popular, que la gran Historia omite.

En *Oscuro Amanecer*, se narra la peripecia de un hombre que, al recobrar la libertad y volver a la vida comunitaria en su país, se encuentra con una sociedad muy diferente de la que él imaginaba. Él esperaba que el suyo fuera el regreso del héroe y resulta que nadie le espera, le acoge ni le entiende. El tiempo, que se detuvo en su reloj, ha seguido su curso inexorable en el calendario de los demás y no halla, por consiguiente, su sitio en un mundo que se ha desplazado mientras él permanecía inmóvil. En estas circunstancias ha de hacer frente a las exigencias de la vida sin olvidarse de su compromiso político y ha de luchar por la conquista del amor, del trabajo y de su futuro. Este hombre, Federico Olivares, va de decepción en decepción hasta descubrir, finalmente, que salvó del naufragio lo que más vale de todo, la vida, supremo bien y principio de toda gran esperanza.



Ángel María de Lera

Oscuro amanecer

Los años de la ira - 4

ePub r1.0

Mangeloso 20.05.14

Título original: *Oscuro amanecer*

Ángel María de Lera, 1977

Diseño de cubierta: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso

ePub base r1.1

más libros en espaebook.com

*A todos mis compañeros y amigos
que no llegaron al amanecer.*

I

Me abrió la puerta, me empujó y, de pronto, me encontré dentro de la gran sala y frente a él, que me miró penetrantemente. Él estaba de pie, de espaldas a una mesa barroca cargada de carpetas hasta una altura de medio metro. Él vestía uniforme de general, con fajín rojo y borlas doradas, gran Cruz, insignias de espadines cruzados y lustrosas botas altas. Permanecía descubierto. Era un hombre de baja estatura, rechoncho, de cara llena, nariz aquilina, ojos oscuros de mirada indescifrable, cabello ralo y abdomen redondo que hacía pingar un poco la guerrera por delante. Estirado, con los pies juntos, afirmativo, dominador, napoleónico. La tensión de su rostro se quebraba en sus labios que se entreabrían insinuando una leve sonrisa, apenas un frunce, apenas un rictus, apenas un pliegue, acaso sólo una transparencia de timidez que acentuaba el canoso bigotito circunflejo y subrayaba la breve barbilla huidiza. Su efigie, multiplicada al infinito en monedas, sellos de correos y fotografías oficiales, ofrecía una apariencia de serenidad, lejanía y magnánima indiferencia, que resultaba incongruente con su verdadera expresión en vivo, delatora de un espíritu atento, suspicaz, minucioso, retraído, ególatra, siempre a la defensiva. Con la siniestra empuñaba unos guantes blancos y con la diestra,

pequeña y bien formada, me señaló una frágil silla situada junto al muro, en el lateral derecho desde su punto de vista.

—Ponte allí —me ordenó con un gesto.

Reculé lentamente, sin apartar mis ojos de su fría mirada, hasta tropezar con la silla. De nuevo, la pequeña mano me ordenó, con un pausado movimiento, que me sentara y yo obedecí, agarrándome previamente a los bordes del asiento. Después, el Gran Jefe selló sus labios con el índice, significándome así que debería esperar sentado y en silencio. Yo recogí mis pies bajo la silla para ocultar las barbas de esparto de mis alpargatas, estiré el raído pantalón, me cubrí hasta el cuello con las solapas de mi vieja chaqueta, me encogí cuanto pude y esperé. Vi entonces que de los muros colgaban grandes y suntuosos tapices, que del techo pendía una enorme lámpara de vidrios iridiscentes, que cubría el suelo una gruesa alfombra de arabescos dibujos, y vi también cómo el Gran Jefe se concentraba como un atleta que se dispusiera a dar un salto mortal. Fue una pausa intensa en que se detuvo el tiempo, hasta que el Gran Personaje pulsó un timbre disimulado bajo el borde de la mesa. Yo no oí el sonido del timbre, pero se abrió la puerta para dar paso, silenciosamente, a la figura del ayudante que ya conocía por haber sido él quien me obligara a trasponer el umbral de la sala con un empujón, diciéndome: *Adelante, hombre, adelante. Ya que has llegado hasta aquí, aprovecha la ocasión. El Gran Jefe no se come a nadie. Pero no abras la boca hasta que él te lo ordene.* El ayudante hizo un cómico gesto de extrañeza al verme sentado en presencia de su Amo, y dirigió a éste una muda pregunta con la mirada, que quería decir: *¿A qué aguarda este miserable? ¿Me lo llevo ya?*, y dio, en consecuencia, unos pasos en mi dirección, pero se detuvo antes

de llegar a mí, contenido por un gesto seco de aquél. El ayudante dio a entender con un aspaviento su absoluta incomprendión de lo que veía. El Gran Jefe susurró *¡Imbécil!*, con lo que me animó a burlarme también del cuitado sacándole la lengua. El asombro del ayudante ya no cabía en su cara. Se quedó inmóvil, con la boca de par en par, con los ojos deslumbrados y con las cejas poco menos que a la altura del tupé. El Gran Jefe, impasible, giró su mirada hacia mí y me guiñó un ojo. Luego, señaló la puerta al ayudante y le hizo con la mano la señal convenida, que podría traducirse en las siguientes palabras: *Hazles pasar ya, hombre, y no te quedes ahí parado como un pasmarote*, para dar comienzo a las audiencias. Desapareció el aturdido subalterno y nos quedamos otra vez frente a frente el Gran Personaje y yo. Nos miramos y él hizo un movimiento aprobatorio con la cabeza, para quedar instantáneamente petrificado, con la mirada al frente, sin un parpadeo, sin un tic en el rostro, sin ninguna oscilación perceptible en su figura, como una estatua. A poco, se abrió la puerta y apareció en su dintorno la menuda humanidad de un viejecillo con bonete rojo, capa escarlata y reluciente pectoral de piedras preciosas, que inició la marcha seguido de una fila de prelados. Los había entre ellos orondos y escuálidos, de doble papada o cuello de ave, de expresión beatífica o jocunda o dispépsica. El aire se movió al paso de sus finos y flotantes manteos carmesíes, se extendió por la estancia el olor eclesiástico a incienso y a brocados antiguos y comenzó el desfile ante el Gran Jefe. Se destocaban, describían una tímida reverencia y aquél les besaba, entre tanto, las amatistas. Finalmente, se colocaron en semicírculo a su alrededor. Por entre sus cogotes cubiertos con los solideos de púrpura pude observar el gesto complacido del Gran Personaje,

cuya sonrisa, tan sutil como un reflejo de luz, revelaba su íntima complacencia ante el acatamiento de su poder por parte de aquellos príncipes sacros de prosapia romana y milenaria. El vejete extrajo un rollo de papel que llevaba oculto en una bocamanga, se montó las gafas, igualmente escondidas en la otra bocamanga, carraspeó, encogió la nariz y empezó a leer campanudamente, no en el latín cacofónico de los escolásticos, sino en vulgar romance paladino. Su voz se rompía en los agudos y, a veces, trastabillaba los vocablos cuando le desobedecía la prótesis dental demasiado holgada para sus encías. Su oratoria sublime mezclaba fastos históricos y nombres egregios de todas las épocas en un singular malabarismo dialéctico. Habló de las Cruzadas, de Pedro el Ermitaño y de Godofredo de Bouillón, comparando, después, al Hombre Providencial, vencedor de la mazoría y sus aliados en la última Cruzada, con Santiago Hijo del Trueno y con Don Juan de Austria, adalides victoriosos, respectivamente, en Clavijo y Lepanto. Invocó los favores de Dios sobre el moderno César Constantino, instrumento de la Providencia, restaurador del Imperio de Jesucristo, del poder y de la gloria de la Santa Madre Iglesia y de la grandeza incomparable de la Patria, la nación predilecta del Papa y del Altísimo. *Tu espada victoriosa puso en desordenada fuga al ejército del mal y terminó con el reinado del caos y la anarquía. ¡Loor por siempre a ti, Gran Jefe, Gran Justo, Gran Misericordioso!* Al final de este tren, el vejete hubo de contener con un dedo la dentadura postiza que se le salía de la boca. No obstante, continuó aún, ofreciendo al César Constantino el apoyo incondicional de la jerarquía y las preces de los sacerdotes y de todo el pueblo fiel. Se calló, guardóse las gafas en la bocamanga y ofreció al Gran Jefe el rollo de papel donde

estaban grabadas tan excelsas congratulaciones. El Gran Justo inclinó ligeramente la cabeza y tomó en sus manos el sin igual presente. Acto seguido, en fila y uno a uno, los prelados pasaron ante él dándole a besar sus anillos pastorales y cubriéndose, después, con sus birretes rojos. El último en hacerlo fue el vejete, *primus inter pares*, sin duda, en el senado apostólico. A medida que el Gran Justo les besaba el anillo, los prelados iniciaban la vuelta silenciosamente, con las manos cogidas a los bordes de sus manteos de seda morada y sobre pasos majestuosos y litúrgicos, en dirección a la puerta.

El Amo dejó el rollo de papel encima de las carpetas, se estiró la guerrera y se quedó nuevamente inmóvil. Yo, al no hacerme ninguna indicación, ni siquiera mirarme, comprendí que su deseo era que permaneciese donde y como me hallaba. La pausa que siguió fue rota por una procesión de hombres tocados con birretes negros y cubiertos por brillantes togas negras con bocamangas de encaje blanco, sobre cuyos pechos brillaba la gruesa cadena de la que pendía la medalla de la justicia. El jefe de fila llevaba, además, un portafolio de piel bermeja. Ante el Gran Jefe, cada uno de ellos se quitaba el birrete y estrechaba la yerta mano que aquél les ofrecía mecánicamente. Entonces me di cuenta de que el Gran Personaje no miraba al que le estrechaba la mano, sino al siguiente, señal inequívoca para mí de su natural timidez. Colocados, a su vez, en semicírculo, el Jefe de filas abrió el portafolios y dio comienzo a la lectura de una larga sarta de elogios superlativos. Identificó al Gran Imperator con Justiniano, Papiniano y el padre Vitoria, y expuso conceptos de alquitarada sabiduría sobre el Estado de Derecho, los indeclinables poderes del Jefe Supremo, el esplendor de la Justicia soberana, el imperio

de la Ley, *lex dura, sed lex*, la sumisión incondicional de los súbditos, la democracia orgánica, la supremacía de lo espiritual sobre lo material en alianza íntima con lo social, la unidad de los hombres y las tierras patrias, para concluir con un canto el Capitán de Occidente, al Defensor de la Civilización, etc., etc. Aquellos hombres seniles, caducos, presbíteros o miopes, víctimas de reumas e hipocondrías, me olían a papel de barba y a balduque. Formaban algo así como una congregación de jubilados, sin más deseos ni esperanza que la de seguir durmiendo la siesta. El que leía, leía por rutina, cubriendo su mala gana con un énfasis de cartón piedra. Daban la sensación de que estaban aburridos y cansados por repetir siempre las mismas palabras y representar periódicamente la misma pamela protocolaria. El Capitán de Occidente dio las gracias con una sobria inclinación de cabeza y recogió el portafolios de manos del orador. La audiencia había concluido y los togados se retiraron siguiendo el mismo ceremonial que los obispos. Cuando desaparecieron, el Defensor de la Civilización puso el portafolios coralino encima de los cartapacios que cubrían la mesa, se balanceó sobre sus pies, pero sin levantarlos ni cambiar de postura, y volvió a sumirse en actitud hierática. Como esta vez tampoco me mirara, me quedé quieto y sentado, como si yo fuera también una estatua. Los que asomaron después, envueltos en una ola de picante olor a naftalina, aparentaban ser unos tipos jóvenes y briosos. Vestían chaqué y pantalón a rayas, desmesurados algunos, raquíticos otros, ajustados los menos. El Mayordomo Mayor de la cofradía portaba un estuche taraceado a la toledana y otros dos cofrades, una arqueta visigótica, con clavos y herrajes de plata vieja, que dejaron posada en medio del salón. El Mayordomo Mayor se sacó del

bolsillo interior del chaqué un manojo de cuartillas cuyo texto, de estudio obligatorio en escuelas y universidades, leyó con voz intrépida, altisonante y magistral. Desde los suburbios metropolitanos y las clases humildes; desde los productores descalificados de última fila; desde los beneficiados por la caridad y la beneficencia; desde los inválidos, los enfermos y los presidiarios; desde la mina, el mar y el campo, hasta los patrióticos burgueses de los barrios residenciales; hasta los ingenieros, los industriales, los comerciantes y los cabeza de familias numerosas; hasta los atletas, los artistas y los intelectuales; y desde el tajo, el templo, la universidad, la fábrica, la oficina, el taller y el laboratorio; desde todos los habitantes del país y desde sus más apartados rincones, en suma, se elevaba la misma voz de acción de gracias al Padre de la Patria Redimida, guerrero invicto, estadista impar, providente, generoso, humilde entre los humildes y altivo entre los poderosos, justiciero, sabio, infalible, martillo de herejes y marxistas, conductor indiscutible del pueblo trabajador, por haber elevado la Nación, envidia de todas las demás naciones, a la cúspide de la gloria y de la prosperidad. (*Todos debemos estar unidos a Vos y obedientes a vuestros mandatos, hoy más que nunca, porque la conspiración masónica internacional arrecia en sus maquinaciones infames contra nuestra unidad, nuestra revolución y el sagrado legado de nuestros muertos. Por eso mismo, nuestra Provincia y todos y cada uno de los pueblos de nuestra Provincia, imitando el ejemplo de las demás Provincias con sus pueblos respectivos, nos llegamos a Vos para ofrecer a Vuestra Excelositud, en prueba de admiración, obediencia y lealtad, las primeras medallas de oro correspondientes. He dicho*). Y el Mayordomo Mayor se limpió la salivilla blanca que se asomaba a

las comisuras de sus labios con un pulquérrimo pañuelo blanco de batista helvética. Después, abrió el estuche y mostró al Padre de la Patria Redimida la gran medalla provincial de oro mientras que los otros dos cofrades alzaban del suelo la arqueta visigótica, la destapaban ante él y le descubrían su contenido. El Estadista Impar sonrió con media sonrisa, metió su desenguantada mano dentro del cofre y sacó de él un puñado de medallas amarillas que dejó caer luego en su interior en forma de deslumbrante cascada. Entonces aleteó por la estancia un tintineo áureo que alegró los corazones, hasta el pobre y angustiado corazón mío, porque la música del oro posee una magia irresistible que para sí quisieran las músicas celestiales, el canto gregoriano, las sinfonías de Mozart y de Beethoven y los delirios melódicos y sinfónicos de todos los maestros habidos y por haber. La arqueta visigótica, al igual que el estuche, fueron colocados por sus portadores sobre la burocrática alfombra de legajos y carpetas que cubría la mesa. Finalmente, los cofrades gritaron a coro los vivas de rigor y emprendieron la retirada por el mismo orden en que aparecieron. Caso curioso. Ni los obispos, primero, ni los togados, después, ni, por último, los cofrades provinciales, habían reparado en mí. ¿No me verían realmente? Pero era imposible que no me vieran. Entonces es que no querían darse por enterados de mi presencia. Pero, ¿por qué? ¿Me tomaban acaso por la voz acusadora de su conciencia? ¿O es que estaban hartos de encontrarse con rojillos por todas partes? ¿O tal vez sentían vergüenza de que existiesen tipos como yo? No lo sabría nunca. Bueno, a mí me daba igual y olvidé pronto, por eso, el incidente que nunca ocurrió, porque verdaderamente no sucedió nada, y eso era lo único que había sucedido. Bien. Por un momento, la estancia se quedó muda,

vacía, como deshabitada. Lo primero que se oyó después fue el suspiro de alivio del Gran Jefe. Le vi moverse, estirar los brazos y bostezar como un hombre cualquiera y, por último, mirarme a mí.

—Ven y tráete la silla —me dijo con voz evanescente.

Mientras el Gran Jefe daba la vuelta a la mesa y se dejaba caer en un sillón, llegué yo con mi silla que, por cierto, pesaba muy poco.

—Siéntate —me ordenó en tono melifluo.

Tenía una voz de falsete que no acompañaba con gestos expresivos del rostro o de las manos, como si brotase de un muñeco mecánico.

—Estoy muy cansado para continuar de pie —añadió, mirando a lo lejos y por encima de mí.

Me senté frente a él, con la mesa por medio. El montón de carpetas que se interponía entre ambos no me permitía ver más que su cabeza. A él debía ocurrirle lo mismo con respecto a mí, de forma que éramos uno y otro, desde el respectivo punto de vista, dos cabezas parlantes.

—¿Qué te ha parecido? —me preguntó, fijando en mí su mirada redonda y estática.

—¿El qué? —le retruqué yo, haciéndome el tonto.

—¿Qué va a ser, hombre de Dios? Las audiencias.

—Las audiencias... Sí, claro. Bueno, un poco pesadas, un poco aburridas, ¿no? Yo diría que siniestras. ¿Le parece mal?

El Gran Jefe adelantó el busto y apoyó la barbilla sobre una carpeta.

—No, no. Puede que tengas razón. Pero, ¿qué quieres? Son inevitables. Esos hombres son los instrumentos de mi poder, los eslabones y engranajes que lo transmiten. Sin ellos, yo no podría

gobernar. Claro que tampoco me dejan ellos gobernar a gusto. Me adulan, me sirven, pero nada más que hasta el punto que les interesa. Muchas veces tengo que dejarles hacer lo que yo no quisiera que hiciesen para hacer yo, a cambio, aquello que a mí me interesa hacer.

¡El poder! ¡*El fuego de los dioses!*!, pensé mientras el Gran Jefe hablaba. Aquel hombre era su depositario. Aquel hombre, por lo tanto, podía hacer y deshacer. Podía fulminar a un hombre, a una familia y a un pueblo entero. Asimismo, podía elevar, engrandecer, colmar de riquezas y honores a cualquiera. De su mano, de su firma, pendían la vida y la muerte. Un rapto de ira, una noche de insomnio, un dolor físico, una sospecha, una falsa información o cualquier otro factor interno o externo que influyese sobre su estado de ánimo podrían provocar en él decisiones de alcance imprevisible y de terribles consecuencias para un sinnúmero de personas desconocidas.

—Es una de las servidumbres del poder —seguía diciendo.

Yo, que también había apoyado la barbilla sobre una carpeta, empecé a sentir entonces una extraña vibración sonora, igual al zumbido que se escucha cuando acercamos el oído a un poste de conducción eléctrica y pensé, por asociación de ideas, que en aquel montón de papeles olvidados se encerraba el clamor oceánico de la nación entera.

—Ayer recibí a los hortícolas, a los labrantes de secano, a los terratenientes y al Colegio de médicos. Mañana les toca el turno a los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire, y pasado mañana tendré que recibir a una comisión de exportadores de calzado, a otra de importadores de maquinaria pesada y al Consejo de Administración de Crudos y Derivados. Como verás, es una faena

agotadora.

Yo seguía bajo la impresión de la idea del poder, del poder omnímodo, personal y directo, que me abrumaba, y apenas puse atención en las últimas palabras del Gran jefe. Éste guardó silencio y, tras una pausa, me preguntó:

—Bueno, ¿y a qué has venido tú, qué quieres?

Volví en mí rápidamente. Era la ocasión tantos años esperada, que yo había solicitado a través de innumerables oficios traspapelados a lo largo de la escala burocrática o que yacían, amontonados con otros, en alguna otra mesa o quizás en algún armario de objetos perdidos. Era mi ocasión y no podía dejarla pasar en vano. Así es que me expresé claramente, yendo derecho al grano.

—He venido por mi libertad —dije, firmemente.

—¿Qué libertad? ¿De qué libertad me hablas?

—De la mía.

—No entiendo. ¿No son libres todos los hombres en este país?

—No.

—¿No?

—No.

—Pues dicen que sí mis ministros, mis gobernadores, mis jueces y mis policías.

—Pues mienten.

—¿Que mienten?

—Sí, que mienten.

—¿Cómo te atreves?

—Digo la verdad.

No me quitaba ojo y advertí que realizaba un gran esfuerzo mental para concentrarse y entrar en situación.

—¿Eres masón? Y no tengas miedo, porque no te va a oír nadie más que yo.

—No.

—¿Y comunista?

—Tampoco.

—¿Has matado?

—No.

—¿Has robado?

—No.

—Entonces...

No acababa de comprender. No entraba en situación.

—Llevo más de siete años en la cárcel —dijo.

—¿Por qué?

—Por haber perdido la guerra.

—Ah. De modo que tú estás preso por rebelión militar, ¿no?

—Eso dijeron mis jueces, aunque no se lo creían ni ellos ni yo, porque yo no me rebelé contra nadie. Al contrario.

—¿Y a qué te condenaron?

—A muerte.

—Pues yo no lo sabía, ya ves. Pero estás vivo.

—Sí, porque llegó a tiempo el indulto y la conmutación de la pena de muerte por la de treinta años de presidio.

—Menos mal, hombre. Entonces, te indulté yo, ¿no es eso?

—Así fue.

—Bueno, ya ves que soy de verdad el Gran Justo y el Gran Misericordioso. Debes estar agradecido.

—Todavía no lo sé.

—Pues, ¿a qué aguardas?

—Ya lo he dicho: a ser libre.

—Libre, libre, libre... Siempre lo mismo. ¡Qué manía!

La cabeza parlante del Gran Misericordioso se movió lentamente de derecha a izquierda y al contrario, y cerró los ojos.

—¿Manía? ¿Manía querer ser libre?

El Gran Justo abrió los ojos asombrados.

—Claro. ¿Para qué quieres la libertad?

—Para lo que la quiere todo hombre. Para vivir su propia vida.

El Padre de la Patria Redimida chascó suavemente la lengua.

—No, no... Tú quieres ser libre para incordiar, para unirte a esa absurda conspiración de monárquicos, comunistas y anarquistas que andan por el extranjero mendigando apoyos para derribarme, sin saber, los muy idiotas, que yo madrugo más que ellos y que lo que buscan ya lo tengo yo asegurado a mi favor. Quieran o no, me tienen aquí por veinte, y tal vez por treinta, años más. ¿Comprendes? Si salieras ahora, volverías de nuevo a la cárcel reo de otra condena y eso no te conviene. Te lo digo yo.

Dijo todas esas palabras sin alterar lo más mínimo el tono de voz y sin rubricarlas con ningún gesto especial, inexpresivamente.

—Lo que yo haría si recobrase la libertad ni yo mismo lo sé. Nadie puede saberlo. Sólo una cosa puedo prometer, y es no repetir esta instancia si volviese a perderla por meterme a conspirador —le repliqué.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

Siguió una pausa e hizo un gesto de comprensión que yo interpreté como muy favorable para mí, pero me dijo:

—Hace unos días, alguien se me quejó de las inmoralidades de un gobernador y me pidió que lo destituyese, porque era el escándalo de su provincia. Por supuesto, yo conocía las andanzas

del susodicho gobernador y de sobra sabía que era un verdadero sinvergüenza. Sí, pero es un tipo que tiene muy buenas, ¡muy buenas!, agarraderas, y no pude, por eso, acceder a lo que me pedía mi honrado consejero, ya ves tú. Y es que mucha gente piensa que soy un dictador, y no es cierto. Tengo que templar muchas gaitas y eso me impide en muchas ocasiones hacer mi voluntad, como ahora, en tu caso. Lo siento mucho, pero no puedo complacerte.

Fue una ducha helada que me metió el frío hasta los huesos.

—Pero... —balbucí.

—No le des vueltas —me interrumpió—. Hay cosas que no puedo saltarme a la torera. No, yo no soy un dictador. Ah, si lo fuera... Tengo que responder ante Dios y ante la Historia de mis actos y mi poder está limitado por la voluntad y los intereses de los instrumentos humanos que he de utilizar y que pueden romperse si los fuerzo excesivamente. Además, todos me piden y yo he de dar preferentemente a los míos. Y tú no eres de los míos. Por lo tanto, tendrás que esperar a que tu carpeta llegue hasta mí. Será el momento y entonces sí, te aseguro que entonces firmaré tu libertad, como firmé tu indulto un día.

Apablemente, paternalmente, como si yo fuera un niño a quien se niega un capricho. Hasta se le humedecieron los ojos. Parpadeó y se desprendieron de ellos dos lágrimas que rodaron por sus mejillas enternecedoramente. Casi me convenció.

La cabeza parlante del Gran Misericordioso era una estampa conmovedora. Si no hubiera estado en juego mi libertad, tal vez le habría pedido perdón por el sufrimiento que le causaba mi osadía.

—Entonces, tengo que volver a la cárcel, ¿no? —insistí, sin embargo, con la tozudez propia de mi carácter.

—No queda otro remedio.

—¿Hasta cuándo?

—No lo sé. De todas maneras, no debes desesperar. Deja que corra el tiempo. Al final, aún te quedará tiempo más que de sobra para ser libre y para aburrirte de ser libre. Alguna vez añorarás tus días de prisión y querrás volver a ellos, y te acordarás de este momento como uno de los mejores de tu vida. Naturalmente, puedes contar a quien quieras lo que has visto y oído hoy aquí. No me importa, porque no te creería nadie.

La cabeza parlante del Gran Jefe dejó de hablar y sus ojos, de verme, porque miraba por encima y más allá de mí. Sus lágrimas habían quedado convertidas en dos gotas transparentes sobre la carpeta.

Yo estaba desolado. Cerré los ojos y me vi otra vez en la cárcel, envuelto en la oscuridad de la noche de la cárcel, solo, abandonado, sonándose dentro las palabras *tendrás que esperar a que tu carpeta llegue hasta mí, no sé cuándo...*

Al abrir los ojos me hallé, efectivamente, inmerso en una densa oscuridad. ¿Dónde estaba? ¿Vivía? ¿Era un sueño? ¿Se repetía la pesadilla en que veía cómo iban marchándose los demás presos, en pequeños grupos o uno a uno, mientras yo era rechazado porque mi nombre no figuraba nunca en las listas? ¿O era verdad que se había extraviado mi expediente? ¿*Su expediente? No, no se ha perdido. Sigue en marcha. Es que tiene que pasar por muchas mesas, por muchas oficinas, por muchas manos, y ser leído por muchos ojos, ser consultado por muchos funcionarios, revisado, comprobado, diligenciado, registrado, y vuelto a revisar, comprobar, diligenciar y registrar muchas veces hasta ser finalmente firmado y sellado. Y esto lleva horas, días,*

años, quién sabe cuánto tiempo. Así pues, ¿estaba otra vez dentro del sueño del sueño?

Sudaba de angustia y no me atrevía a moverme por miedo a tropezarme, a darme de bruces, con lo que tanto temía. Ahora, eso sí, empecé a darme cuenta de que era aquella una oscuridad cálida que no olía a cárcel... ¿Qué?

Mi cerebro luchó desbocadamente por encontrar un rayo de luz en aquella maraña de sombras impenetrables. Mi cerebro, al cabo, dio una orden y mi mano palpó por encima de blandas ropas la carnosa redondez partida en dos de un cuerpo humano. ¡Dios! Apreté los dedos y entonces el cuerpo humano cambió bruscamente de postura. Comprendí de repente y busqué bajo las ropas y rocé con mis dedos la tibia carne desnuda de un cuerpo de mujer que dormía plácidamente junto a mí. Y era Celia, sí, ¡Celia! Yo no estaba en la cárcel, sino en la habitación de Celia. ¡Todo había sido un mal sueño! Me incorporé con sumo cuidado para no despertarla y quedé sentado sobre la cama, y, después, busqué a tientas el paquete de cigarrillos y la caja de cerillas que dejé, al acostarme, debajo de la almohada. Mientras, mi mente recobraba toda su lucidez. Ya no sudaba ni sentía angustia. La realidad era otra. La realidad...

II

—Federico Olivares, ¡con todo!

Todavía resonaban dentro de mí estas palabras y las siguientes: ¡*En libertad!*!, y los adioses trémulos y tristes de mis amigos, y aún conservaba el calor de sus abrazos, cuando se abrió la última cancela y el funcionario me dejó pasar. Al final del túnel sombrío brillaba el sol. Me lancé todo lo deprisa que me fue posible, con la pesada maleta a rastras, a salvar aquella última distancia, y me encontré de pronto libre, deslumbrado un instante por el tibio resplandor de una tarde primaveral.

Lo primero que vi fue la carretera, completamente solitaria en aquella hora. Tan sólo el centinela, inmóvil junto a su fusil, fue testigo de mi resurrección. Ya contaba con que nadie me esperaría a la puerta de la cárcel, pero abrigué siempre la esperanza, sin saber por qué, de coincidir en ese momento con algún grupo de aquellas muchachas cuyas jotas y risas había escuchado tantas veces, embelesado, desde el interior. Un poco desilusionado, miré, no obstante, al centinela, esperando ver reflejado en su rostro algún signo humano de correspondencia, pero el soldado dejó resbalar por mí su mirada sin demostrar ningún interés especial. Fue un chispazo fugaz de desencanto del que me rehice respirando profundamente el aire que trascendía de los pinares,

impregnado de un aroma áspero de resinas. Tomé la maleta y fui a situarme en la cercana parada del tranvía. Allí descansé y encendí un pitillo. Todo lo que veía eran para mí emocionantes sorpresas: los pinos, de un verde suntuoso y centelleante; el sol, curvado ya sobre el ocaso; la carretera gris, que se ondulaba a lo lejos; la masa informe de la ciudad y el confín del horizonte, festoneado de montañas. Hasta la puerta de la prisión, por donde desapareciera una noche invernal, cuando los destellos estelares colgaban desde lo alto como stalactitas de hielo, me pareció mucho menos siniestra y sobrecogedora de lo que yo me imaginara.

En esto, oí el ruido del tranvía que se acercaba. Así nuevamente la maleta e hice una seña al conductor para que parase. El vehículo, efectivamente, se detuvo con estremecimiento convulsivo y subí a él.

No iba nadie en la plataforma y, en el interior, unos ocho o diez hombres en traje de faena que, sin duda, volvían de alguna fábrica de los alrededores y se dirigían a la ciudad una vez terminada la jornada de trabajo. Miré atentamente a aquellos hombres. Eran proletarios, trabajadores. Por ellos había luchado yo, como si fueran carne de mi carne y sangre de mi sangre. Los tenía frente a mí, tal vez quebrantados por el esfuerzo, pero como siempre me los había imaginado yo: viriles, invictos, ansiosos de oír la llamada a la lucha por un mundo mejor. Por un instante, el estruendo del tranvía se trasmutó en la clamorosa resonancia de los himnos revolucionarios, y me trepó, desde el corazón a la garganta, una oleada caliente, como cuando arengaba a los soldados antes de entrar en combate. Ahora vendrían a abrazarme, a darme la bienvenida. Yo era el héroe que volvía. Creo que llegué hasta abrir los brazos. Pero todo transcurrió de

muy diferente manera. Al golpe que di descorriendo la puerta, algunos de ellos volvieron la cabeza, pero sin que sus miradas trasluciesen sorpresa ni interés. Por el contrario, fue la suya una breve mirada de indiferencia que no interrumpió siquiera su desanimada conversación.

—Otro fulano que acaba de salir de la trena —dijo a mi paso uno de ellos, que prosiguió tranquilamente—. Pues sí, mañana le pediré al viejo un destajo, porque con el jornal pelado no se puede tirar.

Fue cosa de unos segundos. Todo sucedió rápida e intensamente: el flujo y el reflujo. Sentí como si un soplo de hielo recorriese mi cuerpo entero, paralizándolo, y sentí la vergüenza de haberme dejado llevar por un impulso infantil de la imaginación. Pero me recobré en seguida y pude analizar más ponderadamente la situación. Aquellos hombres no me conocían y, aunque hubiesen descubierto en mí a un recién liberado político, su conducta, después de una era de terror implacable que aún duraba, no podía ser otra que la observada conmigo. Toda cautela era poca. Abundaban los espías y los delatores. Cualquier indiscreción y el más insignificante desliz podían dar pie a investigaciones y represalias atroces. Tal vez, casi seguro, algunos de aquellos hombres, si no todos, habrían sufrido y penado también las consecuencias de la derrota, como yo, como incontables hijos del pueblo. Por otra parte, mi caso no constituía ninguna novedad. Antes que yo, otros muchos compañeros, en número incalculable, habían emergido de las tinieblas de las prisiones y sido devueltos a la vida comunitaria, de donde desaparecieron al final de la guerra. Y me sirvió de consuelo pensar que aquella frialdad fuera sólo aparente y encubriera una

táctita corriente solidaria, más entrañable y verdadera cuanto más misteriosa.

Decidí volver a la plataforma y continuar el viaje recostado en el motor trasero. Vi entonces que, desde el otro extremo del vehículo, me miraba el cobrador. ¿Vendría a cobrarme el billete? Y otra vez mi imaginación me hizo suponer que en el interior de aquel hombre asalariado tenía lugar una batalla entre sus sentimientos de clase y sus deberes para con la empresa, y el que dejara de mirarme, el triunfo de los primeros sobre los segundos. Precisamente, en aquel momento se había detenido el tranvía frente a unos grandes talleres, siendo asaltado por una muchedumbre de obreros presurosos. Yo quedé aprisionado en mi rincón, comprimido por una masa de hombres vestidos con «mono» y que olían intensamente a grasa y a sudor. Pero tampoco estos hombres advirtieron ni extrañaron, por lo tanto, mi presencia. Por mi parte, todo vista y oídos, espiaba ansiosamente sus gestos y sus palabras, esperando sorprender su pulso revolucionario o, al menos, su espíritu de rebeldía. ¿De qué sino de los conflictos entre el capital y el trabajo, entre la dictadura y la libertad, y de la lucha por conseguir sus justas reivindicaciones podían hablar a la vuelta del trabajo, duro y mal pagado? Pero, desgraciadamente, lo que les oí sólo se refería al cobro de los puntos familiares, a la marcha del campeonato de fútbol y a ciertas manías del encargado de la sección.

El bamboleante tranvía penetraba ya en la ciudad y yo concentré toda mi atención en la calle, buscando lo que tantos años llevaba sin ver: la mujer. ¡Cuántas noches de insomnio dejaba yo atrás, en las que los recuerdos de las mujeres amadas, tan fácilmente olvidados, cuando los viví, se me aparecían nítidos,

frescos, fragantes! En aquellas largas vigilias, arrebujado en las mantas grises, arrullado por el isócrono rumor de los ronquidos ajenos, trabajaba yo como un arqueólogo, desenterrando y recomponiendo los restos de mi vida anterior que yacían bajo los escombros acumulados por la violencia de las pasiones políticas y del terror. Podía reconstruir mi vida casi hora a hora. Las mujeres pasaban en mis visiones retrospectivas desde el primer momento hasta el final, a cámara lenta, complaciéndome muchas veces en detener la acción en un momento dado y en contemplar la imagen en un escorzo, en un ademán incipiente. Y así hasta que me vencía el sueño. Al principio de mi cautiverio, las imágenes estaban henchidas de vida, deslumbrantes de color y de juventud, pero poco a poco, con el paso del tiempo, aquellas mujeres empezaron a amarilllear, a ponerse tristes, a secarse, heridas, como yo, por el cáncer de la melancolía, y las visiones tornáronse imprecisas y fragmentarias, como retazos de sueños. *Es que me han olvidado*, pensaba yo, inconsolable. Y seguían momentos de crisis en que me sentía desfallecer, desintegrarme. Eran los malos momentos en que hacía presa en mí el corrosivo mal de la prisión. Un día se me ocurrió contemplarme detenidamente en el pequeño espejo de la peluquería y sorprendí las primeras arrugas en torno a mis ojos. Entonces me dije: *Te estás haciendo viejo, amigo mío. Ellas también se habrán marchitado y ya no serán las mismas que conociste.*

Pero ahora, con el furor de la libertad recobrada, las veía discurrir por la calle, a pocos metros de distancia, y las recorría ávidamente con los ojos, una por una. Cuando el tranvía iba en marcha, apenas tenía tiempo de delimitar bien su figura, porque una nueva venía a yuxtaponerse a la anterior, pero en las paradas

me era dado poder cazar una imagen completa y clavarla, como a una mariposa, en la luz, indecisa ya, del anochecer. Alguna de aquellas muchachas debió quedar sorprendida, sin duda, al ver a un hombre que, con el rostro pegado al cristal de la plataforma de un tranvía, la devoraba con los ojos.

Iban encendiéndose ya las luces eléctricas. Al paso del tranvía por el centro de la ciudad, todo tomaba un aire más fantástico: el resplandor de los escaparates, el estridor de la circulación rodada, el discurrir de las gentes por las aceras... El aire traía el latido de aquella vida multiforme, hormigueante y expansiva. Profundamente impresionado, casi inconsciente, yo no me sentía capaz de discernir lo que veía. Las mujeres pasaban en turbión, fulgurando colores y risas con movimientos de marea. Mujeres con voz de timbre o de caracola. Mujeres gráciles, genuflexas, encorvadas, ondulantes, ingravidas. Mujeres rojas, azules, verdes, tornasoladas. La calle era como un espejo fosforescente y mágico que producía vértigo.

Inadvertidamente, me había quedado solo y el empleado tuvo que darmel un ligero toque en el hombro, y sonó su voz en mi cerebro como el eco en una cueva profunda:

—¡Final de trayecto!

Estoy seguro de que me estremecí.

—Final de trayecto —repitió el hombre y añadió—: ¿No oye bien?

Así mecánicamente la maleta y ya me disponía e apearme cuando el cobrador me contuvo con un gesto y me dijo:

—¿Lleva usted billete, caballero?

Debí mirarle entre avergonzado y sorprendido. Claro que no llevaba billete. Demasiado lo sabía aquel hombre ceñudo y

amenazador. Busqué unas monedas en mis bolsillos y se las di al tiempo que me disculpaba:

—¡Perdone! No me había dado cuenta.

El cobrador no hizo ningún comentario y ni me miró siquiera al darme el billete. No obstante, yo quise dejarle una buena impresión de mi persona y, sonriendo débilmente, añadí:

—Es que como lleva uno tanto tiempo sin montar en tranvía...

Pero el hombre de la gorra autoritaria dijo solamente:

—Ya —y cerró de un golpe el cajetín metálico donde guardaba los billetes, dando así por terminado el incidente.

A pesar de todo, yo no me resignaba a que acabase de tal manera mi primer diálogo de hombre libre y le pregunté:

—Ese edificio es el de la estación de ferrocarril, ¿verdad?

—Sí, hombre, sí, allí está la estación —me contestó de mala gana.

Y ya no quise insistir por temor a tener que escuchar alguna grosería. Descendí del coche y eché a andar hacia la estación con toda la rapidez que me permitía el peso de la maleta. Me sentía vejado, herido profundamente, por la sequedad y el carácter agrio de aquel hombre. No me dolía que me hubiese cobrado el billete, porque ello era, al fin y al cabo, su obligación, sino que no me sonriera o me mirase, al menos, amistosamente. Desde medio camino me volví para mirarle y vi que hablaba con el conductor, señalándome al mismo tiempo con la mano. ¿Qué estaría diciendo de mí? Naturalmente, no podía oír sus palabras ni las de su compañero, pero yo, conmovido por su actitud despectiva, llegué, en mi hiperestesia, a escucharlas dentro de mí.

—¿Y qué quería ese julay?

—Nada. El hombre acaba de salir de la cárcel y anda un poco

despistado todavía. A saber lo que habrá sido en la guerra. A lo mejor, comandante.

—¿Y por qué no general?

—Coño, tendría gracia.

Todavía iba pensando en la torpe conducta del tranviario al abordar el tren, pero la lucha por el asiento y el acomodo de la maleta me hizo olvidar el incidente. Cuando lo hube conseguido, respiré a gusto. Ahora, derecho a Madrid. Allí encontraría mi mundo: familia, compañeros, quizás alguna mujer que no me hubiese olvidado del todo. Aún era joven y ante mí se abría un amplio campo de acción. Paso a paso, siempre adelante, continuaría mi lucha. Ya había pasado lo peor. En realidad, los años consumidos en la cárcel me habían servido para someter mis ideas a un largo y severo proceso de revisión, despojándolas de lo que me pareciera un exuberante romanticismo, reduciéndolas a esquemas más racionales y objetivos. La poda se repitió muchísimas veces. Y cayeron frondosidades inútiles, que comportaban peligrosas desviaciones, quedando solamente una única dirección rectilínea. En aquellos exámenes retrospectivos quedaron pulverizados muchos viejos ídolos, muchos tópicos y supersticiones, hasta el punto de que mis razonamientos escandalizaran a algunos de mis compañeros más íntimos. Pero yo me mantuve firme y, finalmente, mi dialéctica fría e inexorable acabó por rendir las posiciones más esquivas. A medida de que el desmoche se hacía más audaz y riguroso, iba yo comprendiendo lo deleznables que resultaban las fortalezas de papel en que antaño intentamos muchos jóvenes hacernos fuertes. Todo un remozamiento de ideas surgió en las acaloradas discusiones de la cárcel. No es que yo cambiara, sino que eran nuevos los tiempos y

las circunstancias y se imponía la necesidad de interpretarlos exactamente. Contra los terribles poderes de la tierra no se podía luchar a pecho descubierto, armado únicamente de razones, sentimientos y deseos humanitarios y altruistas, no. Evidentemente, no bastaba postular la justicia en su sentido absoluto, sino en tanto que ideal y aspiración finalista, sometiéndose, entre tanto, al relativismo de cada circunstancia histórica y a la realidad de la condición humana. No bastaba querer, era imprescindible poder y, para conseguir el poder, no existía otro camino que el de la organización, la disciplina y el escalonamiento de metas. No al «todo o nada», y sí al «dos pasos adelante y uno atrás». No al simple deseo, y sí a la acción perseverante, aunque hubiera que ceder en alguna ocasión para poder atacar otra vez, otra vez y otra vez.

Asomado a la ventanilla del departamento de tercera, miraba distraídamente al andén. Había poca gente: algún tardío viajero apresurado y esos grupos de muchachas anónimas que en los atardeceres de todas las estaciones pasean, cogidas del brazo, su estampa melancólica, a la espera de alguien que nunca llega. Un pitido agudo y, acto seguido, un brusco estremecimiento recorrió las articulaciones metálicas del convoy. Aquel pitido me retrotrajo a la prisión, desde donde tantas noches lo había escuchado como una invitación burlona a la huida. ¡Cuántas veces tuve que taparme los oídos para evitar que se me clavara en el cerebro como una flecha zumbadora! Pero en esta ocasión era como un saludo a mi libertad y a mi vuelta a la vida. Era un toque de clarín que cantaba victoria.

El tren empezó a andar. El ruido de sus ruedas parecía acompañar el estribillo de una canción: libre, libre, libre... Y, luego:

Ma-drid, Ma-drid, Ma-drid... Cada vez más rápido, cada vez más rápido.

La estación iba quedando atrás, desvaneciéndose en las sombras. Pasaban luces enloquecidas, sucesivamente más distantes. Allá quedaba el resplandor amarillento de la ciudad provinciana. Me acordé de los amigos que dejaba en la cárcel, hablando sin cesar de una vida que sólo se componía de recuerdos, y siempre esperando. Ahora estarían extendiendo sus petates. Era la peor hora de la jornada. Invariablemente, alguien referiría una anécdota amorosa, real o inventada, a la que alguien correspondería diciendo una vez más:

—¿Sabéis lo que os digo? Pues que, cuando salga en libertad, mi mujer tendrá que acostumbrarse a dormir en el suelo. ¡Es formidable!

Le contestarían con alguna broma subida de color. Luego, el toque de silencio, como un gemido interminable, y los hombres, ya acostados, defendiéndose de la acometida de los recuerdos atormentadores que surgen siempre en las brumas crepusculares del sueño. Algunos hablarían con su compañero más próximo, de petate a petate, del pasado, de ese imborrable pasado, única referencia de su vida.

Miré por última vez la incandescencia evanescente y más pálida de la ciudad. Hacia adelante, la llanura se arrebujaba en la noche. Mis compañeros de viaje eran gente gris, entre la que poco a poco, se fueron trenzando vulgares conversaciones sobre el tiempo, las incomodidades del viaje y el punto de destino de cada cual. Yo me recogí en mí mismo y cerré los ojos para aislarme. Hacía qué sé yo el tiempo —tres, cuatro años, pero ¿qué significan realmente esas medidas del tiempo en la vida de un presidiario;

una hora, la eternidad?— que yo abandonara, junto con quinientos condenados más, en una inolvidable noche de crudo invierno, el penal mesetario feudo de Chico Listo. De madrugada, dejamos el tren en la estación de Aranjuez, donde nos acogió una tupida niebla que nos caló de frío y humedad hasta los huesos. Incluso los guardias civiles, a pesar de sus fuertes botas y de sus capotes y bufandas, tiritaban y moqueaban igual que nosotros. Costó gran trabajo ponernos en marcha, porque muchos habían hecho el viaje dormidos de pie, arregostados en el calor fisiológico de la manada, y el brusco despertar en el campo helado les sorprendió en estado de inconsciencia. Debido a la espesa bruma, los guardias de la escolta se mostraron mucho más precavidos y desconfiados, por temor, sin duda, a que alguien se fugara en el camino, cosa, por otra parte, casi imposible, porque a ninguno de nosotros nos quedaban fuerzas ni ganas para arrostrar una aventura así, en solitario y a tientas, sobre un terreno desconocido. Hubo caídas, tropezones, encontronazos. Apenas veíamos. No oíamos ni nuestras pisadas. Sólo oíamos los gritos de los guardias civiles y el rumor apagado de toses y carraspeos. Como una reata de animales ciegos y resollantes alcanzamos finalmente el vetusto edificio que de convento fundado por Sor Patrocinio, la célebre monja de las Ilagas, había pasado a ser prisión en la posguerra. Durante la parada para el recuento se cayeron al suelo muchos de los penados, abatidos por el cansancio y la debilidad. Por suerte, los comités interiores de la prisión conocieron anticipadamente nuestro traslado y la hora aproximada de nuestro arribo y lograron que las monjas preparasen un rancho caliente extraordinario para nosotros. El caldo humeante, con algunos granos de arroz en suspensión, nos hizo revivir.

Antes de ser distribuidos por celdas y galerías, pusimos en conocimiento de los comités interiores la deplorable situación en que se encontraban algunos de los expedicionarios, a quienes se había despojado de sus ropas antes de salir del penal. (*Están desnudos y descalzos. Hemos tenido que prestarles mantas para que no se muriesen de frío en el viaje*). Las monjas fueron avisadas y maniobramos de manera que se encontraran de repente ante quince hombres de pelo en pecho completamente desnudos. Las desprevenidas mujeres se quedaron atónitas. (*Jesús, Jesús, qué barbaridad!*) Se santiguaron repetidas veces, y, de pronto, sintieron el cosquilleo de la risa que inútilmente trataban de disimular llevándose las manos a la boca y entornando los ojos. Luego, echaron a correr y desaparecieron dejando una estela de risitas contenidas, y moviéndose como peonzas. Pero, al poco rato, un ordenanza condujo a los compañeros desnudos al almacén, donde fueron provistos de alpargatas, «monos», ropa interior, mantas y petates.

Comparada con el penal de Chico Listo, aquella cárcel me pareció casi un sanatorio. No había en ella condenados a muerte. No se perseguía a los presos y la disciplina resultaba soportable. La alimentación, aunque, por supuesto, insuficiente, era muy superior en elementos nutritivos a la que había padecido hasta entonces y, sobre todo, incomparablemente más limpia y mejor condimentada. Se toleraba en límites discretionales, las relaciones con el exterior, y hasta el capellán, influenciado por el testimonio de los sacerdotes polacos que habían llegado hasta allí huyendo de la persecución de los nazis, se comportaba correctamente con la población reclusa. En resumen, predominaba en ella el carácter de las monjas, obesas, maternales y pueriles. En aquel ambiente

de distensión, la derrota de Von Paulus en Stalingrado fue celebrada como el principio del fin de Hitler y a mí me afirmó en la esperanza de escapar con vida de mi cautiverio. Allí recibí, de labios de Alfonsina, dos noticias contradictorias de tipo familiar: la del nacimiento de su hija Carlota, mi primera sobrina, y la de la muerte de mi madre. (*Murió de madrugada, con los ojos muy abiertos fijos en la puerta por donde esperaba verte aparecer en cualquier momento*). Durante varios días, el sentimiento de culpa me torturó despiadadamente. ¿Quién si no yo había arrastrado a mi madre a la desgracia que minó su salud y la abatió prematuramente? Mis amigos respetaron mi dolor y yo me hundí en él más y más, con cierta fruición masoquista tal vez. Pero, cosa extraña, aquel hondo sufrimiento actuó de factor catártico en mi espíritu. Al ir recobrándome poco a poco de la depresión fui simultáneamente sintiéndome renacer. Al final, me encontré más solo, pero también desligado de compromisos y en condiciones de disponer de mí, de mi destino y de mi suerte, con absoluta libertad, junto con la convicción definitiva de que la muerte de mi madre era el resultado de una catástrofe inimputable a persona alguna, y de la que ella fue una más entre sus innumerables víctimas. En adelante, no tendría ya que mirar a mi alrededor. Ningún sentimiento ajeno a mis designios podría ya retenerme. Terminada y clausurada con siete sellos una etapa de mi vida con la muerte de mi madre, se abría ante mí una perspectiva sin límites.

Pocos meses después, fui trasladado a la cárcel provincial de Guadalajara. Había en ella un jefe de servicios que se distinguía por su comportamiento humano con los presos. Era abogado y se preparaba para unas oposiciones. Cierta tarde se acercó en el

patio al grupo de que yo formaba parte y, después de invitarnos a fumar, se interesó por conocer nuestra opinión sobre los últimos acontecimientos en los frentes de la guerra mundial. Por cierto, discutí con él y ese fue el motivo de que simpatizáramos. A partir de aquel día, me invitaba muchas tardes a tomar café en su oficina. En esas ocasiones hablábamos de todo: de política, de literatura, de mujeres... Comentábamos las noticias de la guerra en Rusia y en África y, especialmente, nos deteníamos en el análisis de nuestra última contienda fratricida y de la represión consiguiente, final casi obligado de todas nuestras charlas. Aunque él pretendiese mantener una postura políticamente ortodoxa, respetaba mi criterio y convenía conmigo en la irracionalidad de las represalias ejercidas por los vencedores, cuyas secuelas serían mucho más difíciles de borrar que las de la guerra en sí. Por su mediación pasé algunos breves períodos en la enfermería, para reponer fuerzas, pues el rancho seguía consistiendo en agua y trozos de nabo borriquero. Él fue quien me llamó una mañana para hacerme saber la caída de Mussolini y el golpe de estado del rey de Italia y de su mariscal Badoglio. Recuerdo que era tanto lo que hubiera querido decir y tan fuerte lo que habría querido gritar, que no dije nada. La alegría me dejó mudo. *Comprendo tu reacción*, me dijo después mi amigo funcionario. Él era, por encima de todo, católico, monárquico y xenófobo, y odiaba al fascismo, a pesar de haber servido bajo las órdenes de Franco. Unos días más tarde me contó que los generales habían elevado un escrito al dictador proponiéndole la vuelta a la monarquía, y me dijo: *Franco se ha reído de ellos como se ha venido riendo de la Falange, del Requeté y de la Ceda. Decididamente, no hay que esperar de él ninguna decisión que disminuya su poder absoluto.*

Fueron pasando los meses y disminuyendo la población reclusa por la aplicación de sucesivos indultos escalonados. Los que no figurábamos nunca en la lista de libertos nos quedábamos más solos y más tristes, pero, a cambio de ello, podríamos disponer en adelante de más espacio para dormir. También mejoró un poco la comida. Lo mejor de todo fue que se espaciaran los fusilamientos y disminuyera el número de ejecutados cada vez. Había, entre los condenados a muerte, quien llevaba tres años; muchos, dos; y, numerosos, más de uno, soportando la angustiosa incertidumbre de las madrugadas. La marcha de la guerra, cada día más favorable a las potencias democráticas, y el agotamiento de las reservas de reos de muerte, frenaron, por una parte, la furia vengativa y, por otra, impusieron un ritmo más lento a las ejecuciones.

A poco del desembarco de los aliados en Normandía, fui transferido a la que habría de ser la estación final de mi peregrinaje penitenciario: la prisión provincial de Zaragoza, llamada del Torrero. Teníamos de ella las peores referencias y su solo nombre infundía pavor. Se distinguía, desde el mes de julio de 1936, por el hacinamiento estabulario en que yacían sus habitantes, unos cinco mil en un espacio concebido para un par de cientos; por las palizas y los encierros en celda; por la miseria y el hambre. De ella habían salido para ser ejecutados en el cementerio antifascistas de todos los matices, desde simples liberales a militantes de la FAI, en número incalculable. Se dio el caso de que, en cierta mañana de niebla y frío, cuando el guarda del cementerio, después de recoger los cadáveres de los ejecutados y de haberlos colocado en sus féretros de pino sin pintar, dentro del depósito, se disponía a abandonar el recinto, se oyera la voz de uno de ellos. El guarda se volvió entonces y vio que

uno de los ejecutados tenía la cabeza ensangrentada fuera del féretro y que le miraba mientras balbucía con voz ronca y castañeteándole los dientes: *Por favor, no te marches. No me dejes morir como un perro.* El camposantero, acostumbrado a tratar con muertos mudos e inertes, quedó sobrecogido de pavor. El muerto, que seguía hablando y moviéndose, se incorporó hasta quedar sentado sobre su ataúd. (*No me han matado. Estoy vivo*). El enterrador hubiera querido salir de estampida, pero no pudo, por la atracción que sobre él ejercía aquella voz de ultratumba: *Ven. Ayúdame, buen hombre. Tengo mucho frío. Me voy a morir de frío.* El camposantero logró al fin moverse y se acercó temblando, tiritando de miedo, al fantasma ensangrentado. Y no, no estaba muerto. La descarga le había destrozado un hombro y el tiro mortal de gracia, resbalando por la bóveda craneana, sólo abrió un sedal en su cuero cabelludo. ¿Qué hacer, Dios? El herido le pidió que le diera de beber algo que le reanimase y el buen samaritano le ofreció el contenido del termo que solía llevar consigo en las mañanas de las ejecuciones, y que consistía en una infusión de cebada tostada, sucedáneo nacional del café. Cuando la hubo bebido, el «ejecutado» se sintió mucho mejor, tanto que ya pudo salir del féretro e, incluso, andar, con la ayuda del enterrador. Bien, pero, ¿a dónde ir, a quién acudir? Con muy buen criterio, el camposantero decidió, en vez de dar parte al juzgado, cargarlo en el volquete en que acarreaba los cadáveres y llevarlo al hospital, donde los médicos le curaron, inmediatamente, fracturas y heridas. Y así fue un hombre oficialmente muerto, pero realmente vivo, insólita situación cuya noticia cundió pronto por toda la ciudad, dando pie a los más dispares comentarios y suscitando un general sentimiento de compasión por él. El

resultado fue que lo devolvieran a la prisión, con un brazo en cabestrillo. Yo no llegué a conocerle. Según me contaron mis amigos, su reaparición en la cárcel constituyó para reclusos y funcionarios un acontecimiento fantástico, casi milagroso. (*Al principio le mirábamos como a un hombre que volvía de la muerte*). Día a día, sin embargo, la realidad tangible se impuso a todas las especulaciones de la imaginación, y fue aceptado el hecho como una consecuencia natural, aunque rara, de las condiciones en que se llevaban a cabo las ejecuciones en grupo. Pero quedaban pendientes algunas incógnitas: ¿le matarían?, ¿le volverían a juzgar?, ¿qué harían con un preso que había cumplido hasta el último requisito que exigía su condena? Sus compañeros le aconsejaron que ratificase por lo canónico su matrimonio civil, aunque muchos se preguntasen si podía contraer matrimonio un hombre que estaba civilmente muerto. Pues le casó el capellán penitenciario y, pasados unos meses, fue puesto en libertad, y ahora debe andar por ahí, en algún pueblo, nuevo Lázaro, entre el pasmo, el miedo y las bromas de sus familiares y convecinos, sin saber si vive o sueña. También corroboré la historia que había circulado por todas las prisiones, la del condenado a muerte que, cumpliendo lo prometido a sus compañeros de celda, estuvo cantando el «Adiós a la vida» hasta que las balas acallaron su voz para siempre.

Aunque no conocía a nadie al llegar a la prisión de Zaragoza, entré pronto a formar parte de un grupo y a contraer una sólida amistad con los compañeros más afines: Eduardo Valladares, Alfredo Pedraza, Luis Garmendia, Alfonso Torre-vieja y Jaime Ríos, comandante en jefe este último de la división en que yo milité durante la guerra e ingeniero de profesión. Éramos casi todos de

la misma edad y profesábamos idéntica animadversión y repugnancia por los regímenes dictatoriales y totalitarios, cualesquiera que fuesen su credo y los colores de su bandera. Todos habían sido condenados por sus actividades militares y políticas, aunque con más suerte que yo. Confirmados en sus ideales por la disparatada ferocidad de la represión, esperaban impacientemente la hora en que pudieran reanudar la lucha contra el régimen de los vencedores. Pensaban, y yo con ellos, que nuestra vida, salvada por casualidad, ya no tenía otro fin justificativo que el combate permanente por la libertad en nuestro país, aunque el mundo nos hubiera olvidado y sólo dispusiéramos de nuestras propias fuerzas. Creíamos que el pueblo estaría con nosotros, que nos secundaría, que nos seguiría y que, bajo nuestra inspiración, sería capaz de hacer volar en pedazos a la dictadura opresora. Ya estaba visto lo que el régimen franquista podía dar de sí: cartillas de racionamiento, jornales de miseria y palo y tente tieso para los vencidos, y, para los vencedores y sus consocios, la opulencia y el privilegio, la rapiña y el monopolio sobre un país conquistado. (*España es un cortijo grande que produce sólo para sus dueños. Los caudales públicos son propiedad de unos cuantos que los manejan a su antojo, sin rendir cuentas ni responder ante nadie. Tú, rojo, a trabajar y a callar y a no meterte en nada. Bastante hizo por ti Franco al perdonarte la vida. Así, para siempre y cien años más. Y, si no, ya sabes: cuatro tiros y a criar malvas*). Los curas y los frailes se han apoderado de la enseñanza por fin, bendito sea Dios. Los obispos han vuelto a ser príncipes del Renacimiento. Los terratenientes han restablecido las servidumbres feudales en sus dominios. Los especuladores explotan el monopolio mediante permisos especiales de

importación y exportación que se negocian luego en el mercado como en otros tiempos se vendían bulas e indulgencias. La otra España, la de los vencidos, sólo es una masa despreciable de seres infrahumanos que no sirve más que para remar, bajo los látigos de innumerables cómitres, en la anacrónica galera de un Estado que se inspira en las ideas del siglo XVII. Los intelectuales del régimen franquista son sus eunucos: obsequiosos, complacientes y serviles con el poder; rígidos, condecorados, jerarquizados y decorativos frente a la sociedad; menesterosos harapientos ante la ciencia y el arte, y desvergonzados manipuladores de la cultura.

Una risotada me hizo salir de mi ensimismamiento y fijar mi atención en mis compañeros de viaje. Dos hombres discutían sobre la próxima cosecha, lamentándose de la pertinaz sequía que asolaba los campos.

—En la edad que tengo no he visto una cosa igual.

—Ya, ya. Parece una maldición.

Se quedaron callados y una mujer empezó a describir la maravillosa operación quirúrgica a que había sido sometido su esposo en el hospital y señaló con el dedo a un hombre pálido y sucio que se recostaba en la esquina del departamento. El pobre convaleciente asentía sin ningún entusiasmo a las alabanciosas explicaciones de su mujer.

—Ahí donde le ven, le abrieron de arriba abajo, en canal, y le quitaron más de medio estómago. Y ya está como sí tal cosa.

—El médico me ha dicho que puedo comer de todo, hasta alubias —corroboró el aludido mientras sonreía como un espectro.

Yo volví de nuevo a los recuerdos que me ligaban todavía a la ciudad que un día fuera capital del anarcosindicalismo español y

que un general, masón, barbudo y republicanote, entregara a los sublevados contra la República. A su cárcel de Torrero fueron a parar los restos, milagrosamente vivos, de aquella disparatada incursión de guerrillas, lanzada desde Francia por los manipuladores de la Unión Nacional fantasma, con el fin de sublevar al país contra el dictador. Aquellos pobres ilusos, como antaño los de Mina, fueron acogidos con frialdad y recelo por parte de una población campesina atenazada por el terror sistemático ejercido por los fascistas a base de denuncias, torturas y fusilamientos. Pronto fueron localizados, traicionados y batidos como fieras acorraladas en las fragosidades de las serranías de Cataluña y Aragón, sembrando otra vez de muertos unas tierras ya ricamente abonadas con despojos humanos de otras guerras civiles. ¡Guerrilleros! ¡Maquis! Su presumible derrota sólo sirvió para fortalecer lo que querían abatir, aunque sobre el desastre fueran enarboladas después banderas vindicatorias. Muchos de estos hombres se pasmaban de estar vivos, y algunos se resistían a reconocer el error básico de las presunciones que les arrastraron a la aventura. Los había que llegaron a Zaragoza de riguroso incógnito para organizar núcleos de resistencia antifranquista entre las masas trabajadoras de la ciudad. Repartieron propaganda, convocaron reuniones, impartieron consignas e implantaron los clásicos modelos de organización clandestina. Algunos cientos de simpatizantes, procedentes de todos los campos ideológicos que defendieron la República, acudieron a la llamada, ansiosos de conocer lo que se decía y se tramaba más allá de la frontera en contra del régimen político español. Pero una y otra vez les atrapó la policía en sus cacerías nocturnas. Ya en la red, se vieron complicados en una vasta maniobra envolvente

por confesiones a primera vista inocuas y simples (*Sí, conozco a ese tal Viriato, bueno, me lo presentó un amigo en el bar y asistí a una reunión en su casa. Allí nos dio noticias de lo que ocurre en el extranjero y nos repartió alguna propaganda de la Unión Nacional. Pero ya no le volví a ver. Claro, di a leer los papeles a otros compañeros...*) arrancadas a golpes, vergajazos y pateaduras en las interminables noches de las comisarías y de los cuartelillos. Aquel muchacho pelirrojo, de Sos del Rey, se mesaba los cabellos cuando me decía:

—Caímos como pardillos, pero lo que más me cabrea es pasar por comunista siendo, como soy, un militante de la FAI.

Aquel muchacho pelirrojo y obstinado rebelde de Sos del Rey se escapó al día siguiente de llegar al campo de trabajo a donde le condujeron para cumplir la nueva condena que le impuso un consejo de guerra.

De pronto, se presentó el agente de policía pidiendo la documentación a los viajeros. Todos se apresuraron a obedecer su indicación menos yo, que me retuve para ser el último. Cuando, por fin, el policía extendió hacia mí su mano, saqué con mucha parsimonia el certificado de libertad expedido en la prisión. Era un papel distinto al de los demás y esperaba que ese detalle despertara la atención y la curiosidad de los pasajeros. *Luego me preguntarán, pensé.*

Habían cesado las conversaciones ante la presencia del agente y el silencio era absoluto en el departamento. Yo clavé descaradamente los ojos en el funcionario, preparado para contestarle en voz alta a fin de que me oyieran mis compañeros de viaje y supiesen quién era yo, pero me lo devolvió con aire indiferente y distraído, sin reparar apenas en mi persona, y se

despidió diciendo:

—¡Buen viaje, señores!

Varias voces le contestaron mientras desaparecía. Aquel rutinario incidente fue como la señal esperada para abrir las cestas y deshacer los paquetes de la comida. A poco, invadió el departamento un cosquilleante olor que excitaba el apetito. Yo era el único que no llevaba merienda, porque mi hermana me había enviado el dinero justo para el pasaje y no pude comprar ni un mal bocadillo. Bien es verdad que la emoción de la libertad recobrada hizo que me olvidara del hambre. No había comido nada al mediodía y, por consiguiente, no llevaba en el cuerpo más que el aguachirle mañanero que sirve de desayuno en la prisión. Eran prácticamente veinticuatro horas de ayuno, pero hubiera podido resistir otras veinticuatro más sin sentirlo a no ser por la visión de aquellas lonchas de chorizo y de aquellas aceitosas tortillas que provocaron en mí las secreciones gástricas y la angustia del vacío en el estómago que preceden al mareo por inanición. Sin embargo, rechacé obstinadamente las convencionales invitaciones de mis compañeros de viaje, no sé si por orgullo o por desesperación.

—¿Usted no come?

La voz salía de los grasientos labios de la esposa del operado en el hospital.

—No, señora.

—¿Es que no tiene apetito?

—Pues... no.

—Perdone, pero tiene usted una color muy mala, como si acabase también de salir del hospital.

Era el momento que esperaba y lo aproveché.

—No, del hospital, no. De donde he salido ha sido de la cárcel.
La mujer movió la cabeza compasivamente.

—¡Vaya por Dios! Como dice el señor cura, siempre hay alguien que nos gane, hasta en la desgracia —y apartó sus ojos de mí para dirigirse a su marido—: Y tú no te quejes, coña, que hay otros que están peor que tú —el hombre masticaba desganadamente y ella prosiguió—: Ya sabes lo que ha dicho el doctor, que tienes que hacer un esfuerzo y comer aunque no tengas ganas, si quieres reponerte pronto.

Los demás siguieron tragando imperturbablemente, dedicándose tan sólo alguna que otra mirada huidiza, de curiosidad. Esperé aún unos minutos y, como no surgiera la esperada pregunta, tragué saliva. Pero aquel sinuoso olorcillo no me dejaba en paz. Un único recurso me quedaba para combatirlo, fumar, y encendí el último pitillo que me quedaba. Fumé con los ojos cerrados, tragándome el humo, todo el humo. Así experimenté algún consuelo, pero no pude evitar del todo los efectos del mareo. Las sombras enturbiaron mi cerebro y velaron mi conciencia. Apenas podía pensar y no encontraba el final de mis ideas. ¿Cómo era posible que un ser humano desfalleciera de hambre junto a otros seres humanos a quienes sobraba la comida, por falta de dinero? *No es posible, no es posible*, me decía.

El cigarrillo, todavía a medio consumir, se me cayó de la mano. Comprendí oscuramente que la energía se me escapaba del cuerpo y que me quedaba sin fuerzas, que me hundía poco a poco en la inconsciencia. No pude resistir más y me derrumbé en aquel abismo, arrullado por el monótono cantar del tren: ¡A Ma-drid! ¡A Ma-drid! ¡A Ma-drid!

Me encontraba de nuevo en la prisión, rodeado de caras

desconocidas. Todos mis amigos se habían marchado ya. No oía a las muchachas cantar jotas junto a los muros de la cárcel, pero sí oía, seguía oyendo, los desgarradores pitidos del tren. Y se agotaban los calendarios y yo no salía. No saldría nunca...

*

Cuando tuve a Alfonsina entre mis brazos me subió de lo hondo del ser un flujo de ternura que me ahogaba. Hay momentos en que es inexpresable lo que se siente, felicidad o sufrimiento, placer o dolor, anonadamiento o plenitud. Y aquél compendiaba para mí todas esas sensaciones a la vez, y la perplejidad, la incredulidad, la evidencia del absurdo. ¿No sería un sueño como tantos otros en que había vivido un trance igual, desvanecidos siempre por un brusco despertar en la celda o en el dormitorio común de las prisiones? Separé mi rostro del de mi hermana para cerciorarme de que no era una ilusión de mi fantasía onírica y vi en sus ojos abrillantados por las lágrimas que era mi hermana en carne y hueso quien me miraba y lloraba de emoción por mí, aunque ya no fuera aquella adolescente que tuve que abandonar un lejano día de julio, al comienzo de la guerra civil Sus labios se movieron lentamente y oí que me decía:

—¡Cuántos años, Federico!

—Sí, cuántos años, Alfonsina —y añadí—: Pero tú estás más guapa que nunca.

Creo que los dos nos vimos diferentes. A mí me pareció Alfonsina prematuramente blanda. ¿Y yo a ella? ¿Prematuramente ajado también? Se produjo de nuevo entre los dos un penoso

silencio que ella rompió, anticipándose así a la retahíla de frases convencionales que suelen decirse para ocultar las heridas del tiempo.

—Mira a tu sobrinita Carlota, Fede.

La chiquilla, asida a las faldas de su madre, me contemplaba con curiosidad y extrañeza.

—Es tu tío Federico. Anda, dale un beso.

La niña se retrajo y tuve que arrodillarme a su lado. Entonces, Alfonsina la empujó suavemente hacia mí.

—¿Qué, no me das un beso, preciosa?

Seguía mirándome fijamente, recelosa, y hasta que no le acaricié los cabellos con suavidad, no consintió en dejarse ganar. Me permitió que la besara y luego me preguntó:

—¿Qué me traes, tito?

Alfonsina y yo nos miramos, desconcertados, y fue ella quien decidió rápidamente la respuesta.

—Ya sabes que tu tío Fede ha estado en un sanatorio, y en los sanatorios no hay juguetes ni caramelos.

La mentira, tan vulgar, me contrarió.

—¿Qué le has dicho? No se trata de nada deshonroso, Alfonsina.

—Claro que no, pero, ¿quién puede explicarle a una niña ciertas cosas?

Era razonable y tuve que admitirlo, aunque no me dejara satisfecho. La chiquilla, entre tanto, me observaba ya más confiadamente.

—Bueno —dije, mirando a mi sobrina—; pero en Madrid se puede comprar todo lo que se quiera y tu tío te promete un bonito regalo.

—Quiero una Mariquita Pérez.

—¿Una Mariquita Pérez?

Yo ignoraba que fuese la muñeca de moda.

—Mamá dice que es muy cara, pero como tú eres tan rico...

—Claro, bonita, yo soy muy rico. Ya lo verás.

La niña me dio su diminuta mano, un capullo tierno y cálido, y emprendimos la marcha pasillo adelante, seguidos de Alfonsina.

Aquella habitación hacía de comedor, sala de estar y de trabajo. Una mesa, unas sillas y un viejo aparador con libros, papeles, carpetas, lozas y unos vasos de cristal. En las paredes, un calendario de una firma de vinos de Jerez y retratos familiares. Todo muy usado y muy pobre, pero lustroso y limpio. Más adelante se abría otra puerta.

—Esta es nuestra alcoba —dijo Alfonsina, adelantándose y mostrándomela.

Un aire desconocido me dio en el rostro. Era pobre también y ordenada. Los indispensables muebles, de una decrepitud irremediable mañosamente disimulada. Lo más deprimente era su impersonalidad de prendería.

—Aquí murió la pobre mamá preguntando incesantemente por ti. Desde que te encerraron, no se acordaba más que de su Federico, como si no existiera nadie más en el mundo.

¿Entrañaban un reproche aquellas palabras dichas en voz baja y temblorosa? ¿Eran la confesión involuntaria de un sentimiento de envidia larvado en el subconsciente durante muchos años? No me atreví a responderme, pero presentí que me separaba de Alfonsina todo un abismo de años, acontecimientos, frustraciones y amarguras.

Carlota contemplaba la sombría escena recostada en el marco

de la puerta con esa cándida curiosidad que, sin embargo, es capaz de aprehender el significado de los hechos y de las cosas aunque no lo entienda. Seguimos y, una vez más, se adelantó Alfonsina para abrir una puerta y enseñarme otra habitación más pequeña, con un tragaluz enrejado, casi como los de la cárcel, que daba a un angosto patio interior de la casa y por el que penetraban una pobre luz gris y un pegajoso olor a humedad. En ella no había más que un catre, una silla como mesa de noche, un perchero y un baúl.

—Aquí dormirás tú —dijo Alfonsina—. No es muy confortable que digamos, como ves, pero no hemos podido hacer más, Fede.

—No te preocupes por eso. Estoy acostumbrado a prescindir de todo y me voy a encontrar aquí, por eso, como pez en el agua —y sonréí y le estreché una mano, porque era ella entonces la más necesitada de consuelo.

Y ella siguió diciendo:

—Aquí dormimos Fernando y yo hasta que murió mamá. Ya sabes que tuvimos necesidad de malvenderlo todo para poder venir a Madrid, y entre lo que liquidamos estaban tus trajes, tus libros, tu bicicleta y tu máquina fotográfica. No pudimos salvar más que mi ropa y la de mamá y algunas sábanas. Luego, hemos tenido que ir comprando lo imprescindible, poco a poco, en el Rastro, naturalmente.

—Comprendo, comprendo, Alfonsina.

Le pasé un brazo por los hombros y, llevando siempre cogida de la mano a la pequeña, volvimos al comedor, huyendo de recuerdos y desventuras. Yo me encontraba agotado por el viaje y las emociones, y me dejé caer en una silla.

—Hemos tenido muy mala suerte, hermana —y seguí diciendo

—: Nuestro padre nos dejó demasiado pronto y, cuando empezábamos a vivir de nuevo, a levantar cabeza, se nos echó encima la maldita guerra civil, que nos arruinó nuevamente y, lo que es más grave todavía, nos separó. Después, mi prisión; mamá, muerta de pena; y, ahora, tú casada, y yo, sin saber realmente lo que soy —y, mirando a mi alrededor, añadí—: Es todo tan diferente ahora...

Alfonsina, sentada frente a mí, con la niña entre las piernas, forzó una sonrisa que era más bien una mueca de dolor.

—Todo eso ya no tiene remedio, Fede. Ahora hay que mirar adelante. Tienes que luchar, situarte, y también casarte y tener hijos algún día, como todo el mundo. La vida no ha terminado.

Palabras, palabras, palabras... Las de siempre, porque no hay otras para estas situaciones.

—Yo soy un intruso que no podrá compensarte nunca lo mucho que te debo, porque si vivo es gracias a ti. No es lo malo que la vida continúe, sino que haya que empezarla de nuevo, partiendo de una situación negativa.

Yo era, en verdad, un visitante inoportuno, y me sentía definitivamente solo, con las raíces al aire. Y se me reveló de pronto algo en lo que no me había detenido a pensar hasta entonces: que el reloj de mi vida estaba parado en el momento de mi detención. Desde entonces no contó más horas, y yo no llegué a comprender el fenómeno y creía que el tránsito de una situación a otra podría realizarse con la misma sencillez con que se reanudan los hábitos de vida después de un viaje o de unas vacaciones. Claro, si hubiese estado allí mi madre... Yo siempre había imaginado la situación con mi madre llorando de alegría a mi lado. Si las cosas hubiesen sucedido así, tal vez mi reloj se

habría puesto en marcha automáticamente, soldando sin violencia ni dolor las dos orillas del tiempo. Pero mi madre no estaba conmigo y ya no podría verla ni proseguir con ella el diálogo interrumpido entonces. Estaba conmigo mi hermana a quien dejé siendo todavía una niña y que ahora era ya toda una mujer casada, con una hija, viviendo una historia dispar de la mía y desconocida por mí. Eso era realmente mi hermana para mí: una desconocida. Por eso nos era imposible retrotraemos unívocamente al pasado común. Ese pasado apenas significaba para ella poco más que un recuerdo infantil, sin relación alguna con mi presente. Sólo las madres no cambian. Por lo tanto, sólo mi madre, su vida total e ininterrumpida, habría podido radicarme en la continuidad y absorberme en ella, como el cauce que recibe nuevamente en su seno al brazo de agua separado de él por un accidente del terreno. Así, en cambio, la continuidad había quedado interrumpida, rota, y yo me encontraba como retoñado, después de una larga invernada, en un campo desconocido.

—Comprendo tu emoción, Fede —dijo mi hermana, adivinando, sin duda, mis pensamientos—, pero estoy segura de que sabrás vencer la tristeza y de que pronto sentirás ganas de vivir. Y has de hacerte a la idea de que estás de nuevo en tu casa.

Estas palabras: «tu casa», me sobresaltaron, aunque de su tono no se dedujera ninguna otra alusión intencionada, aunque yo estaba seguro de su espontaneidad, porque me recordaron que existía allí otro hombre, el jefe de la familia, absolutamente extraño para mí. Todavía ignoraba quién era y cómo era. Sólo había cruzado con él algunas frases de circunstancias en el locutorio de la prisión.

No podía eludir el tema y pregunté:

—¿Y Fernando? Tengo tantas ganas de conocerle mejor...

—Y él de conocerte a ti. Fernando es muy bueno, ¿sabes?, y muy trabajador. Con decirte que se echa a la calle a las ocho de la mañana y que no vuelve hasta las diez de la noche, para cenar y acostarse... Desempeña dos empleos y, para poder atenderlos, tiene que comer por ahí cualquier cosa a mediodía.

Me había repetido estos datos muchas veces, por carta y en el locutorio, pero yo fingí, lo mejor que pude, un gran asombro, como si los oyera por primera vez, y ella prosiguió, más animada:

—Es que la vida se ha puesto por las nubes, Fede. Esto, claro, tú no lo puedes saber, pero te aseguro que pronto lo comprobarás. Seguimos con la dichosa cartilla de racionamiento al cabo de tantos años, y que no sirve más que para justificar el escandaloso latrocínio del estraperlo, que es el único mercado libre que existe. Como ya te conté, aprovecharon mis últimos meses de embarazo para reorganizar la oficina y dejarme sin sitio en ella. Claro que pude intentar más tarde recuperar mi empleo, pero entonces Fernando se opuso, a fin de que pudiese cuidar mejor a la niña. Por este motivo lleva él solo todo el peso de la casa. Ocupa dos empleos, pero sería capaz de desempeñar tres si se le presentase la ocasión, aunque tuviera que comer de pie y dormir a ratos en el «metro» y en los tranvías. No sé cómo resiste. Apenas ve a Carlota. Yo comprendo que es demasiado, pero, en las actuales circunstancias, no nos queda otro camino para poder seguir adelante, hasta cuando Dios quiera. —Hizo una pausa para acariciar la cabeza de la niña y prosiguió—: Con nuestra madre se portó muy bien siempre, y contigo... ya lo sabes tú. Más de una vez me tiene dicho: *Toma estos dos duros y envíaselos a tu hermano. Los he ahorrado a costa de algún café de menos y de*

andar más a pie. No son de la casa. Son el producto de un pequeño sacrificio mío. Él es así —puso su mano sobre la mía y terminó diciendo—: Espero que os entendáis y os llevéis bien.

—Claro que sí, mujer; no lo dudes.

No estaba yo muy seguro de ello, pero quería librar a mi hermana de esa preocupación. El retrato que de él acababa de hacerme, me hizo presentir que no podrían ser nunca muy cordiales las relaciones entre ambos. La melancolía y el desencanto que trascendían de las palabras de una mujer antaño alegre y decidida y la grisura y el aire triste de la casa eran síntomas inequívocos de fracaso. Pero, ¿por culpa de quién? ¿Por culpa de Fernando, de las circunstancias o de ella misma? Para el caso era igual. Mi hermana no era feliz y se sentía frustrada, vencida, más vencida quizá que yo mismo. Y su pena vino a engrosar la mía, haciéndola menos soportable aún. Sin embargo, no quise hurgar en la herida y le pregunté:

—En ese caso, no vendrá hasta la hora de cenar, ¿no es eso?

Alfonsina asintió con un movimiento de cabeza y dijo, suspirando:

—Y llegará reventado, para cenar y acostarse rápidamente, como todas las noches.

Carlota se me había ido acercando insensiblemente. Su carita sonrosada, tan fresca, y sus ojos, tan radiantes, eran los únicos destellos luminosos en aquel ambiente ennegrecido por los presentimientos y las evocaciones. La cogí en vilo y la monté sobre mis rodillas.

—Ésta sí que va a ser amiga mía de verdad, ¿eh? Tu tío Federico te va a querer mucho, ya verás —así quebré el curso nostálgico y triste de nuestra conversación, añadiendo—:

Verdaderamente, los niños son las únicas criaturas humanas a quienes se puede querer sin miedo a que nos traicionen o defrauden.

—Y que lo digas, Fede, y que lo digas —convino Alfonsina haciendo un esfuerzo para levantarse, y agregó—: Bueno, ya hablaremos de todo. Tenemos mucho tiempo por delante. Ahora conviene que te asees, comas y te acuestes.

Me duché en la cocina, sobre un barreño de cinc y utilizando un tubo de goma enchufado al grifo del fregadero. El agua fría limpió mi cuerpo de las últimas escorias de la cárcel y sedó mis nervios. Mientras me enjabonaba y frotaba oía la charla entre madre e hija, entreverada de risas y exclamaciones de la pequeña. Supuse que estarían sacando mi ajuar de la maleta que yo mismo había abierto a ese fin: unas cuantas prendas viejas, deslucidas, remendadas, prácticamente unos harapos, y unos cuadernillos con notas y apuntes, escritos en clave, en que se resumían mis impresiones y mis pensamientos sobre el acontecer fuera y dentro de la prisión y mis cambiantes estados de ánimo. Todo eso constituía el patrimonio atesorado por mí en los años decisivos en que otros hombres consolidan su posición en el mundo. Materialmente, una miseria. Quizá ni eso. Una miseria es algo, aunque mínimamente, positivo, mientras que lo que yo poseía a mis treinta y cinco años no pasaba de ser un símbolo negativo. ¿Y espiritualmente? Ah, eso no podía yo estimarlo entonces. ¿Sería verdad que el sufrimiento enriquece el espíritu o era simplemente una frase, una expresión poética?, me preguntaba mirándome a los ojos en un espejo grande y a solas conmigo mismo por primera vez después de tanto tiempo. Si es verdad lo primero, me dije, debo ser un hombre inmensamente rico, un Creso del espíritu,

porque el sufrimiento me ha penetrado desde la punta de las uñas de los pies hasta la punta de mis cabellos, porque he estado sumergido en un baño de aflicción más de tres mil quinientos días con sus noches, entre guerra y cárceles, las dos manifestaciones más extremosas de la crueldad humana. Me acordé de Cervantes, el más grande de los hombres. Pero no, yo no podía ser Cervantes, pobre de mí. ¿Y Don Quijote? Menos aún. Jamás llegaría a ser tan puro, tan generoso, tan idealista, tan imaginativo, tan crédulo y tan angelical como el Triste Caballero. Me vi como lo que era, un hombre más entre millones, con los brazos sin músculos, con la armazón de los huesos pugnando bajo la piel, con una cabeza demasiado grande para un cuello de gallo desplumado, con el sexo como una excrecencia mórbida, con la carne teñida por el palor lunar de los cadáveres. *Físicamente estás hecho una birria, majo*, resumí para mis adentros. *Y de lo otro, ¿queda algo aquí?*, y me acaricié la frente y la golpeé suavemente con los nudillos, como quien intenta averiguar si la caja contiene algo o sólo aire, pero no obtuve respuesta alguna. Eso ya lo veríamos más adelante. De momento, lo que más me urgía era prepararme para arrostrar una realidad que empezaba a dibujarse a mi alrededor con tonos tan desoladores. ¡Y yo que había previsto aquella situación como la de la vuelta del héroe! ¿Cuándo aprendería a no dejarme seducir por la imaginación? Claro que, de no haber sido por la magia de la fantasía, yo habría muerto espiritualmente, y puede que también físicamente, mucho tiempo atrás. ¿Un nuevo descalabro? Bien, ¿y qué? ¿Es que me iba a desmoronar cuando, a pesar de todo, las posibilidades que se me brindaban para rehacerme eran indiscutiblemente más y mejores que mientras estuve atrapado en las prisiones? ¡De ninguna manera! Cerré los

ojos y me concentré en mí mismo. *Tienes treinta y cinco años y ello quiere decir que estás en lo mejor de tu vida. Todavía puedes vencer si no desfalleces. Ante ti se despliega el camino de la lucha que emprendiste un día. No olvides a los que tuvieron peor suerte que tú y cayeron en las madrugadas fatales con la esperanza de que al fin alcanzarían la victoria los que quedaran con vida*, me dije y sentí que un hondo escalofrío recorría todo mi cuerpo. Y permanecí quieto, mudo, contenidos la sangre y el aliento hasta que cedió el espasmo y volvió otra vez la luz a mi cerebro y la calma a mis nervios. Me sequé después vigorosamente con la toalla y me vestí *el pijama nuevo de Fernando*, según me dijo Alfonsina, cuyas perneras me quedaban muy por encima de los tobillos. Así que mi querido cuñado es más pequeño de lo que yo creía... Una última mirada al espejo y me reí de mí mismo. También se rió mi hermana al verme. Entonces me asaltó la preocupación del traje. No tenía más traje que el que había traído puesto, en plena ruina, con las solapas arrugadas, con brillos y cercos por todas partes y con los bajos del pantalón deshilachados. Si no me era posible usar provisionalmente uno de mi cuñado, tal como había previsto, ¿cómo me las iba a arreglar para presentarme decorosamente ante nadie en solicitud de trabajo sin levantar sospechas?

—No te preocunes —me aseguró Alfonsina—. El mismo sastre de Fernando podrá hacerte a plazos un terno flamante.

En la mesa del comedor me esperaba un glorioso plato de habichuelas coloradas. Entonces me di cuenta de la pavorosa hambre que tenía y me puse a comer con tan incontenible apetito que ni el rumor que me corría por la cabeza *son las judías coloradas de Fernando* lograba frenarme. La verdad es que llevaba

más de cuarenta y ocho horas sin echar al estómago más que agua. Mientras yo trituraba y engullía como una máquina, Alfonsina fue desgranando para mí la crónica familiar. Me habló primero del éxito del tío Federico, hermano de nuestra madre. Al término de la guerra se trasladó a Madrid desde Segovia, donde ejerciera siempre la abogacía con escaso provecho, y ya era gerente de varias empresas importantes. Yo sabía que, años atrás, había tenido un altercado con mi madre, que le echó de casa por haberse permitido expresar algunas opiniones no muy favorables para mí. A consecuencia de este incidente, ya no volvieron a verse los dos hermanos hasta que, avisado en el último momento por Alfonsina, vino él a despedirse de mi madre para siempre.

—Por aquel entonces, por cierto, fue cuando reorganizaron mi oficina y me dejaron fuera. Pensaba recurrir al tío Federico en busca de apoyo, pero no lo hice. Nunca lo hice.

—Mejor que así fuera —dije yo—. Más vale no deber nada a tipos como nuestro tío.

Pero Alfonsina no estaba, en el fondo, de acuerdo conmigo. Pensaba, con ese sexto sentido práctico de las mujeres, que el orgullo es, en esos casos, el peor consejero y que es preferible guardárselo en el bolsillo, pues añadió:

—Pero, más tarde, Fernando fue a pedirle un empleo y se lo consiguió en seguida.

En ese momento bebía yo un largo sorbo de agua y, cuando dejé el vaso vacío sobre la mesa, me limité a encogerme de hombros en señal de indiferencia.

Luego le tocó el turno a nuestro primo Emilio, el primogénito de tío Federico, que también había logrado alcanzar una envidiable posición.

—¿Cómo? ¿Que ese cabezota ha triunfado? Pero, ¿es que pudo terminar la carrera?

—No, no la pudo terminar. Hubo de desistir, pero su padre le ha colocado en una de las empresas que dirige.

—Claro, teniendo el padre que tiene... —y me eché a reír con la boca llena.

Alfonsina prosiguió:

—La única de la familia que viene por casa alguna vez y pregunta por ti es Susana.

Casi no me acordaba de ella. Cuando acabé mis estudios de pedagogía y me gradué de maestro nacional según el plan de la República, fui a Segovia para conocer aquella rama de la familia por parte materna. Tío Federico me pareció un hombre mediocre que se creía frustrado por falta de ambiente para el desarrollo y aplicación de sus facultades superiores, un águila encerrada en una jaula, poco más o menos, y un fanático de ideas góticas y tridentinas, en lo político y en lo religioso, respectivamente. En aquel tiempo pertenecía a la CEDA, a las órdenes de su jefe supremo, Gil Robles, a quien consideraba genial, infalible, muy superior incluso a sus modelos, Mussolini y Hitler. Alguna vez discutimos de política, sin posible avenencia nunca, él desde sus posiciones del fascista gilrroblista rabioso y yo, desde mis preferencias democráticas sindicalistas, pero ya me anunció entonces, verano del año 35, la alianza de todos *los elementos patrióticos sanos* contra la República, con el fin de imponer en España una férrea dictadura militar como Dios manda. Yo pensaba que mi tío me repetía, no más, los rumores que circulaban por las peñas del casino entre los típicos representantes de la resentida clase media provinciana, inmovilizada en sus irrealizables sueños

de dominio y reconquista de privilegios. Un año más tarde hube de reconocer, sin embargo, que tío Federico no fantaseaba tanto al decir y repetir :*Acabaremos con esa chusma de ateos, liberales, socialistas, comunistas y anarquistas. No dejaremos ni uno sólo de ellos para muestra.* Ése era el recuerdo que guardaba de él. En cuanto a mi primo Emilio, su imagen en mi memoria se reducía a su mirada bovina y a su gran cabeza de cabellos híspidos cortados en forma de cepillo. Su haraganería y torpeza se manifestaban en todos sus actos para desesperación de su padre. Había logrado terminar el bachillerato con abundantes calabazas, a fuerza de palizas y arrestos a cargo de la autoridad paterna, pero aquel año no pudo aprobar ni una sola de las asignaturas del primer curso de Derecho y se pasaba los días enteros encerrado, a solas con sus libros, en un cuarto interior de la casa, a fin de que no se distrajese mirando a la calle. Susana era muy diferente: vivaz, inquieta, de mirada descaradamente inquisitiva. Tendría doce o trece años y ya mediaba el bachillerato.

—¿Quién? ¿Susanita? —pregunté maquinalmente a mi hermana—. ¿Se come aún las uñas?

Yo sólo podía recordarla vagamente como una chiquilla de nariz respingona, moviéndose en la silla o de bruces sobre la mesa, preguntándome algo y mirándome con una mezcla de curiosidad, interés y malicia.

—Si ella te oyera... Está guapísima. Es licenciada en Filosofía y da clases en una academia. Si la vieras, no la reconocerías.

¿Cómo podría recordarla después de tantos años y sin haberla conocido de verdad nunca? Pero me alegraba mucho saber que era guapa y que se hubiera abierto camino por sus propios méritos.

—Creo que es la única persona estimable de esa familia —dije.

—Y no sabes cuánto te admira —añadió mi hermana.

He de confesar que me sentí doblemente halagado, por vanidad y porque era la primera noticia halagüeña que recibía.

—Es natural, porque ella vio en mí al profesor y porque, comparándome con el besugo de su hermano, debí parecerle un portento.

Alfonsina prosiguió su relato en que oí nombres de amigos y allegados perdidos en la gran resaca de la posguerra, absorbidos por la abrumadora lucha para sobrevivir o desterrados por efecto de las sentencias, y también voluntariamente con el fin de pasar inadvertidos y sustraerse a las posibles represalias de algún espontáneo vengador. Algunos de mis compañeros, excarcelados antes que yo, se dejaron ver por mi casa un día para hablar de mí, pero raramente repitieron la visita. En suma, la dispersión y, con ella, la ruptura de aquellas relaciones de afecto y amistad, contraídas en la desgracia común, y que siempre nos parecieron inquebrantables. Pero entre aquellos nombres faltaba uno, el de más profundas resonancias sentimentales en mí. Esta omisión, ¿era casual o deliberada? Entre tanto, yo había terminado de comer y mi hermana puso fin al anecdotario, diciéndome:

—Y, ahora, a la cama, a descansar, que buena falta te hace. Puedes pasarte toda la tarde durmiendo.

Y se levantó. La seguí y, ya en la puerta de mi dormitorio, no pude contener por más tiempo la pregunta cuya respuesta tanto me interesaba:

—¿Y Matilde? ¿Qué sabes de ella?

Alfonsina pareció asombrarse.

—Bueno, ya te dije en alguna de mis cartas que se había ido e

vivir a Tetuán con su marido, porque, según me dio a entender, él estaba destinado al servicio de información en aquella zona.

—Sí, pero, ¿y después?

—Nada, no he vuelto a verla ni a saber nada de ella.

Me eché sobre la cama y me dispuse a ordenar mentalmente aquella confusa relación de datos, nombres y recuerdos. ¡A ver, a ver! De manera que Matilde... Pero se desplomó sobre mí la oscuridad y fui arrebatado por un sueño mineral, sin memoria.

III

—¡Federico! ¡Chico!

Fue como si el sol me picase en los párpados y abrí los ojos. De pie, junto a mi cama, Alfonsina me instaba por señas a que me levantase.

—Vamos a cenar, hombre. Fernando ya está sentado en la mesa esperándote.

El cuerpo me pesaba como un fardo y mi deseo hubiera sido seguir en la misma postura y que me dispensasen de la cena porque no tenía apetito ni ganas de hablar, y quise decírselo así a mi hermana, pero ésta había desaparecido mientras tanto. Tuve que hacer, por ello, un gran esfuerzo para incorporarme. Sentado en la cama, me restregué los párpados. Me dolía la cabeza y tenía seca y agria la boca.

—¡Pero, Federico! —gritó nuevamente Alfonsina desde el comedor.

—¡Vamos, señor dormilón! —contrapunteó una voz de hombre que quería ser amable.

Me puse en pie de un salto y, cuando entré en el comedor, me vi obligado a cerrar los ojos, deslumbrado momentáneamente por la hiriente luz de la lámpara. Al abrirlos de nuevo, tenía junto a mí a Fernando con la mano extendida.

—¡Encantado de tenerte con nosotros, Federico!

Le estreché la mano maquinalmente.

—Gracias, muchas gracias, Fernando.

Fernando se sentó sin más cumplimientos y me dijo:

—Hala, siéntate —extendió la servilleta sobre su pecho y continuó diciendo—: Cansancio y sueño, ¿verdad? —y, sin darme tiempo a contestarle, agregó—: Son mis dos enfermedades crónicas.

De codos sobre la mesa, yo le examinaba atentamente, asintiendo en silencio, y por pura cortesía mecánica, a todas sus afirmaciones.

—¿Y qué, qué tal en la cárcel? Mal, claro, muy mal. Mucha disciplina, mucho aburrimiento y poca comida, ¿eh?

Alfonsina servía la sopa y Fernando la atacó seguidamente, sorbiéndola con ruido. Entre cucharada y cucharada, completó su idea:

—Aunque un descansito así no nos vendría mal a todos alguna vez.

Mi hermana hizo un irreprimible gesto de desagrado.

—Pero ¡qué cosas se te ocurren, Fernando, por Dios!

El marido miró a la esposa con la cuchara en la mano y poniendo cara de asombro.

—Si crees que mi vida, por ejemplo —dijo, encogiéndose de hombros—, es envidiable con noches de veinticuatro horas...

Tuve que intervenir.

—Pero tú tienes, en cambio, esposa, hija, hogar...

—Sí, sí, sí, eso parece. Pero es lo contrario. Me tienen a mí, que salgo a las ocho de mí casa, cuando mi hija duerme todavía y regreso, como todos los días, cuando ya está otra vez en la cama.

La casa la tengo sólo para dormir, y con mi mujer no puedo hablar más que los domingos, a última hora, y entonces es para tratar las eternas cuestiones de dinero: que si no llega este mes, que si hay que comprar unos zapatos, o una toalla o unos calcetines. ¿Qué te parece mi vida? Di, Federico.

A pesar de sus torpes y desabridas palabras, sorprendí en sus ojos un violento deseo de llorar. Era la pregunta de un hombre que se cree inmensamente desgraciado y no sabe a quién culpar por ello. Allí, en sus ojos, asomaba únicamente la desesperación de un hombre que intentaba defenderse lanzando zarpazos al aire.

—Oyéndote, parece que los demás tenemos la culpa de que la vida se haya puesto tan difícil —se quejó Alfonsina Yo también sufro las consecuencias y no me quejo. ¿O es que te crees que yo soy de piedra? Lo que pasa es que los hombres no tenéis aguante para nada.

Fernando buscó mis ojos con los suyos.

—¿Lo ves? Alfonsina lo encuentra todo tan natural que así no hay forma de entenderse.

Mi hermana se levantó para ir a la cocina y yo aproveché su ausencia para ofrecer a mi cuñado una explicación del problema en términos objetivos e impersonales.

—Lo que tú sufres y sufren tantos millones de seres no es por culpa de nadie concretamente, sino del sistema, del injusto principio que rige las relaciones entre los hombres. Las leyes están hechas por los fuertes en perjuicio de los débiles. Si no hubiera clases inferiores tampoco las habría superiores. ¡Eso es todo y no le des más vueltas!

Siguió un breve silencio y reapareció Alfonsina con el segundo

plato, unas patatas barnizadas con huevo en forma de tortilla, que repartió reservándose para ella el trozo más pequeño. Fernando, enmudecido, comía apresuradamente mientras yo seguía diciendo:

—Por consiguiente, es inútil lamentarse, y, poco inteligente, atribuir la responsabilidad de que las cosas sean así a una o a unas personas determinadas. No. Conocemos demasiado los efectos, porque nos damos de bruces con ellos, pero nos resistimos a admitir que la causa está fuera de nosotros, en la sociedad que nos rodea y que nos ha sido impuesta.

—¡Bah, bah, bah! —me interrumpió—. Esas no son razones, Federico, sino palabras, sólo palabras. —Se encogió de hombros y agregó—: En fin, no hablemos más de ello.

Me pareció una indelicadeza interrumpirme con palabras tan despectivas, pero no quise seguirle por el mismo camino y guardé silencio, no sin hacer patente mi disgusto con un gesto muy expresivo. Prosiguió la cena, desentendidos de la compañía y sólo atentos, al parecer, al plato que teníamos delante, en el que la tortilla desaparecía con mayor rapidez de la que deseáramos, sobre todo el dueño de la casa, que daba muestras de desasosiego y comía de prisa, como si tuviera que salir corriendo para cualquier sitio y me dirigía frecuentes miradas de soslayo, hasta que, al fin, rompió el silencio para decirme:

—¿Por qué no te marchaste, Federico? Muchas veces le hice a tu madre esta misma pregunta, pero ella nunca supo contestarme y no pudimos aclararlo ni salir de dudas.

—¿Marcharme? ¿A dónde?

—Al extranjero, hombre, al extranjero. Al terminar la guerra, debiste seguir el ejemplo de tus jefes políticos. Mira cómo a ellos

no les ha pasado nada.

Comprendí que lo que buscaba era herirme de alguna manera para desquitarse de sus anteriores manifestaciones de impotencia. Yo, por mi parte, consideré que había llegado el momento de hacerle frente y aclarar de una vez todos los malentendidos que pudieran interponerse entre nosotros.

—No me importa lo que hicieran los demás —contesté—. Yo hice lo que creía que era mi deber, sin que nadie me lo ordenara. Por otra parte, soy de los que piensan que los hombres debemos afrontar las consecuencias de nuestros actos. Yo no había matado ni robado y, por consiguiente...

—¡Bah, palabras otra vez! —y retirando de delante de sí el plato vacío, me miró fijamente—: No sé qué podías esperar de tus enemigos, ¿que te felicitaran tal vez? —sonreía con aire de preceptor, cerrando a medias los ojos—. Vamos, Federico, no me negarás que fuiste un ingenuo.

¿Qué hacer, qué actitud tomar ante una provocación tan estúpida? Pensé que no valía la pena soliviantarme y le repliqué, sonriendo, a mi vez, con displicencia.

—No, hombre, no. No esperaba felicitaciones ni parabienes, porque no creía que los vencedores fueran ángeles ni mucho menos y sí, por el contrario, hombres embravecidos por una lucha difícil y larga. Como es natural, no podía saber exactamente lo que harían conmigo, pero no era yo tan insensato como para no sospechar que me esperaba una dura prueba, tal vez años de internamiento y de trabajos forzados.

—¿Y no se te pasó por la imaginación que te condenaran a muerte?

—Eso, no.

—¿Qué hubieras hecho en el caso de sospechar que pudieran fusilarte? ¿Te hubieras quedado en Madrid de todas maneras?

Moví la cabeza dubitativamente y, tras una breve pausa, después de mirar alternativamente a Fernando y a Alfonsina, respondí:

—Qué sé yo... ¿Cómo quieres que te diga ahora lo que hubiera decidido entonces dadas esas premisas? Podría contestarte cualquier cosa, pero la verdad es que los puntos de vista cambian con el tiempo. Sabía lo que les había ocurrido a miles de compañeros míos huidos a Francia y, ciertamente, no era muy alentador que digamos. Así que...

—¿Lo hubieras intentado, sí o no?

—Pues tal vez no.

—¡No te creo! —exclamó rabiosamente Fernando.

Opté por encogerme de hombros, dando así a entender a mi cuñado que me importaba un bledo lo que él creyese o dejase de creer, y que yo me consideraba muy por encima de sus juicios. Como la cena ya había terminado, nuestros ojos se encontraron involuntariamente, produciendo una violenta situación de silencio cargado de tensiones. Entonces intervino mi hermana:

—Aparte de todo —dijo—, yo también creo que debiste entonces marcharte al extranjero. No hubiéramos sufrido tanto, y acaso mamá...

—Eso —le interrumpió Fernando, quien añadió, imprudentemente—. Tu madre quizá viviera aún. La pobre murió realmente de pena.

Aquellas palabras envolvían un reproche cruel que me hería en lo más íntimo. Además, la coincidencia del matrimonio en la misma conclusión delataba que no era aquel un juicio espontáneo

e improvisado, sino la cristalización de un pensamiento alumbrado, gestado y discutido en común muchas veces. Sentí entonces que me temblaban las piernas como me sucede siempre en momentos de gran excitación.

—¿Vosotros insinuáis que yo he matado a mi madre, vamos, que soy un parricida? —les grité.

Me había incorporado a medias sobre la silla y, con las manos agarradas a los bordes de la mesa, y adelantado el busto, debieron creerme dispuesto a saltar sobre ellos, porque Fernando se retrajo instintivamente y Alfonsina se puso en pie, pálida.

—¿Cómo se os ha ocurrido pensar semejante monstruosidad? —les increpé.

Alfonsina me cogió por un brazo y me apretó fuertemente una mano.

—Vamos, Fede. Nos has entendido mal o nosotros no nos hemos explicado bien. ¿Cómo íbamos a ser capaces de pensar una cosa así?

—Claro, hombre. Es algo que no se nos ocurrió ni podía ocurrírsenos nunca —y Fernando, levantándose también de la silla, vino a mí y trató de aplacarme con unas palmaditas en el hombro.

Yo tuve que hacer un gran esfuerzo para serenarme, respirando como si hubiese estado buceando bajo el agua largo rato. Disminuyó la tensión, como baja la temperatura en un termómetro, y Fernando aprovechó el momento de calma para iniciar su retirada.

—Perdonadme, pero me voy a dormir. Estoy lo que se dice tronchado.

Persistía, a pesar de todo, un aire de tormenta que Alfonsina

hubiera querido disipar por completo, suavizando el tono, cambiando de palabras o llevando la conversación por otros derroteros. De ahí que quisiese retener a Fernando.

—Pero si mañana es domingo, hombre.

Fernando se encogió de hombros.

—¿Y qué? Tengo trabajo duro para toda la mañana, como ocurre los domingos —y, dirigiéndose a mí, añadió:

—Las mujeres creen que está uno siempre dispuesto para discutir asuntos de familia. No tienen enmienda. Pero luego, cuando necesitan cuartos, no tienen compasión y te los exigen sin contemplaciones. De pronto, pierden su dulzura y se olvidan de hablar de las musarañas. ¡Dinero, dinero, dinero! Bah, te aconsejo que no les hagas nunca mucho caso. Conque, hala, vamos a dormir. Ya verás cómo mañana te parecerá todo menos oscuro. Y, por supuesto, ni que decir tiene que estás en tu casa, Fede.

Miré a mi hermana y ella me hizo un leve gesto de resignación, siguiendo después a Fernando, quien se volvió desde la puerta para añadir:

—Porque aquí, realmente, el único extraño soy yo...

Hubiera querido encender un cigarrillo para calmar mis nervios y poder concentrar mis ideas, pero no tenía ni una brizna de tabaco. ¡Qué deleznable, qué triste, qué penoso y qué descorazonador era lo que acababa de ver y oír! Desde luego, nunca esperé encontrarme una familia situada en la abundancia y en el bienestar, pero sí unas personas unidas por el mutuo amor y las mismas ilusiones compartidas, en un hogar cálido, donde los sentimientos nobles del corazón estuvieran muy por encima de las miserias materiales, un rincón, en fin, de paz y concordia. Y no era así, desgraciadamente. Alfonsina era una mujer desencantada,

movida sólo por las urgencias elementales de su monótona y gris existencia, y Fernando, un ser resentido, consciente de su fracaso. Entre aquellas paredes no quedaban más que las cenizas de un proyecto común de felicidad que ardió, como el papel, al primer chispazo de disentimiento. No es que se odiaran, no, pero cada día estaban más lejos el uno del otro. Se veía claramente que no se comprendían ni intentaban ya comprenderse, y que cada uno consideraba al otro responsable de su propia infelicidad. Él, vencedor vencido y ella, implicada fortuitamente en la derrota, eran víctimas en su amor de las furias de la guerra civil. Amándose, Fernando y Alfonsina habían conculado las leyes góticas del vencedor, que abrían un foso insalvable entre vencedores y vencidos. ¿A dónde iríamos a parar si se mezclaban las sangres y los intereses de aquéllos y éstos? ¿Qué sería en ese caso de la gran victoria, de la definitiva victoria de los buenos españoles sobre los malos, de los legítimos españoles sobre los españoles bastardos? Dios sólo estaba con los que habían luchado en las filas de Franco, el enviado por la Providencia para salvar a España de sus enemigos, los enemigos de Dios. Así lo había dicho el Papa, así lo habían dicho los obispos y eso mismo decían a todas horas los curas, los periodistas y los decretos oficiales. Fernando y Alfonsina, sin saberlo, se habían situado fuera del coto de los elegidos. En el fondo, ésa era la razón de que Fernando creyera que su amor por Alfonsina había sido la causa de su desgracia, y que Alfonsina reprochase, a su vez, a Fernando el que no hubiera sido capaz de hacer valer sus derechos de vencedor para compartirlos con ella.

—Apenas se ha echado en la cama se ha quedado dormido como una piedra.

La voz de Alfonsina interrumpió mis cavilaciones.

—Pero, antes de cerrar los ojos —siguió diciendo mientras recogía la mesa—, me ha preguntado si tú sabes contabilidad. Yo le he contestado que nunca te he oído hablar de semejante cosa, pero que, a lo mejor, en la cárcel... ¿No me dijiste que estabas aprendiendo inglés?

—Sí —contesté—, he aprendido algo de inglés en la cárcel, aprovechando las lecciones de un compañero que había residido en Inglaterra y que lo hablaba correctamente, pero no tengo ni la más remota idea de la contabilidad.

Ella se volvió para mirarme.

—Pues es una lástima.

—Una lástima, ¿por qué?

—Pues porque podría valerte ahora de mucho. Eso es lo que dice Fernando.

—Siento defraudarle una vez más, Alfonsina.

—No creo que sea para tanto, Fede. Ya te abrirás camino en otra dirección, ¿no?

Y sonreía.

*

Caía lentamente la tarde sobre la Gran Vía, y yo marchaba despacio, abriéndome camino por entre la gente que circulaba por sus amplias aceras. ¡Qué diferente resultaba a mis ojos de aquella otra Gran Vía que yo tantas veces recorriera en mis tiempos de estudiante o, después, en los dramáticos meses del asedio a Madrid por las tropas franquistas! Antes de la guerra era todavía

una calle inconclusa, a medio hacer, y su popularidad quedaba muy por bajo de la que gozaban la Puerta del Sol y la calle de Alcalá hasta Cibeles, en las que se congregaban los forasteros de todas las provincias, los agitadores de todas las ideas, y los arbitristas profesionales, los bohemios, vagos, vendedores de corbatas y de gomas para los paraguas, timadores, proxenetas, cazadores de fortuna, homosexuales, busconas, chulos y mendigos, cesantes, correvidiles, políticos, literatos y periodistas, en sus cafés, terrazas, aceras y esquinas, garitos y mingitorios, ofreciendo un espectáculo disonante, abigarrado y fascinador, hasta la amanecida. Y fue durante el sitio precisamente cuando la Gran Vía comenzó a crearse su propia personalidad y a atraerse las grandes concentraciones humanas, porque las gentes de Madrid, perseguidas noche y día por el hambre, el frío o el calor, por el miedo y la muerte, se daban cita allí, en busca de sus cines, para escapar por unas horas de la tragedia heroica que les había tocado protagonizar. Y ello, pese a los bombardeos de artillería que los sitiadores tenían sincronizados perfectamente con las horas de entrada y salida de sus espectáculos. Los obuses ciegos segaron muchas vidas entre sus viandantes, arrancaron balcones y cornisas, traspasaron la torre de la Telefónica, sembraron su pavimento de cascotes, vidrios, chatarra de automóviles y tranvías, y de farolas arrancadas de cuajo. Pues ni aun así se amedrentaba la gente y una y otra tarde se jugaba la vida por un rato de evasión. Sin embargo, sus comercios vacíos, sus escaparates reventados por las explosiones, los hoyos que salpicaban su suelo, las cicatrices abiertas en las fachadas de sus edificios y la espesa capa de polvo que cubría todas sus superficies, daban a la calle un aspecto desolador. La devastación

y la ruina se habían señorreado de ella. Por eso, la Gran Vía que yo miraba con asombro la tarde de mi primer domingo en libertad apenas podía identificarla con la Gran Vía que antaño me fuera tan familiar. La veía como un inmenso escaparate, como una feria permanente, como un bazar de todas las fantasías comerciales. Sus tiendas, por ejemplo, no conservaban ya nada de su estilo mesocrático anterior. Por el contrario, se exhibían como desafiantes alardes de riqueza y audacia. Espejos, mármoles, figuras y colores, formaban conjuntos fantásticos, en los que la luz y el aire constituían elementos dominantes en la decoración... Tal me lo parecía a mí, porque ya había oído hablar del desbordamiento torrencial del comercio madrileño, aunque nunca pude imaginar que los fenicios de la villa y corte se hubieran dejado seducir hasta ese punto por el lirismo ornamental. Claro es que no me engañaban las apariencias aunque me impresionasen. No era el lujo, el suyo, el de una economía próspera, competitiva y creadora, no. Era el lujo procaz de una nueva clase de ricos improvisados, surgidos del fraude, el agio, la depredación y el contrabando. En medio de la miseria extenuadora del pueblo, todavía acampado en el cenagal heredado de la guerra, una minoría de victoriosos, armados de sus patentes de corso, exprimía la riqueza del país —poca para todos, pero mucha para pocos— y la monopolizaban en su exclusivo provecho, libérrimamente, ostentosamente, agresivamente, gloriosamente, ante el estupor de sus famélicos conciudadanos, ante el juicio preestablecido de la Historia y ante la mirada benévola de Dios. España era un botín. Esto era tan evidente que el esplendor de la Gran Vía me abrumaba, me aplastaba, como si todo el peso, incalculable, de la derrota se me echase encima.

Por la mañana recibí una sorpresa muy agradable mientras dormía. De pronto, sentí el suave roce de unos dedos en los párpados y abrí los ojos al tiempo que una voz de mujer me preguntaba:

—¿A que no me conoces? ¡Quieto! No vale hacer el burro. ¿No sabes quién soy?

Tenía sobre mí un rostro desconocido, velado por la sombra y, por consiguiente, indescifrable. Además, el brusco despertar me había dejado atónito. A mi cerebro, varias horas varado en la inconsciencia, le costaba mucho trabajo recobrar la lucidez.

—Conque no me conoces, ¿eh? —insistió el fantasma mañanero.

Empecé a sospechar vagamente. Sin embargo, contesté:

—No. No sé quién puedes ser.

—Pues espera, majo.

Entonces encendió la luz eléctrica.

—¿Y ahora?

Se confirmaban mis sospechas.

—Susanita, ¿verdad?

—Vaya, hombre. Pero no lo dices con mucho entusiasmo.

—Si no me dejas respirar —me excusé.

Me senté en la cama y la examiné lentamente con la mirada. Era Susana, sí. Sus mismos ojos grandes y expresivos, la misma pequeña nariz, su mismo gesto malicioso. Su cuerpo era lo que había cambiado. Entonces, cuando la conocí, me pareció desgarbaducho y asexuado, pero ahora se me aparecía en plena granazón y, en él, se insinuaban los atributos femeninos en toda su plenitud.

—¡Jesús, cómo miras! ¿Es que te he decepcionado?

—Ca. Todo lo contrario. Como me había dicho Alfonsina que eres profesora, yo te imaginaba de otro modo: hombruna y con unas gafas horribles.

La muchacha rió jovialmente y, luego, dijo:

—Pero, primo, aún no nos hemos dado un abrazo —y, mientras yo la abrazaba suavemente, apartó su rostro para decir—: Bueno, y un beso, pero aquí —y me ofreció una mejilla.

—Creo que para un simple primo ya está bien.

Se sentó después en la cama.

—Fernando —alegó— se encuentra en el comedor haciendo números y no es cosa de interrumpirle. Por lo tanto, tenemos que hablar aquí.

En ese momento apareció en la puerta Alfonsina llevando de la mano a Carlota, a quien empujó suavemente hacia mí, diciendo antes de retirarse:

—¡Duro con él, Susana! Sacúdele un poco, a ver si le despiertas de verdad.

—No te preocupes, Alfonsina. A este mozo lo enderezo yo.

La niña se había acurrucado a mi lado, pero Susana no me dejó entretenerme mucho tiempo con ella.

—Y ahora, ¿qué? Vamos, explícate, Federico —y Susana me miró a los ojos, repentinamente seria y atenta como una profesora.

Me sentí molesto. ¿Es que quería oír de mis labios la rancia historia de mis desdichas? ¿Era Susana una chica novelera, ávida de sensaciones? ¿Revolver en mis recuerdos para satisfacer su curiosidad morbosa? ¡Ah, eso sí que no! Pero ella debió leerme el pensamiento, porque se adelantó a decir:

—De atrás, nada, ¿eh? Lo pasado, pasado. Lo único que me

interesa saber es si te acuerdas todavía de quién eres.

Hombre, me gustó aquella manera de enfocar la cuestión.

—¿Y quién crees tú que soy yo, Susanita? —le pregunté.

Y ella respondió sin vacilar:

—Un hombre inteligente. Tú podrías decir ahora que te fue arrebatado todo menos la inteligencia.

—Y menos el honor, querida prima.

—Por supuesto, querido primo, por supuesto. Quise decir un hombre inteligente y honrado.

No esperaba ciertamente esa salida. Así que ni héroe, ni víctima, ni equivocado, ni loco...

—Gracias.

Mi prima hablaba en serio, plenamente convencida de lo que acababa de decirme. En cambio, yo no estaba tan seguro. La fe de Susana podía explicarse teniendo en cuenta la circunstancia en que nos conocimos. Ella era aún una niña en aquella época y yo, todo un hombre. Diez años de diferencia nos situaban en planos muy distantes.

—Mira, Susana —le dije, intentando ser más objetivo y desapasionado que ella—, así como yo te recordaba royéndote las uñas, tú guardabas de mí la imagen de un hombre superior. Ahora no es cierto ya ni lo uno ni lo otro. El primo Federico, que entonces pudo explicarte algunas cosas que tú no entendías, ya no es capaz de enseñarte nada. Desengáñate: yo no soy lo que tú creíste entonces que yo era.

Mientras yo hablaba, ella movía nerviosamente la cabeza y, cuando hube terminado, insistió en términos inequívocos:

—No disimules. Tú sabes muy bien que es verdad lo que yo te he dicho.

Era imposible vencer de frente la opinión cristalizada en una cabeza tan voluntariosa y terca como la de mi prima.

—Está bien. Y ya que lo crees así, ¿quieres decirme qué es lo que yo debería hacer ahora? Vamos, habla, dilo.

—Vencer —contestó terminantemente y, sin dejarme recobrar del asombro que me produjo la palabra, continuó diciendo—: Sí, Federico, vencer, pero en tu propio terreno, en el de la inteligencia. ¿Que la mala suerte te ató de pies y manos mientras los demás seguían corriendo? Bien, ¿y qué?

Pues, ahora, tú puedes y debes adelantarles, pasarles, demostrarles que estás entre los mejores. Ante la enemiga que te salga al paso, tú tienes que decirte a ti mismo: *Yo puedo con todos*. Si quieres, lo conseguirás. Y esto es lo que yo he venido a recordarte, primo. No permitas que el rencor te ciegue ni que la soberbia te desvíe. ¡Tú eres tú!

Sorprendentemente, aquella muchacha era un chorro de energía férvida y vivificadora. Transfigurada por el entusiasmo, llegó a conmoverme. La influencia de su voz, de su mirada y de sus gestos resultaban tan estimulantes como el alcohol. Además, era muy femenina. Al gesticular, le temblaban los breves pechos bajo la blusa de seda. Qué hermosa, qué radiante, qué incitante me parecía. ¡Dios! Ni la conciencia de su parentesco carnal conmigo ni la diferencia de edad pudieron impedir que despertasen mis impulsos más profundos. Ah, sí, la hubiera besado, abrazo y poseído allí mismo, sin ningún escrúpulo y sin temor a las consecuencias. Pero Susana debió advertir mi turbación, porque atrajo hacia sí a la niña y me dijo, amenazándome con el índice:

—Cuidado, señor revolucionario. Prohibido hacer el tonto. Me sentí entonces íntimamente avergonzado y traté de disimular y

salir del paso lo más dignamente posible:

—Es que me asombras, primita. Nadie creería al verte que seas una persona tan enérgica —y, ya dueño de mí, le pregunté—: ¿Por qué no me cuentas ahora algo de tu vida? Ya te has metido bastante conmigo, ¿no?

Susana me miró atentamente a los ojos y sonrió, desarmada. Mientras, la tensión provocada en mí por su atractivo físico habíase calmado y pude hacerme algunas reflexiones.

¿Quería Susana jugar conmigo para ver hasta qué punto era yo sensible a sus encantos de mujer? Quizá. En toda hembra hay siempre una coqueta al acecho, aunque no sea más que para satisfacer su vanidad, por puro narcisismo. ¿Era Susana una coqueta?

—De mí hay poco que decir, y eso ya te lo contaré en otra ocasión, con más tiempo, si es que te interesa. Ahora, no. Ya es tarde y aún tengo que ir a misa —y se levantó, añadiendo—: No soy beata, ¿sabes?, pero sí creyente. No creo que esto te importe mucho, ¿verdad?

—Pues claro que no, primita. Mi lema es respetar las ideas y las creencias de los demás para que los demás respeten las mías.

—Así nos entenderemos estupendamente. Y ahora, a lo dicho. Prometo ser el tábano que no te deje en paz. —Cogió de una mano a Carlota y se la llevó, diciendo—: Vamos, Carlota, que el tío tiene que vestirse.

Y desaparecieron ambas, aunque yo no viera a la pequeña Carlota, porque no tenía ojos más que para el leve contoneo de Susana al andar. Sonó la puerta y me quedé a solas nuevamente. Entonces penetró por el ventanuco el sonsonete reptante de una canción que unos chiquillos repetían a distancia, quién sabe

dónde:

*Rascayú,
cuando mueras, ¿qué harás tú?
Tú serás
un cadáver nada más.*

Por un momento me había rozado el ala de la gracia, y el retorno a la sórdida realidad circundante me hizo sentir más hondamente mi desarraigo. La juventud y la belleza de mi prima y, sobre todo, su esplendor vital, eran como un toque de clarín, como una llamada. Pero una llamada, ¿a qué? *Ella pertenece a otro mundo*, me dije. Sí, pertenecía al mundo de los vencedores, en que toda ambición podía realizarse y ser premiada. En cambio, el mío era el de los vencidos, en el que un hombre como yo era simplemente un desposeído sin derecho alguno, pues hasta la vida la debe a un descuido o a una omisión. Ella no podía comprender esa enorme diferencia que nos separaba. Sin embargo, me había sacudido fuertemente, como sacude un ramalazo de viento las plantas en un huerto cerrado. ¡Vencer! Sí, pero ¿cómo?, ¿en qué? Oí por último su voz al despedirse de Fernando. (*¡Adiós, Pitágoras!*) ¿Cómo? ¿En qué? Preguntas obsesivas que me martilleaban, porque el eco de sus incitaciones seguía removiendo en mi conciencia la hojarasca de las ambiciones juveniles en ella sedimentadas y adormecidas. Por eso, apenas escuché lo que me dijo mi hermana ni puse atención en el saludo y en las palabras de mi cuñado:

—¿A que te sientes mejor esta mañana? Pues ya ves, para mí no hay domingos. Cuesta mucho sostener una casa, mucho. Ya me ha dicho Alfonsina que no sabes contabilidad. Y es una pena, porque hubiera podido encontrar un buen trabajo para ti. No es que lo paguen bien, pero más vale poco que nada, ¿no te parece?

Desayuné la mixtura de un poco de leche con agua de cebada tostada, dije que no me esperasen para el almuerzo y me eché a la calle. Oh, la calle. Gentes. Luz. Movimiento. Bocanadas de aire meloso. *Vencer, sí, pero ¿cómo, en qué?* ¿Y si me encontrase de nuevo con Susana, allí, entre la multitud? ¿Por qué no? ¿A dónde se habría dirigido después de salir de la iglesia? ¿Tendría tal vez una cita? ¿Con quién? Miraba a las muchachas buscándola a ella. Todas andaban sobre zapatos muy altos, sin tacones, y vestían faldas hasta media pantorrilla. Cualquiera de ellas podía ser Susana, pero ninguna lo era. Al entrar en un café de la Puerta del Sol, oí cantar por la radio el estribillo:

*Sin novedad, señora baronesa,
sin novedad, sin novedad...*

Compré una ficha para poder utilizar el teléfono público, por treinta céntimos. La llamada era para Valladares. Tenía necesidad de hablar con él. Concertamos la cita:

—Déjate caer por aquí a eso de las siete. Estaré solo porque mi mujer tiene que ir a un sanatorio para ver a una amiga enferma. Así podremos charlar más a gusto. Te espero, Federico Los parroquianos tomaban café o bebían cerveza. Algún solitario leía

un periódico, pero los más discutían las posibilidades de victoria de los diferentes equipos de fútbol que se enfrentarían aquella tarde. Sólo me miró la cerillera y entonces sentí la irreprimible necesidad de fumar y le compré dos cigarrillos «ideales». Prendí uno inmediatamente y di la vuelta alrededor de la plaza saboreando con deleite el humo del tabaco hasta que sentí la punzada de la lumbre en las puntas de los dedos. Entre tanto, y sin abandonar la esperanza de un encuentro súbito con mi prima, llegué a la cola formada en la parada del tranvía. Allí se comentaba el hecho de los frecuentes cortes en el suministro de la energía eléctrica que dejaban parados los tranvías en cualquier punto de su recorrido, por lo que resultaba absolutamente imprevisible el tiempo de duración del viaje e, incluso, saber si el vehículo llegaría o no a su término.

—Pues en el «metro» es aún peor porque se suele parar casi siempre en medio de un túnel y tienes que esperar allí, sin poder abandonar el vagón y medio asfixiado, hasta que se ponga en marcha. Ayer me ocurrió a mí dos veces el percance. Por eso prefiero el tranvía porque, por lo menos, estás al aire libre.

Vi pasar algunos taxis, pocos y destortalados, vertiendo en el aire, desde la horrible giba de sus gasógenos, un reguero de humo y de carbonilla.

—De modo que no tenemos ni trigo, ni electricidad, ni gasolina. Lo que se dice nada de nada —se lamentó un hombre en alta voz, sin dirigirse concretamente a nadie. Era un tipo moreno, huesudo y malencarado. Siguió diciendo—: Otros países, después de seis años de guerra, y qué guerra, ya han tirado las cartillas de racionamiento, mientras que nosotros seguimos todavía agarrados a ellas. Y luego dicen que somos los más grandes...

—Oiga usted. Como siga por ese camino, llamo ahora mismo a un guardia para que le den un buen repaso en la comisaría — chilló, enfrentándosele un individuo que pasaba por allí y se detuvo al oírle, bien vestido y con aspecto de estar sobradamente alimentado.

—¿Por quién va eso, por mí? ¿De qué, hombre, de qué?

—Si, a usted. ¡Por rojo!

El altercado produjo una doble reacción. Mientras algunos colistas, especialmente varones, se retraían y se alejaban de los contrincantes, otros, mayormente mujeres, les rodearon, y, entre los paseantes, unos seguían de largo, como huyendo de la quema, y otros se paraban y acrecían el grupo de los curiosos. Yo me mantuve en mi sitio, pero observando con mucha atención el desarrollo del incidente.

—¿Rojo yo? —replicó vehemente el primero, con las venas de la garganta tensas como cordeles—. Treinta meses en primera línea dando el callo, y herido en el Jarama y en el Ebro. ¡Rojo será usted! Bueno, usted tiene pinta de algo peor. Usted tiene cara de emboscado y enchufado. Y, si no, dígame dónde ha hecho la guerra. Vamos, dígalo.

El aludido le miró con aire de superioridad y dijo, como si le aplastara:

—En la cárcel.

—¿En la cárcel? ¿Dónde?

—Aquí, con los rojos.

—Conque en la cárcel, ¿eh? ¿Y por qué no se pasó a los nacionales, como hice yo?, porque también a mí me cogió la guerra en zona roja.

—No pude.

—Coño, qué bien. No pude, no pude... ¡Leches! Diga que no quiso jugarse el pellejo. Y luego, ¿qué? A chupar del bote, ¿no? Ya se ve que no ha perdido usted el tiempo. ¡Bah! —y le volvió la espalda tras haber hecho un gesto despectivo con la boca, tan insultante como un escupitajo.

El otro quedó desconcertado y, en su indecisión y aturdimiento, no encontraba las palabras precisas para apabullar a su contradictor. Estaba verde de ira, pero no halló otra manera de desahogarla y de salvar su dignidad que encogerse de hombros, estirarse la chaqueta y mirar retadoramente a los espectadores. Luego, se abrió bruscamente paso entre los que le rodeaban y continuó su camino mascullando dícterios ininteligibles.

Se rehizo la cola y cada cual volvió a ocupar su sitio. El excombatiente franquista siguió murmurando por su cuenta, como si hablara consigo mismo. (*Con tipos así, no se va a ninguna parte. Estamos listos. Dé usted la cara en el frente para que vengan luego estos espabilados a comerse la carnaza y, usted, a joderse como está mandado*), sin que nadie pretendiera entablar conversación con él. Y, al fin, llegó el tranvía, renqueante y sucio. Volcó la humanidad que llevaba dentro, como si fuera chatarra, gente de los barrios, maloliente, vestida a lo pobre, es decir, con prendas de saldo y de desecho, y engulló en un santiamén la nueva carga, del mismo pelaje, hasta casi reventar. A mí me arrastraron a la plataforma delantera, junto al conductor, cuya barra protectora se me clavó en el estómago.

—¡Completo! —gritó el cobrador, invisible para mí.

Entonces, el conductor, después de colgar sobre el cristal parabrisas una chapa donde se leía «completo», puso en marcha el armatoste. Fuimos sacudidos, comprimidos, empujados,

magullados. A poco de ir marchando, una mujer se quejó de la presión a que estaba sometida.

—¡Jesús, no puede una ni respirar!

Fue la señal para iniciar la batalla.

—¡Las manos, arriba! —chilló otra mujer.

—Mire bien, yo no he sido.

Y la réplica:

—El que sea, que se vaya a sobar a su madre o a su tía.

Una voz de hombre se elevó sobre el oleaje de rumores:

—A ver si lo que te pasa, muñeca, es que estás revenida.

Siguió un abucheo general (*¡Hala!*) y gruesas invectivas en voces femeniles (*¡Cerdo! ¡Guarro! ¡Bocazas!*). El tranvía no se deslizaba por los rieles, sino que cabeceaba y brincaba, como si trotase, sobre el adoquinado. Pese a la advertencia de «completo», en cada parada eran más los que subían a él que los que lo abandonaban. Por consiguiente, las apreturas excedían los límites de las leyes físicas de la compresión de los cuerpos. Éramos un coágulo, un mismo aliento, un mismo sudor y una misma pestilencia. El cobrador intentaba vanamente hendir aquella masa impenetrable con el propósito de cobrar el billete a los pasajeros. Golpeaba furiosamente la caja metálica y gritaba, ya ronco:

—¡Por favor, por favor!

Nadie se daba por aludido. Y, por si fuera poco, el cobrador tenía que aguantar las pullas anónimas que le lanzaban desde todas partes:

—¡Que no lo va usted a heredar, hombre!

—¿A qué viene esa prisa por cobrar?

—Ya, ya. Cualquiera pensaría que viajamos en primera.

—Más le valiera a la compañía mejorar el servicio y tratarnos

como a personas, pero eso no le interesa, ¿verdad?

—A estos tíos no hay quien los aguante en cuanto se ponen el uniforme, como si fueran capitanes generales con mando en plaza, no te jode.

Nadie se movía y el cobrador, con la mugrienta gorra sobre el cogote, se resignaba o se exponía a que alguien le clavase el codo en un costado. Pasado el Puente de Segovia, y después de un breve y silencioso forcejeo empleando los puños y las rodillas, logré abandonar aquella jaula, despeinado, descorbatado y casi deschaquetado. Y, por supuesto, sin pagar, lo que significaba un notable ahorro para mis finanzas, que no iban más allá de las tres pesetas que Alfonsina me había dado para cubrir mis gastos, todos mis gastos, aquel domingo.

Di pronto con la casa, pero como no viera a nadie en el cuchitril de la portería, entreabré la puerta de cristales del mismo y llamé a la portera.

—¡Voy, voy! —me contestó una voz, y apareció Rosario, más flaca, más canosa y muy avejentada—. Te esperábamos —y vino hacia mí con los brazos abiertos y, al mismo tiempo que nos abrazábamos, gritó—: ¡Manolo, Manolo, es Federico!

Encontré a mi gran amigo y compañero visiblemente envejecido también. Su calva había arrasado ya los últimos brotes de pelo en la bóveda de su cráneo, y tenía hondas arrugas en las mejillas y los ojos, más tristes.

—Vamos, no os pongáis a llorar ahora como chiquillos —nos amonestó maternalmente Rosario.

Me invitaron a pasar a una pequeña habitación interior, amueblada con una mesa camilla, unas sillas y un chinero con tazas y vasos en sus estantes. Por una puerta sin cerrar se veía el

tabuco de la cocina, donde difícilmente se podría manejar Rosario en el desempeño de sus quehaceres. Vi otra puerta, cerrada, y un ventanuco con reja sobre uno de esos respiraderos interiores que más bien parecen pozos. *Y luego dicen que los rojos hemos sido todos unos ladrones*, pensé.

—Tenemos que tener encendida constantemente la luz eléctrica —explicó Rosario—. Y gracias a que nos proporcionó este refugio un señor a quien Manolo echó un capote en la guerra, que, si no, estaríamos a estas horas viviendo debajo de un puente o quién sabe dónde.

Entre tanto, Molina y yo nos habíamos sentado en torno a la mesa camilla, mirándonos, sin saber ninguno de los dos por dónde empezar. Rosario desapareció para prepararnos una taza de café y nos quedamos solos los dos amigos.

—Ya era hora de que salieras también tú —dijo, al fin Molina.

—Sí. Llegó el momento en que pensé que no saldría nunca —dije yo.

—¡Cuántos años perdidos, Olivares!

—A lo mejor, no tan perdidos, Molina.

Después, Molina me contó, sin necesidad de que yo se lo pidiera, lo que sabía acerca de nuestros comunes amigos y compañeros. Pablo ejercía de médico en un pueblo de Soria, pues pudo terminar la carrera y casarse. Agustín trabajaba en Valencia. A Robleda podría encontrarle en su carnicería del mercado de San Miguel. Manolo, el del economato, tenía a medias con Jacinto, otro compañero del penal, un pequeño almacén de tejidos. De los demás: Joaquín, Jesús, Adolfo e Higinio, también excarcelados, no tenía noticias recientes.

Mientras hablaba mi amigo, su mujer nos sirvió un líquido

turbio, edulcorado con sacarina, que nos sirvió de pretexto para encender un cigarrillo.

—¿Te ves frecuentemente con alguno de ellos? —le pregunté.

—Verás: con Agustín, Pablo y Manolo, el del economato, sí, alguna vez. Pero eso ocurría al principio. Después, cada uno fue tirando por su lado hasta que nos perdimos de vista.

Yo apenas salgo de esta madriguera. ¿A dónde voy a ir y a qué? Algún domingo que otro se deja ver por aquí cualquier compañero del partido y entonces hablamos y hablamos, siempre de lo mismo, como tú y yo ahora, y de ahí no pasamos. Noticias de radio París o de la BBC, bulos, rumores; casi, casi como en el penal.

Comprendí que Molina no era el ingenuo empedernido de otros tiempos, aquel optimista a prueba de bomba, casi infantil, que mantenía en nosotros un rayo de esperanza en los momentos y en los trances de mayor pesimismo. Tantas desilusiones y tantos fracasos, ¿habían cambiado su carácter hasta darle la vuelta? ¿Iba de retirada?

—Y de organización, ¿qué me dices, Molina?

—Nada, Federico.

La hubo. Se intentó reconstruirla en los años 44 y 45, cuando la invasión de las guerrillas por los Pirineos, acompañada, simultáneamente, de una ruidosa campaña de agitación dirigida desde Francia por los promotores de la Unión Nacional y otras alianzas. Eran los tiempos de inminencias tales como la derrota de Hitler y el triunfo incondicional de los aliados, de la constitución de un gobierno republicano en el exilio que sería impuesto en España por las potencias victoriosas. Los acontecimientos se precipitaban y después de que los rusos ocupasen Berlín, se suicidase Hitler y se rindiera el ejército alemán, la fiebre

conspirativa en el interior llegó a extremos de pura insensatez, verdaderamente. Conspiraba todo el mundo, en todas partes, a tontas y a locas, mientras la policía del régimen trabajaba a placer sobre pistas facilitadas por imprudentes, chivatos y traidores. Caían en sus redes comités enteros de las organizaciones y los mejores militantes de todas las ideologías, que eran inmediatamente sustituidos en sus funciones por nuevos elementos que salían de las sombras y llenaban los huecos de las detenciones, hasta ser, a su vez, detenidos, encarcelados y sometidos a los rigores de la represión, y ser reemplazados por otros de refresco, y así sucesivamente.

—Yo anduve de un lado para otro, Federico. Llegamos a enlazar con nuestros núcleos de militantes de Andalucía, Cataluña, Levante y Norte, pero...

En resumen, conspiró con condes y generales, pero se dio cuenta no tardando mucho de que hablaban idiomas distintos, de que cada facción pretendía servirse de las otras en beneficio propio. Así, los monárquicos y exfranquistas procuraban valerse de los anarcosindicalistas y de los socialistas para cubrir su pasado con apariencias democráticas ante la opinión mundial, y éstos intentaban aprovecharse de la influencia y de las relaciones de aquéllos para arrimar el ascua a su sardina. Mientras tanto, los comunistas trataban de pescar en río revuelto. Por otra parte, advirtió también que se movían en el vacío, sin ningún auténtico respaldo popular. La mayoría del pueblo era enemiga del régimen dictatorial de Franco, pero, de hecho, también una masa inerte. El desencanto producido por la conjunción de errores que diera al traste con la República y, sobre todo, la sangrienta represión que aún mantenía repletas las celdas de condenados a muerte,

agarrotaban las energías aún subyacentes en el pueblo.

—No podíamos contar con el pueblo, y ¿qué éramos nosotros sin el pueblo? Nada. Unos grupitos de incordiantes rastreados por la policía, cuyas actividades se concretaban principalmente en reunirse, discutir y hablar, hablar, hablar... En esa situación, confiábamos en que nos sacasen las castañas del fuego desde el extranjero. Pero los del exterior esperaban, a su vez, el desencadenamiento de una vasta acción subversiva en el interior para apelar a la conciencia de los poderes internacionales e inducirles a intervenir en España. Dábamos, pues, vueltas en un círculo sin salida, y así no podíamos llegar a ninguna parte. Y, por si fuera poco, llegó el traidor de turno, Bevan, y otra vez nos vimos burlados. Quién nos hubiera dicho, cuando celebrábamos en el penal las victorias de Churchill y de Montgomery, que al fin nos daría la puntilla nada menos que un laborista inglés, ¿eh? Era lo que nos faltaba.

Aquello me hizo apartarme del juego peligroso e inútil de las conspiraciones bizantinas y desde entonces me he negado a participar de nuevo en él... —Siguió una pausa que fue como una caída en el vacío, en el lejano recuerdo, y prosiguió—: Ya lo habíamos previsto nosotros varios años antes. Creo que fuiste tú quien dijo que, si ganaban los ingleses, nos considerarían comunistas, y nada, que seguiríamos en el pozo, ¿te acuerdas? Por lo tanto... No es desertar ni rendirse, Federico, no —repitió clavando en los míos sus ojos intensamente brillantes—. Es tener sentido común, créeme. Es ver la realidad tal cual es, aunque no nos guste. Hoy por hoy no podemos hacer otra cosa que esperar. Hay que esperar, esperar, no sé hasta cuándo.

Claro que me acordaba de mi vaticinio. Sin embargo, no

compartía el criterio conservador de mi amigo Molina, o que a mí me parecía conservador. Yo pensaba, y así se lo dije, que no podíamos abandonar la lucha, única razón de nuestra existencia. ¿Qué dirían de nosotros, si pudiesen hablar, los compañeros y amigos que murieron de hambre o ante los piquetes de ejecución, si nos cruzáramos ahora de brazos? ¿Había olvidado ya mi amigo las siniestras madrugadas de las ejecuciones en los túneles del penal?

Me excedí, golpeé sin consideración ni piedad en el punto más sensible de su conciencia, y Molina, así maltratado, reaccionó emocionalmente, y me dijo, conteniendo las lágrimas:

—No he olvidado nada de aquello. Todavía esos recuerdos me despiertan a media noche, a veces entre gemidos que alarman a Rosario porque teme que me esté devorando alguna enfermedad oculta. ¡Y tanto que me duele! Sí, Federico, recuerdo y sufro. Pero eso no se puede evitar y lanzarse inútilmente al vacío, sí. Yo opino que es mejor que reservemos nuestras energías para cuando suene la hora de actuar, y entonces...

—¿Cuándo? —le interrumpí.

Molina suspiró. Volvía a él la calma, como en un trigal cuando cesa el viento, y sus ojos recobraban la serenidad y la dulzura habituales.

—Ya te he dicho que no lo sé —me contestó con voz apacible y cansada.

—¿Quién puede saberlo? Pero es indudable que algún día, quizá sin tardar mucho, reviente este tinglado de corrupción y de terror policíaco que nos aplasta. La economía está en quiebra, es un caos, a causa del descalabro de la autarquía, y porque los especuladores ni quieren ni pueden organizar seriamente un

sistema de producción y de comercio normales. No piensan en otra cosa que en enriquecerse más y más, sin importarles cómo ni a costa de quién.

Animándose a medida que hablaba, siguió diciéndome que los usufructuarios de la victoria en la guerra civil persistían en no dejar libre a la iniciativa privada, en intervenir y monopolizar las fuentes de producción, la importación y la exportación, para imponer sus rapacidades y repartirse los beneficios entre unos pocos. A juicio de Molina, el país entero se encontraba en manos de una partida de vulgares ladrones. (*No hay más cemento, ni hierro, ni camiones, ni carbón, ni hojalata, ni azúcar, ni trigo, ni aceite, ni algodón, ni caucho, ni maquinaria, ni herramientas, ni nada de nada, que el que pasa por sus manos*). Reciente estaba todavía el escándalo del trigo. Cuando aquí teníamos que comer bolas de maíz en vez de pan, los barcos cargados de trigo que nos enviaba Perón desde la Argentina eran vendidos y desviados en ruta hacia puertos extranjeros por orden de alguien que tenía poder para ello. ¿Quién era ese alguien? Desde luego, había que ser tonto de remate para creerse que fuera el secretario o el presidente del Consorcio de la Panadería de Madrid. No. Las órdenes eran impartidas desde las alturas del poder, pero se culpaba de ello a los del Consorcio, cabezas de turco en este caso, porque alguien tenía que pagar el crimen. Por supuesto que el hambre y la desesperación de todo un pueblo tienen también sus límites. No se puede abusar tanto de su paciencia ni de los efectos paralizantes del terror sobre su instinto de defensa.

—Yo creo que es por ahí por donde llegará el principio del fin —siguió diciendo—. Serán el hambre y la desesperación los motivos que echen el pueblo a la calle. Entonces habrá llegado el

momento de actuar para nosotros, no antes. Puedo equivocarme, pero es lo que pienso, amigo mío.

Molina era otra vez lúcido, como siempre lo fue. Pero su razonamiento resultaba demoledor. Destruía mis esperanzas y me dejaba desarmado. Si él tenía razón, ¿qué me tocaba hacer a mí, cuál era mi situación, cómo justificar mi vida en adelante? ¿En suma, para qué quería yo la libertad? Molina no tenía más que una respuesta: esperar.

—No quiero desanimarte —concluyó—. Tú haz lo que creas que debes hacer. Ojalá me equivoque. En ese caso, estaría contigo, no lo dudes.

¿Qué hacer? ¿Qué camino seguir? Mi amigo me había expuesto claramente experiencias que yo ignoraba. Entonces, ¿qué? Un «no» rotundo y una advertencia de «peligro» me salían al paso en todas direcciones. Inútil, inútil, inútil. Sólo me quedaba una salida: desligarme de todo compromiso moral e ideológico y dedicarme por entero a mí mismo, que era tanto como renunciar a todo aquellos que había sostenido y dignificado hasta entonces.

—Tendrás que buscarte algún trabajo inmediatamente —agregó Molina tras una pausa.

—Soy maestro, ya lo sabes —dije yo.

—Sí, pero no creo que te valga de nada por ahora.

—Pues no sé, no sé, por dónde empezar.

—Un trabajo en lo que sea y como sea. Ya se te presentará después alguna oportunidad mejor.

Molina había trabajado como oficinista en una empresa que se dedicaba a la fabricación de alfombras. El dueño le admitió a sabiendas de sus antecedentes políticos y penales, precisamente por eso, para un cargo que le situaba de paragolpes entre la

dirección y el personal, por un mísero salario.

—El dueño era un estafador, un «gangster», de los de hoy, y al fin llegó la quiebra fraudulenta, por no sé cuántos millones. La fábrica de alfombras pasó a mejor vida y los obreros y empleados nos quedamos de más. Desde entonces, y ya va para cinco meses, me encuentro sin trabajo. Ahora ando tras un empleo en la administración de un cine, con buenas esperanzas.

Esa era la situación de mi amigo. Al menos, como antiguo factor en los ferrocarriles, él estaba acostumbrado al papeleo, negocio demasiado abstruso y engoroso para mis entendederas.

—No te importe eso. Porque no necesita mucho aprendizaje para un hombre medianamente culto. Por eso es por lo que acuden a él como moscas todos los que no tienen oficio, aunque lo pagan muy mal.

Compartí el almuerzo del matrimonio: un plato de lentejas y un chicharro por cabeza, con una taza del mismo café con que nos obsequiara Rosario anteriormente, como postre. Nuestra charla se tornó más versátil y también más nostálgica. Qué curioso. Anécdotas de la vida carcelaria que, cuando las vivimos, nos afectaron tan dolorosamente, ya, en la perspectiva del tiempo ido, cobraban unas tonalidades inofensivas, casi gratas, a veces, y, a veces, cómicas en vez de dramáticas. Hasta reímos recordándolas. (*¿Te acuerdas, te acuerdas, te acuerdas...?*) Abandoné la compañía del matrimonio al atardecer, con una desoladora sensación íntima de vacío y fracaso.

—Ven por aquí cuando quieras. Espero que nos veamos a menudo. Tenemos que hablar de tantas cosas...

Y, sin embargo, ya nos habíamos dicho todo.

IV

Mi reencuentro con la multitud en el tranvía y, después, en mi lento deambular esperando la hora que conviniera con Valladares para vernos en su casa, fue para mí como respirar aire puro tras haber permanecido largo tiempo inmerso en una atmósfera viciada. No hay peor cosa que la soledad y la nostalgia compartidas, porque desfiguran la realidad y afligen al espíritu con depresiones neurasténicas. Los ojos se me iban tras las mujeres que, aunque no reparaban en mí, levantaban torbellinos de sensaciones profundas y misteriosas dentro de mi ser. Empezaban a parpadear las luces del alumbrado público y de los escaparates en el ocaso gris y desfalleciente.

Y olía a ciudad populosa, olor innominado, pero inconfundible, amalgama de la traspiración del hierro, de la piedra, del asfalto, del ferrocarril subterráneo, de motores, de establecimientos públicos y de multitud: agridulce, untuoso y persistente.

Torcí por la calle de Hortaleza y, después de comprobar la hora en un bar, al paso, me encontré a los pocos minutos subiendo las escaleras de la casa donde vivía Valladares. Me detuve antes de pulsar el timbre, preguntándome a mí mismo: *¿Cómo me acogerá?*, porque su voz al teléfono no me había sonado por la mañana todo lo afectuosa que era de esperar. Nuestra mutua

estima se forjó en las horas sin fin de la cárcel. De edad aproximada y de formación cultural semejante en grado y aficiones, congeniamos desde el primer momento. Políticamente, tal vez estuviera yo mejor informado, pero él poseía un fino instinto que suplía su deficiente acervo teórico. Sin embargo, en los breves segundos de espera sentí un hondo desfallecimiento y estuve a punto de desistir y escapar escaleras abajo. Pero, antes de decidirme, se abrió la puerta. (*Coño, Federico. No sabes cuánto me alegra verte*). Nos dimos un fuerte abrazo y me envolvió una ola de efluvios cordiales. Mi amigo me llevó cogido por un brazo hasta una habitación acogedora. Amplia mesa de trabajo, estanterías con libros, máquina de escribir, butacas, luz tamizada, un discreto aroma de tabaco rubio...

—Aquí es donde descanso, aunque parezca mentira, porque mi quehacer está en la calle visitando y convenciendo a gentes que, en otras circunstancias, ni siquiera saludaría.

Yo ya sabía por él mismo que se dedicaba a vender a comisión todo lo vendible, fueran máquinas de escribir, solares, coches usados, cemento, libros, neumáticos o libras esterlinas falsas.

—Como comprenderás, la mía suele ser la tercera o cuarta mano, pocas veces la primera, en esta clase de negocios, y que sólo me llevo las migajas, pero qué se le va a hacer, ¿no te parece? —y, después de una pausa, añadió—: Claro que no todos han tenido la misma suerte. Y es que, chico, hay que tomar la vida como viene. No vale cerrar los ojos a la realidad, porque te expones a perderte o a romperte la crisma. Yo también, al principio...

—Escucha, Eduardo —tuve que interrumpirle porque me violentaba que tratase de justificar ante mí, que no era quién para

juzgarle, su modo de ganarse la vida.

—Dime, dime, Federico.

—¿Qué sabes de nuestros amigos?

—¿Amigos? ¿Qué amigos?

—Hombre, Pedraza, Garmendia, Torrevieja, Ríos... ¿O es que ya no te acuerdas de ellos?

Valladares dio una palmada sobre la mesa.

—Claro que sí. Perdona, chico. Pues verás... Bueno, tengo entendido que Garmendia se fue a vivir a Bilbao. De los demás, de los demás..., pues no sé nada. De veras que no, Federico. Lo siento.

Valladares había perdido la pista de estos y de otros compañeros de cárcel. La lucha por la vida, tan onerosa en su condición de rojos excautivos, los había dispersado. No quedaba tiempo para cultivar relaciones simplemente amistosas.

—Mira, Federico, yo me paso toda la semana echando el bofe por ahí, de un lado para otro, y, claro, los domingos y demás fiestas los tengo destinados a arreglar mis papeles y mis cuentas, por la mañana, y a salir un rato de paseo o ir al cine con mi mujer, por la tarde. Así, no me queda un solo minuto más para otra cosa.

Para Valladares existían tres grupos de vencidos en la guerra: el de los que habían echado el ancla y puesto, después, los pies firmemente en tierra; el de los que seguían luchando por mantener la cabeza fuera del agua, los más, y la minoría de empedernidos que se empeñaba en nadar contra corriente. Estos últimos no llegarían nunca a puerto.

—Como quieras —asentí—, pero nos queda el futuro, Valladares. ¡El futuro!

Mi amigo se revolvió, impaciente, en su asiento.

—Bien, de acuerdo, pero, ¿qué piensas hacer tú? Entonces le dije que yo no tenía aún un plan concreto, que sólo llevaba unas horas en libertad, andando un poco a ciegas todavía, y que por eso esperaba de él información y orientaciones.

Me invitó a fumar. Él golpeó uno de los extremos del cigarrillo sobre la mesa y se lo llevó luego a los labios lentamente, tomándose así unos segundos para concentrarse. Con la misma cachaza encendió, por último, una cerilla y le prendió fuego.

—Yo creo que para ti no hay más que un problema en este momento —dijo, mezclando las palabras con el humo del tabaco—: tu pan de cada día. Y para conseguirlo no hay otro camino que el trabajo, ¿comprendes? Y he de añadir otra cosa, y es que los que vivimos de nuestro trabajo, a cuerpo limpio, pringamos más que se ha pringado nunca en este país. Hoy se trabaja aquí hasta no poder más. Menos los que no trabajaron nunca y que son los que mejor viven, pero son unos pocos privilegiados y no cuentan en nuestro caso.

Yo ya había pensado en ello. Por supuesto, yo quería trabajar y, cuanto antes, mejor. No pretendía vivir a costa de mi cuñado. De ninguna manera. Pero no creía que tal pretensión constituyese un verdadero problema.

—Pues lo es, amigo Fede. Y, si no, vamos a ver: ¿qué sabes hacer tú aparte de dar clases en una escuela primaria? Se entiende un trabajo que tenga fácil aceptación, que responda a la demanda general. Y no me hables de tu cultura, de tus dotes oratorias ni de tus conocimientos de historia y literatura, porque todo eso no te servirá de nada en las condiciones en que te encuentras. No eres mecánico, ni electricista, ni carpintero, ni albañil, ni siquiera mozo de comedor. Así pues, en tus

circunstancias, a lo sumo que puedes aspirar es a un modesto empleo de chupatintas para auxiliar a alguien que probablemente sea un imbécil. Pero no creas que es tan fácil entrar en una oficina. ¡Ni hablar del peluquín! Para cada colocación de esas hay miles de aspirantes. Todo depende de llamar a una puerta en el momento oportuno. Pero, ¿a qué puerta y cuándo? Yo te digo que...

—Oye, oye —le interrumpí—, no pretenderás que yo aspire ahora a ser un buen burócrata, ¿eh? —Valladares no disimuló un gesto de asombro que vino a confirmar mis sospechas sobre su manera conformista de pensar, pero que no logró modificar mis ideas—: Lo que yo necesito es un pequeño salario para ir tirando por el momento, porque mi actividad principal será otra, naturalmente, y yo...

Valladares, que revelaba en su actitud y en su mirada una creciente contrariedad, me interrumpió, a su vez:

—Ya, ya. Ya sé a dónde vas a parar y me temo que en este asunto seamos de distinta opinión.

Y siguió diciéndome que yo, como él y como todos los recién salidos de la cárcel, creía que las cosas eran como nos las imaginábamos allá dentro, donde formábamos un islote en el que todo, hasta el aire que respirábamos, continuaba inalterable, igual que en el momento en que fuimos apartados de la vida social. Inconscientemente, por supuesto, manteníamos una ficción y representábamos una farsa. Así, cuando éramos reintegrados a la comunidad, se nos ofrecía una realidad totalmente diferente, un mundo desconocido que no nos entendía ni nos esperaba.

—Haz la prueba tú mismo. Cuando viajes en «metro» o en tranvía, o te encuentres rodeado de personas extrañas en algún lugar, desliza alguna referencia a tu condena y cautiverio, si hablas

con alguien, de forma que puedan oírte y entenderte los que te rodean, y verás entonces cómo no hallas un eco de simpatía, ni un gesto, ni una mirada, ni ninguna otra prueba de interés. ¿Por miedo? ¿Por ser una historia demasiado vulgar y conocida? ¿Por apatía? Sea por lo que fuere, el caso es que nuestro papel no se cotiza.

Por segunda vez en aquella tarde me estremeció la sospecha de estar solo y fuera por completo de la circulación, definitivamente condenado a la esterilidad.

—Entonces, tú crees que se ha perdido todo, ¿no es eso?

—Yo no digo tanto, Federico. No es que haya llegado a esa conclusión de una manera absoluta, no. Pero considerando el problema desde nuestra relatividad personal, sí. Quiero decir que nuestra oportunidad en ese sentido ha pasado y que no volverá a repetirse. Ahora, todo es diferente.

—Pero aún somos jóvenes y podemos volver a empezar —le repliqué, no dándome por vencido.

Mi amigo movía negativamente la cabeza a compás de mis palabras.

—Es inútil, es inútil que te empeñes en mantener fuera de la cárcel la ficción que vivíamos dentro de ella. Comprendo que es muy duro, en tu situación, enfrentarse con una verdad tan desgradable. A mí me pasó lo mismo. Es como quedarte desnudo, de pronto, entre gente desconocida. Peor tal vez. Lo sé. Pero, o lo aceptas o te destruyes.

Cuando Valladares recobró la libertad, cumpliendo la promesa que nos hizo e los que nos quedábamos dentro, empezó a brujulear, a tomar contacto con unos y con otros para comunicarles nuestro mensaje.

—Bueno, para qué contarte. Salvo los que habían pasado las mismas penalidades que nosotros, nadie quiso oírme.

Y los que le oyeron no le sirvieron de mucho, porque tenían bastante con reconstruir sus hogares deshechos y pelear a brazo partido por un pedazo de pan. Seguían siendo rojos, indeseables, escapados de la muerte por casualidad. Valladares pasó hambre y miedo, un miedo peor que el que inspira la muerte. Ante la muerte, uno puede consolarse pensando: *Y, después de todo, la tranquilidad y el olvido*. El otro miedo, el que él sufrió, es distinto, más cruel, porque se ignora dónde y cuándo va a terminar. Es un rodar sin fin hacia abajo, hacia una aterradora perspectiva de sufrimiento sin esperanza.

—Yo dije no, rotundamente no. Y me agarré a lo primero que encontré a mano, un trabajo cualquiera: mozo de laboratorio. Y luego descubrí, no sin gran sorpresa por mi parte, que tenía facultades de vendedor.

Empezó por vender especialidades farmacéuticas y libros, y, poco a poco, fue extendiendo sus servicios de intermediario a otros sectores de la oferta y la demanda. Ganó algún dinero y se casó.

—Eché el ancla, Federico, eché el ancla. Ahora espero la venida de mi primer hijo, otra ancla más.

Hizo una pausa para pasear sus ojos por las paredes y mobiliario de aquel modesto, pero acogedor estudio, como si necesitara su evidencia tangible para sentirse seguro de lo que acababa de decir. Yo respeté su silencio. Luego, dio vuelta al portarretratos que tenía frente a sí, sobre su mesa, y me lo mostró triunfalmente.

—Lola, mi mujer. Ella es el anda, Federico.

Era una joven de aspecto vulgar, ni fea ni guapa, de vacía expresión. Mientras tanto, yo buscaba alguna frase amable, un cumplido inocuo siquiera, que me saliese sin gran esfuerzo y sin sonar a falso, pero mi amigo no me dio tiempo a pronunciarme.

—Coño, cómo pasa el tiempo.

Levantó la vista del reloj de pulsera y la fijó en mí al tiempo de sonreír forzadamente.

Yo comprendí que habíamos llegado al final y me levanté, y él me imitó, diciendo:

—En fin, chico...

Se agrandaron las distancias entre los dos. Yo hice un gesto de asentimiento y él entonces vino hacia mí y volvió a cogerme de un brazo.

—Ven, quiero enseñarte algo.

¿Trataría de mostrarme otras dependencias de su casa como si fueran sus trofeos? Me hizo entrar en una amplia habitación, amueblada con decoro: el dormitorio matrimonial. Pero no era su intención deslumbrarme, no, porque, sin decir nada, se adelantó a descorrer la puerta de un armario ropero, de cuyas perchas pendían varias prendas masculinas de vestir. Se volvió a mirarme y me dijo:

—Espero que me comprendas. Mira, así, con ese traje que llevas, que será seguramente el único que tienes, no puedes andar por ahí pretendiendo trabajo. Se darían cuenta en seguida de quién eres y... lo sé por experiencia. *¿Con que acaba usted de salir de la cárcel, eh? Vamos, que es usted un rojillo, ¿no? Pues yo no doy trabajo a rojos. Váyase a Rusia y déjenos en paz.* La cosa está así, Federico. ¡De verdad! O peor. Hazme caso y toma uno de mis trajes. Somos, aproximadamente, de la misma estatura, y de

chichas nos andamos así, así... Quizá esté yo un poco más grueso y te vendrá algo ancho, pero esa minucia no sorprende hoy a nadie.

Yo apenas oía sus palabras, como si mi amigo hablase a otra persona, pero él insistió:

—Lo hago por tu bien y me offenderías gravemente si no aceptases esta modesta ayuda de amigo a amigo. Anda, acércate y elige el que más te guste —y me empujó suavemente hacia el armario.

Era para mí evidente su buena fe y, por otra parte, comprendí que, en efecto, aquel regalo me iba a resolver uno de mis problemas más urgentes, porque el traje de desecho que yo vestía era una tarjeta de visita poco recomendable. (*El que más te guste. El que más te guste*). Elegí el que me parecía más usado. Valladares lo descolgó, lo enrolló torpemente y lo puso en mis manos.

—Gracias, Eduardo.

—Cállate, coño. No me avergüences. Anda, te acompañó. Tengo que ir a recoger a Lola en el sanatorio, ya sabes —dijo él.

Al llegar a la puerta del piso, me detuvo.

—Tal vez me juzgues mal. Quizá alguien te diga que me he acoplado. Pero tú puedes estar bien seguro, Federico, de que sigo siendo leal a mis compañeros. Aquí estoy para lo que necesites. Dispón de mí como quieras, qué coño.

Súbitamente se había emocionado y no pudo continuar. Nos abrazamos en silencio y Valladares aprovechó la oportunidad para introducir con presteza unos cuantos billetes de banco en uno de mis bolsillos. Yo hice un instintivo movimiento de repulsa, pero él apretó fuertemente mi mano y me suplicó que no le infligiera el desaire de rechazarlos.

—Tienes que viajar en «metro» y en tranvía, comprar periódicos, fumar...

No tuve más remedio que ceder abrumado por aquella mezcla de afecto y de egoísmo, de mezquindad y de larguezza.

Yo sabía muy bien que aquel desprendimiento era el precio de su culpa. Así podría dormir tranquilo, junto al cálido cuerpo de su mujer, si alguna noche le asaltaba algún remordimiento por su conducta. (*¿Qué más podía hacer? Yo ni siquiera tuve esa suerte*). Callé y seguí a mi amigo.

Ya en la calle, llamó a un taxi vagabundo y chisporroteante.

—Puedo llevarte adonde quieras. Luego, yo continuaré hasta el sanatorio.

Pero yo necesitaba estar conmigo a solas y rehusé la invitación, y nos despedimos, mano en alto, como al partir para un largo viaje, a sabiendas los dos de que nunca más volveríamos a vernos. Aún gritó él:

—Ven a verme o llámame por teléfono cuando quieras... Yo hice un leve gesto afirmativo con la cabeza y el taxi arrancó con temblores mecánicos.

Ignoro si cuando llega la muerte natural nos encuentra desasidos de todo, deshabitados de deseos y voliciones. Si es así, creo que la muerte pasó en aquel momento por mi lado y se detuvo a mirarme, porque sentí dentro de la oquedad de mi ser el revoloteo de los pájaros multicolores que me abandonaban.

*

A las ocho de la mañana ya me encontraba yo en la calle

repasando las largas columnas de ofertas de trabajo en las páginas de anuncios por palabras de un periódico. La noche anterior, durante la cena, Fernando me preguntó, sin mirarme a la cara y mientras troceaba su ración de tortilla, si me había trazado ya algún plan de campaña para conseguir un empleo. Era un ataque al descubierto y no podía yo eludirlo. Pensé que quizá sería mejor mentirle a fin de evitar una odiosa discusión o un silencio hostil, pero no pude. Así que dejé caer la negativa con naturalidad y, automáticamente, se produjo un estado de tensión entre los tres comensales. Entonces, Alfonsina, la más incómoda, adujo un pretexto para dejarnos solos a los dos hombres. Sin levantar la mirada de su plato, el dueño de la casa rompió el silencio para insistir:

—Pero, ¿no tienes ninguna idea?

—Ni la más remota todavía —le contesté.

Fernando se hizo a sí mismo un gesto de asombro, dando a entender de esa manera que no comprendía la pasividad de su cuñado en un asunto de tan apremiante necesidad para todos. ¡Con lo difícil que estaba la vida!

—Bueno, bueno... —y tras otra pausa, añadió—: Es una lástima que no sepas contabilidad.

—Desde luego, pero mi ignorancia ya no tiene remedio a estas alturas. De todos modos, no se me va a caer el mundo encima por eso, ¿no?

Así terminó la escaramuza, porque Fernando ya no volvió a hablar, y sólo para quejarse de su cansancio y de su sueño, hasta después del último sorbo de agua y cuando se dirigía a su dormitorio. Minutos más tarde, reapareció Alfonsina para retirar los platos y demás enseres utilizados en la cena. Yo me esforcé por

aparecer tranquilo e indiferente, pero no conseguí engañarla, porque se acercó a mí y posó una mano sobre mi cabeza, diciéndome:

—No te preocupes. Nos arreglaremos como podamos. Él es así y no puede remediarlo. Está siempre de mal humor por sus cosas, pero, en el fondo, es bueno e incapaz de ofender a sabiendas.

Miré afectuosamente a mi hermana y estreché su mano apaciguadora. Después puse sobre la mesa los billetes que me diera Valladares. Separé para mí unos duros y le ofrecí el resto, unas trescientas pesetas.

—Toma. Es todo lo que tengo. Me lo ha prestado un amigo.

Alfonsina se apartó instintivamente del dinero, pero yo insistí:

—Es justo que contribuya con lo que pueda, ¿no?

—Pero tú necesitas comprarte algunas cosas imprescindibles, Federico.

Eso era cuenta mía exclusivamente. Por el momento, todo eso podía ser aplazado. Ella, en cambio, tenía que hacer la compra todos los días y el mercado estaba por las nubes...

—Guarda ese dinero, Alfonsina, y no hablemos más del asunto. Si algo necesitase urgentemente, te lo pediría. Prometido.

Los billetes seguían, no obstante, en el mismo sitio sin que Alfonsina se decidiese a tomarlos. En vista de lo cual, me levanté y, mirando gravemente a mi hermana, dije, conminatoriamente:

—O los coges o me marcho de esta casa ahora mismo.

Ella bajó la cabeza y la vi abrumada y a punto de llorar, por lo que le acaricié la barbilla e hice que me mirase de frente. Sus ojos estaban, efectivamente, nublados.

—No seas tonta, mujer —le dije cariñosamente—, y no lo pienses más. ¡Buenas noches, Alfonsina! —la besé en la frente y

me marché a mi cuarto, dejándola a solas con sus sentimientos.

La Puerta del Sol era un gran torbellino de gentes en aquella hora. Los tranvías se vaciaban y volvían a llenarse continuamente. Las bocas del «metro» engullían y arrojaban pelotones, casi en orden de batalla, de personas de uno y otro sexo y de todas las edades, que se movían como sonámbulos, arreados por la prisa y entumecidos aún por el sueño y el cansancio. Codazos, gruñidos, protestas con sordina, chirridos, jadeos, malhumor, brusquedades... Olía a barrenderos, a escorias, a polvo antiguo. Y gravitaba sobre el conjunto una presión angustiosa, como la de una tormenta inmóvil.

Señalé con una cruz aquellos cuatro anuncios que, en principio, prometían ser interesantes. El primero citaba una casa del Paseo del Prado, donde se requería un auxiliar de oficina, sin más detalles. Como era el sitio más cercano, decidí empezar por él.

Cuando enfilé el Paseo del Prado, lo recorrí con la vista en toda la longitud que alcanzaban mis ojos, con el fin de situar el número del edificio que buscaba. Entonces divisé, no muy lejos de donde me encontraba, una larga hilera de hombres y mujeres. Podría tratarse de alguna de esas aglomeraciones espontáneas de mirones que suelen formarse en Madrid por cualquier cosa, pero a medida que me acercaba a ella fui cambiando de idea. No, no se trataba de una reunión de curiosos. No gesticulaban ni señalaban a ningún sitio. Eran gentes que esperaban algo. Pero no percibí por sus alrededores señal alguna de parada de tranvía o de autobús. Entonces, ¿qué? Al alcanzar los últimos de la fila, advertí que era una larga cadena de hombres y mujeres, indistintamente, casi todos jóvenes y vestidos más bien que mal. Algunos leían un

periódico. Otros fumaban con aire de aburrimiento. Muchas de ellas aprovechaban el tiempo para leer novelitas alquiladas o para limarse las uñas. Y nadie daba muestras de impaciencia, de lo que deduje que todos aquellos individuos debían estar muy acostumbrados a la situación.

Seguí la cola en dirección a su cabeza y observé que el cordón humano se introducía en el portal de una de tantas casas de aquella acera. Miré su número y resultó ser el que yo andaba buscando, y me quedé un momento indeciso, porque era como para descorazonar al más pintado encontrarse con tal número de competidores. Sin embargo, seguí adelante. La cola reptaba por la escalera y se detenía junto a una puerta del segundo piso, sobre la cual, y prendido con unas chinchetas, aparecía un cartel escrito a mano en grandes caracteres, advirtiendo: «Absténganse rojos». Vaya, por lo menos me ahorraba una espera inútil. Di media vuelta y, al pisar de nuevo el vestíbulo, se oyó una voz que gritaba desde arriba:

—¡Atención! ¡El empleo ha sido ya adjudicado!

Creí entonces que aquella noticia provocaría la estampida general. Pero, no. Me equivoqué. La cadena se quebró, efectivamente, por algunos de sus eslabones. Hubo sí quien se marchó inmediatamente y quienes desplegaron de nuevo el periódico, en busca, tal vez, de otra dirección donde repetir la misma escena. En cambio, otros muchos pretendientes se hicieron los remolones y aprovecharon los claros para adelantar unos puestos y soldar de nuevo la cola. Estos últimos debían ser los más veteranos en la profesión, conocedores, por experiencia, de trucos semejantes para eliminar gran número de candidatos inexpertos. En cualquier caso, yo ya estaba descartado.

Desde allí debía dirigirme a la calle de Sagasta, atendiendo una solicitud de «oficial para llevar correspondencia jurídico-administrativa». Durante el trayecto, que recorrió en tranvía, pensé que, seguramente, se repetiría allí lo de la larga cola de aspirantes, en cuyo caso debería renunciar a la búsqueda de un empleo a través de los anuncios en la Prensa. Imaginé a miles de personas que se lanzaban cada mañana, periódico en mano, a la caza de una colocación, agotando cola tras cola, para repetir la misma prueba al día siguiente. ¿Hasta cuándo? Era una de las incógnitas que más me intrigaba en todo aquel oscuro tejemaneje entre anunciantes y desocupados, aparentemente absurdo, y eso que entonces ignoraba las características de otros reclamos que exigen la entrega a una determinada agencia de publicidad de un verdadero expediente en que constan, junto con la fotografía del aspirante, toda una serie detallada de datos personales del mismo, como edad, estatura, conocimientos y aficiones artísticas, para quedar luego a la espera de una contestación que nadie sabe a quién le llega, cuándo y por qué. He vuelto a pensar muchas veces en ese extraño misterio de los anuncios por palabras y he llegado a la conclusión de que tal vez encubra una vasta y heterogénea conspiración clandestina planeada por psicópatas y criminales, por viciosos y mercaderes de bajas concupiscencias, en esa red de cubículos sombríos que se esconden en las grandes urbes. Haría, sin duda, un gran servicio a la sociedad quien realizase una investigación a fondo en ese mundo subacuático siguiendo las pistas de los anuncios, aunque lo más probable es que no pudiese realizarla hasta esos límites por impedírselo el voto terminante de ciertos poderes que ostentan sobre la superficie un rostro benigno y honorable. ¿Trata de blancas?

¿Comercio homosexual? ¿Tráfico de estupefacientes?
¿Intercambio de vicios? ¿Bolsa de contratación de delincuentes?

Cuando me detuve ante el portal de la casa señalada en el anuncio, no vi a nadie esperando. Subí al piso indicado y tampoco encontré ningún grupo de aspirantes. Empujé entonces una puerta que cedió suavemente, entré y me salió al paso un botones uniformado.

—Viene por lo del anuncio, ¿verdad? —me preguntó.

Ante mi gesto afirmativo, el mozarbete me rogó que le siguiera y me condujo hasta la puerta de una habitación, diciéndome:

—Siéntese, si quiere, y haga el favor de esperar.

Me hallaba en una especie de antedespacho. En un diván de color chocolate se hallaban sentados cuatro hombres que respondieron sordamente a mi saludo. Pensé que estarían allí por el mismo motivo que yo, pero, ¡bah!, no eran muchos y, por un simple cálculo de probabilidades, deduje que podía perseverar en la esperanza. Bajo esta impresión, tomé asiento y me dispuse a aguardar mi turno, pero, apenas abrí el periódico, rechinó la puerta del despacho para dar salida a una joven que llevaba una gruesa cartera bajo el brazo. Obviamente, era una pretendiente que acababa de ser examinada, porque dentro sonó una fuerte voz masculina:

—¡El siguiente!

Uno de los ocupantes del diván recogió del suelo otra abultada cartera y entró, cerrando la puerta tras de sí. ¡Otra cartera! Ciertamente, todos llevaban una. ¿Qué podrían encerrar en ellas? ¿Voluminosos proyectos, planos, memorias? ¿Certificados de eficiencia o cartas de recomendación? ¡Otro misterio! Carteras como aquéllas las exhibía más del setenta y cinco por ciento de los

tipos que pululaban por las calles de Madrid. Más adelante averiguaría que dentro de ellas no se guardaban documentos importantes, sino papeles de periódico envolviendo grasiéntos bocadillos con que restaurar fuerzas en cualquier punto y hora, novelas de «gangster» para matar el tiempo en las esperas, o unas zapatillas para cuando los pies no pudiesen resistir la presión de los viejos zapatos.

Llegó al fin mi turno y me encontré frente a un hombre, todavía joven, que miraba inquisitivamente desde el lado opuesto de una mesa de trabajo sobrecargada de papeles y carpetas.

—Siéntese, por favor —me dijo mientras adelantaba la fuerte mandíbula y me taladraba materialmente con la barrena de sus ojuelos metálicos—. ¿Qué edad tiene usted?

—Treinta y cinco años.

—¿Domina la máquina de escribir?

—Sí.

—¿Qué más sabe?

—Soy maestro de enseñanza primaria. Quiero decir con ello que domino los elementos básicos de la cultura general, entre ellos redactar correctamente. Y, en cuanto a los conocimientos jurídicos que parece exigir el anuncio, puedo demostrarle que tengo aprobados tres cursos de derecho civil en la universidad de Granada, en calidad de alumno libre.

El hombre hizo un gesto de aprobación.

—¿Tres cursos de derecho civil ha dicho? Entonces es usted casi abogado —y movió la cabeza ponderativamente.

Ya es mío, pensé, pero, entonces, mi examinador dejó de mirarme y, como atraído de pronto por los papelotes que tenía ante sí, empezó a ordenarlos.

—¿Y por qué no terminó la carrera? —me preguntó, con voz distinta, como si mi presencia hubiera perdido todo, su interés.

—Pienso terminarla, pero antes necesito trabajar —contesté.

—Ya... —Levantó la vista de los papeles y la clavó de nuevo en mí, fría, acerada, penetrante.

Yo presentí que alguna duda ensombrecía sus reflexiones. Por fin habló:

—Lo siento, pero no me vale usted.

Confieso que, al pronto, me desconcertó su incongruente determinación, pero comprendí en seguida cuál era el motivo en que se fundaba. Estaba claro. Tendría que salir a colación más pronto o más tarde. El hecho de que un individuo con tal preparación académica anduviese solicitando empleos de tan bajo nivel revelaba claramente una de dos, o que era moralmente un indeseable o que escondía a un rojo. En cualquier caso, me convenía despejar la incógnita sin equívocos ni rodeos, y en caliente.

—Sí, acabo de salir de la cárcel por haber luchado en la guerra a favor de la República. ¿Es por eso, verdad? —y le miré, a mi vez, fijamente a los ojos.

El hombre se apresuró a negar enérgicamente mi suposición, moviendo la cabeza y las manos, al tiempo que decía:

—Oh, no. De veras que no es por eso. A mí me importa un pito la política, créame. No faltaba más —y tal debió ser el asombro que viera en mis ojos que prosiguió diciendo—: Mire, el trabajo en esta oficina es de índole muy especial. Yo lo dirijo a mi manera y tengo necesidad de alguien que se atenga estrictamente a mis órdenes. Quiero mandar yo, ¿me entiende?

—Claro que le entiendo —convine yo, tratando aún de retener

el último cabo de aquella oportunidad—. Y me parece lógico, muy lógico, y puede usted tener la seguridad de que yo me limitaría a seguir sus instrucciones en todo caso y en todo momento.

Mi interlocutor movía la cabeza en sentido afirmativo. Y hasta advertí una débil ráfaga de duda en sus ojos. Pero no se dejó convencer.

—Sí, al principio, sí, pero, al poco tiempo, sería usted quien mandase aquí. Sabe usted demasiado para ser el auxiliar que yo necesito —y se levantó, dando por terminada la entrevista, y me tendió la mano, que yo estreché maquinalmente, paralizado por el estupor.

Siguió una pausa. El hombre sonreía amablemente. Salió de detrás de la mesa y vino hacia mí.

—¡Es asombroso! —exclamé. Él se encogió de hombros y yo dije—: Me desconcierta usted. Nunca pude imaginar que se rechazase a una persona por demasiado suficiente.

Como desdeñar a una mujer por demasiado hermosa, pero esto me lo callé. Y, más dentro aún de mí, se desenroscó una sospecha: *¿Será maricón este tío?*

Pero el tío aquél remachó su dictamen inclinando levemente la cabeza al decir:

—Pues sí, así es: por demasiado capaz.

Me acompañó hasta la puerta.

—¡Que tenga usted más suerte en otra ocasión!

Crucé a paso de carga la salita de espera, donde se encontraban ya nuevos pretendientes de refresco (*jEs el colmo de los colmos lo que a mí me ocurre! ¡Por demasiado capaz! Me rechaza por demasiado capaz. ¿Y si es maricón efectivamente? No tiene pinta de tal cosa. Claro que las apariencias engañan...*), pero,

al llegar al rellano de la escalera, volví a leer en la placa de metal clavada sobre la puerta: «Créditos y Financiaciones, S. A.», que la primera vez no me había sugerido nada sospechoso ni extraño. ¡Ah, caramba! Por fin quedaba despejada la incógnita. Aquella oficina era, sin duda, el antro de un prestamista, y el hombre de la mirada de neblí, simplemente un usurero, un trapisonda, un expoliador. Claro, él necesitaba un empleado sordo, ciego y mudo, un instrumento maleable y fiel, un ayudante de verdugo que careciese de conciencia, como el jefe, y no un hombre que llevaba escrita en su porte y en su talante la condición de ideólogo, aunque fuese en grado de menesteroso. Esta conclusión me satisfizo plenamente y me dejó en paz.

Tomé nuevamente un tranvía, con dirección a Argüelles. El tercer anuncio elegido decía: «Jefe de despacho para academia, necesítase». Quizá demasiado pretencioso y exigente. Demasiado para mí, por supuesto. Ahora no podrían rechazarme por excesiva sapiencia, sino por lo contrario. Pero, aun así, lo intentaría, intentaría hasta lo imposible, porque me imaginé a Fernando diciéndome:

—¿Cómo, que no te atreviste? Mal hecho, Federico, mal hecho. En tus circunstancias hay que intentarlo todo. ¿Ves cómo te hubiera valido de mucho saber contabilidad?

Otra vez la espera en un antedespacho. Otra reunión de aspirantes tristes, concentrados en sí mismos, con las manos cruzadas sobre los consabidos cartapacios. Casi todos habían remontado ya la cincuentena, lo que me hizo suponer que se trataba de víctimas de innumerables fracasos, quién podría saber si a causa de la guerra, o del agotamiento, o de la merma de facultades competitivas para ese despiadado concurso que es la

lucha por la existencia. En definitiva, náufragos.

Al cabo de más de dos horas fui invitado a pasar al despacho. Allí me encontré frente a un hombre de aspecto juvenil y deportivo, prematuramente calvo, que usaba gafas de concha y vestía y calzaba de forma ostentosa. En una de sus muñecas lucía un aparatoso reloj de oro y gruesa pulsera también de oro, y con la otra mano empuñaba una gran pluma estilográfica, último modelo, con la que trazaba garabatos en una cuartilla. Sobre la amplia mesa, dos teléfonos. Comprendí inmediatamente que era uno de esos hombres enfebrecidos por el morbo norteamericano de la prisa, tal como los conocía a través del cine y de mis lecturas. Prisa, mucha prisa para... no hacer absolutamente nada tal vez, tratándose de un modelo español. Siempre tienen en sus labios las mismas palabras: *Rápido. Concrete. Hágame un informe conciso, sin literatura*. A media tarde ya tienen dolor de cabeza y, por la noche, se sienten abrumadoramente fatigados, exhaustos. Cuando vuelven a casa, todos los demás tienen que andar de puntillas por ella a fin de no quebrar sus nervios hipertensos. Los niños apenas ven a un padre de este tipo, la servidumbre siente por él un terror supersticioso y su propia esposa se encuentra insignificante y cohibida ante tal coloso del dinamismo. Duerme como un cíclope cansado de remover montañas, aunque lo niegue y tome algún sedativo antes de acostarse. Al día siguiente, a primera hora, sale disparado, casi sin desayunar, sin besar a sus hijos y despidiéndose a paso ligero de su mujer. ¡Tener que hacer tanto en tan poco tiempo! Menos mal que sus subalternos siguen su incombustible paso de galápagos y al fin van resolviendo todos los asuntos con la parsimonia heredada de sus antepasados, a pesar de las explosivas interferencias de un jefe que no sabe

nunca cómo realizar una obra.

El que me había tocado en suerte, fiel en todo al arquetipo, entró rápidamente en materia. Él era un hombre con múltiples negocios, entre los cuales se contaba aquella academia, de reciente inauguración, para cursos de bachillerato, oposiciones a cuerpos auxiliares de la Administración pública, y para especialidades de taquigrafía, mecanografía e idiomas. Naturalmente, él no podía dedicar su escaso y precioso tiempo a inscribir a los alumnos, solventar sus quejas, dirigir a los profesores y a llevar, por añadidura, los libros de contabilidad del negocio. Una vez puesta en funcionamiento la academia, necesitaba descargar en alguien ese trabajo de tipo accesorio, reservándose él únicamente la supervisión de todo ello en última instancia. Buscaba un hombre dinámico e incansable, ya que el ritmo que él imprimía a sus empresas no permitía otra clase de colaboradores a su alrededor.

—Además de todo ese trabajo fijo —siguió informándome— ha de poder sustituir a un profesor, en las ausencias eventuales de cualesquiera de ellos, a fin de que no decaiga la tensión en las diversas actividades de esta academia, que debe ser en todo momento una máquina a punto y bien engrasada. ¿Puede usted hacer esto, todo esto?

Estuve a punto de soltar una carcajada. ¿Qué pretendía cazar aquel fogoso centauro con su anuncio: una enciclopedia viviente y parlante que le sirviera de secretario, de contable y de profesor en cincuenta asignaturas diferentes, un verdadero fenómeno en fin? Me dieron ganas de insultarle, de llamarle cretino y de mandarle a la mierda. Era un bárbaro. Pero necesitaba aquel empleo, cualquier empleo, y me contuve. Le contesté que, en caso de

necesidad, y sólo para salir del paso, podría sustituir discretamente al profesor en algunas asignaturas, pero que carecía de preparación para desempeñar ese papel en la mayoría de ellas. En cuanto a idiomas, no sabía bien más que el español.

—¿Y mecanografía?

—Hombre, me defiendo bastante desahogadamente con la máquina.

—¿Y la taquigrafía?

—No conozco ni uno solo de sus signos.

El hombre de las gafas de concha garrapateó sobre la cuartilla que tenía delante y luego me preguntó:

—¿Y sus pretensiones económicas?

Yo me encogí de hombros y guardé silencio. En caso de corresponder a sus exigencias no habría dinero suficiente para pagar a un hombre de tan extraordinarias capacidades y yo no era, ni mucho menos, ese hombre excepcional, verdadero monstruo imaginario, e ignoraba, en fin de cuentas, cuál sería mi cometido. Por consiguiente, no me era posible fijar precio a mi trabajo.

—Pongamos ochocientas pesetas mensuales como base de partida —se adelantó a contestar él mismo. Me pidió después mi nombre y dirección, que anotó en una agenda con cubiertas de piel, y continuó diciendo—: En resumen: voy a efectuar una preselección entre todos los que han acudido a mi llamada. Usted queda preseleccionado, por supuesto. Ya le avisaré para que tengamos una segunda entrevista más concreta y, si puede ser, definitiva (*¡Cuánto debe divertirle a este cabrón el papel de hombre importante!*), y ahora perdóneme —añadió después de consultar mecánicamente su deslumbrante reloj de pulsera—, pero le he concedido un minuto más del tiempo que puedo

dedicar a cada uno de los aspirantes. ¡Buenos días!

Llegué a casa desalentado. Durante la comida expliqué a mi hermana el resultado negativo de mis primeras experiencias como cazador de empleo a través de los anuncios en los periódicos.

—Por ahí no sacarás nada en limpio —me dijo Alfonsina—. Yo también acudí a ellos alguna vez, y desistí, porque les tomé miedo. Hasta llegaron a hacerme proposiciones como posar casi desnuda para un fotógrafo o desnudarme del todo ante un señor que me lo pagara muy bien. Todavía no sé por qué no se prohíben estos anuncios o por qué no los vigilan mejor las autoridades.

Me entretuve después un rato con mi sobrina. Hubiera permanecido toda la tarde contándole cuentos o contestando a sus preguntas. ¡Qué fabuloso regreso a la infancia! Pero tenía que insistir, insistir, insistir... (*Que nadie se crea con derecho a echarme en cara que soy un tipo blando, que me arrugo y me desmoralizo ante la primera dificultad*). Observé, mientras tanto, que Alfonsina seguía atentamente mis escarceos y mis bromas con la pequeña, y que en dos o tres momentos hizo intención de hablarme, de decirme algo, pero desistiendo siempre cuando yo esperaba oír su voz. Fue al marcharse cuando me dijo, venciendo, sin duda, sus escrúpulos:

—Susana me apuntó que si acudieses a su padre... No es que yo te lo aconseje, no, de ninguna manera, pero pienso que tal vez te convendría ver a tío Federico.

Yo, por toda respuesta, moví la cabeza en sentido negativo y cerré suavemente la puerta a mis espaldas.

Mis pasos me condujeron a una pequeña fábrica de gaseosas, porque, antes de tomar otros rumbos, quise agotar el programa que me había trazado para aquel día. Allí me recibió un hombre

vestido con un «mono», quien me explicó clara y brevemente el asunto. Mi obligación consistía en recorrer la plaza de Madrid para vender gaseosas, sifones y demás bebidas carbónicas. Era un trabajo que no requería conocimientos especiales.

—Usted no tiene más que tomar nota del pedido y pasárnoslo por teléfono, si es que no quiere tomarse la molestia de venir hasta aquí. Le daremos el diez por ciento del importe de sus ventas. Hágase cargo de que en Madrid hay más de seis mil bares y tabernas que consumen a todo pasto estos productos. Por eso, le será fácil vender todos los días alrededor de las ochocientas pesetas, ahora que estamos en plena campaña, con lo que puede sacarse un jornalito que no está nada mal, vamos, digo yo. —Me dio unas cuantas tarjetas de la casa, junto con un listín de precios y, antes de despedirme, me hizo sus últimas advertencias—: Pregunte siempre por el dueño o el encargado, porque los mozos y los camareros serán sus peores enemigos, y no se deje desanimar por algún fracaso. Al fin, venderá muchas gaseosas. Ya lo verá usted. ¡Si es lo único que puede venderse en este tiempo, hombre!

Salí leyendo el listín y calculando mis posibles ganancias. Una caja de gaseosas me rendiría una pesetas con cuarenta céntimos, y nueve céntimos un sifón. Verdaderamente, era una mercancía muy barata. Claro, por eso sería tan fácil venderla. ¿Quién se negaría una gaseosa fresca en días tan calurosos y de tan rigurosas restricciones en el suministro de agua? Por poca suerte que tuviera, ganaría tanto o más que de empleaducho en una oficina y me dejaría más tiempo libre para dedicarlo a otras actividades. No obstante, anduve largo rato sin decidir dónde y en qué momento debería estrenarme. Había dejado atrás la calle donde estaba

instalada la fábrica, por suponer que, tenida en cuenta la proximidad del centro de producción, estarían bien abastecidos todos sus establecimientos del ramo. Crucé después una plaza, formada por edificios en construcción, y entré en una calle de amplias terrazas de café, muy concurridas en aquella hora. Precisamente se me ofrecían dos terrazas contiguas, al otro lado de la plaza. Crucé ésta por medio, muy decidido, pero entonces se me presentó una alternativa inesperada: ¿a cuál de los dos bares entraría primeramente? Leí sus nombres y me gustó más el de GEMA.

Ya, sin pensarlo más, casi con los ojos cerrados, como quien salta una trinchera, entré en el elegido, pequeño establecimiento del género, con un mostrador corrido sobre el que aparecían las pequeñas bandejas con patatas fritas, aceitunas y otros aperitivos. Unos hombres de sucias chaquetillas blancas y de gordas y amoratadas manos servían vasos para vino y cerveza que otro iba llenando y lanzando seguidamente por la pista encharcada del mostrador, en un alarde de habilidad y excelente técnica de tabernero.

—¡Uno de blanco! —gritó uno de los mozos.

El más viejo de los que se hallaba tras el mostrador era el que llenaba con asombrosa rapidez de prestidigitador varios vasitos puestos en fila. ¿Sería el dueño? La verdad es que sentí un nudo en el estómago al acercarme a él y preguntarle:

—¿El dueño, por favor?

—Soy el encargado, pero es igual. ¿En qué puedo servirle? —me contestó sin levantar la vista de su trabajo.

—Represento una fábrica de gaseosas —yo sentía hundirme en el ridículo y en el absurdo al decir eso— y he venido a visitarle

por si necesita algo.

El hombre guardó silencio. Miró después bajo el mostrador y dio una patada a algo que sonó a botellas vacías. Entonces gritó otro de los dependientes:

—¡Tres más de tinto!

—¡Marchando! —le contestó el viejo y puso los tres vasitos en hilera y, mientras los llenaba de corrido, sin levantar la frasca, me preguntó:

—Ha dicho gaseosas, ¿verdad?

—Sí, señor, y sifones.

—Pues ha tenido suerte. Estoy sin gota. Así que va usted a mandarme una caja de limón y naranja, mitad y mitad. —Lanzó el último vaso y añadió, mirándome con sus ojos saltones y acuosos —: Pero tiene que traérmela en seguida...

El llamar por teléfono mermaba considerablemente mi comisión. Por lo tanto, y también para poder apreciar en persona la impresión causada por un éxito tan fulminante, salí corriendo en dirección a la fábrica. Efectivamente, el hombre del «mono» me felicitó.

—¿Lo está usted viendo? Ya le dije yo que esto se vende como agua, hombre —y, guiñando maliciosamente un ojo, agregó—: Si es puro Lozoya, qué coño.

Acto seguido, llamó en voz alta a un mozo para que cogiese la bicicleta con remolque.

—¡Chico, una caja de limón y naranja, mitad y mitad! ¡Rápido como el cemento!

Pero en el momento de despedirme, la expresión jocunda y bonachona de aquel hombre se cambió por otra más bien cauta y recelosa.

—Bueno —me dijo—, se me olvidó decirle antes que nuestra costumbre es liquidar las comisiones a nuestros agentes por quincenas.

A pesar de ello, abandoné la fábrica con el mismo íntimo contento que sentí aquel día, tan lejano ya, en que terminé el bachillerato. Encendí un cigarrillo y me encaminé a casa andando lentamente, porque el anochecer era suave y acariciador y porque necesitaba unos instantes de sosiego para paladear mi primer éxito como vendedor de gaseosas, preludio de los muchos que obtendría en días sucesivos recorriendo los seis mil bares y tabernas de la ciudad.

Pero pasaron los días y no volví a vender una sola gaseosa. Visitaba esforzadamente los bares y tabernas que encontraba al paso, y en todos ellos, como si obedecieran una consigna, se me adelantaba un «no» tajante, apenas abría la boca:

—Estoy servido. Tengo de todo —y si insistía con la tozudez a que obliga la desesperación, el terrible hombre del mandil a rayas o el de la chaquetilla, gañía—: De eso, nada. Con la cerveza no se venden gaseosas.

Ni en el GEMA pude repetir mi única hazaña, y observé en todas partes la misma hostilidad hacia el que ofrece algo, como si fuese un ladrón, por parte especialmente de los subalternos. Yo no me podía explicar por qué aquellos asalariados de ínfima categoría, sometidos a un trabajo abrumador y seguramente mal pagados, podían sentir tal celo canino por intereses extraños. En algunas ocasiones, a punto ya de formalizar un pedido, aparecía el jayán del mandil diciendo:

—Uf, pero si no valen nada. Las probamos el año pasado y no tienen presión.

El dueño o el encargado se encogían de hombros, daban media vuelta y yo me quedaba solo frente a una hilera de botellas vacías que iniciaban una danza burlesca ante mis ojos extraviados. Fueron días durísimos, en que tuve que poner a prueba mi voluntad, fanatizándome a mí mismo, para no desfallecer. Suponiendo que se habría agotado ya el dinero que diera a Alfonsina, me echaba a la calle cada mañana sin ingerir más alimento que el aguado desayuno, y ya no volvía hasta la noche, pretextando que almorcaba en cualquier taberna.

A eso de las once empezaba la sensación de vacío y, poco más tarde, el cosquilleo en el estómago, seguido luego de esa angustia y desmadejamiento general que ya conocía desde mis tiempos de cautiverio. Eran el anuncio del hambre que finalmente se hacía sentir por medio de retortijones, calambres, náuseas y vértigos. Las piernas se me doblaban bajo el quimérico peso del estómago que gravitaba sobre todo mi organismo como si estuviera lleno de piedras. Me veía obligado, por ello, a sentarme, hasta que pasara la crisis, pues temía caer desvanecido en plena calle. Buscaba un banco público y me dejaba caer en él como un fardo y, poco a poco, comenzaba a desvanecerse el malestar difundido por todo mi cuerpo y a envolverme una somnolencia pegajosa que, sin hundirme del todo en el sueño y la inconsciencia, me mantenía en un plácido sopor bajo el cual iban acallándose lentamente las convulsiones de mis vísceras. Pese a la modorra, percibía los ruidos de la calle y si alguien se sentaba a mi lado, y era capaz de revivir algunas escenas de mí vida cotidiana. Unas veces veía el rostro esquivo de mi cuñado, de perfil, preguntándome, mientras

engullía apresuradamente su ración de cena, qué tal se me daba como vendedor de gaseosas, cuál era el monto de mis comisiones y si no pensaba mejorar de posición, o quejándose de la carestía de la vida, de su agotamiento físico, de sus extenuadoras jornadas de trabajo, de la desastrosa marcha de la economía nacional. (*Esto no hay quien lo aguante. No puedo más. Cualquier día reviento. Y tú, ¿qué piensas? ¿A dónde iremos a parar? Ya ves lo que está ocurriendo en la Bolsa... Cada día valen menos las acciones que parecían más seguras*). Otras veces eran la mirada insultante y la grosera negativa del mozo con mandil a rayas. (*Ni hablar de gaseosas. Aquí, lo que se vende es cerveza*). Y se repetía, sobre todos, el fenómeno intimidante que se prodigaba tanto por toda la ciudad: el de los nutridos grupos de oficiales del ejército, muy jóvenes, que marchaban casi a paso de desfile, correctamente uniformados, con la visera de la gorra tan baja que debían levantar la cabeza para poder ver. Emergían de las bocas del «metro», compactos, arrolladores, silenciosos, unánimes, o se congregaban, de igual forma, en las paradas de los tranvías. Yo me los encontraba por todas partes. Me habían dicho que procedían de las milicias universitarias o de las escuelas especiales de transformación para la oficialidad y las clases improvisadas en la guerra. Miles de nuevos oficiales. La flor de la juventud encuadrada en las filas del ejército. Un ejército todopoderoso y omnipresente, a punto y en alerta. (*¡Estamos prevenidos! ¡Atención, rojillos! Os aplastaremos otra vez. ¡Plon, plon, plon! ¡Derecha! ¡Izquierda! ¡De frente!*) La fuerza... Cuando recobraba la lucidez, ya no sentía ningún dolor y recobraba el dominio de mi cuerpo, pero, sincrónicamente, se me embravecía la sed, una sed implacable, como si fuera arena mi carne y me pidiese agua

insaciablemente. Para mitigarla un tanto, encendía un cigarrillo y lo fumaba con mucha parsimonia, aunque la sequedad de la boca me impidiera gozarlo. Luego, tiraba de mí y me ponía en pie y, venciendo mi enorme cansancio, echaba a andar, a peregrinar de nuevo. Porque no quería darme por vencido. No, no desfallecería. Nada ni nadie serían capaces de quebrantar mi decisión de seguir adelante. Llegaría, si preciso fuera, a quedarme agarrado a un mostrador ofreciendo mis gaseosas.

En el primer bar donde entregaba solía ingerir dos o tres vasos de agua y entonces sentía perfectamente cómo me esponjaba y cómo mis miembros se distendían, recobrando la perdida elasticidad.

Aquella tarde, como de costumbre, traté de hablar con el encargado del establecimiento después de satisfacer la sed.

—¿El dueño, por favor?

—Yo mismo. ¿Qué desea?

Me sorprendió agradablemente el tono amistoso de su voz. Tenía ante mí una cara vulgar, pero en ella brillaban unos ojos humanos, yo diría fraternos, que me miraban con esa impalpable simpatía espontánea que acerca los espíritus y establece entre ellos una corriente sutil de mutua atracción, como si se conocieran y se estimaran desde siempre.

El mostrador estaba cercado por los clientes y la cafetera funcionaba sin descanso y, no obstante, aquel hombre, requerido desde varios puntos a la vez, había concentrado en mí toda su atención desentendiéndose de cuanto le rodeaba. Animado por su actitud, le expuse confiadamente el motivo de mi presencia.

—Venía a ofrecerle gaseosas y sifones... —y no me sentí hundido en el ridículo, como otras veces, y tuve la certeza, por

anticipado, de que me compraría algunas cajas de gaseosas al ver que iba subrayando mis palabras con movimientos afirmativos de cabeza.

—Bien. Espere un momento, porque voy a ver lo que se necesita —y se fue al otro extremo del mostrador, donde estaba instalada la cafetera.

Yo creí que habría ido allí para comprobar las existencias. Pero no. Tomó una de las tazas, vertió su contenido en otra más grande, le añadió leche y azúcar y vino con ella en la mano hacia mí, con gran extrañeza por mi parte y pensando que su destinatario sería alguno de aquellos parroquianos que ocupaban un lugar próximo al mío. Pero el dueño del bar colocó la taza ante mí, acercó un platito con un bollo y me dijo amablemente:

—Aquí tiene usted su café-café con suizo, ¿vale?

Yo me alarmé.

—Pero sí no he pedido nada...

—No importa, hombre. Convida la casa.

Yo hubiera querido entonces tener la presencia de ánimo suficiente para formular alguna débil protesta convencional por lo menos, pero el aroma del café me trastornó y no supe qué decir.

—Y mándeme lo que quiera —añadió el hombre—. Aquí se consumen muchas gaseosas —y se alejó gritando a otro cliente que empezaba a impacientarse—: ¡Va en seguida! ¡Va!

No pude contener por más tiempo las exigencias del instinto y dejé que mi cuerpo, convertido todo él en lengua y paladar, participase en el festín. No obstante, procuré comer con decoro, sin mirar a nadie, aunque creo que ninguno de los allí presentes se había dado cuenta de la maniobra llevada a cabo por el dueño del bar. Era éste únicamente quien, desde lejos, me miraba con

disimulo, por el rabillo del ojo, de vez en vez, a fin de comprobar, supongo, que no se había equivocado. Cuando di fin a la pitanza, le busqué con los ojos para darle las gracias, pero él se me anticipó con una sonrisa cordial, una leve inclinación de cabeza y un gesto de despedida con la mano que impidieron toda otra manifestación de agradecimiento por mi parte.

Volví a la calle contradictoriamente impresionado. El hecho de haber descubierto un hombre comprensivo y generoso entre los temibles dogos que solían enseñarme sus dientes agresivos tras el mostrador, me reconciliaron con el gremio y con la humanidad entera, confirmándome en mi utopía de que es posible encontrar un espíritu noble aun en los ambientes y circunstancias más desagradables y de que no toda la semilla de los buenos sentimientos se la lleva el aire o se esteriliza en las callosas rugosidades del egoísmo y de la estolidez. Pero, por otra parte, me sentía insatisfecho. No me engañaba, no. Aquella victoria de la solidaridad humana venía a confirmar mi fracaso como vendedor de gaseosas. Había vencido la compasión y yo era el derrotado, contrariamente a lo que sucediera la primera vez que visité el bar GEMA.

Crucé la calle de Alcalá, frente al Retiro, aprovechando un claro en la circulación, pero, con tal mala suerte, que dejé prendido entre el doble raíl del tranvía uno de los tacones de mis zapatos. Una vez alcanzada la acera opuesta, me senté en un banco público para comprobar el alcance del incidente. El destrozo era irremediable, porque, además de haberse desprendido el tacón, éste había arrastrado consigo la parte correspondiente de la plantilla y

dejado al descubierto el talón. En adelante tendría que pisar directamente sobre el suelo.

Llevaba ya varios días observando el alarmante deterioro de mis zapatos (*Cualquier día me quedo descalzo y entonces, ¿qué?*), pero acababa siempre aplazando la cuestión por falta de ideas y de recursos para resolverla anticipadamente. (*Aún pueden tirar algunos días, y quién sabe lo que puede ocurrir entre tanto. Si la cosa no tiene remedio, ¿por qué preocuparse?, y, si no lo tiene, ¿por qué preocuparse?*) Y así fueron pasando los días. Pero ya estaba el toro en la plaza y no había escapatoria ni dilaciones que valieran. Tenía que liquidarlo sin más, pero, ¿cómo, de qué manera? Descartados mi hermana y Valladares, no se me ocurría ningún otro nombre a quien recurrir, pero yo no podía continuar varado en un banco público cuando, precisamente, necesitaba mayor movilidad que nunca para resolver el agudo y apremiante problema de mi trabajo. ¿Cómo encerrarme en casa ahora? Pero no podía ir andando descalzo por la calle... ¡Vaya situación!

Se me ocurrió, primero, entrar en una zapatería, pedir un par de zapatos de mi número y... salir corriendo. Pero deseché inmediatamente la idea por demasiado arriesgada. Me detendrían por ladrón y, dados mis antecedentes... ¿Y ofrecerme al dueño de la zapatería para trabajar en lo que me ordenase hasta satisfacer el importe de mis zapatos? ¿Me aceptaría el trueque?

No se me había ocurrido hasta entonces ni imaginar siquiera la importancia que tiene un par de zapatos. Todo el mundo los necesita y todo el mundo los usa. Y todo el mundo los tiene, mejores o peores. Yo mismo poseía, antes de la guerra, dos o tres pares en uso, y no recordaba dónde ni cuándo los compré, ni su precio, ni su forma, ni su calidad, ni cuando los licencié por

inservibles. A lo largo de mi vida, ¿cuántas veces me los habría calzado y descalzado sin reparar en ello? Sólo en caso de que me apretaran o me incomodasen hubiera podido apreciar si estaba o no calzado. Por otra parte, en el transcurso de mis años más sombríos, yo había oído a mi lado quejarse a los hombres de miedo, de horror y de hambre. Había sufrido y visto sufrir a mi alrededor la soledad, el desamparo, el vacío de amor y la pérdida de la dicha e, incluso, de bienes materiales como el primer reloj de bolsillo, la bicicleta, aquella cartera de piel, aquel sombrero o aquella pluma estilográfica. Pero ni yo ni nadie exteriorizó ningún dolor por unos zapatos ni a ninguno se le oyó recordar *aquellos zapatos de charol que me regaló mi padre, ni que el día en que conocí a mi novia yo había estrenado unos estupendos zapatos de tafilete...* No. Se recordaban las camisas, las corbatas, los trajes, o cualquier otra prenda, pero no los zapatos. Y mira por dónde cobraban de repente, para mí, más importancia que ninguna otra cosa, incluso que el hambre. Me sentí por unos momentos completamente anonadado. Y las gentes desfilaban junto a mí sin sospechar mi tragedia. Era la hora del paseo, de la vuelta del trabajo, la más deseada del día, cuando se juntan los amantes, se reúnen los amigos, y el solitario busca compañía y el hombre rendido de trabajar corre hacia el descanso, la evasión o el placer. El Retiro soplaba brisas henchidas de olores verdes y de trinos dorados. Era mayor la circulación de coches y crecía el tintineo machacón de los tranvías. Los hormigueros humanos se vaciaban en la calle. Pero yo no veía a la gente. Ni siquiera los grupos de muchachas recién salidas de las manos de la primavera atrapaban mi atención. Yo no miraba más que los pies, y con especial atención los de los hombres, en busca de los zapatos más fuertes.

Los de doble suela se me antojaban verdaderas maravillas, porque con ellos se podría estar andando meses y meses sin la menor preocupación. Yo hubiera dado entonces cualquier cosa por poseer unos zapatos como aquéllos. ¡Ah, cómo los deseé y cuánto envidié a sus privilegiados dueños!

Tan absorto estaba que fue necesario que asomasesen a mi campo visual dos alpargatas manchadas de barro para que su aspecto repelente, al quebrar la hermosa visión de zapatos acorazados que me enajenaba, me volviera a la realidad. Al tiempo de apartar mi vista de ellas, oí una voz de barítono que pronunciaba mi nombre.

—¡Federico!

Alcé los ojos y descubrí un hombre de alta estatura, vestido con «mono», que me contemplaba sonriente y con los brazos extendidos.

—¡Pero, hombre!

No cabía duda. Era el comandante Jaime Ríos. Me levanté y nos abrazamos.

—¿Qué diablos haces aquí? ¿Qué ha sido de tu vida, muchacho? —me preguntó con su vozarrón de mando.

Yo hubiera preferido que habláramos sentados, pero Jaime se opuso. Guiñándose un ojo, me dijo:

—Hablaremos mejor mientras paseamos. Así se joderán los escuchas.

No tuve, pues, más remedio que resignarme y seguir, disimulando todo lo posible mi cojera, a mi amigo Jaime, surgido de pronto en medio de la calle como un fantasma del pasado. Le conté con breves palabras lo poco que podía decir de mí desde el día de mi excarcelación y, cuando terminé la retahíla, comentó,

lacónicamente:

—Poco más o menos, lo que me ocurrió a mí, lo que nos ocurre a todos al principio, con la única diferencia que a mí me soltaron dos años antes. Pero, ¿y ahora?

—De momento, buscar trabajo.

—Lo de todos también —pero, deteniéndose y mirándome a los ojos, añadió—: ¿Y lo has conseguido? ¿En qué trabajas?

—Pues no, no lo consigo, a pesar de todos los esfuerzos que he hecho hasta ahora. He tenido la representación de una fábrica de gaseosas, pero, chico, parece que todo el mundo se ha puesto de acuerdo para no beber más que cerveza.

Jaime se detuvo otra vez.

—Es natural —dijo—. Todos hemos empezado por cosas del mismo estilo. A mí, en primer lugar, me timaron. Sí, me timaron. No sé todavía quién les dijo a aquellos tipos que yo era ingeniero agrónomo. Lo cierto es que un día recibí una carta citándome a determinada hora en una oficina, para tratar de un asunto, propio de mi carrera, que podría interesarme. Yo piqué como un incauto. Verás. La oficina estaba muy bien puesta y los dos fulanos no tenían mal aspecto, así, al pronto. El asunto era sencillo y claro. Aquellos tipos estaban en tratos para la compra de un pinar en la sierra y necesitaban que un experto como yo les cubicase a ojo la madera que pudiera obtenerse de la tala. Sufragarían por su cuenta mis gastos de desplazamiento y estancia en el pueblo inmediato al pinar y luego me abonarían un tanto por ciento sobre el valor aproximado de la madera. Coño, la cosa se presentaba de rechupete. La comisión era muy baja, desde luego, pero yo no estaba en condiciones de exigir y acepté el encargo. En menos de una semana fui al pueblo, recorrió el pinar, hice mis cálculos y volví

a Madrid con mi informe. Como es natural, me faltó el tiempo para ir a ver a los dos negociantes, quienes se mostraron muy contentos por la rapidez y facilidad con que había resuelto mi papeleta, pero cuando, ya al final de la entrevista, les pedí un adelanto sobre mi comisión, se enfurecieron súbitamente y empezaron a gritar como dos energúmenos. (*¿Cómo se atreve usted a pedirnos una comisión? ¿De qué, de qué? ¡Usted, un rojo! ¿No ha vivido toda una semana a costa nuestra? ¿Y aún quiere más? Ande, váyase y no aparezca más por aquí si no quiere volver a la cárcel. Con dar un telefonazo nos bastaría. ¡Usted no sabe con quién se juega los cuartos!*) —Hizo una breve pausa y siguió diciendo—: Después acudí a un anuncio y me propusieron hacer seguros de vida. ¡Imagínate! A la primera grosería que me soltó el individuo a quien, según la compañía, debía yo hacerle un seguro, me pegué con él y mandé al diablo todo aquello —y, sin apenas transición, añadió—: Afortunadamente para ti, creo que voy a poder arreglar tu asunto en poco tiempo. Calla, a lo mejor ahora mismo. Vamos a coger el «metro» a ver si está todavía en el bar el señor Julio.

No me dejó tiempo para preguntarle nada, pero ya mi amigo se dirigía, a grandes zancadas, a la próxima estación del ferrocarril subterráneo. Yo tuve que correr para ponerme a su altura y entonces fue cuando advirtió mis dificultades para andar.

—Antes no eras cojo. ¿Qué coño te ha pasado?

—Es que he perdido el talón de un zapato —le contesté, un poco avergonzado por lo cómico de mi situación.

—¡Bah! Eso se arregla pronto. Cómprate unas alpargatas. Es el mejor calzado para este tiempo. Luego, cuando lleguen la lluvia y el frío, te agencias una de esas botas que venden los soldados en

el Rastro y asunto concluido. Yo me arreglo así.

Y se adelantó para adquirir los billetes, circunstancia que aproveché para examinarle más detenidamente y entonces quedé asombrado al comprobar la gran transformación externa que había sufrido. Parecía un albañil auténtico. ¿Se trataba sólo de un disfraz? Y si era así, ¿con qué objeto? En cuanto estuve nuevamente a mi lado se lo pregunté:

—Y tú, ¿a qué te dedicas? Tienes el aspecto de un verdadero proletario.

Aguardábamos el paso del tren. Jaime se encogió de hombros.

—En la guerra —dijo— hay que aceptar cualquier puesto. Ahora soy el encargado de una hormigonera.

—¿Y tu carrera, Jaime?

—¡Al diablo la carrera en estas circunstancias! Eso se queda para cuando triunfemos.

El tren accedía a la estación y la gente se preparaba para tomarlo al asalto. Se formaron colas, verdaderos remolinos de público, junto a las puertas y Jaime me hizo una señal para que le siguiese y callase. Mi amigo, arrollador, alcanzó a empellones la boca del vagón y, cuando yo creía que iba a entrar, se detuvo secamente, produciéndose un choque entre los dos. Sonó el silbato y las puertas automáticas comenzaron su movimiento de cierre. Entonces, Jaime se lanzó dentro como un toro, arrastrándome consigo tan en el último segundo que sentí el roce de los filos de las puertas en mis espaldas. Solté el aliento y miré interrogativamente a mi amigo, pero un nuevo gesto por su parte me hizo permanecer callado. Ya no cruzamos palabra en todo el viaje y, al llegar a la estación de Manuel Becerra, Jaime me dio a entender que era allí donde debíamos apearnos, y otra vez obró

de una manera extraña. Esperó a que bajasen todos los viajeros que allí abandonaban el tren y, luego, a que entrasen los que deseaban tomarlo y, cuando las puertas comenzaban a cerrarse, se echó fuera del vehículo, tirando de mí tan brusca y fuertemente que tuve que dar un brinco para no quedar aprisionado por ellas.

—Todo esto es por si nos siguen —dijo Jaime sobre la marcha como explicación de aquellas maniobras y, como advirtiera que yo sonreía escépticamente, añadió—: Por si acaso. De todas maneras, conviene adiestrarse en las técnicas del despiste.

¿Qué replicar ante un convencimiento incombustible como el que dejaban entender sus respuestas? Por otra parte, me sentía un poco mareado por el ajetreo y la debilidad, y sin deseos de discutir. Salimos a la plaza y seguí en silencio a mi compañero, que se dirigió directamente a un bar, desde cuya puerta ojeó rápidamente el interior, diciéndome después:

—¡Adelante!

En un grupo, junto al mostrador, se destacaba por sus pantalones blancos un hombre con tipo de capataz o de maestro de obras. Estaban bebiendo unos vasos de vino y discutiendo sobre toros en amigable y sosegada compañía. Jaime se acercó al hombre de los pantalones blancos y le tocó en un hombro diciendo:

—Señor Julio, un momento —y a sus contertulios—: Con el permiso de ustedes.

Los aludidos asintieron con un leve movimiento de cabeza y el señor Julio se apartó de la reunión siguiendo a Juan, quien me hizo señas para que me acercase a ellos. El señor Julio debía estar muy acostumbrado a los procedimientos de Jaime porque no preguntó nada ni hizo el menor gesto de extrañeza. Mi amigo, como de

costumbre, se fue derecho al asunto:

—Señor Julio, le presento a su nuevo listero que acaba de salir de la cárcel y necesita ponerse a trabajar inmediatamente. Es de los buenos.

El señor Julio, cuyos ojuelos brillaban de malicia, hizo un gesto de inteligencia.

—Está bien —dijo, cambiando el palillo de dientes de un extremo a otro de la boca—. Ya sabes que, diciéndolo tú, no hay más que hablar —y se volvió después a mí con la mano extendida.

—Me llamo Federico Olivares —dije yo, estrechando su mano.

—Mucho gusto. Ya le habrá contado nuestro amigo Jaime quién soy yo, ¿verdad?

Asentí con un movimiento de cabeza, mintiendo por no desairarle, porque mi compañero no me había confiado previamente nada, ni acerca de él ni sobre el asunto que nos llevara hasta allí.

—Yo no puedo hacer otra cosa —continuó— que ayudar en lo que pueda a los compañeros necesitados. En eso no me echo atrás, ya lo sabe Jaime, pero tengo demasiados años para liarme otra vez la manta a la cabeza y...

—Bueno —le interrumpió Jaime—, ¿y cuándo tiene que presentarse en la obra? ¿Mañana mismo?

—No, hombre, no corras tanto. Que se presente el lunes a las ocho menos cuarto de la mañana, porque a las ocho en punto empezamos a trabajar. ¿Estamos? —y me miró, sonriente.

—Estamos —contesté.

—Y ahora, vamos a tomar una copita para celebrarlo, ¿qué les parece? —propuso campechanamente el señor Julio.

—No, gracias —se adelantó a contestar Jaime—. Nosotros

tenemos mucho que hacer todavía.

El maestro de obras hizo un gesto de resignación, nos dio la mano y volvió a reunirse con sus amigos. Jaime y yo, por el contrario, marchamos hacia la puerta como si fuéramos a apagar un incendio. Ya en la calle, y después de echar una ojeada a su alrededor, Jaime, más sosegado, compró dos cigarrillos de hebra a una estraperlista que andaba por allí. Me dio uno, encendimos los dos con la misma cerilla y, después de la primera bocanada de humo, me señaló unas obras que se divisaban no muy lejos de donde nos encontrábamos.

—Allí es donde tienes que presentarte el lunes a las ocho menos cuarto de la mañana, Federico.

Permanecimos unos momentos mirando calladamente en aquella dirección y luego tomamos el rumbo de la calle de Alcalá abajo, hacia Cibeles, sin prisas.

—Este señor Julio es un viejo luchador, ya retirado. En la guerra fue capitán de zapadores. Aunque en la depuración le buscaron las cosquillas, tuvo mucha suerte, y pudo ponerse a trabajar en lo suyo sin grandes inconvenientes, pero no fue capaz de quitarse el miedo que le quedó y sólo se atreve a solidizarse en casos como el tuyo, proporcionando trabajo o pequeños auxilios en dinero a los que acuden a él. Yo tenía el encargo de buscarle un listero entre los amigos, y mira por dónde vine a tropezarme contigo en el momento oportuno. Creo que tu papeleta ha quedado solucionada por ahora. ¿Te parece bien?

Hombre, a mí me parecía, no sólo bien, sino admirable. ¿No era de admirar que con tan pocas palabras y tan rápidamente hubiera conseguido un puesto de trabajo seguro para mí? No intenté darle las gracias directamente, porque se hubiera

ofendido, pero sí le hice saber mi contento al no tener que enfrentarme más con los mozos de las tabernas.

—Ese es un capítulo terminado, Federico. Ahora vamos a otra cosa: ¿estás controlado?

Seguía siendo tan enérgico como en la guerra y me asombraba que hubiese asimilado el espíritu castrense hasta el punto de constituir ya carácter en él. No toleraba distingos ni medias tintas; o blanco o negro, o sí o no, sin más matizaciones, y como yo sabía muy bien lo que aquellas palabras significaban, le dije la verdad: que no, que no estaba controlado.

—¿Es que no has tomado contacto con nadie?

—No he podido ver más que a Valladares —le contesté, omitiendo el nombre de Molina, a quien él no conocía personalmente.

—¡Puaff! Ya he oído decir que se ha acoplado y que, como otros muchos, piensa que la guerra se ha perdido definitivamente. Allá él y los que piensan como él.

Su tono frío y seco de ordinario, se había acalorado y vibraba.

—Pero se equivocan una vez más —siguió diciendo—. La guerra no ha terminado aún. El mismo enemigo lo proclama así a diario en la Prensa, en la radio, en discursos y arengas, en los desfiles... No importa que hayan callado las armas. Estamos en una fase de guerra sorda, en que los ejércitos beligerantes se mezclan, se confunden, y se combate a tientas y en silencio. Y en cuanto a nuestra bandera, no se ha arriado. ¡Está aquí! —y se golpeó el pecho violentamente.

Aquellas palabras y el acento que puso en ellas desataron todos mis antiguos sentimientos y entusiasmos reprimidos. Me sonaron como un redoble de tambores, como un alborear de

clarines. Más allá de esa música, como al otro lado de una cortina de niebla, yo veía con la imaginación desplegarse los batallones en la llanura. ¡Otra vez la guerra!

—Así es —exclamé, entusiasmado—. La lucha continuará mientras nosotros no seamos abatidos. ¡Nosotros somos la guerra!

Jaime se detuvo, me cogió por un brazo y, mirándome fijamente a los ojos, me preguntó:

—Y si no fuera así, ¿tú crees que merecería la pena vivir?

—No. Más nos valiera haber muerto al principio o ante un piquete de ejecución —le respondí, enajenado.

Más tarde comprendí que estábamos embriagados, y no de alcohol, sino de tragedia. Éramos como esos jugadores de madrugada que doblan cada vez las apuestas para rescatar de un golpe todo lo perdido, y se obstinan en seguir hasta el último minuto, cuando amanece para los demás, y hasta la última moneda, la definitiva, contra toda lógica y contra toda idea de responsabilidad. Los dos temblábamos. Al pasar por en medio de la terraza de un café, Jaime paseó su alta y encendida mirada sobre aquellos grupos de gentes tranquilas, que tomaban el aperitivo al aire libre, y les escupió:

—¡Imbéciles!

El instinto me hizo cogerle de un brazo y obligarle a seguir, pero él aún continuó desahogándose:

—Son unos borregos, un hato de borregos. Pero también, también llegará para ellos el despertar. Claro que entonces no tendrán valor ni tiempo para correr. Esta gente cómoda y cobarde, me desquicia, compañero.

Y continuamos paseando en silencio, insensibles al mundo

exterior, autosugestionados por nuestra propia utopía. Yo me hallaba poseído por el delirio de la predestinación. Esa conciencia de un extraordinario destino me aislaban por completo de la realidad circundante. No recuerdo de aquel estado más que una sensación de éxtasis, de estar fuera de mí y de todo. No veía nada concreto, sino una lontananza luminosa, como un amanecer en la llanura, desde la cúspide de una alta montaña. Nada, ni los coches de la calzada, ni los destellos de las luces, ni el clamor del aire desgarrado por mil ruidos diferentes, ni el pulso enfebrecido de la ciudad. Nada, nada, nada. Yo sólo veía y oía lo que se fraguaba dentro de mí: un tumulto fragoroso de imágenes, de colores, de sonidos y de palabras ininteligibles. Jaime, más dueño de sí o más habituado que yo a esas alucinaciones, se detuvo en seco, despertándose bruscamente, y me obligó a detenerme al filo de una esquina.

—Yo tomo aquí el «metro» —oí que me decía—. Tú puedes continuar a pie hasta tu casa. —Se me acercaba y se me hacía más inteligible su voz a medida que yo me recobraba—. Tengo que llegar a la pensión antes de un cuarto de hora si no quiero comerme las sobras de los demás huéspedes.

Aquellas palabras me devolvieron la conciencia, aunque al pronto me sonaron a desvarío y no acabase, por ello, de situarme lúcidamente en la realidad.

—¿Cómo? ¿Qué hablas de pensión? ¿Y tu mujer? ¿Y tu casa? ¿Qué estás diciendo, Jaime?

—Dejé todo eso: mujer y casa. Para nosotros, la mujer es una rémora, sobre todo si ve la vida a través de un prisma distinto del nuestro. Dejé a Luisa en libertad y le regalé la casa. Yo no me llevé de allí más que la ropa indispensable.

Yo no acababa de comprender, de ver claro. Seguía sin entender nada.

—Pero, ¿no era verdad que os queríais apasionadamente, como decías en la cárcel?

—Claro que era verdad. Precisamente porque nos queríamos tanto yo no podía arrastrar a Luisa por unos caminos que a ella no le gustaban. Así se lo dije. Ella, como es natural, lloró, lloró mucho, pero tenía miedo, mucho miedo, un miedo enfermizo. Te advierto que tomé esa decisión al día siguiente de volver a mi casa desde la prisión. No quise que la pereza y la sensualidad me ganasen por la mano. Lo que hice entonces, en caliente, no hubiera sido capaz de hacerlo después, en frío, o ganado por el gusto de la nueva vida. Así que corté por lo sano, sin contemplaciones. Sé que ella se defiende muy bien dando clases de idiomas y eso me tranquiliza.

¡Dios, qué carácter! Si Jaime había sido capaz de eliminar a Luisa de esa manera, arrancándose de un zarpazo algo más querido que los propios ojos, ¿quién o qué podra hacerle desistir de su propósito? *Nadie ni nada, excepto la muerte*, me contesté a mí mismo, estremeciéndome. Por primera vez me asustó mi amigo.

—¿Y no ves nunca a Luisa?

—No. ¿Para qué? Este es un asunto concluido. Desengáñate: nosotros no podemos perder tiempo y energías con la mujer. Debemos concentrarnos, no dispersarnos. Y te aseguro una cosa: en cuanto se hace uno a esa idea, la mujer deja de ser imprescindible.

No quise insistir. ¿Para qué, verdaderamente? Era, la de mi amigo Jaime, una voluntad de hierro, inexorable. No tenía más de cuarenta y cinco años y ya había clausurado definitivamente el

capítulo de la mujer. Hundía las naves y quemaba los puentes para hacerse imposible cualquier ilusión de retorno. Sus palabras me desconcertaron, y lo más estremecedor era su tono: indiferente, frío, lejano, como si se tratara de una historia ajena o de un hecho acaecido en su prehistoria.

Nos citamos para el lunes siguiente, en el mismo sitio de nuestro encuentro y Jaime desapareció de pronto, tragado por la boca del «metro», y yo sentí un tirón hacia el vacío que dejaba en el aire, el mismo fenómeno que se siente físicamente cuando pasa rozándonos una gran masa sólida movida por una fuerza incontenible. La sensación de vértigo, en suma.

Sin embargo, mientras repasaba con la memoria lo sucedido aquella tarde, en mi camino de vuelta a casa, llegué a la conclusión de que podía considerar doblemente positivo mi casual encuentro con Jaime. Por una parte, me había librado de la pesadilla que significaba para mí la inútil búsqueda de un puesto de trabajo, y, por otra, serviría para ponerme en relación con grupos organizados en la lucha clandestina contra el régimen político de Franco. Claro que podía caer entre tipos testarudos e inoperantes o en una facción sectaria de gárrulos discutidores, que antepusieran sus bizantinismos a la realidad objetiva. Sin embargo, la presencia entre ellos de Jaime, tan expeditivo como contrario a la verborrea era para mí una garantía de todo lo contrario. De todas maneras, pronto saldría de dudas. (*El lunes, después del trabajo, te presentaré al grupo para que empieces a colaborar*). Esa era mi tarea y necesitaba entregarme a ella lo antes posible. Así podría realizar los proyectos de acción elaborados en la cárcel tras largas meditaciones y minuciosos análisis. Al diablo la retórica y mucha acción en movimientos

escalonados, descartados, por supuesto, la violencia y los ataques frontales. Guerra política de guerrillas, sutil, bien concertada y bien dirigida. Pequeños núcleos aquí y allá, en todas partes, como una red de células nerviosas relacionadas entre sí por elementos móviles de enlace que no tuviesen más información que la imprescindible para llevar a cabo su labor, estrictamente limitada. Así, la interferencia policiaca produciría automáticamente un cortocircuito e impediría su penetración en el organismo y el desmantelamiento de sus posiciones dirigentes. Táctica muy vieja, desde luego, pero aplicada con una intencionalidad nueva: nada de maximalismos y corroer el sistema enemigo por su base, informando, desvelando sus corrupciones y sembrando la duda sobre su perdurabilidad, etcétera, etcétera. En suma, mi vieja manía; mi obsesión, mejor dicho.

Subiendo las escaleras de mi casa, el monótono golpeteo de un solo pie me recordó la inaplazable sustitución de mis zapatos, inservibles ya, por unas alpargatas, tal como me aconsejó Jaime en una de sus repentinhas decisiones. Sí, unas alpargatas, pero...

Durante la cena informé a mis hermanos que, desde el lunes próximo, ya tendría un empleo fijo.

—¿Se puede saber en qué consiste? —me preguntó Fernando sin darme tiempo a terminar mi informe, temiendo, sin duda, alguna nueva fantasía por mi parte.

—Sólo tengo una vaga idea —dije—. Listero en una obra. Ya estoy admitido.

A Fernando no debió parecerle muy disparatado el programa, porque, entre bocado y bocado, se dedicó a explicarme las obligaciones propias de mi nuevo empleo. Nada importante. Como él llevaba la contabilidad de una empresa constructora, qué

Lástima, ya lo estás viendo, que estés pez en números, podía garantizarme de antemano que me sería muy fácil desempeñar aquellas funciones. Por supuesto, ganaría poco, pero tendría siempre a mano la posibilidad, nada desdeñable, de ascender hasta la oficina central. Era un buen principio que, si sabía aprovecharlo, podría llevarme a consolidar una posición modesta, pero segura.

La cena transcurrió plácidamente y, cuando Fernando se fue a dormir, Alfonsina me dijo:

—No es un empleo muy brillante para ti, pero siempre es mejor estar en una oficina, aunque sea la caseta de una obra, que andar por esos bares de Dios ofreciendo gaseosas. Había llegado el momento y alcé el pie del zapato roto:

—Y que lo digas. Ya ves el resultado de mis correrías, y menos mal que han resistido hasta el último momento. Alfonsina no se asombró ni se lamentó.

—Era de temer que sucediera cualquier día. Y el caso es que no tienen arreglo —dijo.

—Eso mismo creo yo, pero no hay que apurarse por tan poca cosa. Me compro unas alpargatas y en paz.

—¿Unas alpargatas? —exclamó Alfonsina, abriendo desmesuradamente los ojos.

—Pues claro. En este tiempo es el calzado ideal.

Alfonsina guardó silencio y comenzó a recoger la mesa.

V

Me desperté a la hora acostumbrada, pero, por primera vez desde que recobrara la libertad, me di cuenta de que no tenía nada que hacer. Y me sentí feliz, muy feliz, al no verme obligado a lanzarme a la calle en busca de un hipotético comprador de gaseosas y sifones. Recordé aquella mañana en que recorrió todos los bares de Cuatro Caminos. En la puerta de todos ellos aparecía a mis ojos un cartel imaginario en el que no había más que una palabra, la palabra «no», dirigida contra mí agresivamente. Por fortuna, aquella humillante e inútil peregrinación sería en adelante uno más entre los muchos recuerdos desagradables archivados en mi memoria. Oí salir a Fernando, y, a mi hermana, trajinar por la casa, de un lado a otro, hasta que, finalmente, salió también, a la compra, supuse. Escuché más tarde las primeras voces de mi sobrina Carlota y, poco a poco, fui percibiendo también el rumor ascendente de la vecindad que empezaba a vivir la nueva jornada. Una mujer entonó el sonsonete de moda, *Pelona, sin pelos, cuatro pelos que tenías los vendiste de estraperlo*, que se desvaneció en una dulce somnolencia, hasta que sonaron las diez en el reloj del comedor y me despabilé del todo.

—¿Se puede, tito?

Me incorporé rápidamente en la cama, avergonzado de mí

holgazanería.

—Sí, bonita, sí; entra.

Y apareció Carlota con una caja de cartón en la mano, seguida de su madre.

—La niña te trae un regalo —dijo Alfonsina.

—Toma —dijo Carlota, colocando la caja de cartón sobre la cama.

—Anda, ábrela —volvió a hablar Alfonsina—, a ver si te valen.

Abrí la caja, maliciándome una sorpresa y, en efecto, había sorpresa: un par de deslumbrantes zapatos. No tenían doble suela, pero parecían fuertes.

—¿Por qué has hecho esto, Alfonsina? —dije en tono de reproche.

—Vamos, como que te iba a dejar yo que fueras andando por ahí en alpargatas. ¡Ni hablar del peluquín, hombre!

—¡Ni hablar del peluquín, hombre! —repitió la niña.

Prejuicios burgueses, diría Jaime, pero a mí me enterneció aquel rasgo de mi hermana, obedeciera o no a un prejuicio burgués, porque, por encima de cualquier otra consideración, constituía para mí una prueba de afecto fraternal. Ahora bien, ¿podía aceptar yo aquel sacrificio de Fernando? ¿Lo conocía él? Y si no, ¿lo aprobaría cuando lo supiera? ¿O le mentiría mi hermana? En ese caso, tendría que ser yo quien se lo dijera, pasase lo que pasase, comprometiéndome a devolverle su importe tan pronto lo reuniese, ahorrándolo céntimo a céntimo del dinero que reservara para mis gastos. Alfonsina, que seguía atentamente mis reacciones mirándome a los ojos con fijeza, se adelantó a desvanecer mis escrúpulos:

—Y no te preocupes por nada. Los he comprado con el dinero

que me diste. Lo guardé en previsión de casos como éste. Todavía queda algo más, no te digo cuánto, por si se presenta otra ocasión de remediarte con él. ¿Qué te parece?

Le di las gracias como pude. Salieron mi hermana y mi sobrina y me quedé a solas con mis zapatos, que me parecían una de las maravillas del mundo.

*Pelona sin pelo,
cuatro pelos que tenías
los vendiste de estrapero...*

*

Junto al señor Julio, presenciaba yo la entrada de los trabajadores en la obra, un centenar aproximadamente. Lo primero que hacían era trasladar una chapita numerada de un compartimento al otro del tablero colgado en la pared de la casucha que servía de oficina. Todos ellos saludaban previamente al señor Julio, quien contestaba a cada uno por su nombre. (*¡Hola Saturnino! ¡Hola, Nicolás!*), y entraban después en un tinglado donde cambiaban la ropa de calle por la de faena y dejaban la tarterilla con el almuerzo. De allí salían en grupos para los diferentes tajos Quise desde aquel primer momento fijar en mi memoria los rostros de todos y de cada uno de aquellos hombres que constituían la materia humana que yo debería manipular. (*Tengo que ficharlos mentalmente*). Eran reclutas y yo me prometí a mí mismo convertirlos en combatientes de primera línea. Ningún

observatorio mejor que aquel para el estudio y el análisis de la materia prima, el hombre, para todo proyecto que conllevase la reforma de la sociedad. También yo atraje su atención en seguida, lo cual suponía una inicial ventaja a mi favor. Pronto surgirían entre ellos las cábalas y las suposiciones. (*Tiene pinta de facha. Pues a mí me parece que la tiene de rojillo. ¿Será un chivato de la policía? Ca, hombre, vaya ojo que tienes. Si no me equivoco, ese tipo acaba de salir de la cárcel. Claro, coño; no hay más que verle*). A saber qué dirían de mí. Después que ficharon todos, el señor Julio espero aún cinco minutos más, reloj en mano, para dar tiempo a los morosos. Después, me condujo ante el chapero y me explicó lo que tenía que hacer. La primera operación consistía en cerrarlo con una tapa de tela metálica y echar el candado, con el fin de que nadie pudiera cambiar las chapitas numeradas, cada una de las cuales correspondía a un determinado operario. Por el movimiento de ellas entre ambos casilleros se podía comprobar rápidamente las asistencias y las ausencias, verificación que corría a mí cargo y que yo debería reflejar diariamente en el parte que se pasaba a la oficina central, donde serviría de base para la confección de las nóminas de pago.

En la oficinilla no había más que un fichero y una mesa de pino, en cuyos cajones se guardaban todos los papeles. Mi trabajo se resolvía sobre modelos ya impresos: unos para consignar la asistencia de los trabajadores; otros para contabilizar la entrada y salida de materiales y, por último, los que servían para registrar el trabajo realizado cada jornada.

—¿Es esto todo? —pregunté al maestro cuando hubo terminado sus explicaciones.

—Cabalmente —contestó—. Fácil, ¿eh? Bueno, ya se le

presentarán algunas papeletas, porque hay muchos protestones que, por menos de nada, te meten en un berenjenal y se van con el cuento al sindicato, un sindicato que no es el suyo y contra el que echan pestes a cada paso. Dicen que es el sindicato de los patrones y de los capitalistas, pero acuden a él siempre que esperen sacar una buena tajada. No es que a mí me asusten porque protesten, no. Yo también protesté mucho en mis tiempos. Pero, coño, entonces teníamos sindicatos verdaderamente nuestros, que nunca daban la razón a los vagos ni a los que incordian sólo por incordiar. Entonces protestábamos y armábamos la gorda si se terciaba, pero sabíamos trabajar y poníamos en el oficio todo el amor propio que hay que tener. Hoy, son los mandriás los que más protestan, los que le vuelven loco a uno con tantas leyes y reglamentos como se saben de memoria, pero no quieren ni oír hablar de que lo primero es doblar el lomo para luego poder exigir. ¡Que no les vengan con esas! No saben ni quieren aprender. Ya tienen bastante con el dichoso fútbol. Lo que le digo, señor Federico —lo de señor Federico me hizo mucha gracia. Me retrotraía a un ambiente de zarzuela o qué sé yo—. Sí, se les cae la baba hablando de los jugadores —dio una chupada a su cigarrillo de tabaco picado y continuó—: Sí, y le dicen a usted ¡*Soy madridista!* con tanto orgullo que da asco. Bien sabe Franco lo que hace dándoles fútbol a todo pasto. Ya lo creo que lo sabe. Mire que estar cavando en una zanja y presumir de que se es madridista... ¿No le parece una gilipollez?

Yo traté de defenderles y para ello aduje algunas tópicas razones en pro de la cultura física y de la práctica de los deportes, como la frase «mens sana in corpore sano», etcétera.

—Pero si no juegan más que al mus y al dominó, señor

Federico —me interrumpió el señor Julio—. Si no han visto un partido de fútbol en su vida, hombre. Si es hablar por hablar. Que si el Madrid tiene más dinero que el Barcelona, que si el jugador Fulanito cobra más que el jugador Menganito, ya ve usted. Como si a ellos les importara una leche nada de todo eso. Lo que le digo: son unos mandrias perdidos que no saben nada de nada ni se preocupan de aprenderlo. —Se había acalorado e hizo una pausa para recobrarse. Aplastó luego la colilla con la punta del zapato y, tras una ojeada al tablero de las chapas, añadió—: Y ya está bien por hoy. Ahí le dejo con los papeles. Yo voy a dar una vuelta por los tajos, porque, como no esté uno encima, escurren el bulto que es un primor.

Cuando me quedé solo, realicé la primera verificación del chapero y trasladé al parte impreso sus resultados, en pocos minutos, y salí después a dar un paseo por la obra. Era una calurosa mañana de finales de junio. Era un cielo azul y reverberante. Era un viento tímido, calmoso y cálido. Era un clamor confuso y apagado. Eran olores heterogéneos a tierra, a campo, a mugre de ciudad. Los hombres trabajaban semidesnudos y se protegían de los fuertes rayos solares con grandes sombreros de paja, como los segadores. Encaramados en los andamios, con sus huesudas desnudeces ennegrecidas por el sol, me parecieron faquires funambulescos. Los que cavaban las zanjas, brillantes los torsos, cegados por el sudor, con ese gesto dolorido que imprime el esfuerzo físico continuado, me recordaron antiguas estampas de galeotes y forzados. No se veían cómitres ni capataces haciendo crujir el aire con sus látigos, ni el ritmo del trabajo era marcado a golpes de tambor, pero se veía al hombre, sometido todavía, en pleno siglo veinte, a una faena embrutecedora y

denigrante de animal de trabajo. Algunos levantaban la cabeza al ruido de mis pasos para mirarme y aprovechaban el breve paréntesis para respirar con fuerza y pasarse los puños por la frente humedecida. Yo les sonreía y les saludaba con leve gesto de la mano y casi todos ellos respondían con una muda expresión de complacencia, tan íntima y recatada, que apenas trascendía al exterior. Uno de ellos se sacó de detrás de la oreja medio cigarrillo apagado y empezó a hurgar con la uña su extremo para desprenderle la ceniza. Entonces, yo saqué con presteza la cajita de los fósforos, encendí y le ofrecí lumbre. El cavador no esperaba tal cosa, pero aceptó el ofrecimiento, aunque algo confuso. Le temblaba la mano al acercar el cigarrillo a la cerilla. Dio luego una gran chupada y murmuró:

—¡Gracias, muchas gracias!

—Duro trabajo, ¿eh? —le pregunté yo.

El interpelado me miró. Podría tener pocos más de cuarenta años. Se sonrió, dejando al descubierto unos dientes amarillos, corroídos por el sarro, y contestó:

—Vaya, no es para tanto. Cada cual está hecho a lo suyo, ¿no le parece? No vamos a ser todos escribientes...

¡Qué mal me sonó la palabra «escribientes»! ¡*No vamos a ser todos escribientes!* ¿Podría traducirse como un desprecio? O, por el contrario, ¿significaba en sus labios el reconocimiento de una categoría superior? El «tirar bien de pluma», ¿era todavía para él una misteriosa y mágica facultad que no a todos los mortales estaba concedida? Tal vez no hubiera ni malicia ni desprecio en sus palabras. Tal vez sólo acatamiento. Pero me desagradó mucho la idea de que tratase de establecer una diferencia insalvable entre los dos, de que rechazase una camaradería imposible para

él, y no protestara ni se rebelase por ello, y de que admitiera como la cosa más natural del mundo aquel estado de cosas decretado por alguna divinidad cruel en el comienzo de los días. Le dejé escupiéndose las manos antes de empuñar de nuevo el astil del pico. (*Siempre habrá pobres y ricos. Así es desde que el mundo es mundo. También los ricos tienen sus penas, compañero. Nacemos sólo para el sufrimiento*). ¿Es ésta la filosofía fatalista de nuestro pueblo? Y si es así, ¿quién se la imbuyó: la Iglesia católica, aliada de los poderosos, o el islamismo, o una secular experiencia de expoliaciones y de leyes de casta? Iba pensando en estas cosas cuando me encontré subido a un andamio desde el que se dominaba toda la obra y oí, de pronto, la voz del señor Julio, a mi lado.

—¿Qué, le gusta esto, señor Federico?

Me sobresaltó un poco, como si alguien me hubiera sorprendido desnudo, pero logré sobreponerme en seguida.

—Y usted, ¿qué piensa de estos hombres, señor Julio?

—Bah —e hizo un brusco gesto con las manos—. Son unos mandriás. Bueno, hay algunos que no.

—Pero, ¿les quiere?

—Hombre, claro. ¿Cómo no voy a quererles si son de los míos? Les quiero aunque algunos no se lo merezcan. Ya verá cómo usted también llegará a tenerles aprecio.

VI

Cuando, al final de la jornada, nos encontramos en el lugar convenido, Jaime, sin saludarme siquiera, me preguntó:

—¿Qué tal el trabajo? ¿Fácil, verdad?

—Hombre, sí.

—¿Mucha gente?

—Unos cien.

—Pues ya tienes tarea. No te será muy difícil controlarlos, digo yo.

—Aún es temprano para hacer un pronóstico, pero yo también creo que no.

La vista de mi amigo bajó hasta mis zapatos y sentí vergüenza de lucir aquel calzado nuevo y brillante junto a sus alpargatas. ¿Qué pensaría Jaime de mi sometimiento a los prejuicios burgueses en mis circunstancias?

—No pude evitar que me los regalara Alfonsina, mi hermana —dije como excusa.

Pero Jaime pensaba ya en otras cosas y sólo murmuró:

—¡Bah!

Me informó, sobre la marcha, que íbamos a reunirnos con un grupo de compañeros escogidos y puestos ya de acuerdo sobre la necesidad de despojarse de toda intención sectaria para

emprender una acción común. (*Es cuestión previa, ¿no te parece? De lo contrario, nos perderíamos en bizantinismos estériles*). Él me los presentaría y aquella misma tarde yo quedaría controlado. Solían verse todos los lunes en un bar para el intercambio de ideas y noticias y, una vez al mes cuando menos, o cuando lo requiriesen asuntos de importancia, en un pequeño garaje de las afueras. El equipo estaba bien organizado, con conexiones en casi todas las provincias, y contaba con enlaces para establecer nuevos contactos o reanudar los que, por cualquier contingencia, fueran interferidos o rotos. Jaime no empleaba más que las palabras imprescindibles. Hablaba casi en estilo telegráfico, pero con una precisión y una claridad tales que hacían innecesaria cualquier aclaración adicional. Me hablaba de cosas que a mí me apasionaban y le oía en silencio, sin interrumpirle ni aún para expresarle mi conformidad. Era, para mí, escuchar en otros labios aquello mismo que yo había pensado y meditado largamente. Así anduvimos, él hablando y yo oyendo, hasta que Jaime se detuvo a la puerta de un bar del tipo de los que visitara cuando era vendedor de gaseosas. Entramos. Al fondo, y no lejos de la repisa que sostenía el aparato de radio, vi, sentados a una mesa un poco separada de los demás, a dos individuos que en seguida hicieron señas a Jaime con las manos. Nos dirigimos hacia ellos y, después de los saludos, uno de aquellos hombres fue a manipular en el transmisor con el fin de elevar el volumen de la voz femenina que cantaba una copla de aire flamenco.

—Así —me explicó Jaime—, nadie podrá oír lo que decimos.

El que respondía al nombre de Ramón era un tipo recio, joven todavía, con un rostro de rasgos muy pronunciados. Sus ojos, pequeños, pero muy vivos, fulgían tras la maraña de sus cejas,

muy pobladas. Su voz era pastosa y varonil y, al hablar se le trascendía un ligero acento asturiano. Con su negro pelo revuelto, su camisa desabrochada y sus grandes manos curtidas por la intemperie, daba una agradable sensación de franqueza y energía. El otro, Ibáñez, era su contrafigura: pálido, de pelo lacio, con gafas de concha y afiladas manos de endeble arquitectura.

Después de unas cuantas preguntas y respuestas sobre la prisión y sobre comunes amigos y conocidos, Ibáñez quiso saber lo que yo opinaba acerca de la situación política de España, la real y no la oficial, porque aquélla no hacía otra cosa que cantar victorias imaginarias a diario y ofrecerse como modelo a aquellas mismas naciones que más hostiles se le mostraban, aunque sólo fuese de boquilla, pues, en la práctica, no eran capaces de mover un solo dedo en contra del régimen político español y, en el fondo, se entendían con él. Yo le contesté que carecía de información suficiente para emitir un juicio valedero, si bien podía adelantarle mi opinión de que, por nuestra parte, estaba todo por hacer.

—¡Cuidado, amigo! —me replicó Ibáñez—. Se ha trabajado mucho. Los que estabais allá, encerrados, creíais que los de la calle sesteábamos, y ése es vuestro gran error. No, amigo, no. Lo que pasa es que vosotros no queréis comprender, vamos, que no os cabe en la cabeza, una cosa, y es que se trata de un largo, muy largo, proceso de recuperación. Perdimos la guerra y...

—Perdieron la guerra, —le rectifiqué.

—¿Que perdieron la guerra? ¿Quiénes? —me preguntó.

—Los de entonces —respondí.

Jaime y Ramón seguían atentamente nuestra rápida esgrima. Por su parte, Ibáñez sonrió con aire de superioridad.

—No sé qué quieres decir —dijo, encogiéndose de hombros.

—Muy sencillo, compañero. Los hombres que entonces nos dirigían y no supieron darnos la victoria, fueron los que fracasaron, no nosotros.

—Pero estábamos con ellos. No lo olvides.

—Nosotros confiábamos en ellos y luchamos bajo su dirección, que no es lo mismo.

—Pero, hombre; no pudieron hacer otra cosa.

—Peor para ellos, y también para nosotros, claro. Debieron darnos la victoria o marcharse y dejar su puesto a otros. Esa era su alternativa.

—Eso es fácil de decir ahora.

—Al contrario, es lo más difícil. Es más cómodo admitir un resultado que ir contra él.

—Entonces, ¿tú no admites la derrota?

—Por lo que a mí respecta, no.

—Ésas no son razones, son puntos de vista estrictamente personales, palabras.

—Te equivocas de medio a medio, compañero Ibáñez —le repliqué—. Mi postura es la expresión de una manera muy distinta de situarse en el presente y de afrontar el porvenir. Yo, por ejemplo, al cesar los tiros, recabé por entero mi libertad de acción y me dije que no obedecería más a los jefes que se dejaron derrotar. Ellos me habían abandonado en un laberinto, y vaya laberinto, del que yo sólo debería encontrar la salida. Bien; pues que no contaran más conmigo en calidad de jefes. En adelante, debería ser otra la dirección y diferentes las tácticas y los objetivos.

Ibáñez daba muestras de disconformidad, pero se contenía en la postura del hombre que se ve obligado a escuchar los dislates

de un inexperto.

—Vamos a ver —dijo, como si tratase de devolver a su sitio las cosas que yo torpemente hubiera trastrocado—: tú te debes a unas ideas, a aquellas ideas, ¿no es eso?

—Poco a poco —dije yo—. ¡Ya salieron las ideas! Mira, las ideas son impalpables, impalpables y necesarias, cómo te lo diría yo, como los dioses, pongamos por caso. Están por encima de las contingencias de tiempo y de lugar, hasta el punto que dos adversarios pueden combatirse a hierro y fuego esgrimiendo las mismas ideas, ¿no? —y sin esperar su respuesta, añadí—: Desengáñate, yo podría formularte ahora mismo cien magníficas ideas. ¿Y qué? Que no adelantaríamos nada si previamente no hubiésemos creado las condiciones subjetivas y objetivas necesarias para ser entendidas, aceptadas y realizadas. ¿De qué le vale al campesino poseer buenas simientes si ignora sus propiedades y no las derrama donde, cuando y como deben ser enterradas? ¿De qué nos valió, al principio de la guerra, hacer la revolución si los hombres no sabían lo que era la revolución y ni las condiciones económicas, sociales y políticas del país permitían poner en práctica, en plena lucha a vida o muerte, tales lucubraciones teóricas, como vimos después, eh?

—¿A dónde quieres ir a parar, Olivares?

—Espera. Primero hay que saber lo que es posible; después, explicar al hombre de qué se trata hasta que lo comprenda, para que lo asuma como un imperativo ético y vital, que lo haga suyo, y, por último, conducirle paso a paso a su consecución, y perdona que hable en unos términos quizá demasiado académicos y que a mí no me gustan...

Exuse, a continuación, que, a mi manera de ver, nuestro

objetivo debía ser la descomposición y destrucción del fascismo, sin más garambainas, atacándole en sus puntos más débiles, que eran, a mi juicio, la corrupción administrativa: el envilecimiento general; la postración y descrédito de España ante el extranjero, que la colocaba en una situación de país miserable y esclavizado; los abusos del poder incontrolado; la sistemática y progresiva esquilmación de las riquezas comunes en beneficio de una taifa de especuladores, estraperlistas y negociantes sin escrúpulos; la política anticultural y anticientífica que proclamaba su horror a los libros y a los valores del pensamiento humano; el terror policíaco como sistema y el privilegio como ley. Al cabo de tantos años de haber finalizado nuestra guerra, todavía estábamos sometidos a unas cartillas de racionamiento de víveres cuyo cupo semanal no daba para comer ni un solo día. ¿Por qué? La propaganda oficial atribuía el hambre al cerco internacional de que era objeto España por parte de sus enemigos tradicionales. ¡Mentira! Urgía demostrar que el cerco no era contra España, sino contra el régimen político de Franco, contra Franco, en definitiva, aliado y amigo de Hitler y Mussolini. Que no se identificase a España con el franquismo como pretendían siempre los usurpadores. En resumen, aducir razones de fácil comprobación, que pudiera entender todo el mundo, hechos, hechos, y no teorías hiperbóreas.

Después de tantos años de monólogo, me había llegado la ocasión de desahogarme y lo hice largamente, de un tirón, sin pausas, como quien recita una lección de memoria.

—Eso es oportunismo, Olivares.

Era la voz de Ibáñez.

—Llámalo como quieras. Por mi parte, prefiero ser fiel a la

realidad que convertirme en estatua de sal y seguir rumiando ilusiones imposibles del pasado.

Ibáñez ya no me contradijo. Se echó a un lado, simplemente.

—Sin embargo, yo creo que las ideas son lo primero —dijo.

—Sí, que vivan las ideas aunque los hombres perezcan. Pues, no, amigo. Yo pienso todo lo contrario.

—Demasiado peligroso —sentenció.

—Bueno, lo admito. Pero no hay alternativa.

Ibáñez apeló entonces a la solidaridad internacional como última esperanza, pero no le dejé concluir su razonamiento.

—Alto, compañero. No hablemos de eso, que huele mal. Lo único en que estaban de acuerdo las naciones extranjeras mientras nos peleábamos los españoles, independientemente de sus simpatías por uno u otro bando, era en atizarnos para que siguiésemos destrozándonos y aniquilando al país y que, al final, cualquiera que fuese el vencedor, España, desangrada y destruida, quedase descartada de los negocios mundiales por cien años más. Querido compañero, no te olvides de una cosa. De esta: sin España, sin lo que ella significa y puede ser, nosotros no pasaremos de ser un país colonizado, como ahora. Todo país procura aprovecharse de las debilidades de los demás y, si es vecino, tanto mejor. Nadie da nada de balde. Estamos listos si esperamos que vengan de fuera a sacarnos las castañas del fuego.

La discusión quedó interrumpida por la llegada de otros tres contertulios. De ellos, un antiguo periodista, un abogado, y el tercero... Se llamaba Carlos y era un tipo indefinible: joven, bien vestido, oliendo a perfume caro y fumando cigarrillos rubios. Supe más tarde que lo mismo vendía cortes de traje de las mejores calidades que exhibía alhajas para la venta u ofrecía grandes

cantidades de café y frascos de penicilina. No tenía, sin embargo, talante de estraperlista profesional. Demostraba gran frialdad por el dinero y nunca hacía ostentación de él. En opinión de mis amigos, tomaba parte en nuestros conciliábulos por afición a jugar con el miedo y a exponerse al peligro. En las reuniones hablaba poco y siempre que lo hacía era para proponer las ideas más radicales y abogar por los procedimientos más arriesgados.

La conversación derivó pronto por otros cauces. Se comentaron las últimas noticias, se habló de un hipotético cambio ministerial y, sobre todo, se criticó acerbamente a los demás grupos que actuaban en la clandestinidad.

Duarte, el abogado, se mostró indignadísimo por la especie que había lanzado a la circulación uno de aquellos grupitos insinuando que el nuestro estaba constituido por un pequeño número de incontrolados que no sabían lo que querían ni a dónde iban.

—Traidores. ¡Eso es llamarnos traidores! —exclamó, fuera de sí—. En cuanto uno no quiere formar parte de la reata ni comulgar con ruedas de molino, ya es un traidor. ¡Serán cabrones!

El experiodista le calmó diciéndole que estaba preparando por su cuenta un manifiesto breve, pero demoledor, en que les contestaría punto por punto, demostrando la indecencia de unos difamadores que, al sembrar la confusión en el campo antifascista, servían de rechazo los intereses de la dictadura y colaboraban con ella.

—Traidores, ellos, Duarte. Te aseguro que van salir escarmientados. Les voy a arrancar la piel a tiras —concluyó diciendo el experiodista.

Ya eran más de las diez de la noche cuando abandonamos el

bar. Ramón, al despedirse, me estrechó la mano, diciendo:

—De acuerdo, compañero. Aquí se habla mucho, pero no se hace nada, absolutamente nada.

Jaime que no había abierto la boca en toda la sesión, me preguntó, cuando nos quedamos solos y después de andar unos minutos en silencio:

—¿Qué te han parecido?

Pero yo, en vez de contestarle, le pregunté por Ramón.

—¿Quién es? ¿Qué hace?

—Es un conductor que hace la ruta del norte con un camión de pescado. Es el que controla a los mineros de Asturias.

—¿Que los controla?

—Bueno, no sé hasta qué punto, pero es de verdad el encargado de enlazar con los militantes de la zona minera.

—Me gusta el tipo. ¿Y Carlos?

—Pues, realmente, sé poco de él. Es de Valladolid y habla en nombre de los ferroviarios de aquella región. Vino de Francia hace poco tiempo.

Seguimos andando, otra vez en silencio, hasta que Jaime insistió:

—¿Qué te ha parecido nuestro grupo?

Y yo volví a retrucarle:

—Y tú, ¿qué crees?

—De todo lo que he encontrado por ahí, es lo que más vale.

—Pero, ¿te gusta?

—No me convence del todo.

—Ni a mí.

Nos sepáramos poco después, cada uno con su silencio y sus dudas a cuestas. Yo me sentía cansado, decepcionado y

descontento de mí mismo.

*

Cansado, decepcionado y descontento de mí mismo, me senté al borde de la cama. La desnudez física y la presencia vigilante de una mujer me hicieron sentirme más desgraciado que nunca. ¡Qué vacío, Dios, y qué sensación de aniquilamiento! Me cubrí el rostro con las manos, estrangulado por un violento sollozo que subía y bajaba por mi pecho sin estallar. En aquel momento deseé morir repentinamente, caer fulminado por un colapso cardíaco, pero, como en otras ocasiones de absoluta desesperanza, la muerte ni siquiera pensó en mí. Y, sin embargo, estaba peor que muerto, porque alentaba y tenía conciencia de mi definitiva destrucción. ¿Cómo podría, en adelante, vivir así, desprovisto de lo que el hombre estima por encima de todo? ¿Qué puede hacer un hombre que ha dejado de ser hombre cuando debería estar en la cumbre de su plenitud? ¿Por qué tan abrumadora desgracia? En mi estado, de nada me serviría la voluntad de ser. De nada. Sería ya una piltrafa, un despojo nada más. Sería un cadáver galvanizado y movido desde fuera como un muñeco. Si fallaba en la prueba, tendría que ir pensando y preparándome para una solución final que compensara mi fracaso definitivo como hombre. (*Puedo matar al dictador o, al menos, intentarlo. Puedo colocar una bomba que haga volar por el aire a la plana mayor del régimen. Puedo gritar en medio de la calle, aprovechando alguna concentración oficial, contra el fascismo y la mafia gobernante, o un viva a la República, o un viva a la libertad, y morir*

instantáneamente en manos de los esbirros del poder). ¿Podría? ¿Sería yo capaz, tendría nervios, para llevar a cabo una cosa así? Caería con gloria y mi nombre pasaría a la leyenda como el de un libertador. Ah, si tuviera fe religiosa. En ese caso, mi camino estaría luminosamente señalado: la oración, las misiones, la humildad y el anquilamiento en Dios. Pero no. (*Yo no tengo fe, y, sin valor y sin fe, ¿cuál puede ser mi destino?*) Me vi marginado, arrastrando una vida ominosa, bordeando, como un hampón, el gozoso, fantástico, emocionante, nuevo cada día, lúdico y trágico, sensual y metafísico, círculo mágico de la vida. Andaría por ahí como un merodeador, apaleado, burlado, escarnecido, mendigando una sonrisa, una palabra fraterna y el olvido de una culpa sólo imputable a la malignidad de los dioses, pero con un reato de pena irredimmible para mí. Yo, un inválido. Yo, una máscara. Yo, una forma vacía de hombre.

Todos estos pensamientos cruzaron por mi mente como chispas incendiarias mientras oía el ruido de las abluciones que la mujer practicaba en un rincón de la sórdida alcoba. *Fracasarás. No podrás. Seguro que fracasarás*, me decía una voz interior. Y comprendí que fracasaría, que fracasaría. Era inevitable, inevitable. ¿No lo estaba ya viendo? Después de tantos años de espera, ¿cómo explicar, si no, aquella inerte pasividad? (*Yo, que siempre he reaccionado como un potro frenético, al que tenía que frenar tirando de la brida con todas mis fuerzas y desviando a la imaginación lejos del camino franco para no llegar demasiado pronto al fin del viaje y subir la última cuesta acompañado, ahora ni siquiera siento los primeros temblores ni, menos aún, esa sacudida que precede al arrebato triunfal de las entrañas. Y el caso es que deseo ardientemente entregarme, darme, fundirme, y*

perder la memoria y desasirme de la realidad. Quiero, amo, adoro la flor carnosa del sexo hembra, su soto umbrío, su sinuosa gruta).

Entre tanto, sentí cómo ella se tumbaba en la cama. Entonces me llegó una onda cálida de su cuerpo. Después, sus brazos rodearon mi cintura y sus manos se posaron en la confluencia de mis piernas.

—¿Vamos?

Permanecí mudo e inmóvil.

—Anda, hombre, que hay que aprovechar el tiempo.

Sentí la caricia de sus dedos hábiles y tortuosos.

—¿Te duele algo? ¿Te sientes mal?

Su voz trascendía un principio de preocupación y alarma. Recogió sus brazos, me soltó y quedó sentada a mi lado. Yo le oía hablar y moverse, dolido por una vergüenza incommensurable, inmovilizado entre el temor y el pasmo. La mujer —¿cómo se llamaba?— me tomó la cabeza entre las manos y la atrajo hacia sí.

—¡Mírame, hombre!

La miré. Tenía una crencha de pelo oscuro suelta sobre su frente. Tenía unos ojos más grandes que cuando la descubrí en el café. Tenía una sonrisa húmeda entre los labios entreabiertos. Tenía unos pechos maduros, con los pezones irritados. Tenía un pliegue alrededor del vientre, a la altura del ombligo. Tenía una pequeña sombra triangular quieta entre las ingles.

—¿Es que no te gusto?

Tomaba un refresco a solas en un rincón del café y, de cuando en cuando, derramaba miradas de reojo a su alrededor. Parecía pensativa, pero estaba alerta, al acecho. No provocaba, sino que emitía tenues ondas simpáticas y excitantes. Yo hice mentalmente de nuevo la cuenta de mis haberes recién cobrados. Me reservaría

treinta y cinco pesetas para mis gastos semanales y entregaría el resto a Alfonsina, como de costumbre. Tendría que reducir al mínimo mis dispendios en tranvías y cigarrillos. Aun así... Pero yo no podía perder aquella oportunidad. Pediría un anticipo al señor Julio o un préstamo a mi hermana. De acuerdo, de acuerdo. Sí, porque había llegado la hora de la prueba. Yo siempre había tenido mucha suerte con las mujeres de lance, y aquélla lo era, sin duda alguna. Sabía qué decirles, cómo hablarles, ni en bruto ni en cursi, ni en baboso ni en catedrático: discretamente y al grano, y con miramiento, con mucho miramiento, para que ellas se sintiesen admiradas y deseadas por un hombre avezado y buen conocedor de las tretas y los secretos de la cama. La conquista a fondo suele llegar, si interesa, después de la primera demostración, cuando ellas se convencen de que el tipo conoce muy bien lo que tiene entre manos y les descubre registros, secretos, fantasías, y las envuelve en un runrún excitante de palabras, palabras, palabras. Aun las más ignorantes se iluminan, aun las más resabiadas se confian, aun las menos sensitivas se entregan. Ése fue mi estilo y nunca me falló. Si sembré amor, recogí mucho más, a chorros, cuyo recuerdo sobrevive imperecederamente en mi memoria. Esperé, pues, a que ella me dirigiese una de sus furtivas miradas y entonces le hice una señal de invitación a mi mesa, y la mujer, como tenía previsto, me sonrió débilmente, consentida, y me respondió con una mueca que quería decir: *Ven tú a la mía*. Después, todo transcurrió rápida y sencillamente. Abandonamos pronto el café. (*Hay cerca de aquí una casa de citas que no está mal y no es cara: un duro la hora*). Un portal oscuro. El ascensor. Yo la llevaba cogida fuertemente por un brazo, como si fuese mi novia, y le decía cosas, cosas,

cosas. (*No te vas a poder resistir, aunque quieras. Te voy a crujir de placer. Eres hermosa. Ya verás...*) Ella sonreía y callaba. Nos recibió la consabida y agria alcahueta doméstica. (*Un duro la hora. Por adelantado, ¿sabe?*) Y me desnudé.

—¿Es que no te gusto? —insistió ella.

La abracé con fuerza. Quedó mi boca junto a su oído y la de ella junto al mío. Así hablamos:

—Claro que me gustas. Me gustas mucho —le dije, temblándome la voz.

—Entonces, ¿a qué esperas?

—Es que no puedo.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿No decías que ibas a hacerme crujir de gusto aunque yo no quisiera?

—Sí, eso te dije, pero...

—Bueno, déjame a mí. Ya verás.

Hizo que me echase de espaldas. Entonces, ella, inclinada sobre mí, me cosquilleó suavemente la cara, el pecho, el vientre y el nidal, con su cabello, y siguió, después, derramando ósculos lentos, cálidos y húmedos por el mismo camino. Me acarició y me manoseó profesionalmente. Entre tanto, yo, con los ojos cerrados, reviví los momentos más hermosos compartidos con Aurora, Marilú, Matilde... Recordé a todas mis novias y amantes en un escorzo, en una caricia, en una escena... Nos envolvía un silencio quejumbroso, al que ella puso fin diciéndome:

—Prueba.

Me esforcé. Sudé. Jadeé. Ella también sudaba y jadeaba. Fue una brega inútil, desesperante y dolorosa.

—Oye, chato, ¿eres normal?

Su pregunta me estremeció y me inhibió completamente. Me dejé caer a su lado, ahogándome casi.

—Claro que sí —dije.

Después de una pausa en que oíamos solamente nuestras respectivas respiraciones agitadas, ella insistió:

—Pero, ¿tú has estado antes con otras mujeres y has cumplido como Dios manda?

—Sí, muchas veces. He tenido relaciones con mujeres y siempre respondí a satisfacción de ellas y mía. ¡Siempre!

—Pues no lo entiendo.

—Ni yo tampoco, créeme.

Siguió otro silencio hasta que, de pronto, ella, incorporándose y poniendo una mano sobre mi frente, me preguntó:

—¿Has estado enfermo hace poco?

—No.

—¡Calla! —exclamó repentinamente—. ¿Te han tenido preso?

—Sí.

—¿Mucho tiempo?

—Años.

—Pues no digas más. Ya sé lo que te pasa, pobrecillo.

Inclinada sobre mí, sus cabellos volvían a rozar mi rostro. Sentí el calor de su cuerpo desnudo que descansaba sobre el mío. La abracé y me cegué con sus pechos que besé a porfía, vehemente mente, con rabia. Cuando me pasó el arrebato, inquirí:

—¿Que sabes tú lo que me pasa?

—Claro que lo sé: lo que les pasa a los que han estado mucho tiempo donde tú estuviste. Por lo tanto, no tienes por qué apurarte.

—¿Es eso verdad?

—¡Como hay Dios! Lo sé muy bien por experiencia. No eres tú el primero, no.

—¿Y después?

—Al principio no pueden. Pero todo vuelve, hombre, todo vuelve. Ya lo verás. Me acuerdo de uno que... Era más joven que tú y se quería matar. Le consolé como pude, diciéndole lo mismo que a ti, porque yo ya sabía entonces lo que pasa. Antes que él, otro me había dicho, en las mismas circunstancias, que quizás se debiese el fallo a que se había masturbado, ya sabes, todos los días, o casi todos los días, mientras estuvo preso. Pues bien, pasados unos meses, volví a encontrarme con el que se quería matar. *Estoy como nuevo y te lo voy a demostrar ahora mismo*, fueron sus palabras. Me llevó por ahí y... Era un toro, chato, era como un toro.

¡Cómo me fortalecieron aquellas palabras, qué bien sonaban, qué esperanzas me traían, cómo me consolaban! Fueron para mí, en verdad, como alcohol derramado en mis venas. Aquella mujer no mentía, seguro que no. Y siguió hablando, contándome algunas cosas de su vida:

—Nos casamos en guerra. Yo tenía entonces dieciocho años y él veinte. Era piloto de un bombardero. La verdad es que apenas tuvimos tiempo para darnos cuenta de que estábamos casados. Lo único que entonces nos importaba era el tiempo que pasábamos juntos, porque él estaba casi siempre de servicio, de aeródromo en aeródromo. Ya ves, ni siquiera apreciábamos el dinero...

Yo pensaba en mi recuperación. Necesitaba una mujer urgentemente. Una así como Susana. Pero Susana, no. Ella era prima carnal mía, de mi misma sangre, y no, no. Hay muchas

mujeres como Susana. Claro que sí. Miles. Sí, pero te llevan al matrimonio o te salen con un hijo. ¡Cuidado! Yo no puedo atarme a una mujer. Por lo tanto, tendré que buscar y buscar, hasta encontrar la compañera, eso es, la compañera dispuesta a entregarme todo, sin compromiso, a sabiendas de que yo no podré darle nunca, o en muchos años, la compensación que toda mujer reclama: hijos, seguridad, horas tranquilas. ¡Qué misterio! Ella existe y, a estas horas, quizás ande buscándose o me esté esperando, y ni ella ni yo nos conocemos ni sabemos dónde, cuándo y de qué manera vamos a encontrarnos. ¿Cómo será? ¿Morena, rubia, trigueña?

—Un día, maldito sea siempre aquel día, dicen que llegó la paz y ¿sabes lo que ocurrió? Pues verás. Él me había dicho muchas veces que no quería seguir siendo militar, porque no le gustaba, y que, cuando acabase la guerra, abriría un taller para la reparación de automóviles. Eso se le daba muy bien. Era un mecánico estupendo. (*Me estableceré en Tarancón, mí pueblo, junto a la carretera general, por donde siempre pasa mucho tráfico de camiones y turismos. Me voy a hinchar de dinero. Hasta ahora no nos ha hecho mucha falta el dinero, pero, más adelante, sí y mucha, porque quiero que vivamos bien de verdad tú y yo y lo que está en camino...*).

Pero no me va a ser fácil encontrar esa mujer que yo necesito. No. Nada de fácil. Con Aurora hubiera fracasado al final, porque ella buscaba en mí, sobre todo, un marido. Y Marilú... ¿Dónde estará Marilú? Tampoco. Yo necesito una mujer para mí solo, capaz de soportar toda clase de privaciones y calamidades y Marilú no es de ésas. Sí, me quería y lo pasábamos muy bien de cuando en cuando, pero sin obligaciones ni compromisos, y nada

más. Y Matilde... Con Matilde no puedo contar, aunque viniera a vivir otra vez a Madrid, porque está sujeta, y de qué modo, al padre de su hijo. Entonces... Pues no hay más que un camino: buscar, buscar y buscar sin descanso, con mucha paciencia.

—Pero las cosas ocurrieron de forma muy diferente. Cuando se entregó con su escuadrilla a los fachas, quedó hecho prisionero. Estando él en el penal de San Miguel de los Reyes, en Valencia, nació nuestro hijo. Después, le juzgaron y le echaron la pena de muerte, porque le acusaban de haber bombardeado el Pilar de Zaragoza, ya ves tú, cuando él estaba todavía aprendiendo a ser piloto en Rusia. Todos creíamos que le indultarían —si no tenía más que veintidós años, señor—, pero le sacaron de la cárcel una mañana y le pegaron cuatro tiros... Pocos meses más tarde, nuestro hijo murió.

—¿Qué dices?

Ella se calló de golpe y fue entonces la compasión la que me arrastró a mí hacia ella. ¡Era la viuda de un fusilado por el enemigo! Traté de exculparme y de consolarla con las palabras de siempre: *Si lo llego a saber... Mujer, ¿por qué no me lo dijiste antes?* Y se me desbordó la ternura. La acaricié mientras, cómo no, le daba consejos, consejos y nada más que consejos. (*Tienes que dejar esta vida. Tú eres la viuda de un compañero y no puedes seguir así... ¿No lo comprendes?*).

¡Dios, cuántas tonterías por el estilo se me ocurrieron y le dije, cuántas monsergas, cuántas frases de calendario! Tantas que, de pronto, ella se irguió, desafiante, y me gritó, temblándole la voz:

—¿Por qué diré yo esas cosas? ¿Por qué diré yo esas cosas? ¡Son mentiras! ¡Todo mentira! ¿Sabes? Yo no soy más que una puta. ¿Me oyes? Nada más que una puta que se acuesta con los

tíos por dinero. Ahora, contigo, y, dentro de un rato, con el primero que se presente. ¿Me entiendes? ¡No soy más que una perra callejera!

Gritaba tanto que temí que la oyieran y nos llamasen la atención, o que alguien pensara que la estaba maltratando. Así que la abracé fuertemente y ahogué su voz con mi cuerpo.

Entonces, ella rompió a llorar. Sentí correr sus lágrimas por mi piel y aguanté la postura hasta que sus sollozos entrecortados fueron perdiendo fuerza y llegaron a ser apenas suspiros. Cuando se hubo apaciguado, coloqué su cabeza boca arriba sobre la almohada. Tenía húmedas las mejillas. Tenía el cabello derramado. Tenía cerrados los ojos. Tenía hinchadas las venas azules de su garganta. Tenía un temblor de arrullo en sus pechos. Tenía en compás los muslos morenos.

Y noté que todo su cuerpo ardía, y entonces fui yo quien se volcó sobre ella y derramó besos y tentáculos sobre su carne desnuda, enfebrecida y entregada, al tiempo de sentir que me enceguecía, que dentro de mí estallaba el sol y que me consumía en prisas y ahogos. Cuando ella empezó a gemir, transida, sonó un repiqueteo de nudillos en la puerta y se oyó la voz desabrida de la maritornes:

—¡Es la hora! ¿Van a continuar?

—¡Sí! —grité yo, exasperado, como loco.

Me salvé y supe que seguía siendo un hombre entero y verdadero. Después, ella me dijo, dulcemente:

—Me gustas, chato.

—¿Cómo te llamas?

—Celia.

VII

El Jaro era un mocetón alto y huesudo, con el rostro salpicado de pecas y con un encrespado cabello rojizo. Sin duda, el mejor cavador de zanjas en la obra. Trabajaba incansablemente y conseguía por ello del señor Julio el privilegio de algún destajo. Muchos días, mientras los demás almorzaban, él seguía cavando solo en la zanja, para acumular horas extraordinarias a su salario.

Dada su asiduidad al trabajo me quedé muy sorprendido al advertir un día, cuando cambiaba las chapas, la falta del Jaro. A pesar de ello, no quise preguntarle nada cuando apareció, una hora más tarde, ni tomé nota de su falta ni, por supuesto, di cuenta de lo sucedido al señor Julio. Pero, al día siguiente, se repitió la escena con todos sus pormenores y, al tercer día, ocurrió lo mismo, en vista de lo cual ya no pude inhibirme. Esperé a que el Jaro estuviese trabajando para acercarme a él. Llegué hasta el borde de la zanja, pero el pelirrojo siguió, impertérrito, su tarea, constituyendo un solo bloque su espíritu, su cuerpo y la herramienta. Mi sombra caía precisamente sobre el punto donde él clavaba rítmicamente el pico, pero no levantó la cabeza. Enarbolaaba el pesado instrumento por encima de ella y, luego, lo descargaba con furia, cerrando los ojos y dejando escapar un leve resoplido. Hasta mí llegaban el vaho de aquel cuerpo sudoroso y el

fuerte aleteo de su respiración.

—¡Buenos días, Jaro!

Aún hincó el pico en la tierra. Luego, se enderezó despaciozamente, se enjugó el sudor que le corría por el entrecejo y se me quedó mirando.

—¡Buenos días! —contestó.

—¿Le ocurre algo anormal?

El Jaro bajó la vista al suelo, como si se sintiera súbitamente avergonzado.

—Tengo a la mujer enferma —dijo, secamente.

Por el tono de su voz deduje que aquel hombre taciturno estaba pasando por una dura prueba.

—Lo siento, créame. ¿Y qué es lo que tiene?

—Un paralís, según los médicos del hospital —y, al decir esto, levantó su mirada hasta la mía. En sus ojos azulencos surgieron estrías moradas— Como el mal la ha clavado en la cama, tengo yo que aviarlo todo antes de venir.

Yo sabía que el Jaro no tenía hijos, pero ignoraba que el matrimonio se encontrase tan solo y desasistido en la ciudad.

—¿Y está ella todo el día sola?

—A ver qué remedio... Por la noche ya le dejo yo hecha la comida para todo el día siguiente.

Nadie hubiera podido imaginar que aquel hombretón sombrío y horaño pudiera atender a una enferma de parálisis, guisar los alimentos y hacer la limpieza de la casa.

—Será muy engorroso todo eso para usted, ¿no?

El Jaro se encogió de hombros y se ensalivó las manos. Y, sin duda, el hecho no merecía, para él, más comentarios, porque dijo:

—¡Psché! Son cosas de la vida. Ella ha sido siempre muy buena

para mí. Por lo tanto, es justo que yo le corresponda.

Él se aplicó de nuevo a su tarea y yo me volví a la oficina, impresionado por la calma y la entereza de aquel hombre.

Cuando, al sábado siguiente, llegó la hora de pagar a los obreros, yo me coloqué, como era mi obligación, al lado del pagador, para aclarar cualquier duda que pudiera surgir con relación a los salarios que se iban entregando. Todo mi interés se centraba en el Jaro, que se distinguía entre todos por su sobresaliente estatura y el airón rojo de su pelo. Por fin le llegó su turno y el pelirrojo firmó o dibujó su nombre en la nómina sin molestarse en leer lo que estaba escrito en ella, pero, al oír que el pagador cantaba en voz alta la cantidad que debía percibir, me miró, interrogante. Yo le contesté con un gesto de inteligencia y los ojos del hombrón de azules se tornaron amarillos, pero no dijo nada.

Fui el último en abandonar la obra, pero, apenas anduve unos pasos por la calle, me topé con el Jaro que, indudablemente, me esperaba.

—Usted perdone, señor Federico, pero tengo necesidad de hablarle.

Supuse que quería darme las gracias por no haberle descontado el importe de las horas que había faltado al trabajo. Efectivamente, a mí se debía que hubiese cobrado el jornal íntegro, consciente de que ello podría acarrearme un disgusto por haberme tomado unas atribuciones que no me competían. Sin embargo, no estaba dispuesto a que aquel hombre se humillase por un favor que yo estimaba como un deber por mi parte, y le salí al paso:

—Ya sé lo que me va usted a decir, pero dejémoslo. No tiene

ninguna importancia y no creo tampoco que la empresa se vaya a resentir por tan poca cosa.

El Jaro me miraba con su habitual gravedad. Sus ojos eran de un azul intenso y en su frente se acumulaban las arrugas.

—Se equivoca usted —dijo—. Tiene mucha importancia y no ha debido hacerlo. Fíjese si tiene importancia que soy yo mismo quien le dice que no debió hacerlo.

—¿Por qué?

Según él, a esas horas ya estarían enterados todos los trabajadores de lo sucedido.

—En la obra hay hombres que son oro de ley, pero no faltan los envidiosos y los zaragatas. Cuando a algunos de éstos les descuenten algo por faltar al trabajo, no dudarán en echarle a usted en cara lo mío delante del señor Julio y hasta del director de la empresa, si se terciase. Puede que alguno haya ido ya con el soplo a la oficina principal. Hay muchos chivatos en esta obra y a usted podría costarle caro. —Hizo una pausa y continuó después en tono más apacible—: Yo, claro es, le agradezco mucho su acción, pero no quisiera que a usted le ocurriese nada malo por mi causa. De todas maneras, es usted un buen compañero —me ofreció su mano, nervuda y áspera, que yo estreché fuertemente, y agregó, sonriendo—: Puede que tenga que romperle la cabeza a algún hijo de puta de los que andan por ahí.

Me atraía aquel hombre. No son frecuentes los tipos como él, tan rudos, tan francos y tan sensibles, a la vez. Lo hacía todo con naturalidad, con las palabras precisas y los gestos cabales, sobriamente, elegantemente. Inspiraba seguridad y certeza. Por eso sentí el deseo de conocerle más a fondo.

—Quisiera ahora pedirle un favor, Jaro.

—¿Un favor a mí? ¿Usted?

—Sí. ¿A dónde va ahora?

—A mi casa.

—Estupendo. ¿Por qué no me deja usted que le acompañe?
Me gustaría conocer a su mujer.

El Jaro dejó escapar una exclamación de asombro (*¡Coño!*) Tal vez se hubiera negado, pero mi actitud amistosa y confiada debió desarmarle, porque, tras encogerse de hombros, me dijo:

—Está bien. Como usted quiera. Ella se va a alegrar muchísimo, desde luego.

Anduvimos silenciosos un largo trecho en dirección a Ventas. Yo, mientras tanto, pensaba en cómo debería entrarle para llevar la conversación al terreno de las confidencias, tratándose de un hombre tan esquivo. Temía despertar su suspicacia. Si me interpretara mal y creyese que yo quería aprovecharme de él para obtener información sobre sus compañeros de trabajo, lo echaría todo a rodar y sería lo más probable que se ofendiera seriamente y me echase en cara unas intenciones que estaban muy lejos de las más verdaderas. Después de darle muchas vueltas a la cuestión, decidí que, frente a un tipo como el Jaro, lo mejor sería dejarse de rodeos e ir derechamente al asunto.

—Oiga, Jaro: ¿se habla de política en la obra?

—¿De política? —y me miró de soslayo—. Sí, algunos no pueden remediarlo y hablan de política, ya lo creo que hablan. Más de la cuenta, me pienso yo.

—A usted no le gusta la política, por lo que veo.

—No —contestó secamente.

—¿Y por qué no?

—Porque todo en ella es mentira. ¡Me da asco!

El gesto del Jaro era duro. La última exclamación fue dicha en tono terminante y yo opté por callar. Pero, al poco rato, me preguntó él, sin mirarme y sin detenerse:

—Es cierto que ha estado usted en la cárcel varios años, ¿verdad? Es lo que se dice en la obra.

—¿Y cómo lo saben?

Según el Jaro, empezó a correr por la obra ese rumor anónimo desde el mismo día en que yo aparecí en ella. Al principio fueron suposiciones y preguntas, hasta que tomó cuerpo la noticia. Tal vez me conociera alguno de aquellos hombres. Qué sabía yo. Entonces quise conocer los comentarios que se hacían en torno a mi condición de expreso y la impresión que tenían de mí. El Jaro pretendió eludir la respuesta, pero fue tal mi insistencia que no tuvo más remedio que intentarla mediante un circunloquio:

—Ya le he dicho que en la obra hay buenos y malos.

—Sí, pero, ¿qué es lo que dicen de mí los malos?

—¡Bah! No les haga usted mucho caso. Algunos dicen que es usted un traidor. Vaya, ya lo he dicho.

Me detuve en seco y le agarré nerviosamente por un brazo.

—¿Traidor yo? ¿Por qué?

El Jaro trató de apaciguarme.

—No lo tome tan a pecho, hombre, que no vale la pena.

—Pero, ¿por qué, por qué me llaman traidor?

—Pues verá usted —y movía pesarosamente la cabeza al hablar—, porque todavía vive, porque, por lo visto tenían que haberle fusilado. Y como, además, está usted enchufado en la oficina de la obra...

Era asombroso. Era indignante. De manera que mi obligación era la de haber sido fusilado, la de morir, ¿no? Y si, por suerte, me

había librado del pelotón, la de cavar en las zanjas. No supe qué decir, tan grandes eran mi estupor y mi rabia.

—Y los buenos, ¿qué dicen?

—Ah, esos no dicen nada. Les resulta más provechoso no discutir ni enemistarse con nadie —y exclamó finalmente—: ¡Por eso me da tanto asco la política!

Ya no cruzamos una palabra más en todo el camino hasta llegar a la casa del Jaro, un edificio de dos plantas, de aspecto miserable, en cuyos muros churretosos, y pintarrajeadas en grandes caracteres, podían leerse frases como estas: «Por el imperio hacia Dios», «¡Franco, Franco, Franco!», «Una patria, España; un Caudillo, Franco», y, en letras más pequeñas, manuscritas: «Todo esto es una mierda», «Pinta con los cuernos, cabrón», «¡Muera el fascismo!» Yo iba absorto en la consideración de la malicia humana, insondable, que acompaña al hombre como su sombra. ¿Por qué hemos de pensar siempre lo peor? ¿Es quizá su causa la mala conciencia, la conciencia de no haber obrado bien o, acaso, el sentimiento de la propia frustración, la envidia?

Subimos una estrecha y corta escalera y, al llegar al descansillo, nos encontramos con una puerta a medio abrir. En ese momento, una voz de mujer gritó desde el interior:

—¡Juan!

El Jaro se detuvo para contestar:

—Voy, paloma, y prepárate, porque traigo visita.

Cruzamos la puerta, atravesamos una pequeña habitación, especie de comedor, que debía constituir la pieza de desahogo de la casa, y penetramos en el dormitorio. Allí, sentada en el lecho, y recostada sobre unos almohadones, había una mujer delgada, pálida, de grandes ojos oscuros. Al ver al Jaro, se sonrió y volvió a

exclamar:

—¡Gracias a Dios que te veo, Juan!

El hombretón se acercó a ella y, apoyando los puños en el colchón, quedó con su rostro a la altura del de la mujer. Ambos se miraron intensamente.

—¿Cómo ha pasado el día mi zagala? —y la voz del Jaro tenía un acento insólito, casi tierno.

—Pues muy bien, Juan; esperándote.

—¿Ha venido a verte la vecina?

La mujer hizo un gesto afirmativo con la cabeza y entonces el Jaro se volvió a mí. Me hizo una señal para que me aproximase y luego dijo:

—Bueno, Fuensanta: te presento al listero de la obra, un buen camarada. Le he traído aquí porque tenía mucho interés en conocerte.

—¿Cómo se encuentra usted? —le pregunté al tiempo de estrechar su mano, pequeña, pero deformada por el trabajo.

—Ya lo ve —contestó ella, sonriendo forzadamente—. Muchas gracias por su visita.

El Jaro me ofreció la única silla que había en la alcoba y, apenas me hubo sentado en ella, se excusó:

—Perdóneme, pero tengo que marcharme. Mientras usted charla un rato con Fuensanta, yo aprovecharé para hacer la compra. Como hoy es sábado, tengo que mercar para dos días. Pero, no se preocupe, vuelvo en un periquete.

Al quedarnos a solas, siguió un silencio embarazoso que yo traté de salvar preguntándole sobre la causa de su dolencia. Ropas, muebles, paredes y techos, eran pobres, remendados, pero lustrosos y como crujientes de puro limpios y cuidados. *Es largo de*

contar, verá usted... Ella y Juan se casaron dos meses antes de comenzar la guerra civil y la preñez sobrevino en seguida. Entonces apareció en el pueblo un camión, a través de cuyo gran altavoz se invitaba a todos los hombres jóvenes a que tomaran las armas para defender a Madrid del fascismo. Juan, que era muy señalado, se alistó de los primeros y partió inmediatamente para la capital, en compañía de todos sus compañeros del sindicato, voluntarios como él. Como no querían estar separados, Fuensanta se vino a Madrid poco después que su marido, para estar a su vera y atenderle en lo posible.

—Ahora es muy apañado el pobre, pero no puede usted figurarse lo desmanotado que era en aquel tiempo.

El acento de su voz era cantarín, melodioso, y, su dicción, clarísima. Además, se correspondían con sus palabras la expresión de sus ojos inteligentes, y todavía jóvenes y hermosos, y el gesto de sus manos.

—Aún me acuerdo, como si fuera hoy, de aquella noche... Se estaba librando uno de aquellos estremecedores combates en el cinturón de Madrid. Los disparos y las explosiones sonaban como si la batalla tuviera lugar en la misma Puerta del Sol, o en cualquier esquina. Era una noche de invierno, serena, helada. Ella vivía, junto con otras esposas de combatientes, en una casa abandonada, cerca de la Moncloa. Todas ellas, apiñadas alrededor de una pobre lumbre, escuchaban el fragor de la pelea, cuyas olas de horror y miedo venían a quebrarse en los agrietados muros del edificio. Fuensanta sentía un temor tan lacerante y frío que le castañeteaban los dientes. Pensaba en Juan, pensaba que podía caer destrozado en cualquier momento por alguna de las bombas cuyo estallido oía. De pronto, un fuerte golpe de viento abrió la

ventana entre un terrorífico estrépito de cristales y maderas rotos. Se apagó la luz y se oyó una tremenda explosión, y temblaron los muros como si fuera a derrumbarse la casa. Entonces, una de aquellas mujeres, enloquecida por el pánico, prorrumpió en un alarido histérico que desgarraba los tímpanos. Por su parte, Fuensanta sintió un dolor irresistible. Quiso levantarse y no pudo y, súbitamente, cesaron los clamores, como si los hubiera barrido el viento.

—Cuando volví en mí, me encontré en la cama de un hospital. Me habían operado para salvarme la vida, pero no pudieron salvar la de mi hijo. Era un varón. Lo supe por la comadrona que ayudó al médico. También me dijo que yo vivía de milagro.

Le temblaba la voz al decirlo y vi que tuvo que hacer un gran esfuerzo para no romper a llorar.

—Y que ya no podría ser madre. —Hizo una pausa para serenarse y continuó diciendo—: Y hace unos días, volví a sentir un dolor como aquél. Caí al suelo sin conocimiento y, cuando lo recobré, ya no me obedecían las piernas.

Fuensanta creía que se trataba de un «paralís», y, aunque los doctores le habían asegurado en el hospital que recobraría el uso de las piernas, ella pensaba que se lo decían para consolarla.

—Yo ya me he hecho a la idea de que no volveré a andar jamás. Y lo siento, más que por mí, por Juan, bien lo sabe Dios. A veces me hace gracia verle, tan grandote, barriendo y arreglándose la cama, pero al cabo me da una pena muy honda. Éste es un castigo que él no se merece. ¡Es tan bueno y tiene tanta paciencia!

Eran de un pueblo de la Mancha. Allí vivieron siempre, hasta que estalló la guerra. El Jaro era el mejor mayoral de aquellos

contornos, el más trabajador, el que trazaba con el arado los surcos más derechos, el segador más rápido. Dominaba todas las faenas agrícolas y se lo disputaban los amos de las haciendas. Formal y valiente como ninguno. Los demás gañanes le respetaban y le temían. Fue él quien fundó el sindicato y, por eso, los caciques le tomaron tanta tirria. Pero no pudieron con él. Tuvieron que transigir con el mocetón que, con gestos graves y palabras cortas, se imponía a todos. Corrían aquellos tiempos de turbulencias, en que la rebelión cundía por los campos, pero allí nadie se desbandaba, porque su autoridad, acatada por unos y otros, llegó a constituir la mejor garantía de paz y de concordia. Si los jornaleros tenían alguna queja, el Jaro hablaba con los patronos y obtenía inmediatamente la reparación a que hubiere lugar y, de la misma manera, si los patronos se lamentaban justificadamente de algún abuso de los obreros, era Juan quien sujetaba a los díscolos y metía en vereda a los haraganes. Así, cuando llegó la guerra, él pudo serlo todo en el pueblo, pero no quiso. Renunció a sus cargos y se marchó al frente. Las cosas, por desgracia, no iban bien y le llamaron para que pusiera un poco de orden en la revolución, y volvió. Sin embargo, no quiso perder la ocasión que le brindaba la angustiosa defensa de Madrid para irse otra vez a la pelea de los hombres, como él decía, y seguir ya en el ejército hasta el final de las hostilidades. Lo que sucedió después era lo propio de aquellos tiempos de venganzas sin freno. Los caciques se vengaron hasta la saciedad. A Juan le metieron en la cárcel, le golpearon varias veces, hasta dejarle por muerto en la última paliza, le quitaron lo poco que tenía y le empapelaron para que le condenasen a muerte y le fusilaran. Menos mal que el médico, que era jefe de la Falange, dio la cara por él y pudo

salvarle la vida. No obstante, le condenaron a treinta años de presidio, de los que sólo cumplió cinco. Ése era Juan, el Jaro.

—Sufre mucho aquí, en la ciudad. A él le tira mucho la tierra. Los domingos por la mañana se va siempre a las afueras para echar un vistazo a la campiña. Luego me dice que por aquí se trabaja muy flojo, que no saben. Lo que más le enfada es ver un surco torcido. Pero ya no podemos volver a nuestro pueblo. Yo no he querido que vaya nunca por allí. Conozco su genio y sé que, al enfrentarse con algún antiguo compañero que se ha cambiado de chaqueta o con los caciques que tanto mal le hicieron, no podría contenerse y se buscaría otra vez la desgracia. Es muy bueno, más que el pan, pero, cuando se enfurece, Dios nos libre de caer en sus manos. Se pone como loco.

Se querían, claro que se querían, como en sus mejores tiempos, y, desde que ella enfermara, él se mostraba más tierno, más entrañable y más servicial cada día. La lavaba, la peinaba, le hacía la cama, le preparaba la comida. No salía de casa más que para ir al trabajo o hacer la compra. Durante sus ausencias, solía visitarla una vecina por si necesitaba algo.

—Pero no consiente que nadie me toque, como si yo me fuera a quebrar. Muchas veces cavilo en lo que le sucedería si yo muriese, y me da miedo. Yo creo que se volvería loco.

Durante una de sus pausas se oyeron las fuertes pisadas de Juan en la escalera, y Fuensanta preguntó, alzando la voz:

—¿Eres tú, Juan?

—Voy, paloma —contestó él, ya entrando y mirándonos a los dos con franca complacencia. Sus ojos despedían fulgores dorados y sonreía abiertamente—. Le habrá contado aquí, Fuensanta, muchas historias, ¿verdad, señor Federico? Como tiene que estar

todo el día callada, cuando pilla a alguien por su cuenta se desahoga todo lo que puede. Claro, a mí ya no tiene nada nuevo que contarme. Me sé de memoria todas sus fábulas. —Fuensanta sonrió, y el Jaro siguió diciendo—: Pero me gusta escucharla. A lo mejor le parece a usted una tontería, pero lo cierto es que, oyéndola a ella, me parece que no hemos quedado solos en el mundo.

Efectivamente, eran dos seres completamente solos, entregados a la mutua contemplación; dos amantes inagotables, suspendidos en el silencio y en el vacío del cosmos. Eso es lo que me parecieron a mí.

El Jaro empezó a mostrar a Fuensanta el contenido de la cesta de la compra.

—Cada día dan menos con la cartilla de racionamiento. Es una vergüenza lo que pasa en España. Mientras los ricos y los enchufados se hartan de comer a dos carrillos, hala, que los pobres se avíen toda la semana con un cuarto de litro de aceite, cien gramos de azúcar y otros cien de bacalao. ¿Es que los pobres somos gorriones?

Juan me miraba a mí, me lo preguntaba a mí, me ponía por testigo de aquella tartufada nacional urdida por los gobernantes, y que ya no engañaba a nadie aunque, eso sí, era capaz de sacar de quicio al más lerdo, por burda y desvergonzada.

—Más valdría —añadió— que la suprimiesen de una vez y que se dejasen de mentiras. Pero no. Eso, no. Porque alguien le saca tajada, una buena tajada, a todo este embrollo. ¿No le parece así, señor Federico?

Pero intervino Fuensanta antes de que yo pudiera contestar.

—Pero, Juan, ¿otra vez? Me dices lo mismo todos los días. El

señor Federico no tiene la culpa, hombre. Anda, enséñame lo que has comprado, a ver si te falta algo.

El Jaro me miró y me guiñó un ojo.

—¿Ve usted, señor Federico? No se puede con ella. ¡Ay, qué mujer! —Y añadió seguidamente—: Bueno, pues he comprado lo de siempre: alubias, aceite, pescado... La carne no se puede ni oler, es cosa de ricos, pero estos boquerones nos van a saber a gloria. Sal, pimienta... De todo, ¿no? Se me había olvidado el jabón y he tenido que volverme desde el portal para comprarlo.

Yo creí que había llegado el momento de retirarme y me levanté.

—¿Se marcha usted ya? —me preguntó el hombre.

—¿Es que le he aburrido? —me preguntó la mujer.

—De ninguna manera. Todo lo contrario. Pero tengo una cita y voy a llegar tarde a ella si me descuido.

—Si es así... —y Fuensanta guiñó un ojo.

Juan hizo un gesto de resignación. Yo le pregunté:

—¿Por qué no me dijo usted antes que también ha estado preso?

El Jaro me miró a mí primeramente, con cara de sorpresa, y, después, a Fuensanta, con gesto interrogativo. Y ella confirmó sus sospechas con un movimiento de cabeza.

—¡Bah! —contestó—. Porque eso no tiene ningún mérito.

Lo dijo en un tono tan rotundamente despectivo y sincero que no dejaba lugar a dudas sobre lo que para él significaba el hecho de haber sufrido prisión. Nada. Un incidente baladí que no merecía ser comentado, ni siquiera aludido.

—Así es —concedí yo—, pero es una circunstancia que nos une más a los dos, ¿no lo cree así, Jaro?

Sí, es cierto, pero no olvide lo que le dije, y es que se ande con cuidado y no vuelva a hacer conmigo lo que ha hecho hoy. Usted, a lo suyo, que aún es joven y puede salir adelante.

Su escepticismo me desazonaba, porque me parecía que no era congruente con su carácter. Por eso le pregunté:

—¿Y vamos a abandonarlo todo, Juan?

—No lo sé —me contestó, encogiéndose de hombros Yo hice todo lo que pude. Ahora tengo que velar por mi mujer, que no tiene a nadie más que a mí en el mundo. Si trabajo, es por ella. Y ya no me queda más que una esperanza: la de volver al campo, de donde no debí salir nunca, y coger otra vez la mancera. Claro que si llegase una nueva ocasión, yo no dudaría un momento en ponerme en mi sitio, y puede que algunos de mis antiguos compañeros dieran cualquier cosa entonces por no verme.

Me despedí de Fuensanta, y el Jaro me acompañó hasta el portal. Mientras bajábamos la escalera nos envolvió una vaharada de aceite frito. Fuera, en la calle, alborotaba la sonajería metálica de un camión que expandía una estela de tuhos pestilentes. Juan hizo un gesto de asco.

—Aquí siempre huele mal —se lamentó—: a bodrio, a gasolina... No hay ningún olor tan bueno como el de la tierra mojada, ¿no le parece a usted? Si no fuera por Fuensanta... Pero Fuensanta tira de mí más que la tierra.

Mientras me alejaba de allí, camino de la estación del «metro» más próxima, seguían sonándome las palabras del Jaro: *olor a bodrio y a gasolina..., pero Fuensanta tira de mí más que la tierra...* Y me imaginé a Juan, a un Juan amasado con tierra rojiza, brotándole ramas y follaje por todo el cuerpo; con los pies, como retorcidas raíces de olivo, clavados en el barro, y, bajo su cabellera

de rubios reflejos, sus ojos: dos coágulos de agua en una hoja verde, heridos por el sol.

*

Los domingos eran para mí los días peores. La costumbre me hacía despertar a la hora de siempre, como si dentro de mi cabeza sonase puntualmente la campanilla de un reloj, y ya me era imposible empalmar el sueño. Sin embargo, debía permanecer entre las sábanas hasta que Alfonsina me anunciase que estaba preparado el barreño para la ducha. Anuncio que era más bien la señal de que Fernando había terminado de desayunar y se disponía a encerrarse en el comedor con sus libros de contabilidad. Luego, mientras yo me aseaba, Alfonsina despertaba a Carlota y preparaba el desayuno para los dos. Así desayunaríamos juntos tío y sobrina y saldríamos después a dar un paseo.

Solíamos ir a algún parque de la ciudad: al del Oeste, al Retiro o al paseo del Prado, donde permanecíamos hasta la una del mediodía, hora de emprender el regreso a casa para almorzar en familia. Durante estos asuetos matutinos, yo me sentaba, si el tiempo lo permitía, en un banco público a leer la prensa, no sin vigilar de reojo los movimientos de Carlota a mi alrededor. A veces, la niña se cansaba de jugar, o no encontraba con quien entretenerte, y entonces acudía a mí para que yo le contara alguna historia divertida, *de esas que tú sabes, tito*. A veces, los periódicos me aburrían de tal manera con su isócrona garrulería, con su prosa monocorde, con su estulticia prefabricada y, sobre

todo, por su tono de servidumbre y adulación insuperables al hombre omnisciente, providencial, genio de genios, justo entre los justos, espejo de caballeros, el más bondadoso, el más espléndido, el más valiente, el más cristiano y el mejor estadista de todos los tiempos, que se me caían de las manos. En España, nadie pensaba, ni trabajaba, ni tenía ideas, ni se desvelaba, ni gozaba de tan directa protección divina como el hombre del Pardo, comienzo y fin de todas las cosas. Aquellas frases de elogio en grado superlativo, escritas a voleo y aplicadas sin ton ni son en un texto plúmbeo y desharrapado, me producían un profundo malestar físico y me hacían sentir una inmensa compasión por mi patria. ¿Cómo podía un hombre aceptar y soportar aquella salmodia de alabanzas, repetida e interminable, sin sentir las náuseas del asco por los hombres que así mostraban sus desnudeces ante él? ¡Qué tropa de turiferarios! Eran eclesiásticos, ministros, profesores, magistrados de la Justicia, nobles de escudo y prosapia, altos y mínimos funcionarios, escritores y periodistas, toreros, comediantes, profesionales ilustres, académicos, financieros y capitanes de empresa, deportistas, mujeres de rango y de alcoba, aventureros de todas las especies... ¿Se creería el ídolo tal sarta de lisonjas y ditirambos o, contrariamente, se gozaría con el espectáculo de tanta vileza, de tanta superchería y de tan inaudita degradación humana?

—Tito, tito. Oye, tito.

—¿Qué? ¿Qué quieres?

—Cuéntame un cuento, anda.

—Bien, bien, bonita. Pero, ¿cuál quieres que te cuente?

Otras veces recordaba a mis amigos, a mis viejos y entrañables amigos: Molina, Agustín, Pablo..., de la cárcel de San Antón y del

penal. ¿Cómo se las arreglaría Agustín en Valencia? ¿Habría logrado, por lo menos, satisfacer su hambre, su hambre permanente, en alguna ocasión? Siempre que oía hablar de la paella se le llenaba la boca de saliva. Ahora podría, tal vez, comerse un buen plato de arroz, qué digo plato, una paellera con copete, de una sola sentada. *Estoy convencido de que mi estómago tiene dientes y muelas*, solía decir. ¡Agustín, famélico, pantagruélico y angélico! Molina, acurrucado en el cuchitril de su portería, espera el momento estelar para lanzarse de nuevo a la lucha con todo el entusiasmo que aún guarda su espíritu noble y desinteresado, sin doblez ni retranca. ¿Y Pablo? ¿Qué tal le iría como médico en su aldea soriana? Bien, sin duda. Es inteligente y donde no alcance su ciencia hipocrática llegarán su intuición y su magia personal. Ya tenía una hija, sí. Emilia era su nombre, como él mismo me comunicara en carta. Pablo había podido rescatar parte de su dote de felicidad en la gran catástrofe y seguir su propia singladura. Era el recuerdo de José Manuel, el joven poeta cubano, muerto por fusilamiento al amanecer de un día de julio, el que más me dilaceraba, y no tan sólo por el hecho en sí de su sacrificio, irremediable, sino porque yo seguía ignorando el paradero de su mujer y de su hija. ¡*Cuidad de mi Enriqueta y de mi Adoración!*, nos suplicó cuando le arrancaron de nuestra compañía para siempre. ¿Qué habría sido de ellas? ¡Qué desazonante y qué vergonzoso es para uno no poder cumplir un mandato como el de José Manuel!

—Tito, tito.

—¿Qué? ¿Qué pasa ahora, Carlota?

—Que te has callado. Sigue. ¡Por favor, tito!

Las mañanas de los domingos resultaban llevaderas hasta

cierto punto, pero las tardes constituían un rosario de horas interminables, deprimentes. ¿Qué se puede hacer en Madrid sin amor, sin dinero y sin lectura, una tarde de domingo? Poco después de la sobremesa, yo tenía que echarme a la calle, porque mi cuñado reclamaba inmediatamente su derecho a dormir hasta el anochecer. (*Tengo un alto déficit de sueño y, si no lo saldo ahora, estoy expuesto a que se me rompa una vena del cerebro cualquier día, andando por ahí*). Cuando despertaba, encendía su pequeño aparato de radio y se embebía escuchando música, cualquier música, o las retransmisiones radiofónicas de los partidos de fútbol. (*Necesito relajarme, ¿sabes?, porque luego me esperan las cuentecitas de tu hermana*), y exigía el más absoluto silencio a su alrededor.

Aquella mañana llevé a mi sobrina a la plaza de Oriente, estremecida ya de voces infantiles, que guardaba todavía el estilo empolvado de las plazas provincianas, con sus puestos de dulzainas, sus niñeras y reclutas, sus mendigos zalameros y sus viejecitos esponjándose al sol. El alcázar real, macizo y majestuoso, de piedra gris, con innumerables balcones y ventanas, parecía un castillo encantado, sí, *tito, como en el que viven las princesas de tus cuentos*. Pero allí no vivían ya reyes poderosos ni bellas princesas. En sus largos corredores y en sus ricas cámaras sólo pervivían los recuerdos transformados en fantasmas invisibles. Felipe, los Fernandos, los Carlos, Isabel y los Alfonso no eran más que retratos prendidos en sus muros tapizados. El palacio real se erguía como un testigo mudo y deshabitado de otra historia novísima, cuyo estilo visigótico se diferenciaba tanto del suyo propio, de inspiración dieciochesca. (*Franco ha retrotraído la historia de España a la época de las invasiones germánicas. Él*

mismo se hace llamar «Caudillo por la gracia de Dios» y fue proclamado tal sobre el pavés, después de una victoria militar, por sus capitanes, como los reyes-caudillos visigóticos. Creó feudos y dictó un conjunto de leyes supremas, un nuevo Fuero Juzgo, que establecía dos categorías estrictas e inconfundibles de súbditos: la de los vencedores y la de los vencidos). Verdaderamente, la monarquía de Franco no era, como la tradicional, el resultado de la lucha del pueblo contra el despotismo y la rapacidad de los jefes de mesnada, sino, por el contrario, la consagración del derecho de conquista y del privilegio —ley privada, particular— de sus barones y legados. Confirmé estas ideas viendo los grupos de oficiales pululantes por allí, con la gorra caída sobre los ojos y la barbilla levantada, al compás del undós, todos idénticos, como salidos de un mismo molde, retoños de una misma casta, fabricados y numerados en series. Seguro que no deambularían constantemente tantos oficiales por las calles de Berlín, ciudad ocupada por cuatro ejércitos vencedores. Nunca había visto yo a un oficial vestido de uniforme por las calles de Gibraltar, plaza fuerte en poder de una potencia extranjera. ¡Ay, Dios! ¿Cuándo podría quemar este pueblo mío ese nuevo Fuero Juzgo en las plazas públicas, como se hiciera en Castilla con el Viejo, el de los reyes de León?

—Tito, tito.

—¿Qué, preciosa?

—Que llevamos parados mucho tiempo, tito, y quiero jugar.

—Sí, sí, vamos.

Entonces llegó a mis oídos la voz de un dulzainero:

—¡Hay pipas y caramelos!

¿De quién era aquella voz conocida? No pude averiguarlo al

pronto, porque una bandada de pequeñuelos se interponía entre el vendedor y mi vista. ¿De quién salía aquella voz? Una curiosidad irresistible me hizo acercarme al grupo llevando de la mano a Carlota. Entonces le vi. Sentado junto a un cajón, sobre el que se exhibían caramelos, cacahuetes, pipas de girasol y almendras garapiñadas, se hallaba sentado un hombre de edad, fealdad y aspecto socrático. Calvo, híspida y canosa barba y nariz romana, pero con unos ojos jóvenes y cándidos, como los de un niño. Era él.

—¡Don Alberto!

El vendedor fijó sus ojos en mí, arrugando los párpados como los miopes, y se le llenaron de alegría.

—¡Federico, hombre!

Nos abrazamos efusivamente.

—Pero, ¿cómo se encuentra usted aquí, don Alberto?

—¿Y dónde iba a estar mejor que con mis niños?

—¿Es que no ha podido encontrar otro trabajo?

—¿Otro trabajo?

—Sí, quiero decir otro trabajo menos penoso.

—Qué cosas dice, Olivares.

Después de esta serie de preguntas y respuestas atropelladas, don Alberto me explicó, sosegadamente:

—Intenté vender bombillas y las vendí; me coloqué luego en una fábrica de sucedáneos de café, que tiene un amigo mío, y no se me daba mal, pero me sentía muy triste y solo sin mis niños, y como no me estaba, ni me está, permitido volver a mi colegio ni a otro cualquiera, pensé que la única solución era establecerme en un jardín público, y ya me ve. Con estas golosinas consigo atraerlos. Son los pájaros que alegran mi vida. Usted, como maestro, sabe muy bien lo que significan los niños, lo que son para

uno. Así, oyendo sus risas y viéndolos revolotear a mi alrededor, me siento todo lo feliz que puedo serlo.

Era un hombre inefable don Alberto. Maestro de enseñanza primaria, adoraba a los niños. Tuvo tres hijos, pero se le murieron en plena infancia. Más tarde perdió también a su esposa y, desde entonces, todo su amor, enorme e insensato, se desbordó como un torrente sobre los pequeñuelos. Inclinado durante más de cuarenta años sobre los espejos transparentes de las almas infantiles, la suya propia había sufrido una misteriosa transformación. Así como en los cuentos rosados de las princesas, éstas se convierten en rosas en virtud de un mágico encantamiento, así aquel espíritu inteligente y soñador, tocado por una varita milagrosa, quedó trocado para siempre en un niño con barba y con unos ojos que parecían recién estrenados a la luz. En la cárcel, donde penó algunos años, se pasaba los días escribiendo cuentos para niños y hablando, a todo el que quería escucharle, de sus descubrimientos en el campo de la psicología infantil. Partiendo de que todos los niños son buenos, él los tenía clasificados por colores: niños blancos, rosados, violetas, rojos, amarillos, verdes... (*Son como las flores*). Las más tristes horas para él eran las últimas de cada jornada carcelaria. Entonces solía buscarme.

—¿Qué noticias hay hoy, Olivares?

A veces, no había ninguna noticia alentadora que comunicarle, y entonces el bueno de don Alberto insistía, en tono de súplica:

—Pues cuénteme un bulo, aunque sea un bulo, pero de los buenos...

Y me obligaba a mentir:

—Verá... Se rumorea que está firmado, o a punto de firmarse,

un decreto para poner en libertad a todos los reclusos cuya condena no sea superior a la de veinte años.

Porque su condena era exactamente la de veinte años.

—¿De veras, Federico?

—¡De veras, don Alberto!

—¡Gracias, hijo!

Carlota se había aproximado a don Alberto y miraba codiciosamente sus montoncitos de golosinas. Reparó en ello don Alberto y me preguntó:

—¿Es hija suya?

—No, es mi única sobrina —le contesté.

—Para mí es igual. ¿Cómo se llama?

—Carlota.

—¡Ah, caramba! Tiene nombre de emperatriz —le levantó cariñosamente la barbilla, le miró a los ojos y añadió—:

Y su color es el púrpura.

No pude evitar que volcase en sus bolsillos casi toda la mercancía de su mostrador. Posiblemente, aquel despilfarro arruinaría su negocio. Pero se mostraba tan feliz aquel hombre encendiendo bengalas en los atónitos ojos de mi sobrina que, permitírselo, constituía, sin duda, el mayor placer que me fuera dado concederle.

—¿Y qué, Federico, queda alguna buena noticia para mí?

—Pues sí, don Alberto. He oído decir que van a devolver las escuelas a todos aquellos maestros cuyas condenas no han sido superiores a veinte años.

—¿De veras, Olivares?

—¡Absolutamente cierto, amigo mío!

Pero, por primera vez, hizo un gesto negativo mientras sonreía

herido de tristeza.

—No, hijo, no. Ya se me acabó la esperanza. Ahora —y desvió su mirada hacia un punto indeterminado— lo único que deseo es que me entierren en uno de los jardines adonde acuden los niños a jugar, para poder seguir oyendo sus risas eternamente.

Hizo una pausa, que se fue como un suspiro, y sonriendo y mirándome un poco avergonzado, agregó:

—Claro, ya no les daría golosinas, pero sí flores.

Hizo un gesto con las manos como para darme a entender que no encontraba las palabras precisas con que expresar su pensamiento y dijo:

—No sé si le parecerá una tontería, Olivares, pero tal vez naciera de mi cuerpo un árbol que se cubriría de hojas y de pájaros en las primaveras. Sí, ya sé —y movió la cabeza de arriba abajo, lentamente— que es un sueño imposible y que muchos se reirían de mi si me oyieran. Lo sé, Federico, lo sé. Pero, ¿qué quiere? Es lo que yo pediría ahora, en mi vejez, y dicho _queda, y que conste que no me importa nada que alguien crea que estoy loco o que soy un anciano imbécil que chochea.

Nada de imbécil, nada de viejo chocho, lo juro. Un gran poeta, un poeta puro, angelical, que escribía sus versos en el aire. Un poeta que seguía en su delirio de amor, porque aquel hombre de calva reluciente y de aspecto socrático tenía una hermosa alma florida y un corazón sonoro como un arpa eólica.

Todavía, cuando emprendimos el regreso a casa, me estremeció su cascada voz pregonando su mercancía:

—¡Hay pipas y caramelos!

VIII

Anduve toda la tarde de aquí para allá, solo. Paseé sin rumbo, sin ningún itinerario previsto, hacia los barrios extremos. Vi las gentes domingueras: matrimonios de obreros, menestrales y empleados, con sus hijos; muchachos y muchachas a la puerta de cines y bailes populares; solitarios y solitarias en las esquinas o junto a las bocas del «metro» esperando a alguien; y soldados y oficiales por doquier. Estos últimos me parecían los mismos de siempre, como si su destino consistiese en dar vueltas y vueltas, constantemente, por las calles, por todas las calles de la ciudad, en una ininterrumpida ronda de vigilancia e intimidación. Tranvías y taxis con gasógeno, coches particulares, sobre todo «Millas», y algún que otro insultante «haiga», cochazo aparatoso del que hacían gala los estraperlistas y los analfabetos adictos al régimen. Comercios cerrados y escaparates llamativos. Bares y tabernas bulliciosos. Me admiraba la vitalidad y el insaciable deseo de vivir de aquellos seres que, después de seis largas y agotadoras jornadas de laboreo, deberían apetecer exclusivamente el descanso. Al día siguiente, esos productores, como se les llamaba eufemísticamente, tendrían que madrugar e ir a sus quehaceres con los estómagos casi vacíos. Sin embargo, daban la sensación, al menos externamente, de tranquila complacencia. ¿Les habría

reducido a la insensibilidad y a la resignación absolutas el veneno y la enorme pesadumbre de la autocracia? ¿O sería que la discriminación de que eran víctimas les colocaba al margen de todo ello y, siendo conscientes de la situación, procuraran eludir, de esa manera, toda clase de compromisos y responsabilidades? (*Franco y todo eso... ¡bah! ¿Qué nos importa a nosotros? Cualquier día se irá todo a la mierda y entonces... La cuestión es vivir. A mí nadie me va a dar nada. Los días pasan y hay que aprovecharlos. ¿Después, mañana? A saber lo que puede ocurrir mañana. Además, ¿qué adelantaría uno con preocuparse y cabrearse?*).

No vi a ningún rico, a nadie que, aparentemente, lo pareciera. ¿Dónde se escondían los ricos y qué estarían haciendo? Seguramente, en sus casas de dentro y fuera de la ciudad, en sus acogedoras y confortables casas, reunidos en tertulias familiares o amistosas, charlando, jugando, bebiendo, intrigando, maquinando negocios o ascensos, adulando, enamorando, seduciendo o fornicando o bostezando y aburriéndose, si bien lejos, naturalmente, de la chusma suburbana. Entré en un cine de sesión continua, y en mala hora, porque su público estaba formado mayormente por parejas refugiadas en la oscuridad de la sala con el único fin de besarse, morderse, acariciarse y gozarse no todo lo silenciosamente que ellas se imaginaban, y porque la película era una sosa y ternurista comedia americana con personajes convencionales y final feliz. Aguanté como pude hasta el final y, aburrido y triste por el doble espectáculo, salí a la calle con ánimo de volver a casa y tomé el «metro» hasta la Puerta del Sol.

Había anochecido completamente, pero no había sonado aún la hora de la cena y mi cuñado se hallaría entregado al relajamiento junto a su aparato de radio, o revisando las cuentas

caseras con Alfonsina. Por lo tanto y porque sentía, además, el prurito de seguir acompañado por la multitud, decidí darme un garbeo por la Gran Vía. Calle de la Montera arriba, me topé con algunas pandillas de jóvenes que regresaban de presenciar algún partido de fútbol, porque gritaban soeces insultos contra no sé qué equipo forastero, mezclándolos con vivas y exclamaciones de entusiasmo y nombres de determinados jugadores. Chiquillos de ojos avisados y voz agresiva asediaban a los viandantes ofreciéndoles un pedazo de papel y chillando: «*¡Ha salido GOLEADA, con el resultado de los partidos!*» Busconas tempraneras, detenidas ante los escaparates, y fingiendo mirar lo que se exhibía en ellos, se ofrecían descaradamente, de reojo, a los transeúntes: gordas, pintarajeadas, otoñales.

Ya en la Gran Vía, el público aparentaba ser más heterogéneo. Sus grandes y lujosos cines atraían espectadores de catadura burguesa, aunque muchos sólo fueran burgueses de pan pringado: señoritas perfumadas y bien vestidas, caballeros de cuello alto, corbata reluciente y largas chaquetas, y parejas zureantes de novios o más que novios, pero jóvenes, con aire de ingenieros, ellos, y de «topolinos», ellas.

Estaba aún fresco el escándalo público que provocara la película «Gilda» por el solo hecho de aparecer en la pantalla la cimbreante y seductora imagen de Rita Hayworth. Los jóvenes imperiales, azuzados por clérigos e inquisidores, irrumpieron en tromba, como monjes fanáticos, un día en el cine, arrancaron los carteles de la cinta cinematográfica y se manifestaron al aire libre después con vivas a la castidad y mueras a las evas tentadoras y a las disolutas costumbres de allende los Pirineos, inficionadas de marxismo, anarquismo y masonismo. España no tenía petróleo, ni

oro, ni créditos extranjeros. España era un país hambriento y desharrapado. Pero, gracias a Dios, España seguía atesorando las únicas reservas morales de Occidente, bajo la custodia de Franco, su gran centinela. ¡Qué locura, Dios, la de luises, koskas y alevines totalitarios del Frente de Juventudes! También empezaban a salir de las sombras y de los cubículos y a dejarse ver por las aceras, cafeterías y bares elegantes, las equívocas, pintorescas y sofisticadas, y siempre desconcertantes, figuras de maricas, nocherniegos, proxenetas, sedicentes artistas y faranduleros, traficantes de penicilina y estupefacientes, contrabandistas de moneda extranjera, lunáticos y decadentes de diván y jeringuilla. A pesar de las restricciones de luz eléctrica y de gasolina, a pesar de las estrecheces y carencias que sufría el ochenta por ciento de la población madrileña, la Gran Vía, a partir de las primeras horas de la noche, ofrecía un espectáculo fascinante por su colorido, su animación y su exuberancia vital.

Instintivamente, como inmortalizado tal vez, fui a detenerme ante la cristalería del café donde conociera, un sábado por la tarde, a Celia. Miré hacia su interior distraídamente, sin tener conciencia de si buscaba algo o a alguien, y la descubrí sentada a una mesa del fondo, frente a un vaso vacío y mirando, como siempre, de reojo a su alrededor. Debió establecerse entonces una comunicación telepática entre los dos, pues, ya iba a marcharme de allí para continuar mi vagabundeo, cuando ella levantó la cabeza y me vio. Creo que sonréí, no lo sé con certeza. Puede que la saludase con algún gesto mecánico. Tampoco lo sé. Lo que sí sé es que ella me hizo una seña, invitándome a entrar y sentarme a su lado. Y, otra vez atraído por su irresistible querencia, penetré en el salón y me dirigí a su mesa. Vi sus ojos oscuros, que brillaban

intensamente. Vi su pequeña nariz afilada. Vi su húmeda sonrisa y, en medio de ella, el esplendor de su dentadura. Vi su frágil garganta. Vi su cabello bruno y lustroso. Vi la tenue morenez de su cara y de sus manos. Vi el suave contorno de sus pechos mellizos. Vi todo ello como a la luz de un fogonazo.

—¡Hola!

—¿No quieres sentarte un rato conmigo?

—¿Y por qué no, mujer?

—¿No tomas nada? —me preguntó.

—Es casi la hora de cenar y no acostumbro —me disculpé.

—¿Ni una cerveza?

—Bueno.

Temí que me recordara el mal comienzo de nuestras relaciones, aquel triste episodio en que me creí desahuciado para siempre y estuve al borde de la desesperanza definitiva. Pero ella me dijo:

—He vuelto muchas tardes por aquí, a ver si te encontraba. Tú, no, ¿verdad?

—No, pero si lo hubiera sabido...

Me cogió una mano entre las suyas, muy calientes y secas.

—Tú no eres como los demás, ¿sabes? —Ya no me miraba a los ojos y añadió—: Nos tratan como si una no fuese como las demás mujeres. En cambio, tú... Eres tan distinto...

—¿Por qué?

No contestó. No encontraba las palabras precisas para expresar en qué consistía esa diferencia entre los demás hombres y yo.

—No sé cómo decírtelo. Pero ni miras, ni hablas, ni nada, como los otros —me dijo después de un silencio. Parecía cohibida, como

si sintiese vergüenza—. Tendré que decírtelo al oído, pero no aquí —y me apretó la mano, y se arrimó a mí, y sus piernas casi se enroscaron a las mías.

A nuestro alrededor había otras parejas, con las manos enlazadas, con los ojos recíprocamente prendidos, susurrando decires o intensamente silenciosas. Yo percibía la proximidad cálida y viva de Celia, el ritmo de su respiración que transmitía a todo su cuerpo tenues palpitaciones.

—¿Quieres que pasemos la noche juntos?, ¿eh?

Aquellas palabras me estremecieron, porque expresaban la misma pregunta que me estaba yo haciendo y porque me hicieron recordar inmediatamente mi precaria situación económica que me impedía contestarla como yo hubiera deseado. ¿Embarcarme en esa aventura sin tener apenas dinero para mis indispensables gastos de transporte y para adquirir mi ración de tabaco? Imposible. ¡Imposible!

—Ya quisiera, ya... Pero no puedo. Es una lástima, pero no puedo, Celia —contesté sin mirarla.

—¿Por qué? ¿Porque no tienes dinero?

Sentí como un agujonazo en mi amor propio y reaccioné violentamente:

—Y a ti, ¿qué te importa?

Ella bajó la cabeza.

—Perdona. No he querido ofenderte.

Su actitud me apaciguó, y confesé:

—Es verdad. No tengo dinero, y a mí me gusta hacer bien las cosas. Por lo tanto...

Pero no me dejó terminar:

—No importa, hombre, no importa. Conozco una casa, cerca

de la calle de Echegaray, donde sólo cobran quince pesetas por dormida, y el servicio es bueno.

—No. Ni aun así, ¿comprendes?

Había alzado yo la voz sin darme cuenta y ella me susurró al oído:

—¿No ves que la gente se ha vuelto a mirarnos? —y añadió—: Si no te importa, yo puedo pagar la mitad o todo. Bueno, te lo presto. Ya me lo devolverás.

No contesté al pronto. Recordaba de nuevo el trance de nuestra primera entrevista. Gracias a su comprensión y a su experiencia pude yo superar la prueba. Y la vi como en aquellos momentos decisivos, desnuda e inerme, temblorosa y entregada. ¿Cómo renunciar, pues, a lo que ella misma me ofrecía? (*Mira que no tener el maldito dinero necesario. Bueno, sí lo tengo, pero ¿qué voy a hacer el resto de la semana sin cinco céntimos en el bolsillo? ¡Qué situación tan grotesca la mía, Dios!*).

La miré de reojo. Ella me contemplaba sonriendo tímidamente, expectante, quizá temerosa.

—Anda, no seas tonto —insistió en un hilo de voz.

—Está bien —dije al fin—, pero pagaré yo.

—Como quieras, hombre.

—Antes tendré que pasar por mi casa para decirle a Alfonsina que no se alarme si no vuelvo en toda la noche.

—Claro, claro.

Convinimos que yo cenara con mi familia, como siempre. Celia, por su parte, reservaría entre tanto la cama y luego cenaría en la taberna próxima a mi casa, donde nos reuniríamos después. Y abandonamos el café y echamos a andar, Gran Vía arriba, cogidos del brazo, muy juntos, sintiendo yo todos los movimientos de su

cuerpo. Éramos un hombre y una mujer más entre tantos seres desconocidos. Nos había unido el azar, pero seguíamos siendo extraños el uno para el otro y, no obstante, enlazados misteriosamente por una fuerza superior a nuestra voluntad. Porque, ¿qué podía buscar Celia en mí? Y yo, ¿qué buscaba en ella? Puede que el placer inmediato fuera el pretexto de nuestra mutua atracción, pero para llegar a él plenamente era preciso que le precediese una recíproca simpatía irresistible, o quizás la misma necesidad angustiosa y apremiante de fusión con otro ser, como cuando nos miramos al espejo buscando nuestra identidad. Celia no era para mí una hembra de alquiler. Entre ella y yo no mediaban ni el lucro ni el oficio, ni siquiera una promesa. Era algo instintivo, absolutamente puro, sin principio ni fin, irracional. Éramos un hombre y una mujer cuyas vidas se juntaban en un punto, sin que ninguno de los dos supiera por qué ni para qué ni hacia dónde. Tal vez fuese la analogía de nuestras respectivas situaciones la que nos empujara al uno en brazos del otro, ya que ambos habíamos perdido la guerra y era la derrota la causa de nuestro extravío en la vida. Ella y yo formábamos una pareja de solitarios, de fugitivos, de supervivientes, que buscaban refugio y compañía.

—¿En qué piensas? —me preguntó Celia—. Estás muy callado y a mí me gusta oírte hablar —y dándome con el codo, añadió—: Anda, dime algo, hombre.

La gente discurría junto a nosotros, rozándonos a veces, pero sin vernos, sin advertir que existíamos, como si fuésemos una farola o una esquina. Pese al movimiento y al bullicio que nos rodeaban, era como si anduviéramos solos por un descampado.

—¿Qué quieres que te cuente? ¿Algo de la guerra o de la

cárcel?

—No, por Dios —y, tras una pausa me preguntó—: ¿No tenías novia antes de la guerra?

—Sí.

—¿Y ahora?

—No.

—¿Os habéis peleado?

—No ha hecho falta. Ella se hartó de esperarme y se casó. Y me parece que hizo bien, no creas, porque, ahora, nuestras relaciones no tendrían razón de ser.

—¿Por qué?

—Pues porque esas relaciones son para casarse y yo no puedo ni quiero oír hablar de eso.

—Vaya, hombre, pues es una pena.

—No lo sé.

—Pues a mí me parece que sí, que es una pena que no pienses en casarte.

Miré su rostro iluminado por la luz de un escaparate. Había desaparecido la sonrisa de sus labios y sus ojos, velados por una sombra de tristeza, dejaban traslucir su desilusión. Fue entonces una sorpresa para mí que pudiera interesarle tanto a Celia mi falta de interés por el matrimonio. ¿Cómo ni por qué explicarle que, en mis circunstancias, el matrimonio sería una aspiración ridícula e insensata que no merecería ser invocada ni en broma? Y me callé.

—Sí —siguió diciendo Celia—, porque no hay nada mejor que el matrimonio, te lo digo yo. Ya sé que hay muchos que se llevan mal, pero eso mismo pasa en todo. También hay padres, hijos y hermanos que se llevan a matar. Depende de la suerte. Pero yo he estado casada y sé muy bien lo que me digo.

Yo la escuchaba en silencio. Eran las mismas palabras que había oído anteriormente en otros labios, en otras mujeres, en otras circunstancias. Las mismas palabras, de verdad. Ahora me sonaban como una de tantas mentiras o ficciones dejadas atrás. Antes de la guerra sí pensaba en casarme, pero después, vistos los fallos humanos y, sobre todo, por el peso muerto que supone en la vida de un activista político, el matrimonio me parecía una renuncia, una deserción. Si por algo me felicité a mí mismo en la cárcel fue por haber permanecido soltero, porque me preservó de la mayor de las torturas que afligen a un preso, como es la de pensar en la mujer joven que ha dejado en la calle y, acaso también, en los hijos pequeños abandonados. *La mujer es una rémora, sobre todo si ve la vida a través de un prisma distinto al nuestro. Desengáñate: nosotros no podemos perder tiempo y energías con la mujer. Debemos concentrarnos, no dispersarnos*, había oído decir a Jaime, y estaba en lo cierto. El matrimonio es incompatible con la acción política, a no ser que se busque en la esposa a la secretaria o a la enfermera o, simplemente, a la criada. Para el burgués sí es una meta, la más importante, porque la familia constituye su ciudadela particular, el nudo de intereses y la justificación de su actividad en la lucha por la conquista de los bienes sociales y económicos. ¿Para qué atesorar, para qué aspirar al dominio y a la influencia, si no se tiene una familia que participe de ello, que herede y prolongue en el tiempo la situación lograda? Claro, lo que es bueno para el burgués tiene que ser malo para el antiburgués. Luego el matrimonio es el mayor peligro de frustración para el luchador político que aboga por una sociedad nueva, donde no prosperen ni se mantengan las situaciones de privilegio heredadas, y que ha de arrostrar, por ello, una vida

azarosa e insegura. No. Terminantemente no Otra cosa es el amor, por supuesto. El amor es necesario a todo hombre como el aire que respira. Al principio, pueden confundirse amor y matrimonio, pero la experiencia demuestra que muy pronto se disocian ambos conceptos, hasta el punto de convertirse generalmente en antagónicos. Por lo tanto...

—¿No me oyes?

Era la voz de Celia que se interrumpía a causa de mi silencio.

—Sí, claro que te oigo.

Habíamos llegado a la esquina próxima a mi casa.

—Pero no dices nada.

Nos detuvimos. Le tomé la barbilla con las puntas de los dedos y se la sacudí suavemente.

—Es que prefiero oírte a ti, mujer.

Ella sonrió, complacida.

—Te habrán parecido tonterías las cosas que he dicho ¿verdad? —Yo denegué con la cabeza y ella prosiguió diciendo—: La verdad es que, paseando cogida a tu brazo, me parecía estar viviendo otra vez mis tiempos de casada y me sentía muy contenta —y, al tiempo de separarnos, añadió—: Luego te diré otra cosa, cuando estemos solos. Y no tardes, eh, no tardes.

En la taberna de enfrente, una voz de mujer cantaba por la radio:

*La Lirio, la Lirio tiene,
tiene una pena la Lirio:
que se le han puesto las sienes
moraítas de martirios.*

Me esperaban para cenar. Con el paso de los días, se había establecido entre mis familiares y yo el compromiso tácito de no hablar de aquellas cosas del pasado o del presente que pudieran enfrentarme a mi cuñado, rendido a todas horas y acosado todo el día por las moscas pertinaces del sueño. Como era hombre de escasas ideas, era casi imposible sostener con él una conversación medianamente interesante. A veces, cuando se sentía más comunicativo, solía pedirme noticias acerca de los temas que oía comentar en el «metro» o en el tranvía: atropellos, incendios, crímenes... Otras veces, sin que yo pudiera hallar la razón, se sentía interesadísimo por las cotizaciones de los valores en la Bolsa.

—¿Cómo van las cotizaciones, Federico?

—En alza, creo.

—Estupendo.

Al principio, Alfonsina y yo nos mirábamos, asombrados. ¿Qué podían importarle a él, pobre multiempleado, las oscilaciones bursátiles? Pero nos fuimos acostumbrando a la infantil, yo diría que freudiana, curiosidad de Fernando.

—¿Qué tal Altos Hornos?

—Se mantiene.

—¿Y las eléctricas?

Yo solía mirar el periódico antes de contestar.

—Subiendo.

—Mira a ver cómo andan los Monopolios.

—Igual.

—Entonces es que todo va bien.

Mientras tanto, engullía su cena rápidamente, como era

costumbre en él. Si yo le contestaba de cuando en cuando: *Bajan*, mi cuñado se ensombrecía y murmuraba entre bocado y bocado: ¡*Hum!*

Como siempre, aquella noche apenas habló y, a pesar de haber dormido una larga siesta y relajado sus nervios escuchando las retransmisiones deportivas a través de la radio, se levantó de la mesa tan pronto ingurgitó el último sorbo de agua, y se dirigió a su dormitorio, dejando a su espalda un reguero de bostezos, y murmurando:

—Perdonad, chicos, porque mañana me espera un día de padre y muy señor mío.

Acostumbrados ya a oírle decir poco más o menos lo mismo todas las noches, mi hermana no trató de disculparle. ¿Para qué? Cuando nos quedamos solos ella y yo, le dije:

—Voy a salir, ¿sabes?

Ella me miró, inquisitiva.

—Está bien, pero no tardes mucho, Federico.

Me encogí de hombros.

—A lo mejor no vuelvo en toda la noche —y sonréí, añadiendo—: Es mejor que lo sepas para que no te preocupes.

Alfonsina me miró fija y gravemente a los ojos.

—Haz lo que quieras, claro, pero, por favor, ten mucho cuidado y, si vuelves, procura hacer algún ruido para que yo me entere, ¿estamos?

—Lo haré así, pero no temas; no me pasará nada.

Mi hermana se quedó moviendo la cabeza de arriba abajo y con una chispa de malicia en los ojos que delataba su tolerante complicidad. (¡Ay, *estos hombres, estos hombres!*...).

El callejón estaba desierto. En la taberna donde me esperaba

mi amiga quedaban pocos parroquianos y la radio había enmudecido. Gertrudis, la patrona, de codos sobre la barra, parecía dormitar. Al penetrar allí me envolvió una vaharada de olores pringosos, a pescado frito, a guisotes, a anís... Celia, nada más verme, se levantó y vino a cogerme de un brazo.

—Anda, vámonos —me dijo apresuradamente, y, cuando estuvimos fuera, añadió—: Se me ha hecho una eternidad, porque aquellos dos tipos que bebían en el mostrador no hacían más que mirarme y hacerme señas, aunque yo procuraba no verles.

Por la calle de Carretas, la Puerta del Sol y la carrera de San Jerónimo se veían pocos noctámbulos. Renqueaban los tranvías casi vacíos y, de cuando en cuando, un taxi catarroso corría por la calzada despidiendo chispas y peste a carbón. En el café de Levante, paletos trasnochadores y busconas en retirada consumían aburrimiento e insomnio. Guarecidas en los portales o en las bocas del «metro», cigarreras y estraperlistas pregonaban cansinamente sus ofertas al paso de algún transeúnte: *Tengo tabaco. ¿Quiere pan de pueblo, tocino fresco, harina de almortas? Hay leche condensada.* Nos cruzamos con dos borrachos enlazados por los hombros que se detenían de vez en vez para berrear la misma cantinela:

*Rascayú,
cuando mueras, ¿qué harás tú?
Tú serás
un cadáver nada más.*

(¡Cuántas cosas estarán ocurriendo ahora en las innumerables habitaciones que hay en esta ciudad tan castigada por el hambre y el miedo! ¿Cuántas personas se habrán acostado esta noche sin cenar? ¿Cuántas otras no dispondrán siquiera de una mala colchoneta de borra donde tumbarse? Alguien estará naciendo, alguien se estará enfrentando con la muerte, alguien estará gozando, alguien estará sufriendo, todos a la vez, voces distintas, notas diferentes en la gran sinfonía nocturna de la ciudad).

Celia se me arrimó aún más, escalofriada.

—¿Sabes que tengo frío?

Yo también acusaba el frescor de la noche otoñal que descendía de la sierra en alentadas penetrantes. Estreché las manos de Celia y me sorprendió que la tuviese tan ardorosas.

—Menos mal que, como es domingo, habrá poca gente y no tendremos que esperar para que nos den la cama.

Le castañeteaban los dientes ligeramente al hablar. Llevaba puesto un vestidillo veraniego y se abrigaba apenas con un jersey liviano. El otoño es en Madrid cambiante y traidor. Tan pronto sofoca con aires del sur como traspasa de frío con sus vientos del norte. Mañana con sol primaveral y anocchece con escarchas invernales. Apretamos el paso.

—¿Está muy lejos? —pregunté.

—No, ahí mismo.

Era una calle angosta y oscura.

—Ya puedes llamar al sereno.

Di unas palmadas y el sereno, que rondaba muy cerca de allí, apareció en seguida, con su blusón abierto, mostrando las llaves

colgadas de su cincha de cuero y golpeando las piedras con su garrota herrada.

—¡Va!

Zaguán sombrío, escalera chirriante, luz roja, timbre, alcahueta.

—Pasen.

Me rasqué el bolsillo.

Al quedar encerrados en la habitación, Celia empezó inmediatamente a desnudarse. Tiraba las prendas sobre una butaca de ajada cretona y poco a poco fue cobrando su carne resplandores carmesíes a la luz de la tulipa encarnada que lucía sobre la mesita de noche. Era el suyo un cuerpo casi adolescente, delgado, terso, airoso.

—Anda, desnúdate y no te quedes ahí mirándome, que me da vergüenza. Date prisa —y, sin quitarse la última y definitiva prenda, se ocultó tras el biombo.

Yo seguí su consejo, desvistiéndome a zarpazos. Luego, la recibí en la cama con los brazos abiertos. Ella se agarró a mí.

—Acaríciame. Dame calor.

Tiritaba y, sin embargo, le ardía la piel. Yo, en cambio, tenía calor de sobra para los dos. Me sentía fuerte, pero procedí con mucho miramiento.

—Contigo me da vergüenza, ¿sabes?

Yo quise entonces saber la razón de tan extraños pudores, pero Celia no supo contestarme más que con vagas palabras. Al fin dijo:

—Es que tengo miedo de no gustarte, ¿comprendes? ¿Te gusto?

—Claro que me gustas, y mucho.

—Es que yo quisiera gustarte más que todas las mujeres que has conocido.

¿Por qué? ¿Por coquetería? A lo mejor temía que pudiera parecerme una desvergonzada o demasiado profesional, dadas sus circunstancias. Descarté, por supuesto, la idea de que empezase a enamorarse de mí. ¿Cómo podía enamorarse de mí si yo no tenía nada que darle ni que ofrecerle? Yo era un ser con las manos vacías...

Ella se me había enroscado y me salpicaba de besos rápidos y glotones. En una pausa, me susurró al oído:

—Lo que tenía que decirte es que si tú quisieras...

Pero no la dejé terminar. Yo estaba ya demasiado enardecido para oír más palabras y la arrastré conmigo, impetuosamente, irresistiblemente, hasta la cumbre jubilar del pasmo y la agonía.

En el descenso, ella prosiguió con voz fatigada:

—Pues sí, lo que iba a decirte es que, si túquieres, yo dejo esta vida ahora mismo y me pongo a servir. Ya he servido antes varias veces desde el final de la guerra, pero tuve que dejarlo siempre porque me hacían trabajar como a una negra y encima me mataban de hambre.

Sí, eran familias encopetadas, de gente bien, con dos o más muchachas de servicio. Los señores y los señoritos se daban la gran vida: vestidos, diversiones, comilonas, veraneos, juergas, de todo lo cual los servidores pagaban las consecuencias: más trabajo, más ajetreo, sin que participaran nunca, ni siquiera de rechazo, en tales despilfarros. Celia solía desempeñar el cargo de primera o de segunda doncella (*Celia, dame el albornoz. Celia, ayúdame a ponerme el vestido. Celia, ve... Celia, ven. Celia, lleva... Celia, trae... Ese polvo, Celia... Tienes que dejar la plata como un*

espejo, Celia). Y el baño, y servir la mesa, y abrir la puerta, y sonreír, y sí, señora; sí, señor; sí señorita; sí, señorito, y mándeme, y dígame, y repetir el señor no está en casa, la señora ha salido, la señorita está en misa, cuando el señor estaba en casa, la señora recibía masaje en su habitación y la señorita se encontraba en vaya usted a saber qué bar tomando el aperitivo con un amigo. Y, por si fuera poco, la comida buena, la que se sacaba a la mesa, sólo para los señores y, para el servicio, puré de San Antonio y chicharros o sopa de ajo y unas croquetas que la cocinera preparaba con las sobras del día anterior. La carne, el pescado, el azúcar, el café, el aceite y hasta el pan, bajo siete llaves.

—Yo me vengaba a veces escupiendo en las fuentes después de que las recogía en el «office». Una chiquillada, ¿verdad? Pues mis compañeras hacían aún cosas peores.

A las doce y media de la noche caía rendida en la cama y, dando las siete de la mañana, ya se ponía en pie y empezaba el trajín que no le permitía ningún sosiego hasta la hora de irse a dormir. Además, en una de esas casas era obligación de las chicas del servicio rezar el rosario en familia, *ellos, claro está, con la tripa llena y nosotras, con el estómago vacío*. Eran enchufados del régimen. Había que oírles hablar de los rojos, todos ladrones y criminales, bazofia, gentuza, peores que animales, y de negocios, de millones, de viajes, de coches de importación, de chanchullos, de comisiones, que si *el ministro me ha prometido*, que si *vamos a constituir una nueva sociedad para conseguir esa exclusiva e hincharnos*, que si *nos vamos a poner las botas con la reserva de azúcar*, que si *el mandamás está muy satisfecho con los resultados...* ¡Y cuántos regalos!

—Por Navidad o en los cumpleaños no saben dónde poner las

cestas con jamones, licores de todas clases, conservas y golosinas, a cuenta de los favores otorgados, y que luego venden al tendero de la casa o vuelven a enviar a qué sé yo quién, por los favores recibidos. Y, a nosotras, medias usadas y prendas interiores viejas, nunca vestidos, porque no estaría bien que una criada pueda parecer una señorita, no faltaba más, y cuatro perras a primeros de mes... Así hasta que me cansaba, pedía la cuenta y me iba a la calle en busca de lo que saliera, ¿comprendes?

Claro que comprendía. Era la vida aperreada de los inferiores, pertenecientes a otra casta, sobre cuyos sufrimientos y humillaciones se elevaban los otros, los nacidos para los altos fines de mandar, ordenar y gozar, por la gracia de Dios.

—Así que si tú quieres —siguió diciendo—, doy una buena propina en la agencia, la llevan monjas, ¿sabes?, y encuentro pronto una casa tranquila, sin tanto postín, aunque gane algo menos. No me importa perder un poco con tal de que pueda poner el giro todos los meses a mi madre. Además, en ese plan, la sisa compensa. Nos podríamos ver todos los jueves y domingos y ya me las arreglaría yo para que pudiéramos pasar alguna noche entera juntos, no te preocupes.

Era evidente que Celia buscaba en mí una ilusión para seguir viviendo. Y yo deseé entonces no haberla conocido, porque presentí que era un dolor más, el suyo, y una frustración más, la suya, con los que yo tendría que cargar a saber hasta cuándo. Una vez más me salía al paso el infortunio ajeno, como si yo estuviera condenado de por vida a compartir sólo la desgracia y el sufrimiento de los demás, a no salir del infierno, en resumidas cuentas. Me había tropezado antes con otras mujeres como Celia, pero siempre ocurrió en circunstancias en que yo podía darme a

chorros y comunicar alegría, juventud, amor despreocupado y hasta suerte. Eran los tiempos en que aún no habían hollado mi patria los jinetes del Apocalipsis y uno creía en el espíritu caballeresco de las revoluciones y de las guerras, y, aunque, por desgracia, la muerte alevosa empezara a sorprendernos con sus sucias faenas, el estruendo de la trompetería nos enajenaba y no nos permitía oír los crujidos premonitorios de la ruina ni ver la miserable realidad que nos amenazaba. Luego, con el silencio de las armas y la oscuridad de la derrota, llegó para nosotros el tiempo de la soledad, el abandono y la impotencia. El odio, la ira, la iniquidad y la venganza nos acorralaron, y ya no fuimos más que despojos. Solos, rehuidos, supervivientes casuales de la catástrofe, apenas si éramos algo más que unas sombras errantes, despojadas de todo derecho, sostenidas únicamente por la tremenda fuerza interior de la vida. Si yo necesitaba de todo mi carácter, de toda mi entereza y de los restos de fe en mí mismo para no dejarme arrastrar por la corriente, mal podía, en tales condiciones, servir de cirineo a Celia ni a nadie. Pero su actitud me conmovía. ¡Qué hubiera dado yo entonces por poder ofrecerle algo sólido a que asirse! Y, sin embargo, Celia era capaz aún de saltar a la orilla si encontrase una mano compasiva que tirase de ella.

Su cabeza descansaba sobre mi pecho.

—Somos dos náufragos —murmuré y la apreté más contra mí.

Ella empezó a gemir dulcemente, de puro gozo, y yo la besé. Nos besamos y nos besamos mutuamente en forma de delirio. La sangre batía mis sentidos como batén las olas los acantilados en día de galerna. En la densa oscuridad explotaban las estrellas y se sucedían los relámpagos. Luego, empecé a percibir en su pecho y

en su garganta un sordo ronroneo que yo atribuí a los hervores del placer que ella sentía, pero, cuando aplacada la excitación, me aparté un poco para poder retener por un instante, en mis ojos, la imagen de su desfallecimiento, quedé espantado. Vi que tenía la boca hinchada y que por entre sus labios fluían burbujas sanguinolentas.

Yo no sabía qué hacer, tan asustado estaba. Ella, más serena y más dueña de sí, me indicó con la mirada y con un gesto apremiante de la mano que le trajese una toalla, y obedecí mecánicamente, dando traspiés, completamente trastornado por el miedo.

—La toalla, la toalla, ¿dónde está? Ah, sí.

Al fin la hallé y se la di: *Toma, toma*, y Celia vertió en ella la bocanada de sangre que había estado conteniendo difícilmente hasta entonces. Yo la veía hacer en silencio, petrificado por el estupor. No obstante, mi mente empezó a cavilar, estimulada por el egoísmo y la cobardía. (*¿Y si se muere ahora?*) Me vi envuelto en una investigación policíaca que, dados mis antecedentes penales, me conduciría de nuevo a la prisión, y no por un delito político, sino por quién sabe qué relación con la muerte de una mujer en una casa de citas. Era necesario y urgente, pues, dar la alarma para que alguien pudiese testificar, llegado el caso, que se trataba de un accidente ajeno a mi voluntad.

—Voy a llamar para que venga un médico —dije en voz alta, pero Celia movió enérgicamente la cabeza en sentido negativo y me quedé inmóvil, aunque dentro de mí siguiera inquietándome la misma voz admonitoria.

Celia, después de limpiarse la boca, me instó por señas que la levantase un poco. Doblé la almohada y la coloqué bajo su cabeza.

Había palidecido hasta el punto de que su morenez se tornara olivácea. Le tomé el pulso y me pareció normal. Le acaricié la frente y las mejillas y advertí que estaba helada. Entonces, la abrigué con toda la ropa que hallé a mano: mi chaqueta y mis pantalones, su vestido y su chaquetilla de punto. Ella seguía con la mirada todos mis movimientos.

—¿Tienes frío, verdad? —le pregunté.

Me contestó con un leve gesto afirmativo y, comprendiendo, sin duda, mi perplejidad y mis dudas acerca de lo que debería hacer para aliviar su frío, me dijo como en un suspiro:

—Acuéstate a mi lado.

Me ceñí a ella por debajo de las ropas para transmitirle el calor de mis venas, pero sin oprimirla, por miedo a que su vida se quebrase entre mis manos. Y rogué, pedí a todos los dioses, no sé a qué dioses, dioses innominados y desconocidos, dioses remotos y crueles, que salvaran la vida de aquella muchacha, y ya no por mí, porque había perdido el miedo, sino por ella, porque la ternura desbordaba mi corazón y sentía el nudo de la congoja en mi pecho. No sé cuánto tiempo permanecí así. Era una situación tan irreal, tan alucinante, que ha dejado grandes claros en mi memoria. Mis recuerdos se reanudan cuando sentí que sus dedos revolvían mi cabello. Celia se había recobrado notablemente y, aunque tenía cercos oscuros en torno a los párpados, su rostro no aparecía con la palidez verdosa que lo empañara. Ni un rastro de sangre en sus labios, ni una mancha de sangre en la ropa.

—Tienes que ir a trabajar —dijo, con voz apagada. Recobré inmediatamente el conocimiento y la conciencia de la realidad.

—Ni hablar de eso —dije—. No puedo dejarte así. Pero ella insistió tercamente.

—No te preocupes por mí. Continuaré acostada hasta las diez o las once y, mientras tanto, pensaré cómo arreglármelas yo sola.

Me opuse una y otra vez, pero al fin me convenció:

—¿Ves? Ya no pasa nada. No es tan grave lo que tengo, como parece. Ahora, márchate a tu obligación. De todas maneras, tendrás pronto noticias mías.

No tuve más remedio que sobreponerme a mis escrúpulos y acceder a los deseos de Celia. Era temprano aún, la hora de los obreros madrugadores en camino hacia la fábrica, el taller, el tajo o el almacén. Los tranvías circulaban abarrotados. Las bocas del «metro» eran grandes turbinas que absorbían y expulsaban, a la vez, constantes oleadas de gente entumecida por el sueño. Yo opté por el «metro» que me llevaría hasta la estación de Manuel Becerra. Entré a empujones y tomé el vagón al asalto. La masa, silenciosa y malhumorada, se movía en bloque compacto, siguiendo un mismo impulso, sin protestas ni gritos, como un rebaño de ovejas. Dentro del vagón íbamos pegados unos a otros, boca contra nuca, pecho contra espalda, comprimidos casi hasta la asfixia. Lo único reconfortante en aquella situación de sardinas en lata era el calorcillo animal que nos envolvía. De cuando en cuando, los vaivenes del tren nos lanzaban de un lado a otro, con peligro de que reventaran las puertas o de que alguien pereciese aplastado. En estos momentos, se oían violentas imprecaciones contra la Compañía, contra los enchufados que estarían durmiendo tan ricamente en sus camas, y contra los responsables anónimos de la escasez de convoyes, de energía eléctrica y de tantas otras calamidades como tenían que soportar los paganos de siempre. Aunque, en prevención de posibles sospechas, los hombres viajábamos con las manos pegadas al pecho, no faltaban

voces de mujer denunciando a gritos el pellizqueo y el sobeo a que se veían sometidas, con la complicidad de las apreturas, por algunos desaprensivos viajeros. Por mi parte, no podía desasirme de los recuerdos de la noche ni dejar de pensar en la situación de Celia. Parecía haberse recobrado, pero... (*¿Estará herida de muerte? Y si es así, ¿qué puedo yo hacer por ella? Desde luego, no tiene salud para seguir la vida que lleva, pero tampoco para realizar un trabajo que exija esfuerzos físicos. Entonces, ¿qué hacer?, ¿cuál es el remedio?*) Una y otra vez, obsesivamente, comenzaba mi razonamiento y lo concluía con la misma pregunta, para la que no hallaba respuesta. Sin embargo, me consideraba comprometido, sin quererlo y sin saber por qué, en hallarla. Lo exigía la voz interior de mí conciencia. Era un callejón sin salida, sí, pero tal certeza no aliviaba mi aflicción y mi desasosiego. Fue aquél el peor de mis días desde que abandonara la cárcel. Hasta el señor Julio advirtió mi especial estado de ánimo. (*Le veo como ido. ¿Qué le pasa?*) Y tuve que inventar respuestas evasivas y esforzarme en disimular mejor mis preocupaciones. Al llegar la noche y no recibir noticias de Celia me tranquilizó un poco, porque deduje de ello que nada grave le habría ocurrido. En casa, mi cuñado se limitó a decirme:

—Conque de picos pardos, ¿eh? Es natural. Hasta que te cases y entonces... —y me guiñó un ojo.

Y ya no se habló más del asunto.

Dos días más tarde, recibí una carta de Celia: *Estoy en el Hospital del Rey, en la sala de T.P., y me encuentro casi bien del todo. Te espero el domingo, de 5 a 7*, decía entre otras cosas. La noticia me alivió mucho y acudí a la cita. Celia me aguardaba, impaciente, y, tan pronto me vio, vino a mí, me tomó de un brazo

y me llevó a pasear por el patio, una especie de descampado de tierra apisonada, donde se erguían algunos raquílicos árboles desnudos. Mi amiga había recobrado su aspecto normal, sin huellas apreciables de la crisis que padeciera aquella noche. Parecía muy animada y alegre, y observé que sus hermosos ojos resplandecían más que nunca al mirarme y hablarme:

—Estoy con los T.P., pero no te preocupes.

—¿Qué son los T.P.?

—Pues, hombre, T.P. quiere decir tuberculosis pulmonar. Pero yo no tengo bacilos, ¿comprendes? De verdad, no tengo bacilos — Me miraba intensamente—. No tengas miedo —insistió.

Necesitaba apremiantemente que yo creyera que su enfermedad no encerraba ningún peligro de contagio.

—Verás, es que a mí, cuando estoy débil, se me rompen algunas venillas en los pulmones y entonces me viene el vómito de sangre. Esto es todo. Puedes preguntárselo a la monja si quieres. Anda, vamos al pabellón a preguntárselo.

Me resistí y no volvimos al pabellón. Por el contrario, le pregunté:

—¿No hay por aquí ningún sitio donde podamos estar solos?

Corría un viento frío que había hecho retirarse a la mayoría de los enfermos y visitantes, por lo que quedábamos muy pocos paseando al aire libre.

—Ven.

Me llevó tras el muro de un pequeño edificio, al pie del cual se veía un banco solitario que quedaba al resguardo del viento.

—Aquí estaremos bien.

Nos sentamos y entonces la atraje hacia mí y, sin mediar una palabra, la besé sostenidamente en los labios, diciéndole después:

—¿Ves como no le tengo miedo a tu enfermedad?

Era la segunda hemoptisis que padecía y también la segunda vez que se internaba en el Hospital del Rey. Cuando le sorprendió el primer vómito de sangre se hallaba sirviendo en casa de un alto capitoste de los sindicatos y ocurrió de noche. Y fue su compañera de trabajo y de dormitorio, a quien, al día siguiente, le faltó tiempo para ir a contárselo a la dueña de la casa. Ésta llamó inmediatamente a Celia para hacerle saber que no podía continuar allí ni un día más, que cogiese sus cosas y se largara.

—¿Cómo se te ocurrió entrar a servir en las condiciones en que tú te encuentras? ¿No comprendes que puedes contagiar tu mal a toda una familia?

Celia se vio en la calle, enferma, sin tener a dónde recurrir y sin fuerzas para defenderse, y se echó a llorar.

—Yo no lo sabía, se lo juro, no lo sabía —creo que le dije, ahogada casi por la congoja. Entonces, la señora se compadeció de mí, se conoce, porque me dijo que esperara a que volviese el señor a mediodía para comer, pero a condición de que no tocase nada y de que me quedase aislada en mi habitación. Yo no hablé ni vi al señor, pero, poco después de la comida, la señora vino a verme y me dio una carta para que aquella misma tarde me presentara con ella al administrador de este hospital. Así lo hice y así fue como vine a parar aquí la primera vez. El otro día no me hizo falta más que hablar con el administrador para ser admitida nuevamente.

Su plan consistía en permanecer hospitalizada hasta que terminase el tratamiento de calcio y de vitaminas que le estaban aplicando, *quince o veinte días, pienso yo*, y, después, buscar una buena casa donde servir como doncella, según ya me tenía dicho.

Una buena casa cuyo trabajo fuera llevadero y no una de esas que, sí, *aparentan mucho, tienen mucha tontería y todo eso, pero donde te matan de hambre*.

—No es que aquí la comida sea mala —continuó diciéndome —, pero, como la guisan en grandes cantidades, resulta poco apetitosa. Pero yo procuro comerme todo lo que me dan, aunque me cueste trabajo. Con eso y con que estoy casi todo el día echada en la tumbona haciendo reposo, creo que me recuperaré del todo en muy poco tiempo, en dos o tres semanas, como ya te he dicho. Hasta puede que engorde. No te importará que me eche algún quilo encima, ¿eh? Te aseguro que con un par de ellos hasta te pareceré más joven. Seguro.

Le sugerí que se marchase a su pueblo. Allí, durante una temporada, con aires puros y comida sana, podría curarse definitivamente y volver a Madrid fresca y fragante como una fruta del campo, pero ella me replicó que ya había pensado en ello, pero que no podría hacerlo hasta que hubiese ahorrado un buen puñado de pesetas, con el fin de no ser una carga más para su madre.

—Madrigal es un pueblo mísero y mi madre se gana la vida lavando ropa y ayudando en la época de la siega y de las matanzas, y yo no puedo presentarme allí con los bolsillos vacíos y decirle que me mantenga como a una señorita durante un par de meses por lo menos. No. Conque tengo yo que mandarle todos los meses algún dinero para que pueda ir tirando... Además, allí hace ahora mucho frío. Tendría que ser en el verano, si para entonces tengo ahorradas unas perras.

Se había hecho de noche y estábamos completamente solos en el patio. Las palabras confiadas de Celia, que me descubrían su

intimidad sin tapujos, como si fuéramos unos viejos amantes sin secretos, habían logrado provocar en mí una honda turbación y sentimientos contradictorios. Por una parte, me consideraba afortunado por tenerla junto a mí, tan dócil y tan sumisamente sometida a mi voluntad. Pero, por otra parte, me sentía disgustado conmigo mismo y con ella, porque me veía empujado hacia una trampa. Celia se filtraba en mi vida subrepticiamente, aprovechándose quizá de mi debilidad compasiva y de mi hambre de mujer. Así, cuando ella me abrazó para murmurarme al oído: *Me parece que te voy a querer más que a nadie en el mundo*, reaccioné como si me hubieran pinchado:

—No. Ahora, no —y me puse en pie.

Ella se me quedó mirando con tal aire de desconsuelo y de temor que me sentí avergonzado.

—¿Qué te pasa, Federico? ¿Te he molestado? Yo creía que... —murmuró.

Y me dio también tanta lástima que olvidé instantáneamente mis temores, me acerqué a ella y, tomando su cara entre mis manos, le mentí:

—Es que de repente me entró miedo de que alguien nos sorprendiera abrazados. Por ti, naturalmente; no por mí.

Creo que la convencí, porque se levantó y cogiéndose a mi brazo, me dijo:

—Tienes razón. Nos hubiéramos cegado y... luego, yo no habría podido dormir. Además, puede que ya me esté echando de menos la monja.

Volvimos al pabellón, completamente serenos ya. Allí nos recibió el flato del hospital, una penetrante y agria emanación que se desprendía de las paredes, los muebles y las ropas, a vísceras

enfermas, a residuos putrefactos y a medicinas, que corrompía el aire. Flato más desagradable aún que el que se respira en cuarteles y cárceles, quizá porque es el aliento de la muerte que espera.

—Casi todos los días muere alguien aquí —me susurró al oído Celia—. Esta misma mañana amaneció muerta una chica de mi sala. Se fue sin que nadie se diese cuenta, ahogada por una hemoptisis.

Todos aquellos seres depauperados eran los despojos que arrojaba al remanso del hospital la resaca del hambre y de la miseria. Eran pobres enfermos pobres, con los pulmones destrozados y con la sangre envenenada. El hospital hacía, pues, las veces de gran cloaca por donde desaparecían definitivamente, sin ruido, como en un escamoteo de prestidigitador, los desperdicios humanos que la sociedad tritura y expreme. (*Ellos son el orujo de la gran molienda*). Llegaban, en su mayoría, condenados ya irremisiblemente, marcados con el hierro de la muerte, igual que reses de matadero, y eran muy pocos los que lograban salir de allí con vida, sólo aquellos a quienes el bacilo siniestro no había atacado aún, en espera de que la propia debilidad del organismo abriese una brecha en sus defensas. Era un espectáculo sombrío que me inspiraba pensamientos aterradores.

Nos habíamos apartado a un rincón, pero ya casi no hablamos. Una monja que circulaba por entre los grupos, saludando aquí y allá, se acercó a nosotros.

—Hermana —le dijo Celia—, le presento a un amigo.

La monja, ni guapa ni fea, y más joven que vieja, me miró atentamente, de arriba abajo, y luego sonrió.

—¿Amigo o novio? —preguntó en voz baja.

—Que lo diga él —respondió Celia.

Entonces, la monja clavó sus ojos descaradamente en los míos.

—Y usted, ¿qué dice?

—Que sí, hermana, que Celia es mi novia —respondí.

—Vaya, pues tiene suerte, joven. Celia es muy buena chica y no tiene nada grave. Sólo necesita muchos cuidados; vamos, llevar una vida tranquila, ¿me comprende?

La monja sonrió de nuevo y nos dejó solos. Entonces, Celia me apretó el brazo y oí que me decía, muy contenta:

—Gracias por haber dicho que eres mi novio. Así, la monja se ha quedado más tranquila y yo, más feliz.

¿Qué otra cosa podía haber dicho en el aprieto en que me colocaron las dos mujeres? Ciertamente, no era más que un juego de palabras y, sin embargo, promovía otra vez dentro de mí la perplejidad y el desasosiego. Y el disgusto conmigo mismo. Allí estaba la trampa, la trampa. Yo no caería en ella, no. ¿Y si no volviese más a ver a Celia? Lo intentaría. Debía intentarlo. Pero acudí todos los domingos a su cita en el hospital.

*

El invierno se adelantó en el calendario. El invierno, con sus largas noches serenas y frías y sus breves días ateridos. Mañanas, a veces, con sol reverberante en la escarcha, y atardeceres lívidos con remolinos de viento helado en las esquinas o con chubascos de agua-nieve azotando los cristales. A mí me cogió desprovisto de ropa y tuve que comprar una gabardina a plazos, prenda que, en

realidad, no abrigaba mucho, pero cubría, al menos, las apariencias. Fue un consejo de mi hermana:

—Es lo que usa Fernando también. Te evitará mojarte cuando llueva y, si hace mucho frío, pues te abrigas bien por dentro y en paz.

En definitiva, no valía para nada y constituía la prenda comodín para los que no podíamos comprarnos un gabán y un impermeable por separado. Ambas cosas a medias y sin ser ninguna de ellas enteramente, servía para «ir tirando» con decoro. Era el símbolo de una época en que vivir era «ir tirando». (*¿Qué, cómo te va? ¡Psché!, tirando, chico*).

Yo seguía en la obra de Ventas, redactando los partes de trabajo, componiendo el fichero dos veces al día, preparando las nóminas y ganando un jornal de dieciocho pesetas con setenta y cinco céntimos. Los obreros, por su parte, trajinaban liados en trapos: bufandas, chalecos, chaquetones y gabanes, viejos y desgarrados. En la altura de los andamios corría siempre un fino viento guadarrameño que acuchillaba las carnes. Las manos de aquellos hombres, constantemente mojadas en las manipulaciones del yeso y del cemento, se entumecían y se cubrían de llagas purulentas. Para defenderse del frío, encendían fogatas, junto a las que se calentaban intermitentemente, provocando de esa manera la afluencia de sangre a las extremidades congeladas. Sólo los cavadores, sometidos a ejercicio tan violento, seguían sudando, pese a las escarchas y a las gélidas nieblas matutinas. El aire les secaba el sudor de las frentes mientras que los organismos, oxigenados por el fuelle de los pulmones, continuaban quemándose como braseros. Detenerse era congelarse. Por eso, los cavadores de zanjas hacían

pocos altos en su tarea.

Entre los cavadores descollaba, como siempre, Juan el Jaro, más alto y musculoso que los demás, insensible a los rigores del clima como campesino habituado a las inclemencias del tiempo. Él había nacido en un campo de la Mancha, sin árboles y sin ríos, y su cuerpo se había forjado, como los buenos aceros, en el contraste extremado del frío y del calor, que así son de excesivos en su tierra los veranos calcinantes y los inviernos heladores.

Yo pasaba casi todo el tiempo de la jornada en la oficinilla, donde daba calor una pequeña estufa alimentada con tarugos de madera. Los largos ratos en que no tenía nada que hacer me entretenía contemplando el ir y venir de los trabajadores, a través de los vidrios de la puerta. Me retenía dentro la atmósfera tibia de la chabola, pero no fue precisamente la intemperancia del tiempo lo que me hizo suspender mis habituales paseos por los tajos en que enhebraba breves paliques con albañiles y peones, sino un voluntario retraimiento por mi parte. Yo ya no veía a aquellos hombres con la fraterna y despreocupada alegría de los primeros tiempos. Entre ellos y yo se había interpuesto un velo de suspicacias y temores que me inhibía. Primeramente, fueron las advertencias y recomendaciones del Jaro: *Tendría que estar usted cavando como ellos para merecer su confianza*. Después, la amonestación del señor Julio a los pocos días del incidente con el Jaro. El señor Julio me llamó la atención discreta y respetuosamente por no haber desquitado del jornal de aquel obrero el importe de las horas no trabajadas.

—Yo sé que usted obró así porque el Jaro se lo merece. Había faltado unas horas, es verdad, pero se puede decir que, en las que trabajó, su rendimiento fue casi el doble que en las trabajadas por

otros muchos. De acuerdo. Así lo dije en la oficina principal y que si no se le descontó nada al Jaro fue por orden mía. Como ve, me eché la culpa y por eso no pasó nada. Pero no lo repita. Aquí hay gente que no es de fiar y que es capaz de saltarse un ojo por ver ciego a un compañero. Ya le digo que a mí, personalmente, me parece muy bien lo que usted hizo por su cuenta, pero si, ocurriera otra vez, estaríamos expuestos a tener un disgusto y me sabría muy mal que usted fuera el pagano.

Por último, al salir un día de la obra me encontré con un grupo de trabajadores que se hallaba a la puerta de una taberna próxima. Les saludé amigablemente, pero, entonces, uno de ellos me convidó a echar un trago. Yo no tolero las bebidas alcohólicas, ni siquiera el vino, si no es durante o inmediatamente después de las comidas, y rehusé la invitación con las mejores palabras. El otro insistió pegajosamente y hube de cortar el forcejeo dándole unas cordiales palmadas en el hombro y despidiéndome del grupo antes de seguir mi camino. Y, apenas anduve unos pasos, oí que decían a mi espalda:

—Ya te dije que darías en hueso. ¿No ves que es el escribiente, coño?

—¿Y qué? Una mierda como nosotros, eso es lo que es.

Estuve tentado de volverme, pero preví que réplicas y contrarréplicas sólo servirían para agriar más la cuestión y opté por proseguir mi marcha como si no hubiera oído nada. Pero, en adelante, reduje al mínimo mis relaciones con el personal, a sabiendas, no obstante, de que tenía una gran parte de él a mi favor.

Solamente con el Jaro hice una excepción, pero fuera de la obra. Muchas tardes, como aquella primera, las pasé en su casa,

contando a Fuensanta fantásticas historias y aventuras de amor y de guerra mientras Juan hacía las labores de la casa, con mi colaboración, a veces. Entonces, junto al lecho de la enferma y sentado en cuclillas sobre un taburete, yo descortezaba y partía las patatas al tiempo de ir relatando famosos hechos, verídicos o imaginarios, que ella escuchaba absorta. Fuensanta tenía una sensibilidad y una imaginación infantiles. Le gustaban las luchas de buenos y malos si, al fin, vencían aquellos, y los relatos de amor siempre que terminaran en boda.

—¡Pero qué malo es ese hombre! —solía interrumpirme, sin poder contenerse, o exclamaba, cuando los protagonistas vivían un mal momento—: ¡Pobrecitos míos!

Y, a veces, lloraba enterneceda.

Me aguardaba siempre con verdadera ansiedad.

—La pobre no me dice nada, pero yo veo que sufre mucho. Como pasa todo el día sola, sin poder moverse, quieta en la cama, está deseando ver a alguien, hablar con alguien. Antes era ella la que me contaba a mí las fábulas que urdía, pero desde que se ha acostumbrado a que sea usted quien se las cuente a ella, y tan bonitas y entretenidas por cierto, Fuensanta no encuentra consuelo cuando usted no va. Yo bien quisiera darle gusto, pero no tengo pico ni sabiduría para ello. Si al menos pudiera comprarle una radio...

Así, cuando Juan le gritaba desde el rellano de la escalera: *¡Voy, paloma! Te traigo a don Federico*, ella palmoteaba de alegría.

Y no pude convencerla de que me apeara el tratamiento.

—Huy, ni hablar. Eso sí que no —protestaba ella—. Un hombre que sabe lo que usted sabe, tiene bien merecido el don.

—¿Y si me enfado? —amenazaba yo.

—¡Quite allá, don Federico! Usted no es capaz de enfadarse conmigo por tan poca cosa.

Me contó que en su pueblo había un veterinario, antiguo herrador, que había logrado el título por no se sabe qué extraños procedimientos. El hombre no sabía más que herrar, pero estaba tan orgulloso de su carrera que exigía el tratamiento de don a cada paso.

—Fíjese que cuando le llevaban un animal para que lo herrara su dueño tenía que gritarle: *Quieta, Tunera, que te va a poner herraduras nuevas don Narciso*, porque si no, don Narciso decía que era una falta de respeto y se negaba a hacer su trabajo. Pues si el herrador de mi pueblo tenía derecho al don, usted se merece el de excelencia.

En ocasiones, como yo me enardeciera y narrara accionando y dando a mi voz el tono propio de cada escena y aun el de los diversos personajes, el propio Juan se asomaba al dormitorio, intrigado por aquellas voces *que parecían de verdad*, con la escoba o con una sartén en las manos. Y se quedaba después embebido en el relato hasta su final y ajeno a cuanto de rodeaba.

—Parece talmente, ¿eh? —decía luego a su mujer—, como si lo estuviera viendo y viviendo.

Se me ocurrió preguntarles entonces si habían estado en un teatro alguna vez.

—Yo, nunca —contestó rápidamente Fuensanta—. Lo único que he visto han sido las funciones que daban las farándulas que pasaban por el pueblo. Y eso, antes de ser novia de Juan, porque, después, ni eso.

—¿Y por qué no después de ser novios?

—Juan lo sabrá.

—Cosas de la poca experiencia —dijo el Jaro—. Uno pensaba entonces que las mujeres se encalabrinan con las palabras melosas de los faranduleros y que luego no gustan de las que pueda decir el novio o el marido.

—Qué atraso, ¿verdad, don Federico? Pero diga usted que era por celos. ¡Como si una fuera a enamorarse así, de golpe, de un trotamundos como aquellos! De sobra sabe una que todo lo que llevan es postizo: las barbas, los ropajes, las espadas y todo eso. Si hasta lo que dicen no es de su caletre, sino aprendido, hombre —y movía la cabeza compasivamente por la testarudez y la ceguera de los hombres como su Juan.

Pero no todos los días me encontraba yo con la dosis de humor suficiente como para ir a contarle historias a Fuensanta. Por otro lado, las tardes, después del trabajo, me resultaban insufriblemente aburridas. Eran horas vanas. No podía ir a un cine ni entrar en un café por falta de dinero y carecía de lecturas por la misma razón. Tampoco me era posible reunirme con algunos amigos para hablar de cosas interesantes y evadirme de la rutina oficinesca, porque el que más y el que menos andaba aperreado hasta última hora en sus múltiples empleos, y en mi casa me encontraría con las escenas y conversaciones familiares de siempre. Tan sólo los lunes acudía a la tertulia del bar «Casa Felipe» para cambiar impresiones con el grupo de Jaime, y siempre a instancias de él, que se presentaba a recogerme puntualmente a la salida del trabajo, aunque yo sintiera cada día menos entusiasmo por las inacabables e inútiles discusiones, siempre sobre los mismos temas, con que allí matábamos el tiempo.

De todos aquellos comentulios, el que más me interesaba era Ramón, el asturiano, tipo de hombre resuelto y nada proclive a las abstracciones ni a los vanos discursos. Los demás pertenecían a la clase de los discutidores empecinados, llenos de buenos propósitos, pero incapaces de realizar algo positivo. No eran aptos para dirigir, pero por nada del mundo se hubieran dejado llevar tampoco por nadie. Habían cristalizado ya en una postura y resultaba vano todo esfuerzo de cambiar su manera de ser. Así como a Arquímedes le mataron los romanos mientras, ignorante de cuanto sucedía a su alrededor, trazaba figuras geométricas sobre la arena, los acontecimientos, fuesen cuales fuesen, sorprenderían a los amigos de Jaime discutiendo en torno a una mesa de café. Yo ya había llamado la atención de Jaime sobre la condición absolutamente inoperante de aquellos sujetos.

—No hay nada que hacer, Jaime. Con ellos no hay nada que hacer.

Jaime guardaba silencio, un silencio hosco y concentrado, y yo no comprendía cómo aquel militante, todo él energía y acción, podía acompañarse a la mentalidad discursiva y bizantina de los demás.

—¿Cómo es posible que te entiendas con ellos, Jaime? ¿Qué esperas sacar en limpio de todas esas reuniones? —le pregunté un día.

Entonces, con el ceño fruncido, contestó:

—¿Y qué quieres que haga? No hay más que eso: o lo tomas o lo dejas.

—Pues déjalos —me permití aconsejarle.

Acusó mis palabras como si hubiera recibido un golpe, y me miró como si quisiera atravesarme con sus ojos incandescentes

igual que ascuas.

—Y mi vida, ¿qué, Federico?

—No creo que tú los necesites para vivir.

—Pero, ¿no ves que mi vida es la revolución? He quemado mis naves y ya no me queda más remedio que seguir sin mirar atrás ni a los lados, o morir.

No quise violentarle más, impresionado por la actitud y la expresión fanática de aquel hombre. Jaime era como una flecha lanzada al aire, en dirección a un punto del espacio ignorado por él e inexistente para mí. ¿Cómo hacerle entender, en su estado de ánimo, que la revolución no es cosa de un día ni tiene prisa, y que para cruzar sus revueltas aguas constituye un acto temerario embarcarse en cualquier falucho desarbolado, sin Piloto de altura y sin marineros duchos en la maniobra y que, por lo tanto, es mejor esperar al navío fuerte, al piloto seguro y a los marineros experimentados? Jaime era de los hombres que no saben esperar y que, en su impaciencia, sólo siguen el impulso de su voluntad frenética sin detenerse a adecuar los medios al fin.

Así las cosas, me decidí a alquilar un par de novelitas de quiosco, pero, cuando mostré a Fuensanta los libritos y yo esperaba oír en pago una de sus alegres exclamaciones, vi con asombro que se ensombrecía su expresión.

—Gracias, muchas gracias, pero yo no sé leer —me dijo, bajando la cabeza.

Estaba avergonzada. ¿Por qué no había previsto yo aquella eventualidad? Era mía toda la culpa y, por eso, traté de consolarla.

—¿No le gustaría aprender a leer, Fuensanta?

La mirada de la enferma pasó de la incredulidad al asombro y del asombro al entusiasmo.

—¿De veras? ¿Me lo dice de veras, don Federico?

—Pues claro que de veras.

—¡Pero si es lo que más he deseado en mi vida después de Juan! Conozco las letras y junto algunas, pero no me entero de nada.

Desde aquel día me obligué a enseñar a leer a Fuensanta, que aprendía con avidez, haciendo progresos sorprendentes, sólo posibles en un enfermo condenado a inmovilidad perpetua.

—Así, luego podré yo enseñarle a Juan.

IX

Inesperadamente, una tarde, que no era de lunes, me encontré con Jaime a la salida de la obra. Me estaba esperando y, al verle, sospeché que algo excepcional ocurría o tenía que comunicarme. Efectivamente, apenas nos saludamos, me dijo:

—Esta noche tenemos reunión en el garaje. Por fin, nuestro grupo va a tomar decisiones importantes. Supongo que no faltarás.

Yo me encogí de hombros. No me emocionaba ni me alteraba una noticia que, de no conocer su procedencia, me hubiera excitado profundamente. Yo seguía sin creer que aquellos compañeros pudiesen decidirse a realizar algo verdaderamente importante. Mi amigo debió leer mi pensamiento, porque, sin esperar a que yo me manifestara, añadió:

—Te aseguro que esta vez va en serio, Federico. Ramón y Carlos han conseguido convencer a los demás de que se dejen de charlas de café y de que pongan mano a la obra.

—¿Y qué es lo que proyectan? —le pregunté.

—No lo he preguntado. Me han avisado por teléfono y nada más. Creo que no perderemos nada con ir, Federico.

—Está bien. Iré. Pero desde ahora te digo que será una de tantas reuniones más, sin consecuencias.

—Puede que no, hombre. No seas tan pesimista.

—¡Ojalá!

—Ya lo sabes: a ti te toca estar a las diez en punto en el garaje.

—Allí estaré, no te preocupes, Jaime.

En ese momento pasó junto a nosotros un grupo de jóvenes. Jaime se les quedó mirando con aire desafiante y exclamó:

—¡Me dan asco!

—¿Quiénes? —le pregunté, un tanto sorprendido por tan brusca reacción.

—Esos tipos. ¿Qué crees tú que son?

—Hombre, no sé a dónde quieres ir a parar.

—Son obreros, Federico, son obreros, aunque no lo parezcan.

Y no chupatintas u horteras, no. Seguramente, mecánicos o ebanistas, qué sé yo. Da igual. En el fondo, señoritos, aprendices de señoritos. Imitan los gestos, las ropas y el peinado de los burgueses, y tienen a mucha honra ser confundidos con ellos. No les hables de estudiar, de superarse, de cultivar sus facultades para ser hombres completos y operarios de alta calidad, qué disparate. Se conforman con las rutinas que aprendieron en el taller, con una chaqueta con rajitas a los lados y una corbata de colorines para los días de fiesta.

Jaime echaba lumbre por los ojos. ¡De qué buena gana se hubiera liado a mamporros con aquellos tipos! Ya lo creo que sí. Pero en vez de entrar en acción, como era de temer en él, se desahogó, contra su costumbre, con palabras, hablando y hablando con furiosa elocuencia. Según él, los jóvenes obreros madrileños del día no sabían ser tales. Desgraciadamente, seguían siendo víctimas del apesento casticismo literario de zarzuelas y sainetes, y persistían en su condición de tipos verbeneros,

obrerillos bailarines, sin educación cívica ni social alguna. No tenían más aspiraciones liberadoras que la lotería o la quiniela de fútbol. No se preocupaban de su formación profesional. Trabajaban por accidente, sin amor a su oficio, soñando siempre con algún truco que les redimiera del taller a donde habían ido a parar por una jugarreta del destino. ¿Conciencia de clase, de su valía, de su importancia, de su fuerza? Ni idea de todo ello. (*¿Tú crees, Federico, que se han sentido alguna vez forjadores de un mundo nuevo? Pues te engañas*). Para valorar el destino común se necesita, ante todo, saber valorar el propio. ¿Y qué se podía esperar de unos obreros como aquellos jóvenes que pensarían que el suyo era un destino frustrado puesto que nacieron para ser señoritos? ¿Qué se podía esperar de un tipo que se siente satisfecho cuando un domingo se ve con sus zapatos de ante, calcetines amarillos, gabardina «comando» y camisa de cuello «clipper»? (*JCu-rru-ta-cos!*!).

Y escupió. Aquel insulto final fue en sus labios como una ráfaga de ametralladora.

—¿Y qué me dices —continuó— de su estúpida y abochornante pasión por el fútbol? No piensan más que en el fútbol ni discuten entre sí de otra cosa. Una victoria de su equipo favorito la interpretan como un éxito personal y, una derrota, como una desgracia familiar. Los lunes, por ejemplo, no se oye hablar, donde quiera que vayas, más que de los resultados de los partidos jugados el domingo. Por eso precisamente acordamos reunirnos los lunes en «Casa Felipe». Ya puedes decir y comentar a gritos lo que quieras, porque, si no es de fútbol, no le importa a nadie. Ya lo has visto. Muchas veces levantamos la voz y decimos cosas que podrían costarnos muy caras si hubiera algún chivato o

algún miedoso por allí. Pero no hay por qué preocuparse. Los parroquianos del bar ese día no tienen ojos y oídos más que para el aparato de radio. Yo creo que ni siquiera se enteran de que estamos nosotros.

Mi amigo desorbitaba el problema haciendo recaer sobre unos inconscientes el anatema que merece, en realidad, no una sola clase, sino todas las clases, un pueblo entero. Repliqué a mi amigo diciéndole que el señoritismo es un mal que aqueja a todos los españoles y que los obreros, como tales, no han podido evitarlo. ¿Qué son, en general, nuestros ingenieros y nuestros empresarios? Pues unos señoritos de cuello duro que miran por encima del hombro a los ingenieros de otros países, manchados de grasa, o a los hombres de negocios, sean americanos o no, que aparecen descorbataados y con los zapatos sin lustrar. Pesan todavía sobre nosotros, sobre todos nosotros, los prejuicios de nuestros antepasados, que consideraban que el trabajo era un vilipendio. (*¿Fulano, dices? Ah, sí. ¡Bah! Es un mercachifle. Es un traficante. Tiene que trabajar. ¡Trabaja!*) Así calificaban a un comerciante, a un industrial o a un hombre de empresa. La suprema distinción social consistía en vivir sin trabajar, *sin dar golpe, vamos*, de rentas, y la importancia de un hombre se medía por ellas. En resumen, era la tradición de nuestros hidalgos del siglo XVII, pobres como ratas, pero altivos como reyes. Por desidia y pereza, aquellos señoritos de entonces abandonaban sus heredades y dejaban que la hiedra carcomiese sus lóbregas casonas. Y luego tenían que vivir a expensas de las argucias y pillerías de un único criado robapollos. Y, por si fuera poco la influencia de esa nefasta filosofía, se nos ha impuesto el fascismo, que conlleva la trasnochada exaltación de los falsos valores que

consumaron la ruina de nuestra patria y que es la quintaesencia de lo que nosotros hemos llamado siempre cursilería. (*Hasta nosotros, que estamos en contra del fascismo, somos también, en el fondo, unos revolucionarios bastante cursis y señoritiles, Jaime. ¿No lo crees tú así?*) Pues entonces, ¿cómo condenar a los menos preparados culturalmente por un vicio del que no están exentas las clases y los estratos sociales de más elevada formación? Por supuesto, debemos luchar inexorablemente contra ese vicio comunitario, pero hemos de aceptar, entre tanto, a la gente tal como es, si queremos edificar algo nuevo con ella.

—Y en cuanto al fútbol —añadí—, no olvides que es una especie de tóxico que el franquismo suministra en grandes cantidades al pueblo a fin de desviar su atención de sus propios problemas a un juego que le purgue de sus accesos de rabia, de malhumor y de rebeldía. Entre el miedo, por un lado, y el fútbol, por otro, la dictadura ha conseguido hasta ahora mantener sujeto al pueblo, no domesticarlo, eso, no, pero sí tenerlo sometido a su poder con la brida, la fusta y el juego.

Jaime se revolvía nerviosamente mientras yo hablaba. Al fin, medio convencido, dijo:

—Sí, a mí me costó un gran esfuerzo, lo confieso, arrojar en la marcha el peso de esa tradición, pero lo logré, creo yo.

—Y yo, y otros, y muchos, hemos procurado hacer lo mismo, aunque ello no quiera decir que lo hayamos logrado.

Se nos agotó el tema y nos callamos, y después de andar en silencio unos minutos, nos despedimos.

—Ya sabes: a las diez en punto.

—De acuerdo.

—Y ojo, ¿eh?

—Descuida.

Yo llegué puntualmente a la cita. Me habían precedido Ramón e Ibáñez, y, luego, con intervalos de cinco minutos, fueron apareciendo los demás, hasta completar el número de ocho hombres. Nos recluimos en un pequeño cuartucho, al fondo de la nave que servía de garaje. Ni las luces ni nuestras voces podían ser percibidas u oídas desde el exterior. Uno de los asistentes era el mismo guarda nocturno del edificio.

Se habló poco hasta estar todos reunidos. Entonces, Ibáñez expuso el objeto de la asamblea con su habitual estilo ampuloso.

—Os hemos convocado —empezó diciendo— porque algunos compañeros estiman que ha llegado el momento de estar a la altura de las circunstancias. ¿No es así, Ramón?

—Por supuesto. Hay que estar a la altura de las circunstancias —contestó el aludido.

Y otras voces corroboraron:

—Sí, hay que estar a la altura de las circunstancias. Es cierto.

—Ya era hora de que nos pusiéramos a la altura de las circunstancias.

—Claro que sí.

—Naturalmente.

—Pues bien —continuó diciendo Ibáñez—, hemos creído, y esta es una propuesta de Jordán, que el primer paso en ese sentido debe ser la creación de un periódico que dé a conocer nuestros puntos de vista a la opinión antifranquista y que nos valga como instrumento de penetración y de proselitismo. Necesitamos que se nos conozca y no se nos confunda con nadie. Unos nos creen monstruos, con el cuchillo entre los clientes, mientras que otros piensan que somos unos habladores incapaces

de hacer nada práctico. Ni lo uno ni lo otro, compañeros. ¡Y vamos a demostrarlo!

Contábamos sólo ocho hombres. No obstante, nuestra procedencia ideológica era tan diversa que representábamos allí todas las tendencias que lucharon, más o menos conjuntadas, mejor o peor avenidas, más peor que mejor, contra el fascismo. Nos unía el hecho de que ninguno de nosotros estuviera conforme con el proceder, por separado, de las organizaciones o partidos en que originariamente habíamos militado. Después del estrepitoso fracaso de la llamada Unión Nacional y del desastroso fin de las guerrillas, y, por último, de las desavenencias surgidas con los monárquicos de don Juan de Borbón, por las vacilaciones de éste y de sus seguidores, las fuerzas políticas de la oposición al régimen franquista se habían dividido, subdividido, pulverizado en suma, perseguidas, arrinconadas, diezmadas y represaliadas por un omnipotente y omnipresente aparato represivo, alimentado por la soplonería y por las confesiones arrancadas mediante toda clase de violencias y torturas. Las prisiones empezaban a poblarse otra vez con presos políticos de todas las procedencias, bajo acusaciones de actividad ilegal clandestina, de pertenecer a comités, a células y alianzas, de ser enlaces, correos o activistas, y los consejos de guerra funcionaban a pleno rendimiento, sin descanso y sin fatiga, aplicando con todo rigor las penas que las leyes, los decretos o las disposiciones de emergencia tarifaban en cada caso. Vivíamos entonces una fase de guerra civil subterránea, más sórdida, cruel y despiadada que la que libráramos anteriormente en campo abierto. No se oía ni un grito ni un disparo. Un silencio macizo y la más densa oscuridad caían desde lo alto, desde el poder, sobre los hechos y sus consecuencias. La

Prensa callaba. La Universidad callaba. Los pretorianos callaban. El extranjero callaba o no se oía. España era un gran sepulcro donde únicamente resonaban los vítores de los vencedores, sus desafíos, sus mentiras, su retórica delirante y sus histéricos pregones de grandezas y victorias. Tan sólo los familiares de los victimados recibían las noticias siniestras, pero tenían que callarse y disimular, aunque el horror les llenara la boca. Era un momento histórico sumamente grave para nosotros, y nosotros éramos conscientes de ello.

Ibáñez siguió en el uso de la palabra durante un largo rato todavía, exponiendo las gestiones previas que se habían llevado a cabo en orden al propósito que nos convocababa. Carlos, por ejemplo, había resuelto el problema económico de los primeros números con una generosa aportación en metálico, y se disponía de una imprenta que se prestaba a editarlo. La única cuestión pendiente, y que tenía que ser resuelta aquella noche, era la distribución.

—Yo me encargo del norte —dijo Ramón.

—Ya nos lo suponíamos —apostilló, sonriendo afablemente, el ciceroniano Ibáñez.

—Y yo organizaré los grupos de reparto en Madrid —dijo Jaime.

También estaba previsto. Salvo Ibáñez y Jordán, que se reservaban todo lo concerniente a la composición y tirada del periódico, los demás asistentes fueron designados por orden sucesivo para encargarse de la distribución en distintas zonas o regiones. Todavía no se me había aludido a mí para nada, cuando alguien advirtió:

—Falta el enlace con el sur.

—Tengo un compañero ferroviario en Alcázar de San Juan —dijo entonces Ibáñez, y añadió—: Creo que nadie mejor que él puede colaborar en el envío de los paquetes por las rutas de Andalucía y Levante. Y he pensado que el compañero Olivares podría visitarle en mi nombre. Estoy seguro de que ese amigo no nos negará su apoyo. ¿Qué te parece, Federico?

—Por supuesto que acepto —contesté sin vacilar—. Pero ahora es conveniente saber qué es lo que vamos a decir en esa hoja. Creo que es lo primero que debemos aclarar y dejar bien sentado.

—Hombre, eso es fácil de suponer —e Ibáñez se esponjó de suficiencia—. En el primer número haremos una llamada previa a la concordia y a la unión de todos los antifascistas, y luego seguirá una especie de manifiesto en que queden bien claros nuestros puntos de vista tácticos. ¿No os parece bien, compañeros?

La respuesta fue un asentimiento general. ¿Qué otra cosa podía hacerse, si no? Se trataba de un ritualismo indispensable. Así se empiezan siempre estas cosas, poco más o menos, y no existía ninguna razón especial para proceder de otra manera.

Intervino Carlos para proponer.

—Y unas cuantas consignas claras, rotundas, que se metan por los ojos y los oídos y se queden clavadas en el cerebro, como, por ejemplo...

—Sí, sí, entendido, Carlos, entendido —y, al interrumpirle, Ibáñez nos miró como para cerciorarse de que interpretaba fielmente nuestra impaciencia unánime ante tan innecesarias sugerencias.

—Es que yo creo que la literatura no vale para nada, Ibáñez. No hay nadie que se lea los panfletos si son muy largos y

apelazados. Hay que dar las ideas en forma muy concentrada, en píldoras.

—De acuerdo, Carlos, de acuerdo en que la gente es perezosa, pero no debemos olvidar, y este es mi criterio, que es necesario, ante todo, dejar claramente expuesta la postura ideológica del grupo. A veces, compañero Carlos, no está de más un poco de literatura.

¿Qué postura ideológica? ¿Acaso pretendíamos descubrir el Mediterráneo una vez más? ¡Siempre las ideas consabidas, las filosofías manoseadas, las mismas promesas programáticas! No me gustaba nada ese plan. Y de hacer, ¿qué?

—¿Quién va a escribir el periódico? —pregunté.

—Todos podremos colaborar en sus páginas —contestó Ibáñez—. Por de pronto, ya tenemos pergeñado el manifiesto. Lo ha escrito Jordán. Tú, si quisieras, podrías escribir el llamamiento a la unidad.

—Aquí tengo unas cuartillas —terció el experiodista Jordán—. Os las puedo leer ahora mismo si queréis, aunque pienso retocarlas un poco todavía.

—No leas ahora nada de eso —le interrumpió Duarte, el abogado—. Déjalo para cuando lo tengas listo del todo.

—Quedamos, Federico —insistió Ibáñez—, en que tú te encargas de escribir el llamamiento a la unidad?

Me encogí de hombros. Me resignaba aunque no sentía ningún entusiasmo por la idea.

—No creo que sea yo el más indicado para ello —dije, no obstante.

—Pues yo creo que tú lo harás muy bien —remachó Jordán.

—Me parece a mí —seguí diciendo— que no se trata de

redactar un documento brillante, sino de decir sólo lo justo y de la manera más sencilla. En todo caso, pienso que ese llamamiento a la unidad no va a dar ningún resultado práctico. No le va a interesar a nadie ni vamos a convencer con él a ninguno de nuestros discrepantes.

—Pero al menos, no se nos podrá tachar de sectarios —dijo Ibáñez.

—Bueno, bueno, como queráis —accedí finalmente.

Se habló todavía más de una hora sobre diversos aspectos de la empresa que pensábamos acometer. Solamente Jaime y yo permanecimos callados y, por lo que a mí se refiere, en lucha con mi escepticismo. Yo tenía la impresión de estar soñando, porque los personajes, las palabras y el lugar parecían salidos de mis lecturas o de mis visiones oníricas y flotar en un ambiente químérico. En cuanto a la mudez de Jaime, quizás se debiera a que pensase, inducido por su espíritu militar, que con todos aquellos hombres apenas podría organizar una escuadra de combate. La razón y la experiencia me avisaban, por otra parte, de que pretendíamos correr una aventura insensata, llena de riesgos y sin contrapartida posible. ¿Un periódico para decir vaciedades, sacar a relucir los trapos sucios de casa y airear las disputas de familia? Todos los grandes movimientos revolucionarios, políticos o religiosos, que conmovieron al mundo nacieron así, en una cripta, entre unos cuantos iniciados, aparentemente débiles y desasistidos, pero enfervorizados y dispuestos a todo. Pero no era ese nuestro caso. Nosotros no pretendíamos alumbrar una nueva fe ni una doctrina esotérica. Nosotros queríamos galvanizar a un pueblo oprimido, cuyo patrimonio se repartían amigablemente, o en subasta, los grandes y pequeños caudillos de la conquista, en

primer término y, en segundo lugar, sus cortesanos, fábulos, servidores, esribas, corifeos y bufones, y no se podía hablar a ese pueblo con un lenguaje desacreditado ni irle con soflamas líricas, ni con planteamientos ideológicos, ni con literatura pedante. Todo eso estaba ya dicho y requetedicho. A ese pueblo había que ir con propuestas simples que no comportaran peligros graves ni exigieran heroísmos trágicos... Me callé. Mientras, decía Ibáñez:

—Compañeros, es evidente que esta noche hemos dado un paso decisivo para la destrucción del régimen franquista. Debemos sentirnos orgullosos de ser nosotros quienes iniciemos la lucha final. A estas horas, Franco estará durmiendo tranquilamente en su palacio de El Pardo, rodeado de su guardia mora, sin sospechar siquiera que hay aquí un puñado de hombres dispuestos a cargar la bomba que le haga saltar por los aires. Que siga, que siga tranquilo. Mejor. Nosotros, a lo nuestro.

Era la arenga final. Después, nos numeramos para salir. A mí me tocó ser el último en abandonar el garaje. Cada cinco minutos desaparecía uno de los conjurados. Jaime, antes de marchar, se me acercó y me habló al oído:

—¿Piensas ir a Alcázar de San Juan?

—¡Y qué remedio!

—Pues toma —y me dio un papel—. Ahí van las señas del hombre con quien tienes que entenderte. Apréndetelas de memoria y rómpelo luego en pedazos o quémalo —y, como yo hiciera un gesto de duda, agregó—: No te preocupes. El caso es empezar. Luego, cuando hayamos liado la zambra, ya no quedará otro remedio que bailarla cada cual como mejor pueda o sepa.

Yo me limité a recoger en silencio el papelito y leer el nombre y la dirección escritas en él, y, antes de abandonar el garaje,

quemarlo con una cerilla.

La noche era oscura y fría. De la sierra bajaba un aire sutil batiendo alas de carámbanos, y la gabardina no era un parapeto suficientemente seguro para defenderme de él. Por eso y por la nostalgia del lecho caliente, apreté el paso casi a ritmo gimnástico. El silencio me envolvía como una sombra más densa aún que las de la noche y sólo oía el repiqueteo de mis propios zapatos sobre la tierra endurecida.

Me quedaban como unos cien metros de descampado para alcanzar la primera bocacalle, cuando descubrí un automóvil detenido al borde de la carretera. Pronto estuve junto a él y entonces vi a un hombre elegantemente vestido que, después de haber hurgado en el motor, se metía en el coche e intentaba en vano ponerlo en marcha accionando sobre el arranque. Ni siquiera me detuve, pero sonó una voz a mi espalda:

—¡Eh! ¡Oiga!

Entonces me volví. El conductor había descendido del coche y se me acercaba con la cartera en la mano, de la que, torpemente, pudo extraer un billete de banco.

—Torne cinco duros —me dijo— y haga el favor de avisar al primer taxi que encuentre, para que venga a recogernos.

—¿Qué le pasa? —le pregunté.

—No sé. Que no quiere andar.

El hombre elegante hablaba con dificultad, como si estuviera embriagado. Era joven y presentaba el aspecto inconfundible de un señorito metido en juerga.

—Y a mí, ¿qué? —le dije, molesto por su insultante modo de proceder.

—Bueno, le daré diez duros, hombre.

—No.

Le volví la espalda, dispuesto a alejarme de allí a buen paso, pero entonces una voz de mujer gritó:

—Dale cien pesetas, Toni, a ver qué pasa.

El desafío de la mujer, que me sonó a burla y a escarnio, me hizo volverme y acercarme al automóvil. En él, asomada a la ventanilla, una mujer, aparentemente joven y hermosa y envuelta en pieles, me miraba y sonreía con aire de broma.

—¡Ni por mil duros! ¿Se entera? —le repliqué violentamente.

—Pero usted no es rico, ¿eh? —me replicó ella con voz turbia.

—No, claro que no —e inicié de nuevo el movimiento para seguir mi camino.

—¿Que no le importa ganarse ese dinero? Eso quiere decir que es usted uno de esos revolucionarios de novela que andan por ahí —y la mujer rompió a reír estrepitosamente.

Estuve tentado, la verdad, de soltarle unas cuantas groserías, pero me contuvo su condición de mujer. Me contenté con decirle:

—Y usted, ¿qué sabe de eso?

Sentí entonces que el hombre me tiraba de un brazo hasta obligarme a quedar frente a él. El borracho me miraba con expresión de asombro.

—¿De veras es usted un revolucionario? Entonces debe odiar a los ricos, ¿no?

—Sí, Toni, sí —contestó la mujer entre carcajadas.

—¿Tira usted bombas? —insistió él.

—Sí, Toni, sí. Es de éhos. No hay más que verle —dijo ella.

—Pues chóquela, hombre, chóquela —y el hombre me cogió una mano y me la estrechó vigorosamente.

Pensaba en desprenderme violentamente de él y lanzarlo

contra el automóvil, pero, entre tanto, la dama había echado pie a tierra y sentí que me agarraba también, diciéndome:

—Usted no puede irse ahora, camarada. ¡Con las ganas que tenía yo de conocer un hombre así!

Despedía un suave y penetrante aroma, mezcla de perfumes indefinibles con olor a tabaco rubio y a licores. Indudablemente, estaba ebria, al igual que su compañero. Ambos me impedían marcharme.

—¿Quieren dejarme en paz? —les grité, ya encolerizado.

Ella movió la cabeza en sentido negativo.

—¿Verdad que no, Toni?

—¡Ni hablar del peluquín! —contestó Toni.

—Pero, ¿a dónde va usted tan deprisa a estas horas, señor bombero? —me preguntó ella.

A punto de estallar, sacudí bruscamente los brazos y quedé libre. Toni salió despedido contra el coche y la mujer cayó al suelo.

—¡Jesús, qué tío! —exclamó ella.

Temí haber sido demasiado brutal con la dama o lo que fuese y me incliné para levantarla. Mientras tanto, se me aproximó Toni a gatas, gimiendo:

—¡Piluca, por Dios! ¿Te has hecho daño?

—Eche una mano y déjese de lamentos —le ordené.

Entre los dos, y a duras penas, porque Toni se tambaleaba, la colocamos dentro del automóvil. Ella fue abriendo los ojos lentamente, como si volviera de su sueño y, al encontrarse con que tanto su acompañante como yo la contemplábamos con ansiedad, se sonrió maliciosamente y dijo a Toni:

—¿Ves cómo tratan los rojos a las mujeres de los ricos? —y, dirigiéndose después a mí, me preguntó—: Porque tú eres

comunista, ¿verdad?

—Frío —contesté.

—Pues serás anarquista.

—Te acercas.

—Ahora sí que no entiendo nada. Pero da lo mismo. Y es fantástico. ¡Fantástico, Toni, fantástico! Ya verás cuando se lo contemos a los amigos.

—¿Es ésta tu mujer o qué? —pregunté a Toni.

—Pues claro que es mi mujer. —Luego, preguntó a Piluca—: ¿Te encuentras bien?

—Estupendamente, Toni. Oye: ¿por qué no nos vamos los tres a casa, a tomar una copita? Así sabría éste lo que es bueno, ¿no?

—¡Formidable, Piluca! —exclamó Toni.

Y, la una por delante y el otro por detrás, se me agarraron de nuevo, con todas sus fuerzas, aquellos dos extraños personajes.

—Tú no te escapas. ¡Ni hablar del peluquín! —decía él mientras me empujaba hacia el interior del coche.

—¿Se puede saber a dónde querías ir tú ahora? —decía ella tirando de mí desde dentro.

En el forcejeo, Piluca se abrazó a mí, envolviéndome en la ola de perfumes que despedía su cuerpo. La seda de su piel me rozaba el rostro y sentí junto a mis labios la tersura y el calor de su garganta.

—Tú te vienes ahora mismo con nosotros —balbuceaba él, volcado sobre mí.

El jadeo de Piluca por la brega me abrasaba y los empellones y el peso de su marido me dolían. Por otra parte, empezó a intrigarme la aventura y decidí correrla con aquel par de locos y ver en qué acababa. Dejé, por lo tanto, de hacer resistencia y

quedé aprisionado entre los dos. Entonces, Toni manipuló en los mandos del vehículo y su motor empezó a funcionar inmediatamente.

—Estos «haigas» son la monda —comentó Toni.

—Pero..., ¿no estaba averiado? —pregunté yo, ingenuamente.

Una doble carcajada fue la respuesta. Yo, por completo desconcertado, miraba alternativamente a una y a otro, y ambos reían con muestras de gran contento mientras que el coche daba bandazos de un lado a otro de la vía con riesgo de rompemos el bautismo. Entonces comprendí que había sido objeto de una pesada broma de señoritos curdas y, enrabiado, me reproché el haberla consentido.

—¿De verdad te lo creíste? —me preguntó Piluca entre hipos de risa.

Guardé silencio por no insultarla. Ella, cuando se hubo serenado un tanto, me explicó:

—Fue una ocurrencia mía, ¿sabes? Te vimos, solo, como un alma en pena, y yo le dije a Toni: «Para y haz como si el coche se hubiese averiado, a ver qué pasa». Y ya ves...

Toni, acometido por un nuevo ataque de risa convulsiva, soltaba el volante, se encogía, se estiraba, se llevaba una mano al vientre, echaba hacia atrás la cabeza... En uno de esos movimientos el coche se le fue y remontó la acera, pero Toni, reaccionando con una presteza increíble, evitó, con un volantazo energético, que topase con una farola. Yo cerré los ojos, esperando lo peor. Pasado el susto, los abrí de nuevo y observé que Piluca, a quien se le había congelado la risa, tenía la cara oculta entre las palmas de las manos. En cambio, Toni se mantenía en plena lucidez alcohólica, entre jadeos, saltos y retortijones.

—Tenéis mieditis, ¿eh? —gritaba, manejando el volante como si fuera una zaranda.

—No nos mates, Toni; no seas bárbaro. Me da miedo cuando te pones así —se quejó ella, con voz temblona, no sé si fingida o real.

—¿Y tú, bombero?

—¿Yo? ¡Tengo unas ganas de perderos de vista!

—¿De veras? —y Piluca se apretó aún más contra mí, añadiendo, al advertir mi turbación—: Me gustan los asesinos.

—Por eso te casaste con este matarife, ¿no?

—Ca, hombre. Toni no es capaz de matar ni un pollo. En cambio, tú... ¡Me das escalofríos! —y gritó a su marido—: ¡Estoy helada, Toni!

Pero Toni no le hizo ningún caso, porque me dio con el codo y dijo:

—A Piluca le gustan las películas psicológicas, de complejos. No te lo imaginabas, ¿eh, bombero? —y se volvió a nosotros, tan bruscamente que el coche casi viró en redondo. Por suerte, era el nuestro el único coche que circulaba por la ancha y nueva avenida, a cuya circunstancia debíamos, sin duda, el que no nos hubiésemos estrellado todavía. A mí, el contacto con Piluca me hizo olvidar el peligro y ya me disponía a aventurar una mano entre las sombras cálidas de su cuerpo, cuando un seco frenazo detuvo al automóvil frente a uno de esos modernos edificios de amplias cristalerías y grandes terrazas decorativas cuyas pérgolas y plantas les dan el aspecto de jardines colgantes.

—Ya hemos llegado —dijo Toni, súbitamente laxo, como si acabara de desinflarse. Pasada la excitación de la carrera, las nubes del alcohol volvían a oscurecer su mente y a desmadejar sus

nervios, hasta el punto de hacerle abatir la cabeza sobre el pecho, como si ya no pudiese mantenerla erguida. Piluca, pasando un brazo por encima de mí, le agarró por un hombro y le sacudió fuertemente:

—Vamos, hombre; no te duermas ahora.

Hubimos de empujarle los dos para que saliese del automóvil. Ya en tierra los tres, cada uno de ellos se me colgó de un brazo. Piluca temblaba y Toni apenas podía mantenerse en pie. Así atravesamos el vestíbulo y penetraron en el ascensor. A la luz que allí se encendió pude contemplar detenidamente a mis acompañantes. Toni era un hombre de poco más de treinta años, robusto, tendente a la obesidad, de rostro más bien agradable, cuya expresión no pude precisar por su estado de sueño y embriaguez. Ella, de cuerpo fino y delicado, me pareció una mujer muy atractiva. Tenía verdes los ojos, castaño claro el cabello, pequeña la nariz, rasgada la boca y voluntaria la barbilla. Su expresión era descarada, atrevida, incitante. Estaba cubierta con un abrigo de pieles blancas que le cubría el cuello y dejaba al descubierto sus pequeñas manos, en una de las cuales lucía una esmeralda rodeada de brillantes. Permanecimos en silencio durante la ascensión, mirándonos como extraños, y nos recibió un servidor enjuto y canoso, con pinta de aristócrata arruinado, quien, al verme, se quedó atónito. En efecto, nos conocíamos. Aquel hombre había sido ayuda de cámara de un viejo marqués que murió, víctima de la revolución en la zona republicana, durante la guerra civil. Naturalmente, fue a parar a la cárcel al día siguiente de ser ocupada Valencia por las tropas franquistas. Nos encontramos en la prisión de Aranjuez, donde se destacaba por cantar en el orfeón penitenciario con su espiritual voz atenorada y

por las sabrosas anécdotas de la aristocracia que solía contarnos con esa gracia auténtica de quienes no saben que la tienen. Estaba al tanto de la vida de los grandes títulos nobiliarios y, al parecer, sabía, hasta en sus menores detalles, la historia de cada uno de ellos.

—Todos están podridos —acostumbraba decir.

—Tú los conoces bien, ¿eh?

—Cómo que si los conozco. ¡Como si los hubiera parido!

—Pues entonces, ¿qué vas a hacer cuando salgas de la cárcel?

—Cualquier cosa. Me da lo mismo. Todo antes que servirles otra vez. Eso se acabó para mí.

Sin embargo, allí estaba, como ayuda de cámara o algo similar, y, aunque yo me hice el desentendido, él me guiñó un ojo cuando pasé por su lado.

En el salón adonde me llevaron, Piluca y Toni se desprendieron de mí y, después de quitarse los abrigos con la ayuda de su servidor, se dejaron caer pesadamente sobre unos cómodos y mullidos sillones.

—Ponte cómodo tú también y túmbate en el diván, siquieres. Estás en tu casa, bombero —dijo Toni, a tropezones con las palabras.

Yo obedecí a medias. Me senté donde Toni me indicara, pero sin despojarme de la gabardina, a pesar del cálido ambiente del salón, a fin de ocultar ante Piluca el poco presentable atuendo que cubría. De pronto, los tres nos miramos muy sorprendidos. Efectivamente, ¿qué pintaba yo allí, qué teníamos que decirnos, qué esperábamos, qué...?

—Vamos a beber —dijo Toni, y llamó—: ¡Eh, tú, Pericles: sírvenos coñac!

—¿Pericles? —pregunté yo asombrado.

—Bueno, Pendes o Aristóteles o demonios... ¡Qué más da! Nunca me acuerdo de su nombre. Puede que no lo tenga siquiera.

—Jacinto, Toni, Jacinto —terció Piluca, riendo.

Toni cloqueó de risa.

—Oye, camarada —me dijo—, ¿tú crees, en serio, que se puede uno llamar Jacinto con esa cara de ciprés?

El criado había acudido ya con la botella y el servicio de copas y, aunque oyera los comentarios de Toni, su rostro impasible no lo demostró. Realmente tenía un aire misterioso y fantasmal, desagradable. Con gesto medido, mecánico y exacto llenó las copas.

—Puedes retirarte ya —le ordenó Toni cuando el criado hubo terminado de servirnos. Después, apuró su copa de un solo trago.

Piluca y yo probamos el licor mirándonos por encima de las copas. Mientras, decía Toni, refiriéndose a Jacinto:

—Su presencia me hiela, no lo puedo remediar. Yo creo que me espía.

Piluca soltó una carcajada.

—Es que Toni desconfía de todo el mundo. No le hagas caso.

Miré al hombre, a quien le brillaban intensamente los ojos alcoholizados.

—¿Por qué desconfías de todo el mundo? Di, Toni, ¿por qué?

Pero, en vez de contestarme, se despatarró completamente en su asiento y me preguntó, a su vez:

—¿Cómo te llamas tú? Porque todavía no lo sabemos.

—Federico.

—¿Nombre de verdad o nombre de guerra?

—De verdad.

—Huy, no me gusta. Es demasiado largo, ¿verdad, Toni? Verás... Yo creo que Fede... ¿Te parece bien que te llamemos Fede? —insinuó Piluca.

—Bien, como quieras.

—Bueno, Fede, ¿qué te ha parecido el coñac? —me preguntó Toni.

—Hombre, yo no entiendo mucho de licores, pero me parece bueno, sí.

—Es estupendo, hombre, francés. Se ve que no estás acostumbrado —dijo Toni, añadiendo—: Y sienta maravillosamente después del whisky.

—A mí me gusta más el whisky —opinó Piluca.

—Como que es más caro, ¿eh, nena?

—Sí, creo que es más caro.

—Oye, ¿a cómo nos cobran la botella de whisky donde tú sabes?

—Me parece que a mil seiscientas pesetas.

—Mil seiscientas pesetas... —repitió Toni, tartamudeando—. ¿No te parece, Piluca, que nos estafan?

—No lo creas. Es lo que cobran a todo el mundo.

Aquel diálogo incoherente entre marido y mujer apenas resultaba inteligible para mí. ¿Cómo podía nadie gastarse esa cantidad, justamente el doble de mi sueldo al mes, en una botella de whisky y lo comentase después con tanta frivolidad? Por eso, se me ocurrió preguntarle a Toni:

—Oye, ¿cuánto pagas mensualmente a tu chófer, porque supongo que tendrás chófer, no?

—Claro que tengo mecánico. ¿Y qué decías tú de...?

—Fede te ha preguntado que cuánto le pagas —intervino

Piluca.

—¿Cuánto qué?

—Yo te lo voy a decir, Fede. Mil quinientas pesetas mensuales —dijo Piluca.

—Menos de una botella de whisky —comenté yo.

—Sí, pero me roba otra —alegó Toni.

—Y a Jacinto, ¿cuánto le pagas?

—Otra botella.

—Supongo entonces que a tus demás sirvientes les pagas por copas, ¿no es así?

—Tienes razón, Fede, pero todos me roban. ¡Me roban, me roban, me roban! —y, con mano insegura, Toni llenó su copa y se la llevó después a los labios. Se conoce que el alcohol le pedía más alcohol constantemente. La llama voraz de la borrachera necesitaba más y más combustible.

—Pero vamos a ver, ¿qué es lo que te roban, Toni?

—¿Que qué me roban? Pues mi dinero, hombre, mi dinero.

—¿Tanto dinero ganas?

—No, hombre, no. El que ganó su padre vendiendo pieles antes de la guerra y el que sigue ganando ahora, a montones, con toda una serie de negocios que tiene organizados. Antes, un pielero, y, ahora, un traficante por todo lo alto, ya ves —y Piluca se echó a reír.

Toni lanzó a su mujer una buida mirada de odio, acometido por un estremecimiento de cólera y gritó, golpeando los brazos del sillón con sus puños.

—¿Y tu padre? ¿Quieres decir a Fede lo que era tu bendito padre? Anda, díselo, preciosa.

Piluca dejó de reír. Con el cabello caído por la frente, se

encrespó ante su marido, como un gallo de pelea. No gritó, pero sus palabras fueron saliendo de entre sus labios como saetas.

—Por supuesto, hombre, por supuesto. Mi padre fue siempre más que el tuyo: un señor arruinado.

Toni se incorporó a medias sobre el sillón y sonrió triunfalmente mirándome a mí.

—Ya lo estás oyendo: un tipo arruinado por el juego y las mujeres.

—Claro —replicó ella—, como se arruinan los señores.

Toni soltó una carcajada incongruente.

—Señores, señores... —y preguntó—: ¿De qué? Viviendo a sablazo limpio, ¿no? ¿Qué te parece, bombero? —dijo, gritando entre golpes de una risa fría y trémula.

Fue entonces cuando Piluca respondió a Toni con una de esas muecas femeninas de asco y de desprecio que afean el rostro más hermoso. Yo, un poco avergonzado, creí llegado el momento de intervenir entre ambos para evitar que aquella estúpida discusión degenerase en una riña.

—Qué importa ahora lo que hayan sido o sean vuestros padres. Lo mismo da. Yo creo que lo que debe preocuparos sois vosotros mismos. Lo demás son historias de familia que a mí no me interesan —y, cambiando de tema, añadí—: ¿A qué te dedicas tú, Toni? ¿En qué trabajas?

—¿Trabajar?

Y Piluca rompió en el aire otra risa.

Toni, por su parte, se me quedó mirando estolidamente, con el belfo caído. Murmuró:

—¿Trabajar?

—Sí, trabajar he dicho. Dedicar las horas del día a algo más que

a divertirse. Producir algún valor material o espiritual, aunque sea superfluo. Algo que te justifique ante la sociedad trabajadora en que vivimos. Está claro.

Piluca se retorcía de risa y su marido seguía mirándome con la misma expresión de asombro e incredulidad.

—Pero si soy rico, ¿entiendes? —balbució al fin Toni.

—¿Y qué tiene eso que ver? Podrías dedicar algún tiempo a escribir, pongamos por caso, ¿no? —dije.

—Pero, ¿para qué? Lo que yo hago es comprar libros. Luego te enseñaré mi biblioteca y verás cuántos tengo, más de cinco mil volúmenes.

—Bien, ¿y por qué no pintas? Creo que...

—¿Pintar? —me interrumpió—. Mira —y señaló los cuadros que pendían de las paredes del salón—. Y de las mejores firmas: un Dalí, un Nonell, dos Zuloagas, un Sorolla y hasta un Gauguin... ¿Te suenan?

—Claro que me suenan. Son joyas —dije—, verdaderas joyas de coleccionista. Pero no se trata ahora de eso, sino de que tú emplees tu tiempo, el mucho tiempo que te sobra, en algo útil, o inútil, siquieres, pero que te obligue a realizar un esfuerzo. ¿No te aburres?

—Mucho. Más que una ostra.

—Pues entonces... Podrías hacer investigaciones históricas, científicas...

—No te esfuerces, Fede —se adelantó a decir Piluca—. Nosotros lo compramos todo. ¡Todo!

Toni había cambiado de expresión. Me miraba con ojos humildes y bovinos, a punto de lagrimear.

—Pero, ¿no ves que no soy más que rico, hombre?

Sus palabras traslucían resentimiento, amargura, desencanto. Eran una humillante confesión de fracaso. El alcohol dejaba al descubierto el fondo desolado y dolorido de su conciencia.

—Eso es nuestra desgracia, sí —dijo, a su vez, Piluca, repentinamente seria.

¿Desgracia ser rico? Yo no podía entenderlo.

—Tú no sabes lo que significa no ser más que ricos —insistió Piluca, mirándome a los ojos y dejándose ver en los suyos una inmensa desilusión.

—No valgo para nada. No tengo talento. Bien quisiera hacer algo, pero nunca se me ocurre qué.

La voz de Toni era lastimera. Siguió diciendo:

—Y no soy malo y quiero bien a todo el mundo. Lo que pasa es que a mí nadie me quiere. Sólo quieren mi dinero.

Luego, se encaró conmigo bruscamente, en un súbito e inesperado acceso de energía.

—Tú también harías lo mismo si estuvieras en mi lugar. Lo hace todo el que puede. ¿Voy a regalar mi dinero para ponerme a picar, después, en una carretera? ¿Eso es lo que queréis que haga? ¡Pues, no; no lo haré, pase lo que pase!

El grito de protesta le dejó exhausto, completamente desarbolado. Con mano temblorosa y vacilante asíó la botella del coñac y empezó a beber directamente de ella. Fue un trago de desesperación. El dorado líquido le rezumaba por los labios y le corría por el cuello. Hasta que Piluca se levantó de su asiento y fue a arrebatarle la botella.

—¡Vas a reventar, hombre!

Toni cerró los ojos, chascó la lengua y se dejó caer sobre el respaldo del sillón. Yo le hubiera dicho que su problema no

consistía en repartir su dinero, como otro Francisco de Asís, y ponerse a picar en una carretera, pero que el trabajo es la mejor terapéutica para los males del alma y del cuerpo y que el hombre que consume bienes sin producir ninguno, directa o indirectamente, es como un salteador de caminos. (*Todo lo que dilapidas y destrozas lo produjeron otros seres humanos que acaso mueran sin poderlos gozar. Supón que a un niño pobre, cuando alcanzase el uso de la razón, se le mostrara uno de esos globos terráqueos que hay en todas las escuelas al pie de la mesa del maestro y se le dijera: Mira, niño, esta es la imagen del mundo. ¿Lo ves bien? Pues está repartido mucho antes de que tú nacieses. Para ti no ha quedado ni siquiera el pedazo de tierra necesario para cubrir tu cuerpo cuando mueras. Si entonces el niño preguntase qué debería hacer para poder vivir, ¿qué le contestarías tú, Toni, el rico?*).

Toni, liberado por el alcohol de inhibiciones y respetos humanos, mostraba desvergonzadamente su obsesión por el dinero, su dinero, y yo renuncié a mi discurso y a la diatriba consiguiente, pero, por una extraña asociación de ideas, surgió en mi memoria el recuerdo del rey de Francia Luis XVI, aquel pobre bobo que no supo ser bueno, siéndolo, y que también *tenía la desgracia de no ser más que rey*...

Toni había abierto un ojo, volviendo a cerrarlo inmediatamente. Ese parpadeo fue como el último chisporrotazo de su conciencia antes de apagarse en el sueño. Me levanté, me acerqué a él, le sacudí y le grité al oído:

—¿Te acuerdas de Luis XVI? Él, por lo menos, hacía cerraduras, hombre.

El beodo abrió sus párpados de rana. A pesar de la modorra en

que yacía, mis palabras le conmovieron. Levantó la cabeza y, mirándonos alternativamente a Piluca y a mí con sus pupilas nubladas, movió con dificultad los labios para decir:

—Sí, y le mataron —y dejó caer de nuevo hacia atrás la cabeza.

—También mataron a su mujer —añadió Piluca, escalofriada.

Aquella siniestra evocación congeló el aire entre nosotros. Toni, pisando ya el umbral del sueño, balbucía:

—Te voy a enseñar mi despacho... Ya verás qué mesa tengo para trabajar, pero cuando me siento en mi sillón y... quiero pensar... no se me ocurre nada... nada... No sé... no valgo...

Siguieron después unas palabras ininteligibles, más bien un murmullo que se fue apagando hasta concluir en resoplidos. Piluca le contemplaba con un gesto de desolación irremediable. Luego, dirigió sus ojos a mí y se cruzaron nuestras miradas como dos espadas calientes.

—Me voy —dije de pronto.

Piluca se estremeció, sorprendida, y se puso en pie silenciosamente. Me pareció cohibida por primera vez e intimidada por mi presencia.

—Te pido que nos perdones la broma —dijo gravemente.

—No te preocupes por eso. A mí me ha parecido una extraordinaria aventura de la que no me olvidaré fácilmente.

Ella, muy turbada, no desplegó los labios. Bajó los ojos y se quedó mirando la esmeralda de su sortija. Entonces, yo, sin ninguna frase trivial de despedida, me dirigí a la puerta, pero antes de poner mi mano en su pomo dorado, oí la voz de Piluca:

—¡Espera!

Me quedé quieto, esperando, sin volver la cabeza y, a poco, se me acercó Piluca, con la mano extendida, diciéndome:

—Guárdala en prueba de que no ha sido un sueño.

Me ofrecía su sortija, la de la esmeralda rodeada de brillantes. La rechacé suavemente y le dije:

—No la necesito para recordar.

Nos miramos derechamente a los ojos hasta que los de ella empezaron a parpadear.

—Pero vale algún dinero, Fede, y podría serte útil para remediar alguna necesidad de tus amigos.

Pero yo insistí en mi negativa.

—Es poco. Yo quiero más.

La insinuación, tan clara, le hizo dar instintivamente un paso atrás. Tal vez la esperaba o la temía, pero quizás no tan bruscamente. Siguió una pausa tensa y quedamos en un silencio sólo interrumpido por el ronco resoplar de Toni, quien de esta manera se hacía presente y contaba los segundos de la indecisión de su mujer. Piluca, al fin, abatió la mirada y balbució:

—No sé. No podría. No lo he hecho nunca, aunque tú tal vez no lo creas.

Y yo dije:

—Te creo.

Y ella añadió:

—Gracias. Si nos encontramos otra vez...

Le interrumpí:

—Será difícil.

Piluca volvió a mirarme fijamente a los ojos.

—¿Te acordarás de mí?

Yo me encontraba sereno, completamente dueño de mí, y contesté:

—¡Siempre!

Entonces la vi retroceder, buscar en los bolsillos de Toni y acercarse luego a mí con una tarjeta de visita en la mano.

—Aquí tienes mi dirección y mi teléfono. Si alguna vez me necesitas, no dudes en llamarme o en venir a verme.

Tomé la tarjeta que me ofrecía y la guardé pausadamente en el bolsillo interior de mi chaqueta, dando tiempo al tiempo para no sabía qué. Algo inexplicable me retenía aún allí, indeciso, hasta que Piluca me abrazó, diciéndome:

—Y ahora bésame, bésame y vete, por Dios.

Y estampé un beso impetuoso en los labios de aquella mujer que olía como una cortesana de lujo, a alcohol y a perfumes insólitos. Era una burguesita, sin embargo, una criatura a veces despreciable y, a veces, tentadora, impudica y ruborosa, osada y tímida. ¿A dónde iba? ¿Qué buscaba? ¿Qué quería? Cuando nos separamos, llamó a Jacinto y siguieron unos breves segundos de espera que aprovechamos para reponernos de nuestra turbación.

—Acompaña al señor hasta la puerta de la calle —dijo al criado, cuando éste apareció envuelto en sueño.

Seguí a Jacinto sin volver la vista atrás y oí el chasquido de la puerta al cerrarse a mis espaldas. Jacinto parecía mi propia sombra. La gruesa moqueta apagaba el ruido de nuestros pasos. Yo no volví en mí hasta que me encontré en el ascensor y empezó a hablarme Jacinto.

—He escuchado algo de lo que les decías. Yo los controlo, ¿sabes? No son aristócratas. Es gente normal, con mucho dinero, eso sí, pero no mala. Ya me comprendes, ¿no? Lo que yo no comprendía era que Jacinto los controlara.

—¿Por qué?

—Hombre, por si se arma otro follón.

—¿Qué quieres decir?

—Muy sencillo. Que el hecho de que tengan mucho dinero no le da derecho a nadie, y menos a los grupos incontrolados, a meterse con ellos, como pasó la otra vez.

Era asombroso. Era desconcertante. Era inverosímil.

—De manera que tú los controlas, como dices, para evitar que nadie pueda hacerles daño, ¿eh? Vamos, que tú saldrías en su defensa si estallase otra revolución, ¿no es eso?

—Eso es.

A pesar de su aspecto de personaje atrabiliario de espía o de traidor de película, Jacinto tenía alma de ángel custodio y velaba por sus amos con la complacencia y la solicitud de un fantasma familiar. Y, sin embargo, Toni le tenía miedo.

Al despedirme de él, le pregunté:

—¿No nos decías siempre en la cárcel que no volverías a servir a ningún amo de esta especie, aristócrata o no? Jacinto se encogió de hombros.

—Se piensan y se dicen tantas cosas en la cárcel...

El aire frío de la noche barrió pronto de mi mente las nieblas acumuladas en ella durante aquella noche de sorprendentes acontecimientos. En primer lugar, la conspiración novelesca del garaje. En segundo lugar, mi extraño encuentro con Toni y Piluca. Finalmente, la reaparición de Jacinto como ayuda de cámara en una fantástica escena de espionaje doméstico. Mis amigos, proponiéndose derribar la dictadura con una sofíama mientras el ejército y la policía se mostraban presentes en todas partes y hasta los chiquillos de las escuelas patrullaban la ciudad vestidos de uniforme. Y Toni, lamentando no ser más que rico. Y Piluca, tan pronto dispuesta a sucumbir como a defenderse a ultranza, a

provocar como a humillarse, a reír como a llorar. Y Jacinto... Pero, ¿eran recuerdos reales o sólo jirones de una alucinación? Ni con la mente serena pude discernir, mientras me dirigía a mi casa por las calles desiertas, qué había de cierto o imaginario en todo aquello.

*

Y, sin embargo, llegué a Alcázar de San Juan, un sábado por la noche, nada menos que para enlazar con un ferroviario desconocido que debería encargarse de distribuir nuestros panfletos por las rutas de Levante y de Andalucía.

No me fue muy difícil dar con su paradero porque vivía en una casita próxima a la estación. El hombre, acabada la faena del día, se encontraba cenando junto con su mujer y sus hijos.

Me recibió con visible recelo, pero con campechana cortesía, y me introdujo hasta el sancta sanctorum de la casa, la cocina, donde me invitó a que les acompañase en la mesa. Como es natural, yo rechacé con la fórmula del caso la rutinaria invitación y hube de contemplar cómo comían, hasta que terminasen, para poder conversar luego a solas con mi hombre. El fuego del hogar, alimentado por unas briquetas en brasas, mantenía una agradable temperatura que, al llegar de la calle, resultaba muy consoladora. Para no mirar tan insistenteamente a los comensales, me dediqué a inventariar el mobiliario y los enseres de la estancia, repasándolos una y otra vez: el pequeño armario de pino con pátina de años y de fregoteos, en cuyos estantes se alineaban algunos vasos y lozas; la panoplia de sartenes y cazos; el fregadero de cemento; las cortinas de arpilla; la bombilla sin pantalla, pendiente de un

desnudo cordón eléctrico anudado a una escarpia hincada en la techumbre; el suelo de losetas rotas...

Desde el primer momento advertí que la mujer me miraba con ojos descaradamente hostiles, encerrada en un mutismo hurano que duró todo el tiempo de la cena. Los hijos también callaban y comían de prisa. Sólo Lucilo, que tal era el nombre del ferroviario, me dirigía alguna pregunta entre bocado y bocado, con objeto, sin duda, de relajar un tanto la tensión que provocaba mi presencia.

—¿Ibáñez decía usted?

—Sí, Alfonso Ibáñez.

—Me suena, me suena... —y Lucilo, con la vista sobre el plato, hacía lentos signos afirmativos con la cabeza.

—Según tengo entendido —aventuré—, fue también ferroviario. Él me dijo que era amigo de usted.

—¿Era de M.Z.A.?

Yo me encogí de hombros y la mujer y los chicos clavarón sus ojos en mí. Ciertamente, yo ignoraba ese detalle y eso me hizo sentirme copado. Gracias a que Lucilo, viendo mi apuro, me tendió un puente.

—Sí —dijo—, creo que hemos trabajado juntos algún tiempo. Es muy despabilado y tiene un pico de oro, vamos, que se explica muy bien.

El cuchareo trasegando el guiso de patatas continuó y yo me acogí a las palabras de Lucilo para intentar que la charla se afianzase y levantara el vuelo, haciendo un efusivo elogio del ausente. Atribuí a Ibáñez las más brillantes dotes de inteligencia y de bondad y, por último, insinué que estaba muy bien relacionado con las personas más significativas en la política internacional, como, por ejemplo, Truman y Atlee. Y terminé con una sonora

exclamación.

—¡Ibáñez es un gran hombre!

Pero toda aquella pirotecnia verbal, pese a mi empeño en hacerla convincente, no despertó el entusiasmo en ningún miembro de la familia.

—Pero, ¿no ha reingresado en el ferrocarril? —preguntó Lucilo por todo comentario.

—No lo sé, pero me parece que no.

Había terminado la cena. La mujer empezó a recoger los cacharros e hizo señas a sus hijos para que se retiraran. El mayor, un mozalbete ya, se despidió de mí en nombre de sus hermanos y los tres desaparecieron tras una de aquellas cortinas de arpilla.

—Bueno, ¿y qué es lo que quiere el amigo Ibáñez?

Se me hizo un nudo en la garganta. ¿Cómo explicarle así, en frío, el objeto de mi visita a quien se parapetaba cautamente al otro lado de un foso de vacío y de desconfianza? Recurrí al truco de siempre: sacar mi cajetilla y ofrecerle tabaco. Lo aceptó y, mientras liábamos cachazudamente nuestros respectivos cigarros, y sin mirarle a los ojos, dije:

—Sin duda tendrá usted buenas relaciones con los maquinistas y los fogoneros de la Compañía, ¿no?

—¡Psché! —murmuró, encogiéndose de hombros.

Rasqué la cerilla. Surgió la pequeña llama. Prendimos lumbre a nuestros tabacos, momento que aproveché para seguir tanteando el terreno.

—¿Buena gente?

—Hay de todo —contestó.

Entonces decidí avanzar más al descubierto. No me quedaba otra alternativa.

—Le será fácil de todas maneras entenderse con ellos, ¿eh? La mujer dejó de fregar para mirarnos de reojo. Lucilo se sonrió bonachonamente y me hizo un guiño.

—Depende de qué se trate.

—Es un asunto que...

—¿Estraperlo? —me interrumpió.

—Pues sí, Lucilo. Estraperlo es. De eso se trata.

El ferroviario avanzó su busto hacia mí, con la expresión ya completamente limpia de recelos.

—Me lo barruntaba —dijo, y rió quedamente. Luego, con ademán francamente amigable, añadió—: Vaya, vaya con Ibáñez. Está en todo. No, si ya le dije que es muy despabilado. Ibáñez es de los que no se pierde ripio.

—¡Y tanto! —exclamé yo.

Yo me reía por dentro ante lo cómico de la situación y sonreí también por fuera sin que mi interlocutor pudiese sospechar la causa de mi aparente regocijo. Me reía de mí mismo, del despabilado Ibáñez, de la retranca del bueno de Lucilo y de la maligna desconfianza de su mujer, quien, atraída por el sesgo que tomaba la conversación entre los dos hombres, se había vuelto a mirarnos, suspensa, abiertos y abillantados los ojos, con un chispazo de codicia centelleando en sus pupilas oscuras. Me reía, en fin, de la nueva y disparatada aventura en que me veía atrapado pese a mis pretensiones de hombre realista y analítico. La siguiente pregunta del ferroviario, expuesta en su estilo peculiar, fue ya definitiva.

—¿Y qué clase de mercancías vamos a negociar? No me importa el riesgo si la ganancia merece la pena. Ya lo sabe. Se me cortó la risa. La mujer, enjugándose las manos en el mandil, se

adelantó hacia nosotros, con la evidente intención de intervenir en el trato.

—Periódicos —dijo, de sopetón, pensando que había llegado el momento de quitarse la careta y poner las cosas en claro.

La mujer se quedó quieta de pronto, como pasmada, y Lucilo abrió desmesuradamente la boca.

—¿Ha dicho periódicos? —preguntó el hombre, como si no hubiera oído bien.

La bomba iba a estallar, lo presentía, y yo hubiera querido entonces desaparecer de allí antes de que me alcanzase su metralla.

—Verá —dijo, tratando, no obstante, de atenuar en lo posible el efecto de mis palabras—: un grupo de compañeros, que preside y dirige el amigo Ibáñez, tiene el propósito de lanzar un periódico, bueno, una hoja semanal, para hablar de nuestras cosas.

—Una hoja clandestina, ¿eh?

—Pues sí, eso es. Y, claro, necesitamos un compañero de confianza que se encargue de establecer desde aquí su distribución sirviéndose de los fogoneros y maquinistas de los trenes que van a Levante y a Andalucía. Y nadie mejor que usted para eso, según el compañero Ibáñez —dijo, poniendo de una vez todas las cartas boca arriba.

—Ya... Y, claro, Ibáñez pensó en mí, ¿no es eso? —y la voz de Lucilo era ronca y trémula.

—Sí —corté.

Siguió un breve silencio. La mujer parecía crispada y Lucilo hizo un movimiento como si se recogiera en sí mismo. Entonces le vi tal como era: tosco, opaco, temeroso. Un hombre sin empuje. Antaño, seguramente un luchador de casta, de esos que acuden al

peligro con los ojos cerrados, pero definitivamente fuera de combate ya, quebrado.

—¡Eso sí que no!

Fue un grito sobrecogedor de la mujer, que sonó en la cocina como un escopetazo. Más que un grito, un alarido saliendo del fondo de horrores pretéritos. Se había interpuesto, pálida y desencajada, entre Lucilo y yo.

—¡Tú, no; tú no intervendrás en eso, Lucilo! Y, si lo haces, tendrás primero que renunciar a tu mujer y a tus hijos. ¿Me oyes bien?

Lucilo estaba anonadado. Solamente fue capaz de levantar los brazos, como si así quisiera defenderse de la catarata de improperios que comenzaría a caer de los labios de su esposa. Y me miró con ojos suplicantes.

—¿Por qué se habrá acordado Ibáñez de mí para esto cuando yo empezaba a arreglar mi vida? Con el trabajo que me ha costado volver a...

Pero su mujer no le dejó concluir.

—Tres años —dijo ella dirigiéndose a mí—, tres años ha estado mi marido en la cárcel sin que en tanto tiempo se acordara de él ningún amigo ni compañero. Con estas manos —y casi me las metía por los ojos— he espigado, cogido aceituna, desterronado y hasta segado, para sostenerle a él y a los dos hijos que entonces teníamos. Y las manos me sangraban muchas veces, y me dolían los riñones, y hubo día en que no pude más y me caí desmayada de hambre sobre los surcos. ¡Nadie se acercó a nosotros entonces para consolarnos ni para ofrecernos una miaja de ayuda! ¡Nadie! ¿Dónde estaban, digo yo, los amigos en aquellos tiempos?

—Seguramente, en la cárcel también, señora —le contesté en

tono pacificador.

—¡Todos, no! Que yo he visto a muchos vivir tranquilos e, incluso, prosperar, hasta hacerse ricos, sin querer saber nada de los infelices que estaban purgando por todos en cárceles y penales. Hubo quien, y no se me olvidará mientras viva, que se atrevió a decirme que si Lucilo estaba donde estaba era porque se lo había buscado él mismo. ¿Qué le parece?

¿Quién hubiera sido capaz de explicar a aquella mujer, justamente dolorida y escarmentada, ciertas inevitables reacciones del egoísmo y de la cobardía, todo lo despreciables que se quiera, pero profundamente humanas al fin y al cabo?

Por aquella mujer hablaban otras muchas mujeres que habían penado lo indecible para que sus maridos, o sus padres, o sus hijos, o sus hermanos, salvasen la vida. Contra aquella lógica elemental y apasionada de poco servía la dialéctica ideológica. Me levanté y ofrecí calladamente mi mano a Lucilo.

El ferroviario me miraba inmóvil, entre avergonzado y atónito. Antes de que pudiera reaccionar, se adelantó a estrechar nerviosamente mi mano su mujer, diciéndome:

—Usted perdone. No he querido ofenderle. Pero ya ve: al fin hemos conseguido estar reunidos todos de nuevo, hemos traído al mundo otro hijo, tenemos una casa, comemos... Ya dio de sí Lucilo todo lo que tenía que dar. ¿No sería un crimen echarlo todo a rodar otra vez? ¿No lo cree usted así?

De pronto, suplicaba, me suplicaba a mí. Sus ojos, anteriormente duros y relampagueantes, brillaban húmedos, desbordados por las lágrimas. La mujer airada y áspera se había trocado en la hembra solícita y humilde que trataba de salvar su nido de la tormenta y exhibía para ello sus lágrimas y su alma llena

de cicatrices, como si fueran sus alas protectoras. Aquella patética lucha por la felicidad recobrada me conmovió. Me imaginé súbitamente al pobre hogar desmantelado por la desgracia, la dispersión y el hambre. Vi a la mujer abatida sobre los duros terrones, ya sin ilusión y sin esperanza. Vi a los hijos merodeando por la estación, convertidos tal vez en ladronzuelos. Vi a Lucilo de rodillas, ensangrentado, pidiendo compasión...

—Comprendo, señora, comprendo.

Yo no podía decir otra cosa y la mujer, no obstante, agradeció mis palabras con una sonrisa que distendió la agria mueca de sus labios. Lucilo, por su parte, me propuso que me quedase con ellos, al amor de la lumbre, hasta la salida del tren, pero rechacé su hospitalidad, porque pensé que cuanto antes me marchara tanto más pronto renacerían la paz y la tranquilidad en la familia.

Salieron a despedirme hasta la calle y, tras los últimos saludos, me embutí en la oscuridad, camino de la estación, sintiendo muy pronto hasta en los huesos el frío relente de aquella noche de invierno manchego. Me volví para saludar todavía una vez más a Lucilo y a su mujer, pero ya no pude verlos. La puerta de su casa aparecía tapiada por las sombras y era ya una más de las que la noche y el miedo cierran para defender el calor y el secreto de las familias. Aquel hermetismo hostil despertó dentro de mí las nostalgias que seguramente sienten los caminantes sin hogar cuando, en medio de la noche tormentosa, divisan una ventana iluminada. *¡Bah! Tú no eres Lucilo. Tú no eres ningún pobre hombre. Tú eres un luchador.* Otros muchos, innumerables, antes que tú, pasaron por este mismo trance y supieron sobreponerse a la flaqueza y a la fatiga y lograron al fin coronar su obra, me dije a mí mismo para enardecer mi espíritu y vencer la sensiblería que

me amenazaba.

X

Entré en la sala de espera y mí cuerpo agradeció el calorcillo, con tufo a carbonilla, que me acogió. Descansando en uno de los bancos de madera y abroquelada en sus capotes y tricornios, encontré una pareja de guardias civiles, únicos ocupantes, conmigo, de aquella dependencia del ferrocarril. Fue una desagradable sorpresa, pero procuré dominarme y aparentar indiferencia. Saludé cortésmente y, antes de que me respondieran, la verdad es que no sé todavía si contestaron o no a mi saludo, me puso a pasear en el extremo opuesto de la estancia. Maquinalmente, encendí un cigarrillo y ya iba a tirar la cerilla cuando oí a mi lado una voz varonil de tono agradable:

—¿Me hace el favor...?

Era uno de los guardias, y me sonreía mostrándome su cigarrillo sin encender.

Deduje que hasta entonces los guardias no habían podido fumar por falta de fósforos. Le encendí el cigarrillo, tal como solicitaba, y él me lo agradeció sencillamente. Era un muchacho joven, algo rechoncho, de vivos colores en las mejillas casi imberbes. Se veía en él a un aldeano sometido al molde rígido del uniforme. Le seguí con la mirada mientras se dirigía hacia su compañero, a quien dio lumbre con su cigarrillo. El otro guardia,

mucho más viejo, parecía su contrafigura: muy moreno, descarnado, de rostro inexpresivo, con unos ojos negros, inquisitoriales y tristes. Sentado, sosteniendo el fusil entre las piernas, diríase que era un prototipo celtibérico, hierático y seco. El guardia joven le trataba respetuosamente y él recibía aquel mecánico testimonio de subordinación con absoluta frialdad disciplinaria, sin vanidad ni tiesura, como una fluencia natural. Siguió fumando en silencio, sin siquiera volver su rostro hacia mí.

Sin embargo, el guardia joven volvió a mirarme y me sonrió. Yo interpreté su gesto como un indicio de que tenía deseos de conversar, si bien sin decidirse a ello, porque la iniciativa, pensaba yo, debería partir reglamentariamente de su compañero. Yo seguí mis cortos paseos pensando que allí estaba la veterana guardia civil, pesadilla de los revolucionarios españoles de todos los tiempos. Me acordé del poema de Lorca, e historias de caciques y de hombres sin tierra, de bandoleros famosos y de sublevaciones campesinas, de Castilblanco y Arnedo, de algunos episodios de la guerra civil como el de Barcelona o el de Santa María de la Cabeza. Instrumento feudal a veces, impone siempre un horizonte de seguridad en el campo, donde el fulgor del tricornio al filo de la vereda o del camino apacigua e intimida más que la toga de los magistrados o que el cornetín de órdenes. (*Si ellos supieran o se oliesen quién soy yo y por qué estoy aquí...*) ¡Y, sin embargo, no sentía miedo! Sabía, eso sí, y muy bien, que era dura, muy dura, de roer; sabía que era la valla de dientes acerados que no se doblegaría nunca en la defensa del orden establecido, fuese el que fuese. En el fondo, la admiraba porque seguía siendo incorruptible en medio de la más fétida corrupción que padeciera nunca España. Muchas veces había salido yo en su defensa ante las

críticas convencionales de algunos compañeros.

—Desengañaos —les decía—, si la guardia civil hubiese estado mandada en julio de 1936 por oficiales adictos a la República, el golpe militar no hubiera durado ni veinticuatro horas, y, si no, acordaos de lo que ocurrió en Barcelona.

Los guardias cuchichearon entre sí y yo, observándoles de reojo, pude apreciar que el guardia viejo se había vuelto a mirarme y que hacía después un gesto de indiferencia. Tal actitud, sin embargo, me desazonó. No era miedo propiamente dicho lo que yo sentí, sino un cierto nerviosismo, porque me di cuenta de que era espiado y de que podía verme sometido a preguntas que encerrasen algún peligro para mí, dado que, en principio, los guardias civiles sospechan de todo el mundo.

En efecto, poco después, el guardia joven se separó de su compañero y, cuando yo pasé junto a él, en una de mis vueltas, me abordó, un poco precipitadamente:

—¿Qué, esperando al tren?

Yo, naturalmente, me detuve.

—Sí. Espero el tren para Madrid.

—Pues aún falta, aún falta. Nosotros también esperamos ese tren. Somos la pareja de relevo.

—En ese caso, parece que ustedes se han dado también demasiada prisa.

El guardia se encogió de hombros. *¿Qué más daba, en definitiva, que estuvieran allí o en cualquier otro sitio?*, parecía significar su gesto. (*La guardia civil está siempre de servicio señor*). En efecto, el hábito de la alerta permanente no les abandona ni aun en sueños. Él mismo lo dijo:

—Dormimos como las liebres, con un ojo abierto.

Y se reía, enseñando sus fuertes dientes incisivos.

—¿Es usted de Madrid? —sonó a mi espalda la átona voz del guardia viejo.

—Sí —contesté.

—¿Ha venido usted para negocios?

Empezaba, pues, el interrogatorio que yo hubiera deseado eludir y que presentí desde el primer momento como un gran peligro.

—Sí.

—Agente comercial, ¿eh?

—Sí.

—En el mes de diciembre, la mitad de los españoles que viajan son agentes comerciales.

—Es natural, ¿no?

—¿Y qué ha venido usted a vender aquí?

El viejo guardia abrió sus delgados labios para dar paso a una sonrisa, dándome a entender, o así me lo pareció a mí, que preguntaba y preguntaba por pura rutina y, en mi caso, aunque su instinto perdiguero no descubriera nada sospechoso. Pero yo tenía que contestar.

—Gaseosas —dije al azar, porque fue lo único que se me ocurrió.

Los dos guardias rompieron a reír; el viejo, con comedimiento; el joven, abiertamente. Aquellas risas espontáneas me devolvieron la tranquilidad y yo también reí.

Luego, ya sosegados, les expliqué que también se consumen gaseosas en invierno, porque poseen ciertas virtudes digestivas que las hacen muy apreciables. La conversación se fue generalizando paulatinamente y hablamos de casi todo: del

tiempo, del precio de los garbanzos, del retraso de los trenes... El que más hablaba de los dos era ya el viejo, limitándose el joven a remachar con exclamaciones sus frases sentenciosas. (*iDe miedo! iEstupendo! Ni hablar del peluquín!*) De tema en tema, llegamos a rozar incluso el de la guerra civil. El joven no había tenido tiempo de combatir en ella, pero el viejo sí.

—No me gustan las guerras —dijo este último, poniéndose repentinamente serio y hosco.

—Por lo que tengo oído, la guerra es lo último. ¿No le parece a usted? —me preguntó el joven.

—Así es; la guerra es lo último —contesté.

En eso estábamos conformes los tres.

—Pues aún dura, aunque, claro, ya no es aquello —siguió diciendo el guardia viejo—. Todavía andan por la sierra algunas partidas de maquis.

—Son bandoleros —dijo el joven y añadió—: Pero las contrapartidas de los nuestros les están zurrando la badana. Ya sólo queda algún grupo en los montes de Toledo, allá por los Yébenes...

—A nosotros nos han hecho muchas bajas. Siempre, y no sé por qué, tiene que ser la guardia civil la que pague el pato —sentenció el viejo.

Yo no quise meter baza en tema tan peliagudo y procuré desviar la conversación hacia la carestía de las subsistencias para ver cómo respiraban ellos por la herida.

—Con lo que nosotros ganamos, no tenemos ni para comer almortas. Mire cómo llevamos el calzado —y el viejo me mostró sus botas desfiguradas por los remiendos, haciéndome observar, después, lo raídos que estaban ya sus capotes.

Efectivamente, su aspecto era vejatorio. Viejos uniformes descoloridos, capotes gastados, botas remendadas...

—Son ustedes —dije con intención— los hombres más sufridos y peor pagados del país.

Pero los guardias se limitaron a cruzar entre sí una mirada y a encogerse de hombros. Quedamos en silencio y, de repente, llegó a nuestros oídos el estruendo del tren en los andenes. Y sucedió una mutación rápida, como si el uniforme, hasta entonces laxo, se hubiera acartonado súbitamente sobre la carne de los guardias. Tras un leve y rápido saludo me dejaron con la palabra en la boca.

Les vi marchar, diligentes y seguros, hacia uno de los vagones, en cuya puerta brillaban otros dos tricornios. Bajaron los del tren y cruzaron unas palabras con los que les esperaban. En seguida, estos últimos subieron al tren y aquéllos marcharon hacia la salida de la estación. Total, unos segundos tan sólo, pero quedaba asegurada la continuidad en el servicio, de día y de noche, en invierno y en verano, con viento o con sol, con lluvia o con nieve. Yo sabía que, si me los encontrara en el pasillo del vagón, lo más seguro sería que no me reconocieran, pero que, si se viesen obligados a intervenir en mi contra, lo harían sin ninguna vacilación, como si jamás me hubieran visto.

El tren se puso en marcha rumbo a Madrid. Todavía era noche cerrada, pero ya el campo empezaba a desperezarse presintiendo el amanecer. Ello me hizo pensar en mi propia vida, acampada en la noche durante años y años, en la noche cósmica y sin límites, ante la que empezaba a descorrerse tímidamente el velo de un oscuro e incierto amanecer. ¿Cuándo brillaría plenamente el sol para mí? Me acordé también de Lucilo y de tantos otros como él y los comparé con los guardias civiles. ¡Qué lástima no poder

cambiarlos! Así podría realizarse una revolución exacta, cronometrada, con cada cual en su sitio, a la hora prevista, sin tibios ni remolones. ¡Guardia civil insobornable, impávida y terrible! Y en la confusión de la duermevela soñé con una revolución constelada de tricornios.

XI

—Toma esta llave. Es la del portal. Entras y subes. No enciendas la luz de la escalera. No hace falta, porque es el primer piso, el de la derecha. A las once en punto, ¿eh? Das dos golpecitos suaves en la puerta. Nada más. Yo te estaré esperando.

Fueron las últimas palabras de Celia antes de separarnos. Era un jueves por la tarde, pocos días después de que abandonara el hospital. Como ya me había anunciado, tan pronto se encontró de nuevo en la calle, se fue derecha a la agencia del Servicio Doméstico y, con la recomendación de la monja del hospital y la añadidura de una propina, obtuvo la dirección de una señora sola que necesitaba una chica para todo. Su nueva patrona era una anciana medio inválida y sin familia (*Hace ya diez años que no pisa la calle*) que habitaba un piso en la calle de Castelló.

—No se levanta en toda la mañana y pasa las tardes sentada en un sillón. No hace más que leer y escribir, y un día a la semana, los miércoles, recibe a sus amigos: dos señoras y un señor. Tan viejos como ella. Meriendan chocolate con pastas y cotillean de sus cosas: teatro, libros, viajes. Hablan de sus amigos y de los tiempos de Maricastaña. A las diez en punto de la noche se acuesta, bueno la acuesto yo. Yo también le ayudo a lavarse, a peinarse, a vestirse. Le preparo la comida y le tengo siempre a

mano sus píldoras y sus jarabes. Es muy dominanta, pero como depende de mí para todo... Me llama cada dos por tres, muchas veces por nada, por el capricho de verme y oírme, se conoce. Que si dame ese libro, que si acércame esos papeles, que si tráeme un vaso de agua, que si llévame al retrete, que si mülleme un poco la almohada, y cosas así. Desde luego, es un incordio, la pobre mujer. Claro, se ve sola e incapaz de valerse por sí misma... Y desconfiada... Me da el dinero para la compra, pero, por la noche, me toma la cuenta hasta el último céntimo, aunque de poco le vale, porque, sin abusar, le siso lo que a mí me parece. De todas maneras, estoy contenta. Dos veces en semana hace venir a otra mujer para las labores fuertes como la colada y la limpieza general. Todos en la casa, desde el portero hasta el último vecino, la tienen en mucho aprecio y dicen que es una sabia famosa. Ha escrito libros. Yo los he visto en la biblioteca, porque tiene una biblioteca, ¿sabes?, con yo no sé cuántos libros, carpetas, revistas, periódicos. Y no digo nada de los cachivaches antiguos: figuritas, abanicos, retratos, jarrones, lámparas, palmatorias y qué sé yo, lo que te digo, más que en el Rastro. Se ve que es una persona que ha vivido siempre bien, puede que sea muy rica, no lo sé, y que ha viajado mucho, porque habla de París, y de Londres, y de Roma, como yo te pudiera hablar de Valencia, de Madrid o de mi pueblo. Y de España, para qué. Se la conoce de arriba abajo. Cuando le dije que era de Madrigal de las Altas Torres tú no te puedes imaginar siquiera las historias que sacó a relucir, de las que yo no había oído nunca hablar. Y eso que no le menté para nada a mi familia.

Estábamos sentados a una mesa en un café que hace esquina a dos calles, cerca de donde vive Celia. Nos metimos allí al paso, buscando un refugio contra el frío que ya empezaba a sentirse en

todo su rigor invernal. Los cristales de sus ventanas estaban empañados por el vaho, porque dentro se respiraba una atmósfera densa y cálida, transida de olores a café, a mantequilla y a tabaco, muy agradable.

—¿Y por qué no le hablaste de tu familia? —le pregunté, excitada mi curiosidad por el tono y la forma reticentes con que había pronunciado sus últimas palabras.

Celia bajó la mirada sobre su taza de café y permaneció muda.

—Di, ¿por qué no quisiste hablar de tu familia a esa señora? ¿Es que guarda algún misterio tu familia?

Celia volvió a mirarme y denegó con la cabeza.

—No, hombre. Tanto como misterio, no. Es que... —y se interrumpió.

—¿Qué? —insistí, ya impaciente.

—Es que, a veces, cuando lo cuento, la gente cree que es una fantasía mía, una patraña. Verás... ¿Me prometes no tomarlo tú también a chunga?

Se lo prometí, por supuesto, verdaderamente intrigado por sus vacilaciones.

—¿Has oído hablar del pastelero de Madrigal?

Recordé que existía una novela folletinesca con ese título y recordé asimismo lo que la historia nos cuenta de aquel oscuro episodio en que un apuesto mozo alegaba ser el rey don Sebastián de Portugal, dado por muerto después de la batalla de Alzarquivir, en África, y que Felipe II resolvió a su manera, mandando decapitarle y descuartizarle públicamente. ¿Era, realmente, el rey portugués o tan sólo un vulgar impostor? La cosa no quedó muy clara y sigue siendo uno de tantos misterios históricos convertidos en leyendas, debido quizás, en este caso, a la misma ferocidad con

que el rey pretendió silenciarlo para siempre.

—Sí, claro que sí.

—¿Y también que se llamaba Gabriel Espinosa?

—Sí, también recuerdo su nombre, aunque no se sabe si era falso o verdadero.

—Es que yo me llamo Celia Espinosa.

—¿Y qué?

Entonces me explicó que su familia descendía de Gabriel Espinosa y de la princesa africana con quien estaba casado al estilo moro. Por eso, a los suyos les llamaban en el pueblo «los moros». Era un mote que les perseguía como una maldición y que su familia venía arrastrando desde tiempo inmemorial. Celia había oído contar a su padre y a su abuelo la historia de su parentesco con Gabriel Espinosa, historia que ellos, a su vez, oyeron en labios de sus mayores. Además, pertenecía al dominio público. La de Gabriel Espinosa era, en Madrigal, una leyenda más que venía a mezclarse con las de sus conventos y viejos palacios en ruinas, con el nacimiento de Isabel la Católica, con las hazañas de sus nobles linajes, con las persecuciones inquisitoriales contra sus judíos, con las de los fantasmas y apariciones de ánimas errantes... En Madrigal existen varias familias con el apellido Espinosa, supuestamente entroncadas con la del célebre pastelero, que se reúnen una vez al año para conmemorar la efemérides de su gloria y de su martirio.

—Recuerdo, desde bien chiquita, que me llamaban «Celia, la de los moros» hasta en la escuela. Por eso, en cuanto cumplí los quince años, les dije a mis padres que yo no aguantaba allí ni un año más. Como no tenían más hijo ni hija que yo, mis padres no querían dejarme marchar, pero yo les amenacé con que me

escaparía cuando menos lo esperasen, cualquier noche. Sabían que lo haría y entonces, por recomendación de las monjas de mi pueblo, encontré un trabajo de niñera aquí, en Madrid. Así me vine y así me pilló la guerra. Mis señores debían ser muy fascistas, yo no lo sé, pero el caso es que, a la semana o así de haber estallado la revolución, una mañana, muy temprano, me llamó la señora para pagarme el mes y decirme que ellos se iban de viaje y que estarían fuera una larga temporada y que, por lo tanto, yo quedaba despedida. Nunca más supe de ellos, ni cuando acabó la guerra. Me quedé en la calle, ya te puedes figurar en qué situación. No sabía qué camino tomar y lo primero que hice fue ir a ver a una amiga mía, y no la encontré, pero la portera de la casa me dijo que también habían desaparecido sus señores de la noche a la mañana, por miedo a las milicias, y que mi amiga, al quedarse de más, se había apuntado como enfermera en un hospital de sangre, cuyas señas me dio. Sin más, me dirigí allí. Y, por suerte, la encontré. Ya estaba trabajando como enfermera y ella fue la que me apuntó para lo mismo. Me quedé, pues, como enfermera. Más tarde fui trasladada a otro hospital, en Valencia, donde conocí a julio, con el que me casé y... Bueno, lo demás ya lo sabes.

Y se me quedó mirando, sonriente, en espera de conocer la opinión que me merecía lo que acababa de oír. Comprendí muy bien sus temores a que me burlara de ella o dudase de la veracidad de su relato. En cuanto a mí, el que Gabriel Espinosa fuese o no don Sebastián era lo de menos, y no me preocupaba. Lo que sí me parecía absurdo e incomprendible era que siguiesen gravitando sobre su estirpe las secuelas de un veredicto pronunciado tres siglos antes, es decir, que alcanzase a los Espinosa del siglo xx el furor de Felipe II y se mantuviera vigente la

condena social que entonces se pronunciara. Ello era lo increíble. Sin embargo, se correspondía plenamente ese hecho, a mi juicio, con el espíritu anacrónico de muchos pueblos españoles anclados todavía en el remoto ayer, recluidos en sí mismos, aislados del mundo, no tanto por sus murallas ruinosas como por su culto morboso a las marchitas glorias del pasado. Pueblos estáticos, yertos, absortos, petrificados, islotes al que se aferran los supervivientes de un naufragio en el tiempo. Madrigal de las Altas Torres, qué nombre tan sonoro y evocador, debía ser uno de ellos.

—¿Qué, tú tampoco te lo crees?

La pregunta apremiante de Celia me sustraío de mi incipiente divagación por los derroteros de mis preocupaciones histórico-políticas, tan de mi gusto, y me retornó rápidamente a la realidad del momento.

—Sí, mujer. Te creo. Claro que te creo.

Sus ojos brillaron intensamente y me tomó una mano entre las suyas. A mí, el contacto de su piel, el brillo de sus ojos y la sonrisa que iluminaba su boca me hicieron olvidar a Gabriel Espinosa, a Felipe II y a todos los fantasmas de la Historia.

—¿De veras? ¿No me lo dices para conformarme?

—Te doy mi palabra, Celia. Siempre te he creído y ahora también.

La vida reposada y metódica del hospital había dado más tersura a sus mejillas, más frescor a sus labios y mayor relieve a sus pechos. Estaba más hermosa que nunca. Me imaginé sus muslos, más carnosos, y su vientre, más mullido. La hubiera besado y acariciado, pero me contuvo, en el último instante, la irrupción de otra pareja que llegaba precedida de una ráfaga de aire frío, y porque Celia, consciente de mi excitación, me dijo:

—¡Huy, no! Ahora no. Déjalo para después, para esta noche.

Lo tenía todo previsto. Pasaríamos la noche juntos, pero no en una casa de citas, sino en su alcoba, en su propia cama.

—No te asustes. No hay peligro.

Su señora ya estaría acostada cuando yo apareciese y ni se enteraría ni sospecharía. La habitación que ocupaba Celia, después del baño y de la cocina, era la más distante del dormitorio de la anciana. Por consiguiente, no cabía el temor de que nos oyera. Celia le ayudaría a acostarse, como de costumbre, y trajinaría después por la casa hasta que se le cayese el libro de las manos, lo que siempre sucedía a eso de las once.

—Ya no se levanta hasta el mediodía siguiente y, si algo precisa durante la noche, me despierta tocando el timbre que suena en mi cuarto.

Media hora antes, el portero cerraba la puerta de la calle y se recluía después en sus habitaciones del sótano y lo mismo el portal que la escalera quedaban a oscuras y en silencio. Dado el día, jueves, y que estábamos en invierno, no había peligro de que me tropezase con alguien por el camino.

—Eso sí, por la mañana, tendrás que irte tan pronto amanezca, porque el portero madruga mucho, y de lo que también tienes que preocuparte es de que no te vea el sereno ni al entrar ni al salir.

Precisamente, cuando, desde mi puesto de observación, vi que el sereno volvía la esquina para acudir a una llamada, crucé rápidamente la calle, solitaria y barrida por un viento frío. La llave funcionó fácilmente y entré en el oscuro portal. Volví a cerrar la puerta y, luego, me dirigí a la escalera, muy de prisa y de puntillas, a fin de no hacer ruido y de llegar a buen puerto antes de que se le ocurriera a algún vecino entrar o salir y encender las luces. ¿Qué

podría decir yo si me descubriesen? Lo más probable sería que me tomasen por un ladrón y me denunciaran. Ya oía los gritos de una mujer: *¡Al ladrón! ¡Al ladrón!* Sudé y temblé y también hubo un momento en que me arrepentí de haber seguido el plan de Celia. (*¡Qué atrevidas son las mujeres! ¡Cuando se emperran por algo, son capaces de saltar por encima de todo!*) Pero no podía echarme atrás y, por fortuna, la ascensión duró apenas unos segundos y transcurrió sin novedad. No sé si respiré siquiera durante el breve trayecto, pero cuando me detuve ante la puerta indicada y me disponía a llamar quedamente en ella, oí que Celia me decía en un susurro:

—Entra, entra. Te he oído llegar por la respiración.

Me cogió por un brazo y me hizo entrar en una estancia completamente a oscuras. Oí el leve chirrido de la puerta al cerrarse y percibí de lleno el olor de Celia sobre la difusa masa de olores que emanaba del interior de la vivienda.

—Quítate los zapatos —murmuró ella de nuevo a mi oído.

Me descalcé apresuradamente y, siempre cogido de la mano por ella, anduve a tientas hasta doblar la esquina de un pasillo iluminado al fondo por la luz que dejaba salir la puerta abierta de una habitación.

—Este es mi cuarto. Pasa y date prisa en desnudarte, porque yo vuelvo en seguida.

Cerré la puerta detrás de mí y me hallé en un pequeño dormitorio sin más muebles que la cama, un pequeño armario ropero y la mesita de noche. Y la cama crujía como el pan tierno y sus ropas ofuscaban por su blancura. Una gruesa cortina cubría el vano de una ventana cuyas hojas de madera encontré herméticamente cerradas. Olía a agua de colonia y a limpieza en

un cálido ambiente femenino que sugería desnudeces e intimidad de mujer. Me senté en el borde de la cama y empecé a desnudarme. Llevaba casi un mes esperando mí reencuentro con Celia, más hambriento de ella cada día y, de pronto, se me presentaba la extraña situación de verme en su propia alcoba, en una casa ajena, esperándola. ¿Sería un sueño? Pero no. El miedo, agazapado en mi subconsciencia, de que pudiera aparecer la anciana señora apuntándome con un bastón y preguntándome *qué hace usted en mi casa a estas horas*, me advertía que no estaba viviendo un sueño, que no, que no, que era realidad, realidad, realidad. Una realidad casi increíble, eso sí, y más cuando se abrió la puerta y apareció de nuevo Celia, no la dueña de la casa, sino Celia, una Celia tocada con un turbante improvisado, cubierta de cintura para abajo con una toalla de baño, mostrando los redondos pechos al aire y diciéndome:

—¿No te parezco así una princesa mora?

XII

Mi hermana, muy nerviosa, me lo anunció al entrar en casa:

—Te esperan, Federico.

No pude saber quién o quiénes pudieran ser la persona o personas que me esperaban, pero por el aspecto y por el tono de voz de Alfonsina colegí que no se trataba de una visita de cumplido ni mucho menos. No quise preguntarle nada y me dirigí al comedor, desde cuya puerta contemplé la recepción. La mesa, a punto para ser servida la cena. Sentados a su alrededor estaban Fernando y dos hombres más que me eran completamente extraños y desconocidos. Los tres me miraron, unánimes, y yo advertí en los ojos de mi cuñado angustia y temor. En cambio, los de los otros no revelaban emoción alguna. Siguió un instante de aguda tensión y de expectante silencio, pero, apenas saludé a los presentes de forma impersonal, se levantaron los dos visitantes, que correspondieron a mi saludo con un leve movimiento de cabeza, y dijo Fernando, dirigiéndose a ellos y señalándome a mí:

—Este señor es Federico Olivares, mi cuñado.

Yo seguía sin acabar de comprender la situación. Venía de la casa del Jaro y me hallaba aún bajo el efecto de las palabras de Fuensanta:

—De verdad que éramos más felices en el pueblo, y no sólo

porque entonces yo estuviera sana y ahora esté enferma, no. Es que, en Madrid, mi Juan y yo hemos echado siempre de menos la alegría del campo, y él más que yo todavía. Aquí no se ve más que piedras y cemento y todo parece artificial. Sí, don Federico, no sé cómo decírselo, pero no se encuentra nada que sea lo que debe ser. Si usted supiera qué gozo se siente al ver los trigos granados, al oír caer la lluvia o silbar al viento en la ventana por las noches... ¿Verdad, Juan?

Yo venía impregnado de ese esplendor de la vida que evocaban en mi imaginación el parloteo de Fuensanta y las afirmaciones del Jaro y, a su vez, deprimido por el rápido empeoramiento de la salud de aquella, cada día más pálida y enflaquecida, como si la parálisis avanzase con aviesa rapidez hacia su corazón e, inesperadamente, me encontraba con aquella visita intimidadora que nada bueno presagiaba. Era una sorpresa que me mantuvo suspenso hasta que uno de los desconocidos se adelantó y, levantando la solapa de su chaqueta, me mostró la chapa de los agentes de policía.

—¿Policía? —pregunté yo aún, estúpidamente.

—Sí, y tiene usted que acompañarnos a la comisaría para una diligencia. Le hubiéramos esperado fuera, pero la señora fue tan amable que nos hizo pasar dentro.

La luz plena se hizo en mi mente y entendí con toda claridad lo que estaba ocurriendo. Aquellos dos intrusos venían por mí. Quedaba detenido. Iría de nuevo a la cárcel. ¿Por qué? Vívidamente surgió en mi memoria la escena del garaje. Sería por eso. Pero no traté de averiguarlo, porque de sobra sabía que, en casos semejantes, lo mejor es obedecer y callar. Mis aprehensores no sabrían nada y, aunque lo supieran, no me lo dirían. La

sorpresa y la incertidumbre son dos factores que juegan a su favor. Desconciertan al detenido y paralizan su defensa. Así, el preso no sabe nunca por dónde le van a atacar hasta que el ataque comienza.

Fue mi hermana la que habló:

—Te voy a preparar un bocadillo para que cenes, y una manta para que te abrigues esta noche. ¿Puedo? —y miró a los agentes.

Los policías condescendieron:

—Claro que sí. No faltaba más.

Alfonsina salió y nos quedamos solos los cuatro hombres. Los policías eran jóvenes. Vestían gabardinas, como yo, y ostentaban pequeños bigotes circunflejos. ¿Solteros? ¿Casados? ¿Qué clase de individuos eran? Parecían tranquilos, eso sí, e indiferentes, como si estuvieran habituados a trances análogos hasta el punto de encontrarse ya inmunizado contra toda emoción. Mi caso era, sin duda, uno más simplemente en su rutinario quehacer de cada día.

Fernando, que había permanecido inmóvil en su silla todo el tiempo, se puso en pie y se me acercó para agarrarme un brazo fuertemente, como si quisiera expresarme de ese modo sus afectuosos sentimientos hacia mí. Vi que estaba conmovido y le dije, en tono de broma, con el fin de aliviar la situación:

—Ahora sí que voy a tener tiempo para estudiar contabilidad. Te prometo que la estudiaré. De veras.

Fernando asintió a mis palabras con lentos movimientos de cabeza, sin levantar sus ojos hasta los míos. No, no era mala persona Fernando. Tampoco los policías presentaban ningún síntoma de serlo, porque ni su comportamiento ni sus palabras trascendían agresividad u odio ni se desprendía de ellos que

sintieran ningún placer morboso al ejercer sus funciones. Y yo, ¿era acaso un criminal peligroso? No, claro que no. Sin embargo, los agentes, en cumplimiento de una orden impersonal, transmitida mecánicamente desde un origen ignorado y en virtud de inexplicables atribuciones, estaban cometiendo, fríamente, un acto de violación contra los derechos esenciales del hombre. Si individualmente no eran responsables de aquella tropelía, ¿a quién acusar? ¿A las leyes, al sistema, a la sociedad entera? Pero eran conceptos abstractos, palabras, sólo palabras. Sí, pero palabras que servían de tapadera, de excusa y de coartada, para que las conciencias de los verdaderos conspiradores contra el espíritu humano, y también las de sus secuaces, permanecieran tranquilas, impasibles, exoneradas de toda responsabilidad y de todo remordimiento. Así, aquellos policías y su superior jerárquico, y el ministro, y el jefe de los jefes, cenarían, se distraerían después con grandes o pequeños goces y podrían finalmente dormir en paz consigo mismos, ajenos al enorme, insondable, sufrimiento que sus acciones encadenadas hubieran derramado por doquier, allí mismo, en mí, en mis hermanos. ¿No se ha matado y se sigue matando en nombre de Dios, de la Patria y de la Ley? Pues del mismo modo y por la misma razón se encarcela, se tortura y se destruye, en nombre de esos o de otros principios igualmente inasibles y encubridores del verdadero monstruo, que es el instinto zoológico de dominación.

La vuelta de Alfonsina con sus paquetes puso otra vez en movimiento la representación. Mi hermana me abrazó y yo le dejé llorar sobre mi hombro, reprimiendo mi propia congoja, porque yo la quería entrañablemente y separarme así de ella me desgarraba por dentro.

—Vamos, vamos —tuve que decirle—, que no me voy al fin del mundo. No es para tanto, mujer. Lo que más siento es que no vamos a pasar juntos estas navidades después de haberlo estado deseando tanto tiempo.

Me separé suavemente de Alfonsina y, antes de que ella pudiera reaccionar, hice una seña a los policías y me dirigí rápidamente a la salida. Bajé la escalera, seguido de mi escolta, y, al pasar frente a la portería, vi que la portera me miraba con los ojos muy abiertos tras la vidriera de su zaquizamí.

A pesar del frío se veía todavía bastante gente circular por las aceras y cruzar la calzada, por donde los taxis con joroba, los automóviles particulares y los tranvías se abrían paso a golpes de timbre o de bocina. El coro de los mil ruidos diversos cantaba la disonante canción de las calles que recuerda el jadeo de las manadas trotando por los bosques o el rumor isócrono del mar.

Era la hora final de la jornada, cuando los amigos y los negociantes se despiden hasta el día siguiente en las puertas de los cafés; cuando las multitudes alucinadas se desencadenan a la salida de cines y teatros; cuando los acaparadores de empleos corren hacia sus casas, con las carteras bajo el brazo, enrojecidos los ojos, dolorida la espalda y ensombrecido el cerebro. Es la estampida. Todo el mundo quiere correr, y se suplica y se increpa a los taxistas, y se consuma el asalto final a los vehículos colectivos, y racimos de hormigas humanas, gesticulantes y pateadoras, se aplastan en sus enormes vientres que tiemblan como si fuesen a reventar.

Mis acompañantes me dejaron marchar solo, en vanguardia, y yo iba despidiéndome mentalmente de todo aquello. Nadie podía pronosticarme cuándo me sería permitido volver a contemplarlo.

¿Meses? ¿Años? Pasé junto a la camisería, cuyo escaparate ornaban ya los oropeles navideños: estrellas, guirnaldas, cadenetas y flores de papeles brillantes. Luego, la reformada farmacia, lírica y frágil como una canariera. Y la cafetería con sus muchachas vestidas de azul. Dos mujeres envueltas en risas y en aires de juventud se cruzaron conmigo sin verme. Me empujó un hombre que olía a cuero. Un lisiado pregonaba los títulos de los periódicos de la noche. En una esquina, tres jóvenes apuraban el último minuto discutiendo de técnica futbolística. Más allá, una hilera de silenciosos, pacientes y cansados peatones, aguardaba el paso de uno de esos tranvías que nunca llegan puntualmente. Y nadie me miraba siquiera.

Me despedía, sí, de todo aquello, pero mi despedida estaba exenta de tristeza. En el fondo, era como si me liberase de un gran peso que hubiera llevado a cuestas hasta entonces. En definitiva, volvía de una aventura desgraciada. La ciudad no me quería. La ciudad, hostil y orgullosa, me había desconocido y rechazado. No quiso asimilarme y, como un cuerpo extraño a su organismo, me segregaba al fin de sí misma. No, decididamente no era aquel mi mundo. Me eran extrañas sus ideas, su ritmo y su voz. Mi mundo era otro y se había quedado atrás. Lo único que quedaba de él eran los trozos momificados que aún persistían en las cárceles del país. Allí se pensaba como entonces, se hablaba en el idioma que me era familiar y su tiempo no pasaba por el reloj. Hacia allí volvía yo. Allí me esperaban, allí me querían, allí volvería a ser de nuevo Federico Olivares, el compañero o camarada Federico Olivares, veterano, amigo, pobre entre los pobres, igual entre iguales, fuera de la corriente que arrastraba a los de fuera con sus cuitas y sus vanos afanes. Era mejor soñar en ser libre, verdaderamente libre,

estando encadenado, que vivir encadenado creyéndose libre.

Penetramos en una calle estrecha, débilmente iluminada. En los portales, a punto de cerrarse, se despedían las parejas con palabras apresuradas, quedas, sigilosas, como zureos, o con risas ahogadas. De una taberna con los cristales empañados se escapaban voces broncas y confusas. Pocos transeúntes. Al final, una puerta grande con dos faroles blancos: los ojos hipnóticos de la comisaría. Me detuve para dar tiempo a que me alcanzara la escolta y entramos los tres sin decir palabra. Los agentes tendrían prisa por terminar el último servicio de la jornada. En cambio, para mí, el tiempo ya no tenía sentido. Ya no sería nunca tarde o temprano. Allí estaba la frontera del tiempo y yo la traspasaba y salía de él.

El calabozo donde me dejaron a solas era un amplio rectángulo de paredes lisas y suelo de cemento. Las ventanas, sin cristales, se abrían a nivel mismo de la calle, a ras de la acera. Al pasar, había observado que uno de sus muros limitaba con el departamento de retretes y lavabos, donde sonaba un continuo fluir del agua por los grifos descompuestos. No había allí ni un solo mueble, ni siquiera una banqueta donde sentarse, pero al fondo, cerrando el ángulo de dos de sus muros, se alzaba una especie de poyete, también de cemento, que debía de servir de yaciza a los detenidos.

De entrada, el frío me atrapó como si, de repente, hubiera caído sobre mí un chorro de agua helada. No era el frío bravo y agresivo de la calle, sino ese glacial aliento de vacío y humedad que transpiran los pozos y las cuevas donde no se posa nunca el sol. Un frío que no araña ni flagela la carne, sino que le penetra sutilmente, que entumece los nervios y corroe la osamenta. Pensé que el mejor medio de combatirlo sería moverme, pasear de un

extremo a otro de la estancia, a fin de activar la circulación de la sangre y evitar así el peligro de quedarme congelado. Y lo hice. Y, mientras paseaba, el silencio y la soledad me ayudaron a concentrarme y examinar la nueva circunstancia y sus antecedentes. ¿Cómo había llegado a conocimiento de la policía lo tramado aquella noche en la reunión del garaje? ¿Una confidencia? Pero, ¿de quién? Pasé revista mentalmente a todos y a cada uno de los conjurados, pero no hallé indicios especiales que me hicieran sospechar de ninguno de ellos en particular. Por otra parte, era yo el único detenido, precisamente yo, fracasado en el encargo que se me encomendara, mientras, que yo supiera, Ramón y Jaime continuaban libres, siendo los que habían logrado un éxito más completo en su cometido. Por fortuna, la acusación sólo podría basarse en un propósito, en un proyecto, en unas palabras genéricas, y no existía ni un escrito, ni un documento ni un papel que me comprometiera ni me inculpase. Entonces... Habría que pensar en una indiscreción. Y otra vez, ¿de quién?, ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿por qué? Eran muchas interrogantes y yo me perdía en una maraña de posibles respuestas, ninguna de las cuales me llevaba a una conclusión verosímil ni me convencia.

Entre tanto, y pese a mis continuos paseos, el frío había logrado penetrarme. Del suelo, de las paredes y de los rincones surgían chorros de aliento letal que yo sentía renovarse en mi cara y deslizarse por las mangas de la chaqueta y por las bocas de los pantalones. Me castañeteaban los dientes y me dolían brazos y piernas. No valía de nada envolverme en la manta. Inútil frotarme las manos. Inútil patear el suelo. Estaba empapado de frío.

Temía perder el conocimiento, caer y quedarme engarabulado sobre el pavimento. Comprendí que sería inútil golpear la puerta y

pedir auxilio. No me oirían y, si me oyeron, no me harían ningún caso o se limitarían a amenazarme con peores castigos si no me callaba. En vista de ello, reuní todas mis fuerzas y apelé al único recurso que me quedaba: correr con paso gimnástico, moviendo a compás brazos y piernas, a lo largo del circuito interior del calabozo. Olvidé mis preocupaciones, impulsado exclusivamente por la necesidad de dominar el frío, y corrí, corrí desatentadamente, corrí como una bestia. Y ya no pensaba en otra cosa que en correr, correr, seguir corriendo... Y experimenté algún alivio, sí, pero era evidente para mí que no podría seguir corriendo toda la noche. De pronto, chirrió la puerta. Yo me detuve, jadeante. Creí al pronto que acudía alguien en mi auxilio, que alguien había observado desde fuera, a través de la mirilla, mi desesperada lucha contra los efectos del frío y venía a liberarme de su acoso. Pero no, no se abría la puerta por eso. Se abría para dar paso a un nuevo inquilino, que entró con aire de perro apaleado y que me miró, asustado. Otro chirrido y quedamos frente a frente los dos hombres. Bueno, el recién llegado no era todavía un hombre, sino un mozalbete de unos dieciséis o diecisiete años, de tipo anémico, vestido solamente con un mono y calzado con unas alpargatas rotas, sin calcetines. El muchacho se recostó en la pared y siguió mirándome despavorido; aterrado, sin duda, al verme con los cabellos en desorden, con las mandíbulas contraídas, respirando ruidosamente por la nariz. Y, en verdad, mi aspecto debía ser verdaderamente impresionante. Su pinta, en cambio, era la clásica del golillo, del pequeño delincuente habitual, del descuidero que, en el lenguaje carcelario, se llama también pringoso o chorizo. *Se va a quedar helado si no se mueve*, pensé. Esta idea llegó a apoderarse de mi cerebro, a

repiquetearme, a martillearme, a herirme en él.

—¿Por qué no corres como yo? Te vas a morir de frío —le grité.

Pero el muchacho, con los ojos de par en par, como si viese en mí a un fantasma, movió la cabeza negativamente y me gritó, con voz débil, tartamudeando:

—Yo no puedo correr.

—¿Por qué no? —insistí.

—Porque no tengo fuerza para moverme.

Me acordé entonces del bocadillo que me preparara Alfonsina y se lo ofrecí.

—Toma. No es mucho, pero te quitará el hambre.

El golfillo extendió hasta él sus manos, moradas y temblorosas, y lo cogió.

Yo no estaba para contemplaciones. No podía entretenerme. El frío me hacía tiritar. Por eso, reanudé inmediatamente mi recorrido de noria, contando las vueltas. A la cuarta, me detuve, obligado por la irresistible necesidad de orinar. Lo hice dificultosamente contra la pared, en cualquier sitio. El orín humeaba, era un chorro de humo... Y otra vez a correr. Más vueltas: diez, once, doce... Ya no corría con ritmo gimnástico. Me faltaba el aire en los pulmones y las piernas me pesaban como si hincase los pies en barro espeso. Quince, dieciséis... (*Me ahogo, me ahogo*). Disminuí la velocidad de la marcha. Tropecé. (*Que me caigo. Me voy a caer*). Veinte, veintiuna... Ya no podía más. (*Voy a reventar*). Y me detuve, resonante, doblado sobre mí mismo.

Me recosté en el muro. Respiraba con la boca abierta y el aire silbaba en mi garganta. Mientras, el muchacho seguía mirándome con una fijeza terrible, como hipnotizado. El paquete con el

bocadillo yacía caído a sus pies, intacto. Hice un esfuerzo y, tambaleándome, me acerqué a él.

—¿Por qué no comes?

Él hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No puedo. El frío no me deja.

Tenía los labios amoratados y los ojos, rebosantes de lágrimas que no acaban de caer.

—¡Vamos! ¡Muévete un poco! —le grité, fuera de mí y espantado por la idea de que pudiera quedarse muerto en la misma postura, tieso como un témpano.

Pero no me hizo caso. Entonces le di unos golpes en la espalda, para desentumecerle y animarle, pero el chico no se movió. En vista de ello, le azoté el rostro, primero suavemente, y, después, con más fuerza, aunque, en los dos casos, con precaución, a fin de no hacerle daño. Inútil. Lo único que conseguí fue atemorizarle.

—¡Déjeme! ¡No me pegue! —y las lágrimas, hasta entonces inmóviles, empezaron a descolgarse por sus mejillas.

Tuve que sostenerle para evitar que se derrumbara y como vi que no le quedaban fuerzas para reaccionar, me lo llevé, casi a rastras, hasta el poyete y lo tendí en él. Luego, me eché a su lado y abrí la manta sobre los dos. El muchacho entonces se abrazó a mí con las pocas fuerzas que le quedaban, plegó las piernas y se encogió cuanto pudo. Yo me acoplé a su postura de forma que la manta nos cubriese a ambos, y pronto nuestros alientos, confundidos, templaron el aire bajo ella. Mi joven compañero, pese a todo, se durmió en seguida, vencido por el helor, el hambre y el agotamiento. A mí también me acometían el sueño y el cansancio. Sentí como si flotara en el vacío, ingravido, y, luego, como si el viento me arrastrase por el espacio desierto hacia una

sima oscura, donde, al fin, fui hundiéndome lentamente. No obstante, me di cuenta del mal olor que exhalaba el muchacho, olor a mugre, a carroña, y las bascas del asco me subieron desde el estómago a la boca. Creo que intenté, que hice desesperados esfuerzos por desasirme de él, por apartarlo de mí, por arrojarle del cobijo. Pero no pude lograrlo. No me quedaban fuerzas para ello.

Poco a poco fue oscureciéndose mi cerebro y ya no supe de mí hasta que me despertaron las voces autoritarias de los guardianes.

Ya era otro día y el coche celular esperaba para trasladarme a los calabozos de la Dirección General de Seguridad, donde encontraría las respuestas que con tanto ahínco y tan inútilmente buscara la noche anterior, y donde quizá, quizá, quién podía saberlo, me estuviera aguardando algo peor que la muerte.

*

—¿Quién piensas tú que ha podido ser el chivato?

Formábamos corro en el patio de la nueva prisión de Carabanchel los integrantes del grupo de «Casa Felipe» y del garaje, excepto Ramón y Jaime, una fría mañana de invierno en la que el sol era impotente para disolver la pegajosa niebla que nos envolvía.

—Eso mismo pregunto yo, Ibáñez —dijo Duarte, golpeando una con otra sus manos enguantadas.

La pregunta constituía nuestra obsesión y la repetíamos cada mañana, como si fuera un saludo, al reunirnos en el patio.

¿Quién nos delató? El agente me obligó de malas maneras a

sentarme en el taburete frente a la mesa cubierta de legajos, carpetas y ceniceros rebosantes de colillas. Yo llevaba dos días incomunicado en una celda, casi sin comer, porque me repugnaba el rancho que nos repartían, y, a consecuencia de ello, me encontraba muy débil y temía que no pudiera resistir dignamente el embate del interrogatorio, cuyo sistema, que conocía muy bien, me espeluznaba con sólo recordarlo.

Había compuesto una historia bastante verosímil que justificase la reunión, la fatídica reunión, de aquella noche en el garaje. Sí, yo había asistido a ella, pero sin saber a ciencia cierta con qué objeto. Luego resultó que se trataba de responder a la acusación de colaboracionistas que sostenían contra nosotros algunos antiguos compañeros porque nos negábamos a seguir sus directrices y porque, según ellos, nos manteníamos en una actitud inoperante frente al régimen franquista. Era para nosotros cuestión de honra salir al paso de semejante calumnia mediante un documento colectivo que haríamos público de alguna manera, y en el que, más que defendernos, atacaríamos a nuestros detractores. Discutimos largamente los términos en que debería ser redactado y se acordó que se aportarían varios borradores que serían examinados uno por uno en una próxima asamblea hasta concordar el definitivo texto. En cuanto a la forma de difundirlo, se pensó en algunos compañeros situados en los puntos neurálgicos de la red ferroviaria, para que así pudiese llegar con toda seguridad a los correspondientes de provincias. El correo era peligroso. En cambio, un pequeño paquete llevado en propia mano por un mensajero de confianza ofrecía todas las posibles garantías de discreción y eficacia. Convine conmigo mismo en confesar, si se me apretaba hasta ese punto en el interrogatorio,

mi desplazamiento a Alcázar de San Juan con el fin de convencer a Lucilo de que nos sirviera de enlace, pero haciendo constar al mismo tiempo el resultado negativo de mi gestión, que Lucilo se había negado rotundamente a colaborar con nosotros, porque debía quedar él fuera del asunto a toda costa. Yo estaba convencido de que, en los interrogatorios, no es conveniente abroquelarse en la negativa ni cerrarse en banda ante el ataque de los interrogadores. Decir que no a todo, rechazar de plano los cargos o las insinuaciones, empecinarse en eludir la cuestión planteada, es una táctica torpe, de avestruz, finalmente ineficaz, porque el inquisidor es siempre el más fuerte y porque toda resistencia tiene un límite. Hay que resistir, evidentemente, pero la resistencia ha de ser elástica, flexible, como en la guerra, sacrificando una posición secundaria para evitar la quiebra y el desbordamiento de todo el sistema defensivo. Me acordé de mi primer interrogatorio, en circunstancias mucho más graves. Entonces se me acusaba, nada menos, que de conspirar contra el régimen de Franco, al mes escaso de haber terminado la guerra civil. Se pretendía con ello llevarnos rápidamente, a mis compañeros y a mí, ante el piquete de ejecución. La denuncia era falsa, por supuesto, pero yo no podía alegar testimonio ni prueba alguna en contra, sino sólo palabras. Negar simplemente no me hubiera valido de nada. Antes al contrario, mi negativa habría irritado, hasta un grado peligroso, a unos adversarios dispuestos a todo y, naturalmente, a emplear la violencia hasta el límite máximo con tal de conseguir mi confesión. Vi claro entonces que era preciso conceder algo, ceder un punto, algún terreno y, luego, maniobrar en el sentido que más me conviniera. Y eso hice en aquella ocasión. Ofrecí, a cambio de la falsedad que se me

proponía, el relato verdadero de mis actividades en el período de la guerra, suficientemente comprometedoras por otro lado, y me creyeron. Me creyeron porque la verdad tiene una fuerza de convicción irresistible, y porque, en aquel caso, la presa quedaba de todos modos asegurada. Con lo que yo declaré espontáneamente había materia más que sobrada, según me dijeron ellos mismos, para que me fusilasen. Bien, pero, por el momento, me había librado de sus puños y de sus vergajos y, a la postre, aunque, efectivamente, me condenaron a muerte, se me conmutó, en última instancia, esa pena por la de treinta años de prisión y salvé la vida. De lo contrario, después de indescriptibles sufrimientos físicos y morales, tal vez habría acabado por admitir, sin ninguna capacidad ya de raciocinio, los falsos e imaginarios hechos que se me imputaban, con lo que hubiera cavado mi propia fosa, caso de no perecer antes en la prueba, como les ocurrió a otros. Probablemente. No lo sé. Lo que sí sé es que salí indemne gracias a mi forma de proceder. En la nueva prueba a que iba a ser sometido pensaba actuar de la misma manera, aunque las circunstancias fuesen muy otras, menos dramáticas, y las consecuencias que pudieran derivarse, mucho menos graves también. Lo que más me preocupaba era que no coincidiese mi versión con las de los demás encartados. ¿Qué habrían dicho ya o dirían mis compañeros? Si discrepábamos, quedaría en evidencia mi artimaña y sobrevendrían consecuencias incalculables. De las contradicciones surgiría la duda para los interrogadores y éstos se inclinarían por la versión más desfavorable a todos y pondrían en juego sus poderosos medios coactivos para conseguir su aceptación por cada uno de nosotros, por las buenas o por las malas. ¿Por qué antes de separarnos aquella noche no

preparamos la coartada para el caso de que nos detuviesen y nos interrogasen? ¡Qué fallo! ¡Qué falta de previsión! Habíamos procedido como unos insensatos. ¡Insensatos, insensatos, insensatos! Por si ello no fuera bastante, el funcionario que tenía frente a mí, al otro lado de la mesa, no era un inexperto como el joven falangista de la primera vez. Tendría unos cuarenta años y su aspecto y su forma de mirar y de moverse sugerían la imagen de un hombre avezado, de mucho oficio, la de un verdadero profesional ducho en triquiñuelas y maestro en técnicas inquisitoriales. Frío, flemático, impasible, una máscara bajo la que, probablemente, encubriera un carácter agresivo y despiadado. En fin, un ser deshumanizado e impersonal en su cometido, una máquina. Si alguien le preguntase la razón de que ocupara aquel sitio, es muy posible que no supiese responder o contestase que estaba allí y ejercía de inquisidor porque ese era su trabajo, un trabajo como otro cualquiera, por el que le pagaban, o dijese que así creía desempeñar una alta función imprescindible en defensa de una sociedad a cuyo servicio estaba, o alegase ser un combatiente contra el mal, contra las ideas disolutas, contra los enemigos de Dios y de la patria. Vaya usted a saber por dónde saldría. Y yo me preguntaba: *¿A cuántos hombres habrá interrogado, sometido y roto en esta misma habitación?*

Una chispa versátil de luz brincaba en los cristales de sus espejuelos de concha aguzando aún más su mirada, ya de por sí muy penetrante. Se puso de codos sobre la mesa y apoyó la barbilla en sus manos cruzadas. (*¡Ahora! ¡Empieza la función!*) Movió, en efecto, los labios. Su voz me pareció tranquila, lejana, opaca, casi irreal. Y yo no le entendía, no le entendía... No podía entenderle. ¿Cómo? ¿Que si nos reuníamos en «Casa Felipe»? Y

volví a preguntarme: *¿Será un cambio de frente? ¿Es que me ataca por un flanco? ¿A dónde querrá llevarme? ¿O lo sabe todo, todo?* Pero no me dejaba tiempo para pensar la respuesta. Así que... Pues sí. Yo solía ir a «Casa Felipe» algunos lunes, no todos, para charlar un rato con antiguos compañeros y amigos de la cárcel. ¿Que de qué hablábamos? Pues, hombre, intercambiábamos noticias acerca de nuestra situación y de la de otros conocidos comunes. Nuestro principal problema era el trabajo. Por ejemplo, yo me había colocado donde trabajaba últimamente gracias a una de esas informaciones, ¿comprende? Me dijeron que necesitaban allí un listero, me presenté y me dieron el cargo. Sin más ni más. Todos queríamos mejorar, encauzar nuestras vidas, en una palabra, prosperar, y, sobre todo, volver cuanto antes al ejercicio de nuestra profesión, aunque, de momento, uno tuviese que agarrarse a lo que saliera, como yo. No, no formábamos ninguna célula ni ningún grupo homogéneo políticamente. Sí precisamente nos juntábamos hombres procedentes de todos los sectores ideológicos...

—Bien, ya sabemos que «Casa Felipe» es un nido de rojos. Hablarían de política también, ¿o no?

Claro, a veces, aunque la verdad es que estamos muy escarmentados de la política que no nos ha traído más que desgracias. En una conversación de un par de horas o más entre hombres como nosotros se habla de cualquier cosa, hasta de fútbol.

—¡Vaya! ¿También de fútbol?

Pues sí, señor, también, y, por supuesto, de política si se terciaba alguna noticia importante, si bien las discusiones y los comentarios no pasaban de ser de tipo general. Noticias leídas en

la Prensa nacional, naturalmente. También, en algún caso, de la BBC de Londres o de Radio España Independiente. ¿Por qué iba a negarlo? Yo no escucho nunca la radio, ni la española ni las extranjeras, pero eso no quiere decir que todos hagan lo que yo.

—¿No se acordaban ustedes de que están en libertad provisional y que cualquier desliz puede llevarles de nuevo a prisión hasta el cumplimiento total de la pena?

—Sí, señor, ya lo creo que lo sabemos y lo recordamos. ¿Cómo podríamos olvidarlo si tenemos que pasar todos los meses por la comisaría? Precisamente por eso ninguno de nosotros quiere meterse en líos. Bastante hemos penado ya.

—Eso quiere decir que están ustedes de acuerdo con el régimen del Caudillo, ¿no es eso?

Era una pregunta capciosa, pero no podía eludirla. ¿Mentir? No. De ninguna manera. Aparte de que no se tragaría el anzuelo, me degradaría vergonzosa e inútilmente ante sus ojos. Además, me repugnaba mentir. Y dije una verdad, pero sólo a medias. No es que estuviésemos de acuerdo o en desacuerdo con el régimen del Caudillo, porque se trataba de algo que estaba por encima de nosotros, de nuestra voluntad. Lo que sí podía asegurarle es que no conspirábamos contra él. Si un día nos rendimos con las armas en las manos, cuando todavía teníamos un ejército, y cañones, y aviones, ¿en qué cabeza cabía que nos fuésemos a rebelar ahora media docena de hombres sin relieve, sin dinero, sin influencia, desarmados y desorganizados? Mi respuesta era convincente desde el punto de vista de la razón y de la sensatez. A simple vista, ¿qué peligro podíamos representar nosotros para Franco? Menos que una pulga para un elefante. Y eso lo sabíamos muy bien nosotros. Así era objetivamente.

Corrió por los labios del inquisidor una leve sombra y brilló una chispa de burla tras los cristales de sus gafas. Hizo una pausa. Levantó la cabeza y, sin dejar de mirarme, sus manos extrajeron un cigarrillo del paquete que estaba sobre la mesa y lo encendió. Dio una larga chupada, después, al tabaco y expulsó lentamente el humo. Entonces sonó a mi espalda otra voz, metálica y agresiva:

—¿Quién fue el que dijo que tanto Franco como el general Muñoz Grandes son dos criminales de guerra que debían haber comparecido ante el tribunal de Núremberg?

¡Ah! ¿Con que era eso? Al fin quedaban las cartas boca arriba. Era verdad que se habían pronunciado esas o parecidas palabras, más de una vez, en nuestras reuniones. Es más, nuestras pláticas tenían casi como único objetivo la crítica implacable y apasionada de la dictadura. Claro que era cierto. Pero yo, en vez de contestar, me volví para verle la cara al autor de la pregunta. Entonces, el funcionario que estaba sentado frente a mí me amenazó:

—¡Eh! Que no se te ocurra volver la vista atrás otra vez.

De pronto, me tuteaba, señal de que se acababan los buenos modos y de que el interrogatorio se endurecía. Empezaba el peloteo. Y yo era la pelota. Al hombre de atrás lo vi joven, fornido, mal encarado, en mangas de camisa, listo para la faena. No obstante, dominé mi miedo y contesté, simulando una tranquilidad y un aplomo que estaba muy lejos de sentir. Dije que era muy probable, *no digo ni que sí ni que no*, que se hubieran dicho alguna vez palabras como aquéllas, pero que yo no podía recordar cuándo, cómo ni por quién. El hombre de atrás gruñó algo ininteligible, me agarró por el cuello y me zarandeó violentamente.

—Con que no te acuerdas, ¿eh, cabrón?

Me lo gritó varias veces. Y yo grité también que no y que no, y que lo único que podía decir era que no habían salido de mis labios. Me dolía el cuello y se me atragantaba la voz.

—Pues voy a hacer que cantes más que un mirlo. ¡Cantas o...!

Al fin el hombre de atrás soltó mi cuello y yo quedé con la cabeza caída sobre el pecho y con los ojos cerrados.

—Vamos a ver si nos entendemos.

Era otra vez la voz apacible y fría del hombre de la mesa. Me enderecé sobre el taburete y abrí los ojos. Sobre su cabeza y desde una gran fotografía, Franco, juvenil y redondo, vestido de general, destocado y con una mano apoyada ligeramente en la esquina de una mesa, sonreía con levedad, a la manera misteriosa de la Gioconda.

—Así que admites el que solíais reuniros los lunes en «Casa Felipe» para hablar de política, que criticabais al Glorioso Movimiento Nacional y que, en alguna ocasión, alguien de los presentes, cuya identidad tú no puedes precisar ahora, insultó gravemente al Jefe del Estado y al heroico general Muñoz Grandes, ¿no?

No me pasó, desde luego, inadvertida la interpretación tendenciosa que daba a mis manifestaciones, pero, dadas las circunstancias, pensé que salir de aquel trance a ese precio resultaba un buen negocio. Algo había que perder y perdía lo mínimo. El que no hubiera salido a relucir el episodio del garaje, que era lo que yo más temía, me liberaba, y liberaba a todos los participantes en él, de la única responsabilidad que a los ojos de aquellos dos hombres, de su mentalidad y de su oficio, hubiera constituido un motivo lo suficientemente grave como para hacernos pasar por un verdadero calvario. Por eso, asentí con un

gesto. El hombre de la mesa hizo una señal al de atrás y éste se adelantó hasta mostrarse plenamente al descubierto ante mí.

—¿Ya? ¿Va a escapar así?

El de la mesa dijo que sí y, cambiando de actitud, tomó una de las carpetas que tenía delante y preguntó:

—Es el último del grupo, ¿verdad?

El hombre de atrás contestó afirmativamente y así me enteré de que era yo, de entre los contertulios de «Casa Felipe», el que había prestado declaración en último lugar. También deduje que les aguardaban otros trabajos más importantes y que, debido a ello, les corría prisa acabar con el nuestro. ¡Nuevamente me protegía el azar! Luego, hube de repetir, una vez más, mi nombre, mis apellidos y todos los demás datos concernientes a mi persona. El hombre de atrás transcribió todo ello a máquina, añadiendo, casi con sus mismas palabras, el resumen que de los hechos que se me imputaban hiciera pocos minutos antes el hombre de la mesa. Cuando concluyó, dio lectura de lo escrito en voz alta y el de la mesa, levantando su vista desde los papeles a mis ojos, me preguntó:

—¿Conforme?

Dije que sí.

—Firma.

Firmé.

—Que se lo lleven.

Días más tarde, ya en la prisión de Carabanchel, supe que mis compañeros habían declarado poco más o menos lo que yo, qué casualidad, y corroboré mis sospechas en cuanto a la necesidad que apremiaba a mis interrogadores de acabar cuanto antes nuestro asunto. En efecto, numerosos detenidos políticos de

última hora aguardaban en los calabozos del departamento su turno para ser sometidos a la prueba de los interrogatorios.

Jordán era de los que no dormía ni vivía tranquilo pensando a todas horas en quién o quiénes pudieran haber sido los soplones.

—Repite que no hay que pensar en los que faltan —dijo—, porque tanto Jaime como Ramón son dos compañeros a toda prueba. Si no están aquí es porque la policía no los encontró en el nido cuando fue por ellos. De Felipe, el dueño del bar, sabemos que ha ayudado más de una vez a huidos de la cárcel o perseguidos por la policía. Los mozos del mostrador y los camareros son amigos de Felipe. Así que... Ha debido ser algún baboso de esos que andaban por allí hablando de fútbol para disimular su verdadera condición de confidentes.

—Es lo más probable —dije yo—, porque la poli sospecha que «Casa Felipe» es un nido de rojos. Me lo dijeron en el interrogatorio.

Intervino Ibáñez:

—El problema consiste en que estamos aquí, en que hemos fracasado una vez más.

—Exactamente —dijo Carlos.

—Yo lo presentía —siguió diciendo Ibáñez—, pero consentí en participar en el asunto para que no me creyerais tibio o cobarde. Demasiado sé que perdimos hace ya mucho tiempo nuestra oportunidad. Nuestro mundo ya no lo comprende o no quiere comprenderlo nadie. Estamos solos unos cuantos grupos como el nuestro en medio de un pueblo desilusionado que no quiere saber de revoluciones o cosa parecida. La gente ha quedado muy escarmentada y lo único que pide es que la dejen vivir en paz, aunque sea a trancas y barrancas, aunque sea pasando hambre y

trabajando hasta el agotamiento. De aquí a unos años, cuando los chavales de hoy lleguen a ser hombres, ya será otra cosa, pero entonces, los que ahora andamos por los cuarenta no seremos más que fantasmas, si es que vivimos.

—Puede que tengas razón, Ibáñez, pero no me negarás que somos unos estupendos tipos románticos —dijo Carlos.

—Sí, unos insensatos tipos románticos —accedió aquél—. Si estuviéramos libres de mujeres e hijos, no estaría mal, no, el juego, pero complicamos la vida a otros seres y a eso no tenemos derecho. No somos dueños de nosotros mismos, esa es la verdad.

—Afortunadamente, yo soy soltero, igual que Federico —replicó Carlos.

—Pero tenéis familia.

—Yo, no.

—Federico, sí.

—Bueno, Ibáñez, era una broma. Te comprendo perfectamente.

—De todas maneras, Carlos, en una obra como la que nosotros pretendimos llevar adelante, no es posible contar solamente con hombres solteros, ni de estas o aquellas cualidades. Hay que echar mano de lo que se tiene. Y ya ves lo que resulta. Los hombres, en su mayoría, prefieren la seguridad al riesgo y a la aventura. Yo he trabajado con Lucilo, el compañero de Alcázar de San Juan, quince años, compartiendo la misma mesa en las oficinas de M.Z.A. ¿Y qué le contestó a Federico cuando supo que iba de mi parte? ¿Qué te contestó, Federico?

—Me suena, me suena...

—Me suena, me suena... Pues yo os digo que Lucilo Fernández fue siempre un militante dispuesto a jugarse el tipo por la causa

de los trabajadores. Se lo jugó en 1934 y en 1936 y no digamos las veces que se lo jugaría durante la guerra.

Carlos, como siempre, fumaba tabaco rubio y vestía con un atildamiento que le distinguía en medio de nuestras prendas de campaña, en muchos casos residuos de la intendencia militar, envejecidas y deterioradas en el anterior período carcelario sufrido por todos nosotros. Mientras Ibáñez seguía perorando, yo dejé vagar mi mirada por el patio de la prisión. Se veían pocos grupos de presos políticos en relación con el grueso del censo carcelario, cuya mitad, por lo menos, estaba constituida por delincuentes comunes: carteristas, pederastas, proxenetas, ladrones de todas clases y algún homicida. ¡La cárcel! Tampoco era ya la de entonces, la de unos años antes. Había desaparecido en ella aquel su aire característico de gran familia. La lucha entre las diversas facciones para conseguir la hegemonía dentro de la prisión ya no era más que puro instinto de defensa frente a la creciente marea de los nuevos inquilinos, gente que no era de fiar. Tipos capaces de la mayor felonía por un plato de rancho. Sin embargo, ellos eran ahora los moradores en propiedad de la cárcel y nosotros, los forasteros; todo lo contrario de lo que sucedía en nuestro tiempo, cuando ellos apenas representaban una minoría insignificante en medio de la gran masa de presos políticos. Además, ¿dónde estaban aquella ebullición de ideas y aquella permanente controversia que mantenían tensa y excitante la vida en las prisiones? ¿Qué había sido de tantos proyectos para el futuro, de tantos planes, de tantos compromisos, de tantas alianzas y de tantas promesas, urdidos en las largas horas de los incontables días pasados, consumidos, quemados, entre los muros de las numerosas prisiones en que encerró a tantos españoles la

victoria fascista? Yo apenas si había advertido los síntomas del cambio en los últimos años de mi estadía en la cárcel, porque, en la de Zaragoza, la afluencia de guerrilleros atrapados en el monte vino a llenar los huecos que iban dejando los liberados por los sucesivos indultos. Pero mi retorno a la prisión, tras unos meses de andar suelto por Madrid, me descubrió la nueva realidad. Ya ni la cárcel era «mi cárcel», la que yo conocía y en la que yo desgranara los mejores sueños y los mejores años de mi juventud. Era otra cárcel y, asimismo, otros presos, otro estilo, otro ambiente, otra moral. «Aquellos» se fue, desapareció. Así, pues, los últimos restos de aquel mundo que nosotros mantuviéramos vivo, como en un laboratorio, o conserváramos estático e imperturbable, como en un museo, había sido aventado por el tiempo. Muerto definitivamente, ya nunca más lo encontraría, como no volvería a vivir jamás los años pasados. Quedaba atrás, perdido para siempre.

—Menos mal que no salió lo del garaje —decía Ibáñez.

—No me hables de eso, porque se me ponen los pelos de punta. ¡Aviados estaríamos ahora si alguien le hubiera ido con el soplo a la policía! —exclamó Duarte.

—Tengo noticias de que habrá sobreseimiento —afirmó Ibáñez
—. Y, mirándolo bien, no hay por qué sorprenderse. ¿De qué nos acusan, en definitiva? ¿De que hemos hablado mal del régimen? Ni el juez lo ha tomado en serio, porque, ¿quién no habla mal del régimen en este país? —hizo una pausa y añadió—: De todas maneras es una advertencia. Así que jojo, compañeros! Cuando salgamos de esta, lo que tenemos que hacer es encontrar un buen trabajo y aguantarnos hasta que llegue nuestro turno, si es que nos coge entonces con vida y ganas.

—Nada. Está visto. Pondré una tienda —terció Carlos—. No me queda más salida que convertirme en burgués.

Sonó entonces, vibrante, el grito de uno de los voceadores:

—¡Oído!

Cesaron repentinamente las conversaciones y todos nos volvimos a mirar al punto de donde había partido la llamada de atención.

—¡Federico Olivares, a jueces!

Quedé paralizado. ¿A jueces? ¿Para qué? ¿Habría ampliación de diligencias? El voceador repitió la llamada y Jordán contestó por mí:

—¡Va!

Me empujaron mis compañeros mientras yo les preguntaba, aturdido:

—¿Para qué será?

—Aquí no te lo van a decir, hombre —repuso Ibáñez, añadiendo—: Sea lo que sea, tienes que ir. Anda, hombre. A lo mejor es una buena noticia.

Me despedí de mis amigos con una mirada y me dirigí lentamente a la puerta del patio. Desde allí me volví a mirarles.

La niebla los difuminaba, los empequeñecía y los alejaba, como a los paisajes que vemos correr hacia atrás desde el tren. Los demás reclusos habían reanudado sus paseos para combatir el húmedo frío cuajado en el aire. Apartado de todos y agitando las manos amistosamente, me saludaba Martín «el divisionario». Era un tipo hurano que miraba siempre a lo lejos, como por encima y más allá de las personas que tenía ante los ojos. Mirada típica de marinero. Se distinguía también por sus movimientos ágiles y sinuosos y por el aseo y orden que se advertían en su persona y en

sus cosas. Me interesó desde el primer momento, pero me fue muy difícil llegar con él al terreno de las confidencias. Todos los tanteos y escaramuzas que aventuré con ese fin me fallaron, hasta que cierta noche, al filo ya del toque de silencio, y al extender la colchoneta, me preguntó de repente, vuelto de espaldas a mí:

—Tú eres político, ¿eh?

—Sí.

—¿Trabajo clandestino?

—Sí.

—Yo, no; común. Bueno, eso dicen. Si es eso lo que querías saber...

De momento, no supe qué decirle. Él, entre tanto, se había sentado en el petate y me miraba sonriendo irónicamente.

—¿Qué? ¿No te gusta eso? —y empezó a descalzarse.

Por toda respuesta, le invité a fumar, aunque nos estaba prohibido, y él aceptó. Aproveché la pausa de liar el cigarrillo para decirle:

—No me importa nada la clase de delito que te haya traído aquí, ¿sabes?

—Entonces, ¿qué?

Me miraba fijamente con el cigarrillo junto a los labios, a punto de ensalivar el borde engomado del papel. Yo pegué el mío y, luego, dije:

—El hombre. A mí sólo me interesa el hombre en estos casos.

Martín guardó silencio. Encendimos los pitillos y fumamos. Luego, esparcimos el humo a soplos y tapamos aquellos con las palmas de las manos por si se le ocurría a algún guardián espiarnos por la mirilla.

—Claro. Para catequizarme, ¿no? —dijo, al fin, sin mirarme.

—¡Oh, no!

—Tengo entendido —y me miró de frente— que en todas partes, pero especialmente aquí, os dedicáis a hacer prosélitos. Si es así, te advierto que conmigo das en hueso.

—Descuida —y le sonréi—. No he pensado en ello ni un instante siquiera.

—Entonces puede que nos entendamos.

Sonó el toque de silencio, como un gemido prolongado perdiéndose en la noche, y el aire de la celda se apretó de angustia. Por el alto ventanuco celular empezó a deslizarse el tropel de fantasmas de la vida: añoranzas, recuerdos, y esas voces olvidadas del remoto ayer que de nuevo nos hablan de todo lo perdido. A los reclusos se nos ordenaba dormir, pero muchos quedarían en vela, en una semivigilia enconada, acosados por las quimeras. Nos desvestimos rápidamente y nos arropamos con las mantas. Quedamos como dos navegantes solitarios en un oscuro mar. Aunque nuestros lechos estaban próximos, nos sentíamos separados por una enorme distancia. Sólo la voz podía unirnos, como un cable invisible, la voz de Martín en aquel caso, que fue reviviendo pausadamente algunos episodios de su vida pasada.

Martín fue alférez provisional en la guerra civil, de los que tuvieron la suerte de desfilar en triunfo por Madrid. ¡Tantos meses de lucha desesperada entre el frío, el calor, la sed, el miedo y el delirio! Al fin, el día de la victoria, marchando al son de los himnos marciales, bajo las banderas desplegadas, ente la mirada encendida de las mujeres.

—¿Qué sentiste ese día, Martín?

—¡La gloria!

Después de la guerra, la paz. Le desmovilizaron y le ofrecieron

un empleo civil en un centro oficial. Lo aceptó y dio comienzo para él lo que se llama «vida normal». A las nueve de la mañana, presentarse en la oficina. Volver a casa a las dos. A las cuatro, otra vez a la oficina. A las ocho, asueto. A las diez, la cena servida en la mesa familiar. Su casa, con el largo pasillo, las desvencijadas sillas, la fea estufa... Y su padre, tan metódico, diciéndole todos los días:

—¿Cuándo vas a coger de nuevo los libros? No creo que pienses pasarte toda la vida de chupatintas.

Su madre, acabada, vencida, llena de sombras, arrastrando tristezas, que se lamentaba:

—No parece ya mi Martín. Antes era tan alegre, tan obediente, tan cariñoso...

La pobre señora no comprendía que tres años de guerra hacen dar un salto muy largo en la vida. De niño se pasa bruscamente a ser hombre, pero un hombre viejo. Como una página en blanco, impoluta y desconocida, queda lo que debiera haber sido el paisaje alegre y multicolor de la juventud.

Un día llegó tarde a la oficina. Otro día no fue. Su jefe le llamó al orden y él se insolentó. Su jefe tenía un aire apacible. Había engordado. Su cara era redonda y usaba gafas.

Martín, jugando los brazos como banderas de señales, le dijo:

—¡Yo he estado en Brunete!

—Yo, también —replicó su jefe.

—¡Y en Belchite!

—Yo, también.

—¡Y en el Ebro!

—Yo, también.

Martín se calló, abrumado. Entonces dijo su jefe:

—Y ahora estoy aquí y cumple con mi deber, el mismo deber

que tú debieras cumplir: trabajar. La paz es más difícil que la guerra, Martín.

—¿Trabajar? Mover papeles de un lado a otro, tomar notas... ¡Horrible quehacer! Cuando se sentaba a la mesa de trabajo, creíase amarrado a un potro de tortura. Con la pluma en la mano, la imaginación volaba hacia atrás y recorría otra vez los caminos de la guerra, siempre inciertos y sorprendentes. Volvía a ver las muchachas de los pueblos, que le sonreían al pasar; los amaneceres del frente, lívidos, preñados de amenazas; las noches de refriega, cuando las filas de trincheras fosforescían y en el horizonte sin luz estallaban las rosas de fuego... Él daba órdenes, mandaba.

Volvía a la realidad cuando los demás empleados se despedían. Su trabajo quedaba amontonado, sin hacer. Su jefe movía la cabeza.

—¿Cuándo te vas a enterar, Martín, de que la guerra ha terminado?

Y, en su casa, su padre:

—¿Cuándo te vas a decidir a estudiar?

Y su madre:

—Sé obediente como antes, hijo mío. Yo sé que eres bueno, pero estás... No acabo de comprender lo que te pasa, Martín.

No podía más. ¿Por qué? Un día, su jefe le reveló el misterio:

—Eres un inadaptado, Martín.

Estalló la guerra mundial y entonces ya no pudo resistir la oficina, ni su casa con su largo pasillo, con sus sillas desvencijadas, con su fea estufa. Devoraba la Prensa al atisbo de una oportunidad. Vivió una espera devoradora, frenética. Y fue de los primeros en alistarse como voluntario en la División Azul, que

marchaba a la guerra de Rusia. Cuando de nuevo vistió el uniforme y oyó las voces de mando, se sintió renacido, resucitado. ¡Se encontró a sí mismo!

Primero, Alemania; luego, Rusia. Marchas, bosques inmensos, combates.

—Aquella sí que era una guerra grande, Federico. Sólo nos faltaba nuestro sol para el completo.

No se acordaba de los fríos glaciales, de las marchas agotadoras, del horror de la lucha. En su memoria sólo quedaba la huella de los momentos de furia y esplendor, de los hombres que afrontaban la muerte con los ojos abiertos, del estruendo de los combates, del olor a pólvora, del estallido de los obuses, del inmenso clamor que se levantaba de la tierra...

La División Azul fue repatriada, pero él optó por seguir en la guerra y se quedó en el ejército alemán. De Rusia, pasó a Francia, donde estuvo batiéndose a la desesperada hasta que cayó prisionero de los americanos, y, luego, los campos de concentración, hasta que logró fugarse. Y, no sabiendo ya a dónde huir, el retorno a España. Otra vez la oficina, otra vez el largo pasillo de su casa, las viejas sillas, la horrible estufa. Otra vez las admoniciones de su padre y los lamentos de su madre. Otra vez las reprimendas de su jefe cuando faltó dos días seguidos a la oficina. Se insolentó también entonces y otra vez le gritó, agitando los brazos:

—¡Yo he estado en el Volgov!

Su jefe le miraba en silencio.

—¡Y en las Ardenas!

Su jefe seguía mirándole sin despegar los labios.

—¡Y me he escapado de un campo de concentración!

Su jefe parecía haberse quedado mudo con los ojos fijos en él.

—¿Qué te parece? Ya no dices nada, ¿eh?

Su jefe se levantó.

—¿Qué quieres que te diga? La guerra te ha envenenado, Martín.

Le insultó:

—¡Cobarde!

Llegaron a las manos. Él, Martín, más ágil, saltó sobre el hombre gordo y le derribó. Rodaron por el suelo, jadeantes, furiosos. Martín golpeaba y mordía, enloquecido.

—No sé lo que duró aquello. Mi jefe quedó tendido en el suelo y yo me vi con las manos manchadas de sangre. Pedí auxilio. No estaba muerto, pero tenía, al parecer, varias heridas graves. Me detuvieron, confesé la verdad y me trajeron aquí.

Se calló y el aire de la celda quedó limpio, en unos segundos, de la densa bruma de sus recuerdos evocados por las palabras. Los fantasmas huyeron y nos quedamos solos nuevamente:

—¿Curará tu jefe?

—Creo que sí. Ya está fuera de peligro.

—Entonces no estarás mucho tiempo preso.

—No lo sé. Dicen que es muy grave lo que hice.

—Sí, pero te apreciarán muchos atenuantes, creo yo.

—¿De veras?

Se incorporó sobre el petate apoyándose en un codo. Sus pupilas brillaban intensamente en la oscuridad, como las de un gato. Un relámpago de esperanza le hizo estremecerse, pero se dejó caer boca arriba sin decir palabra.

—¿Qué harás cuando salgas de aquí, Martín?

Le oí removerse en el petate.

—¿Que qué haré cuando salga en libertad? Pues, hombre, irme a la guerra que haya entonces.

—¿Y si no hay guerra?

—Alistarme en la Legión.

Quedamos en silencio largo rato. Yo me sentía deprimido, angustiado. De alguna manera, por una extraña carambola, las palabras de Martín habían hurgado en mis propias heridas. Marchando por caminos divergentes al parecer, pero, en realidad, paralelos, tanto Martín como yo éramos dos víctimas de la misma causa, la de pertenecer a una generación sacrificada en holocausto de los dioses terribles que se disputan el poder y la gloria. Con una sola diferencia: que Martín había participado en algún momento de uno y de la otra y yo, no, nunca.

—¡Qué largas se me hacen las noches! —exclamó de pronto Martín.

—Y a mí —dije yo.

Otro silencio y, luego:

—¿Y qué harás tú cuando salgas, Olivares?

La pregunta de Martín me desconcertó. La verdad es que no había pensado en ello.

—Tendré mucho tiempo para pensarla, porque no espero salir de aquí por ahora.

—Bueno, pero si te dieran la libertad, ¿qué harías?

—No lo sé: Empezaría, creo yo, por orientarme... No sé. Te repito que no lo sé.

—¿Vuelta a jugar a la revolución, no? Hombre, a propósito, ¿qué entiendes tú por revolución?

—Es muy largo de explicar, Martín.

—De acuerdo, pero tendrás una idea, ¿no es eso?

—Puede que sí.

—Pues dímela.

—Podría decirte que... Es muy difícil sintetizar en pocas palabras una idea tan compleja. Pero yo diría que, en el fondo, se trata, creo yo, de conseguir que seamos todos de otra manera. Sí, eso es: cambiar la manera de ser de los hombres en comunidad.

—Ser todos de otra manera... No está mal. Ser todos de otra manera —repitió Martín, preguntándome después—: Eres anarquista, ¿verdad?

—No tanto, hombre, no llego a tanto. Ser un verdadero anarquista es tan difícil como ser ángel.

Siguió otro silencio casi palpable. Yo llamaba al sueño vehementemente para que me librase de las pesadillas que me asaltaban en plena lucidez mental, mucho peores que las que se apoderan de nuestros sueños dormidos.

—Vamos a ver si podemos dormir —dije con objeto de poner punto final a nuestra charla y relajarme, abandonarme, pero Martín tenía aún algo que decirme:

—¿Sabes lo que estoy pensando?

—¿Qué?

—Que tú también eres un inadaptado, como yo.

Un inadaptado, un inadaptado... Posiblemente tuviera razón Martín. El funcionario me condujo hasta la puerta del locutorio de jueces. No tuve que esperar mucho.

—Pase, pase —oí que me gritaban desde dentro.

No era el juez, sino su secretario, un sargento.

—¿Es usted Federico Olivares?

—Sí, señor.

El hombre aquel me sonrió amistosamente.

—¿Sabe usted para qué le llamo?

—No.

—Le traigo la libertad.

—¿La libertad?

No lo podía creer.

—Sí, la libertad —recalcó el sargento—. No la esperaba, ¿verdad? Para que vea lo generosa que es la justicia de Franco, hombre. Hala, firme aquí —se levantó y me señaló con un dedo el sitio en el papel donde debía estampar mi firma.

Yo, la verdad, no salía de mi asombro. ¿En libertad tan fácilmente? El sargento secretario puso paternalmente una mano sobre mi hombro y añadió:

—Y ahora, a vivir.

—¿A vivir?

Me vi corriendo por las calles de la ciudad, como un sonámbulo, en busca de una sonrisa humana. Nadie me reconocía, nadie me brindaba su mano. Seguía ajeno a todo y a todos. Las puertas, cerradas contra mí, como si yo fuese portador de una epidemia. (*¡Cuidado con él! Es un rojo*). Otra vez sin empleo y sin dinero, teniendo que aguantar las groseras insinuaciones de mi cuñado. De nuevo vivir al amparo de Alfonsina. Sólo me quedaba el refugio de Celia, pero, ¿no lo habría perdido también?

Eso era la libertad para mí. Si la cárcel hubiera seguido siendo como en mi primera etapa de recluso, le habría dicho al sargento que guardase para otro la libertad que me ofrecía. Pero ni aun en la cárcel me quedaba un hueco apacible desde donde contemplar el paso de las horas como se contempla el discurrir del agua desde la orilla del río, y ser yo, sólo yo, a solas conmigo mismo, en mi mundo, mío, mío, mío.

—Pues, hombre, qué quiere que le diga. ¡Vivir! —contestó el sargento.

—Ya.

—Pues claro. Y a dejarse de hacer tonterías.

Firmé sin alegría, sin entusiasmo, sin ilusión. ¡Qué diferente de la primera vez, en que la pluma se me escapaba de entre los dedos y no pude signar, sino dibujar un garabato!

—¡Que tenga mucha suerte! —fueron las últimas palabras de aquel hombre que me incitaba a vivir y a no hacer más tonterías.

Le di las gracias y me dirigí al dormitorio para recoger mis cosas y cumplimentar los últimos trámites. Poco después llegaron mis amigos, sabedores de la nueva a través de los misteriosos conductos por los que se filtran las noticias en las prisiones. Mi libertad era para ellos el anuncio de la suya, posible ya en cualquier momento.

—Será cuestión de horas —dijo Ibáñez—. Ya os dije yo que habría sobreseimiento. El que se haya adelantado la libertad de Olivares se deberá, probablemente, a alguna gestión realizada por sus amigos o sus parientes.

—¿No te ha dicho nada el juez? —quiso saber Carlos.

Yo no sabía nada de nada. Era el primer sorprendido. Si, en efecto, mi familia había removido el asunto con ayuda de alguna persona influyente era cosa que yo ignoraba por completo. En todo caso, la misma resolución favorable alcanzaría también a todos mis compañeros. Eso era evidente por sí mismo. No existía ninguna razón especial para que así no fuese. Este razonamiento dejó tranquilos y contentos a mis amigos. Luego llegó la hora de las despedidas, siempre tristes, y de los abrazos, siempre sinceros en estos trances. No faltó Martín, que me susurró al oído:

—Ahora, mucho ojo, muchacho. Procura adaptarte, porque lo tuyo es más peligroso que lo mío.

Nadie me esperaba, tampoco esta vez, en la puerta de la cárcel. La densa bruma desdibujaba sus alrededores. Tuve que esperar un buen rato a que pasase el tranvía. ¡Otra vez la vuelta a la ciudad en tranvía! Llegó casi vacío, con los cristales empañados, húmedo y resbaladizo el suelo. Humeaba el aliento de sus escasos ocupantes. Cada vez que el cobrador abría alguna de las puertas correderas, penetraba un jirón de niebla que se diluía en la masa gris del aire. El conductor, expuesto al frío en la plataforma, se cubría con un largo capote azul, con una bufanda, por la que se escapaba el vaho blanquecino de su aliento, y con unos gruesos guantes de trapo, y golpeaba continuamente el suelo con los pies para desentumecerlos o para avisar a los peatones invisibles haciendo sonar el timbre, cuyo sonido ahogaba la niebla. Ésta crecía y se adensaba a medida que nos acercábamos al río, que aparecía completamente cubierto por ella. Algunos árboles parecían grandes ovillos de lana esponjosa, y se veían gudejas temblorosas prendidas en sus ramas desnudas. Los edificios se enfundaban en gasa transparente y sucia, y los viandantes eran pequeños bultos deslizándose silenciosamente por entre nubes de vapor. A mí, la niebla me traspasaba, más que de frío, de melancolía.

Iba pensando en lo que me esperaba. Ya lo sabía, porque mi hermana se había preocupado de comunicarme, a través de las rejas del locutorio, todas las novedades acaecidas en mi ausencia. Pocas novedades, por cierto. A los tres o cuatro días de mi detención fue el Jaro a casa. Quería hablar conmigo para hacerme saber que la enfermedad de Fuensanta se había agravado

súbitamente y enterarse, de paso, de cuál era la razón de mi falta de trabajo.

—¡Se dicen tantas cosas por allí! Mire usted, la gente habla por no callar, ¿sabe? Cada uno da su parecer por las buenas, sin saber nada de nada. La verdad es que el personal, quitando algunos bocazas, lo ha sentido de veras.

Pero cuando Alfonsina le explicó lo que había ocurrido realmente, se puso blanco como el papel, primeramente, y, luego, rojo, como si fuera a estallar, y no dijo nada, sino que se levantó de la silla y se marchó sin despedirse.

—Yo le seguí, muy asustada, pero él mismo abrió la puerta y se lanzó escaleras abajo como si alguien le persiguiese.

¿Por qué? ¿Por miedo a que mi amistad le acarrease complicaciones y desgracias? Alfonsina no encontraba otra explicación a su conducta. Yo, que le conocía mejor que ella, no del todo, naturalmente, pero sí bastante, encontraba lógico su comportamiento. Seguramente, le sorprendió e indignó tanto mi percance que se le subió a la cabeza toda la furia tremenda de su genio. Incapaz de dominarse, prefirió salir corriendo de allí, con la tormenta dentro, antes que desahogarla a su modo en presencia de mi hermana.

—¡Qué tipo de hombre! Daba miedo verle.

Sí, así era el Jaro, aunque mi hermana no lo comprendiese. Otro día me trajo una carta de Celia. A petición mía, la abrió y la leyó en voz alta desde el otro lado de la verja. Era breve. Sólo unas letras para preguntarme también por qué había desaparecido sin previo aviso y sin ninguna clase de explicación.

—¿Es tu amiga, verdad?

—Sí, Alfonsina, es mi amiga.

Entonces mi hermana dio un giro a la conversación:

—Por cierto, el otro día se dejó caer por casa Susanita y, al enterarse de tu situación, me prometió que vendría a verte.

Y vino, juvenil, animosa, triunfante y deslumbradora. Pero la encontré tan segura de sí misma y tan satisfecha que provocó en mí una reacción de hostilidad. Ella encarnaba en aquellos momentos y, sin duda, inconscientemente, el espíritu de los triunfadores. Su presencia allí, sin proponérselo ni sospecharlo ella misma, servía más bien para recordarme lo mucho que nos separaba. Pertenecíamos a dos mundos contradictorios. Sus pensamientos y los míos no podrían coincidir jamás en las cuestiones fundamentales de la vida. Ella ignoraba el sufrimiento, el fracaso, la soledad, el vacío y el desencanto. En cambio, yo... Yo tendría que seguir, todavía por mucho tiempo, el camino de los derrotados, hasta que un día, ¿cuándo?, saliera el sol para los míos, y se acabase la guerra definitivamente, y desapareciera la dictadura, y la libertad aventase el odio, los rencores y las venganzas, y hubiese de nuevo alegría y serenidad en los espíritus, y...

Mi prima empezó por reconvenirme, como si yo fuese un chiquillo descarriado, por lo que llamaba mis sueños románticos. Según ella, el tiempo del romanticismo había pasado y era preciso que me atuviera a la realidad y me dejase de fantasías. Ella no dijo tonterías, como el sargento, sino fantasías, pero era idéntico el verdadero significado de ambas palabras.

—Tú, a lo tuyo. Ya te lo he dicho otra vez.

De qué buena gana le hubiera mandado callar. Pero no podía ser descortés con ella, porque comprendí que obraba de la mejor buena fe, convencida plenamente de la irrefutabilidad de sus

razones y porque, además, seguía pareciéndome una muchacha encantadora. ¡Lástima que tuviese una mentalidad tan utilitaria! Yo la veía, mas, prácticamente, no la oía. Pero cuando me anunció que había conseguido para mí, por medio de sus amistades, una plaza de maestro en un colegio privado (*Tú eres maestro, ¿no? Pues eso es lo tuyo*), no tuve más remedio que salirle al paso enérgicamente. ¿Ocupar yo una plaza de maestro? ¡De ninguna manera! Yo no podía contribuir a formar monigotes fascistas. Yo no podía inculcar en los niños esa serie de aberraciones que imponía el sistema de educación vigente: extravíos imperialistas, mojigaterías, sumisión mecánica a la jerarquía y al mando, xenofobia, estilo cuartelero... ¡Ni pensarlo! Había visto desfilar por las calles a esos pobres niños disfrazados de combatientes, al son de tambores, esforzándose en mostrar una bizarría desafiante y provocadora, mirando con orgullo y desprecio a las gentes, en pleno paroxismo de belicosidad, y yo me había sentido, como maestro y como hombre, aterrado, avergonzado, asqueado y dolorido por tan infamante y grotesco espectáculo. ¡Pobres criaturas violadas espiritualmente en flor por la barbarie y el fanatismo! Y pobre país también que así formaba a sus hombres del futuro, que expurgaba las bibliotecas y quemaba los libros. ¿A dónde iríamos a parar haciendo de las escuelas cuarteles y beaterios, y, de los educadores, sargentos disciplinarios y monjes predicadores de cruzadas? ¡Qué horror! Yo no estudié mi carrera para eso, sino para todo lo contrario, para hacer hombres libres, conscientes y responsables. Por lo tanto, yo no sería jamás cómplice de semejante monstruosidad. Prefería cualquier trabajo, por duro que fuese, al de maestro en esas condiciones y para esos ideales.

—Te lo agradezco, Susana, pero no puedo aceptar lo que me propones. Yo no me vendo ni me traiciono.

Mi prima no esperaba, por lo visto, una reacción tan apasionada ni una negativa tan rotunda por mi parte, porque se quedó perpleja, sin saber qué replicar. Parpadeó ligeramente y, luego, echó mano al socorrido recurso de mirar la hora en su reloj de pulsera.

—¡Huy! Se me ha hecho muy tarde.

Siguió una pausa en que nos miramos en silencio. Entonces se hizo evidente a ambos la enorme distancia que nos separaba.

—Bueno, como quieras, Federico.

Y se fue muy disgustada, sin alcanzar, por primera vez quizás en su vida, lo que se propusiera. Pero yo me quedé tranquilo.

En las calles anchas de la ciudad, la niebla espesa había descendido a medio metro sobre el suelo. Desde ahí para arriba era sólo una transparente neblina azulencia, como la del humo del tabaco. Los escaparates de las tiendas aparecían velados y, en torno a las farolas, se condensaban nebulosas opacas. En cambio, en las calles estrechas, la niebla, encajonada, trepaba por los balcones hasta los tejados, y la gente aparecía y desaparecía por ellas como si entrase o saliese de una nube.

Alfonsina me recibió con el corazón y los brazos abiertos mientras Carlota se abrazaba a mis piernas. Fue la primera emoción del día. Después de las primeras efusiones quise saber si era cierta una sospecha que me rondaba desde unas horas antes, desde que el juez me llamara.

—No. El tío Federico no pudo hacer gran cosa, porque el juez ya había dictado el sobreseimiento. Si acaso, adelantar unas horas tu libertad.

Me invitó a que dejase mis cosas en cualquier sitio y me aseara.

—Mientras, te prepararé un buen almuerzo, porque tendrás hambre, ¿verdad?

XIII

Aquella misma tarde fui a ver al Jaro. A la caída del sol, la niebla se había convertido en lluvia procelosa. De pronto, el tranvía se detuvo en la plaza de Manuel Becerra, donde ya se encontraban parados otros más, como si se hubieran declarado en huelga sus conductores.

—¿Qué pasa?

—Vaya, otro corte de corriente.

—No me diga.

—Se acabó lo que daban.

Eran voces de los viajeros. El cobrador se encogía de hombros a cada pregunta impaciente, contestando con evasivas.

—¡Cualquiera sabe! El corte de energía puede durar lo mismo cinco minutos que una hora o dos.

El conductor abandonó los mandos y se cobijó dentro del coche, al resguardo de la lluvia cuyas rachas barrían la plataforma. ¿Qué hacer? Los viajeros contaban experiencias diversas en cuanto a la duración de incidentes idénticos. Hubo quien esperó más de una hora, quien aguardó solamente unos minutos, quien vio arrancar al tranvía a poco de bajarse de él y sin posibilidad ya de volver a tomarlo... El cobrador y el conductor aprovecharon la pausa para encender los cigarrillos que guardaban apagados

detrás de la oreja. Poco a poco fue agotándose la paciencia de los viajeros, y comenzó su desfile.

—Esto no hay quien lo aguante.

—Que les den morcilla.

—Ya podrían devolvernos siquiera el importe de los billetes.

—¡Maldita sea! Para que luego digan que...

—Somos unos cabestros que todo lo aguantamos.

—Calle, por Dios, calle. No la líe ahora, que bastante tenemos encima...

Era la protesta amordazada por el miedo. Finalmente, yo también decidí continuar a pie mi camino. La lluvia me cogió de lleno por los cuatro costados. Resbalaba por mi gabardina y por mis pantalones y se me metía dentro de los zapatos. Tan densas eran las cortinas de agua que el barrio de pequeñas casucas se veía como a través de un acuario. Cuando alcancé el portal, oscuro y resbaladizo, yo debía parecer un pollo mojado.

Escaleras arriba, llegué al descansillo, mal alumbrado por una sucia bombilla, donde se cruzaban los alertas de los esposos cuando él volvía del trabajo. Primero ella, desde el interior:

—¡Juan!

Y después él, desde allí mismo:

—¡Voy, paloma!

La puerta del piso permanecía siempre entreabierta, pero la encontré cerrada, señal de que Juan se hallaba dentro. Claro, ni el agudísimo oído de Fuensanta podía oír mis pisadas. Llamé. Sonaron dentro unos pasos menudos, no los largos y ruidosos de Juan, y la puerta, recelosamente a medio abrir, me dejó ver la cara de una mujer desconocida. *Será la vecina que atiende a la enferma*, pensé.

—¿Qué desea?

—Soy amigo de la casa —respondí.

La mujer desconocida hizo un mohín de extrañeza y la puerta se cerró un poco más.

—Amigo..., ¿de quién?

—De Juan y Fuensanta.

—Se ha equivocado. Aquí no viven esas personas.

La mujer retiró la cara con manifiesta intención de cerrar totalmente la puerta y entonces yo dudé. Me habría equivocado de portal, ya que, en su mayor parte, aquellas casas parecían gemelas. Pero no, no, todo coincidía: el color y la forma de la puerta, la cerradura, hasta el desconchón en la pared..., e introduce un pie entre la hoja y el marco.

—¿Que no vive aquí Juan el Jaro? ¿Está usted segura? —y llamé—: ¡Fuensanta!

La mujer, más confiada por mi modo espontáneo de proceder, asomó de nuevo el rostro para decirme:

—¿Lo ve usted? Aquí no viven ninguna Fuensanta ni ningún Juan. Yo me llamo Paca y, mi marido, Eleuterio. Así que...

—Pero, señora, si he venido mil veces a esta casa... —insistí, ya verdaderamente alarmado e impaciente.

—¿Sí? ¿Y cuándo estuvo usted aquí la última vez?

—Hará cosa de dos meses o tres, no lo sé exactamente.

—Claro. Ahora se comprende. Nosotros llevamos viviendo aquí escasamente mes y medio.

Quedé desconcertado.

—¿No puede decirme usted a dónde han ido a vivir mis amigos?

La mujer denegó con la cabeza.

—Yo no los he conocido siquiera.

Aquella rotunda negativa me anonadó. ¿Cómo encontrar a mis dos amigos en la gran ciudad? ¿Ir de puerta en puerta preguntando por un cavador pelirrojo, un tal Juan, y por una mujer paralítica, cuyo nombre es el de Fuensanta? Acaso en la obra pudieran orientarme. Aunque Juan era muy reservado y no contaba con verdaderos amigos entre el personal, habría tenido que comunicar en la oficina su nuevo domicilio. Pero, ¿y si al fin se habían marchado de la ciudad, dejándose llevar por sus más entrañables querencias?

La desconocida debió darse cuenta de mi estado de ánimo y acaso pensara que me llevaba allí algún asunto grave, porque me dijo:

—Tal vez la vecina de enfrente pueda darle alguna señal. ¿La vecina de enfrente? Pues claro. Era amiga de Fuensanta y podría informarme. Naturalmente que sí. Me despedí sin palabras de la mujer desconocida y llamé en la otra puerta. La vecina en cuestión, una gruesa fémina muy habladora, me reconoció nada más verme.

—Ah, sí. Usted es don Federico, el amigo de Juan, el que estaba enseñando a leer a Fuensanta... Pase, pase —me dijo.

Yo asentí con un gesto. Entonces, la mujer se movió por la pequeña habitación buscando una silla para mí. Mientras, seguía hablando:

—La pobrecita le mentaba a usted con mucha frecuencia y, siempre, con mucho respeto también.

Al fin encontró la silla.

—Siéntese, siéntese. Ya empezaba a juntar las letras. Más de una vez, cuando iba a verla, me hizo quedarme para que

escuchase alguna de las bonitas historias que usted le contaba. Recuerdo que una tarde...

Yo botaba materialmente en la silla. Temí que el prólogo se hiciera interminable y le interrumpí:

—Bien, bien, pero, ¿quiere usted decirme qué ha sido de ellos y dónde están?

La mujer se me quedó mirando con cara de luna. Luego, hizo un pucherete con los labios y, de pronto, se echó a llorar. Su actitud me contuvo y me hizo sospechar que el llanto obedecía a alguna desgracia, a algún triste suceso que iba a oír inmediatamente. Corriéndole las lágrimas por las mejillas, la mujer soltó su primer hipo:

—¡Pobrecitos!

Luego, el segundo:

—¡Qué mala suerte la suya!

Y, por fin, el tercero:

—¡Que Dios nuestro Señor tenga piedad de ellos!

Y se quedó, súbitamente, serena, como si hubiera expulsado de su cuerpo algún mal espíritu. Ya no pude más y le acucié sin miramientos:

—¿Quiere decirme de una vez lo que ha pasado?

La mujer cruzó las manos sobre el halda y, lentamente, con cierta solemnidad, dijo:

—A Fuensanta se la encontró muerta Juan una tarde, a la vuelta del trabajo. Nosotros no lo supimos hasta después, cuando ya la tenía amortajada. Se murió como un pajarito, tranquilamente, con la cartilla en la mano, sin decir ni mus. El médico dijo que el paralís le había llegado al corazón.

Yo me imaginé entonces la escena. Juan, con sus impacientes y

largas zancadas, llega al rellano de la escalera. Allí se detiene, como de costumbre, para escuchar la llamada de su mujer. Pero no suena su nombre. El instinto le avisa, y llama:

—¡Paloma!

Silencio. Los ojos de Juan se nublan y se tornan color amatista. Salva el descansillo de un salto y penetra en su casa. Y ni un rumor llega a sus oídos, ni siquiera el leve de la respiración de Fuensanta. Cuando, conteniendo el aliento, entra en la alcoba, halla a su mujer medio sentada en la cama, como siempre, pero con la cabeza caída sobre un hombro. En sus labios se dibuja una mueca que se parece vagamente a una sonrisa. Juan respira hondo. Piensa que Fuensanta está dormida, porque lleva varias noches porfiando con el insomnio. Quiere despertarla con un beso y posa, apenas un roce, los labios en su frente, pero los retira sacudido por un estremecimiento. Y es porque ha notado una frigidez que le espanta. Pronuncia su nombre con voz queda, primero, y, después, con voz ronca y trémula, pero la durmiente sigue inmóvil e insensible. La toma, finalmente, por los hombros y la sacude con mimo, pero la cabeza de la mujer se bambolea como una flor tronchada. Entonces, tras volver a colocarla en la misma postura en que la viera, se dice a sí mismo, asombrado:

—¡Dios, está muerta!

Parece imposible. Se sienta junto a ella y la mira, la mira... No piensa, la mira solamente. ¿Qué espera? No espera ya nada, pero su cerebro, paralizado por el estupor, necesita tiempo para volver a funcionar nuevamente. Juan se sienta y podría informarme. Naturalmente que sí. Me despedí sin palabras de la mujer desconocida y llamé en la otra puerta. La vecina en cuestión, una gruesa fémina muy habladora, me reconoció nada más verme.

—Ah, sí. Usted es don Federico, el amigo de Juan, el que estaba enseñando a leer a Fuensanta... Pase, pase —me dijo.

Yo asentí con un gesto. Entonces, la mujer se movió por la pequeña habitación buscando una silla para mí. Mientras, seguía hablando:

—La pobrecita le mentaba a usted con mucha frecuencia y, siempre, con mucho respeto también.

Al fin encontró la silla.

—Siéntese, siéntese. Ya empezaba a juntar las letras. Más de una vez, cuando iba a verla, me hizo quedarme para que escuchase alguna de las bonitas historias que usted le contaba. Recuerdo que una tarde...

Yo botaba materialmente en la silla. Temí que el prólogo se hiciera interminable y le interrumpí:

—Bien, bien, pero, ¿quiere usted decirme qué ha sido de ellos y dónde están?

La mujer se me quedó mirando con cara de luna. Luego, hizo un pucherete con los labios y, de pronto, se echó a llorar. Su actitud me contuvo y me hizo sospechar que el llanto obedecía a alguna desgracia, a algún triste suceso que iba a oír inmediatamente. Corriéndole las lágrimas por las mejillas, la mujer soltó su primer hipo:

—¡Pobrecitos!

Luego, el segundo:

—¡Qué mala suerte la suya!

Y, por fin, el tercero:

—¡Que Dios nuestro Señor tenga piedad de ellos!

Y se quedó, súbitamente, serena, como si hubiera expulsado de su cuerpo algún mal espíritu. Ya no pude más y le acucié sin

miramientos:

—¿Quiere decirme de una vez lo que ha pasado?

La mujer cruzó las manos sobre el halda y, lentamente, con cierta solemnidad, dijo:

—A Fuensanta se la encontró muerta Juan una tarde, a la vuelta del trabajo. Nosotros no lo supimos hasta después, cuando ya la tenía amortajada. Se murió como un pajarito, tranquilamente, con la cartilla en la mano, sin decir ni mus. El médico dijo que el paralís le había llegado al corazón.

Yo me imaginé entonces la escena. Juan, con sus impacientes y largas zancadas, llega al rellano de la escalera. Allí se detiene, como de costumbre, para escuchar la llamada de su mujer. Pero no suena su nombre. El instinto le avisa, y llama:

—¡Paloma!

Silencio. Los ojos de Juan se nublan y se tornan color amatista. Salva el descansillo de un salto y penetra en su casa. Y ni un rumor llega a sus oídos, ni siquiera el leve de la respiración de Fuensanta. Cuando, conteniendo el aliento, entra en la alcoba, halla a su mujer medio sentada en la cama, como siempre, pero con la cabeza caída sobre un hombro. En sus labios se dibuja una mueca que se parece vagamente a una sonrisa. Juan respira hondo. Piensa que Fuensanta está dormida, porque lleva varias noches porfiando con el insomnio. Quiere despertarla con un beso y posa, apenas un roce, los labios en su frente, pero los retira sacudido por un estremecimiento. Y es porque ha notado una frigidez que le espanta. Pronuncia su nombre con voz queda, primero, y, después, con voz ronca y trémula, pero la durmiente sigue inmóvil e insensible. La toma, finalmente, por los hombros y la sacude con mimo, pero la cabeza de la mujer se bambolea como una flor

tronchada. Entonces, tras volver a colocarla en la misma postura en que la viera, se dice a sí mismo, asombrado:

—¡Dios, está muerta!

Parece imposible. Se sienta junto a ella y la mira, la mira... No piensa, la mira solamente. ¿Qué espera? No espera ya nada, pero su cerebro, paralizado por el estupor, necesita tiempo para volver a funcionar nuevamente. Juan se pone en pie. No grita. No llora. No maldice ni blasfema. Le lava el rostro y las manos con una esponja empapada en agua. La viste con sus mejores prendas. La peina. Estira las ropas del lecho, que cubre con la colcha nupcial que ella bordara en las veladas del noviazgo, y así el tálamo queda convertido en altar. Después, llama a los vecinos.

—La enterramos al día siguiente —sigue diciendo la vecina—. Juan ayudó a los sepultureros a bajar el ataúd y estuvo manejando la pala hasta terminar la faena, porque no quiso que ningún extraño echara tierra sobre él. Tampoco había consentido antes que nadie tocara a la muerta. Cuando acabó todo, se me acercó y me dijo: *Yo no voy a volver más por la casa. Encárguese usted de recoger las cosas y de tenerlas preparadas para cuando yo mande por ellas.* No quiso decirme dónde pensaba ir. Y ya no supimos más de él. Yo hice lo que Juan me mandó y, al cabo de varios días, poco más de una semana, vino uno de sus parientes del pueblo para llevarse sus pertenencias. Le preguntamos por Juan y entonces supimos lo que había hecho.

Juan llegó muy de mañana. Desde la estación de ferrocarril, en vez de dirigirse al pueblo, echó a andar sin rumbo por los campos. Campos llanos y mondos, secos y fríos. No podrían ser, por ello, voces frescas y cantarinas de bosque y de río las que le llamasesen, sino la quejumbre de la tierra arrugada y sin adornos, madre

milenaria de los hombres como él. Anduvo errante hasta que percibió un grupo de gañanes que estaban arando. Juan avivó el paso y se encaró con el primero que encontró, que, en ese momento, daba la vuelta al arado para trazar un nuevo surco. Sin saludarle siquiera, Juan puso su nervuda mano sobre la mancera.

—¡Déjame! —dijo al gañán.

—¿Que te dejé? ¿Por qué?

—Quita te he dicho.

El gañán no cejaba. Al pronto no reconoció al intruso, pero al ver a un hombre vestido de domingo emperrado en arar, soltó una carcajada. Juan le miró entonces y la furia se asomó a sus pupilas cárdenas.

—Anda, pero si es el Jaro —dijo el gañán, reconociéndole al fin y añadiendo—: Pues ya te puedes ir por donde has venido porque en el pueblo no te queremos.

Y empujó a Juan. El Jaro se volvió rápidamente, girando sobre su cintura, y descargó un furibundo golpe con el puño cerrado sobre el rostro del gañán, derribándole, y arreó las bestias. Las poderosas mulas manchegas tensaron los músculos de las ancas y, de un tirón, hundieron el arado en la costra del barbecho. Las voces de Juan restallaron como trallazos:

—¡Arre, mulas! ¡Mulatas! ¡Arre, arre!

El gañán, casi conmocionado, pudo levantarse, pero no se atrevió a perseguir al Jaro. Llamó a grandes voces a sus compañeros, que abandonaron las yuntas y corrieron hasta unirse a él.

—Es el Jaro —les explicó, escupiendo sangre—. Me ha dado un golpe a traición y me ha quitado el arado.

Los gañanes quedaron paralizados ante la cara magullada y las

manchas de sangre que mostraba su amigo.

—¡Dios, es el Jaro! —exclamó uno.

—Y sigue tan bragado —dijo otro.

Hubo un breve silencio y se cruzaron miradas de perplejidad y de indecisión. Al fin, dijo el herido:

—Está loco. Mira de una manera...

Convinieron en seguirle a alguna distancia. Eran cinco contra uno, pero no se atrevían a desafiarle. Temían que Juan se revolviera contra ellos al verse acorralado y el que más y el que menos no quería caer en sus garras. Iban, pues, como al acoso de un jabalí herido, cuyas acometidas pueden ser mortales.

Sin volver la cabeza atrás, increpando a las bestias con gritos cada vez más estentóreos, que parecían bramidos, Juan continuaba levantando el surco. Así persistió un largo trecho, hasta que detuvo bruscamente la yunta para limpiarse el sudor de la frente y contemplar la arada. Los gañanes se le fueron acercando en silencio, pero Juan, que no había advertido su presencia, seguía mirando el surco como ensimismado, y ellos, picados por la curiosidad, miraron en la misma dirección y vieron que el surco, recto, como trazado con tiralíneas, en sus comienzos, se combaba después ligeramente hasta describir un arco sobre el punto final. Era un surco torcido, la firma mal hecha de un yuntero inhábil.

Juan, con los brazos colgantes, giró de nuevo en dirección a las mulas. Les palmeó las ancas y luego echó a andar otra vez por el campo, sin rumbo, a paso cansino e incierto. Al rato, sonó el pitido de un tren, y Juan, volviendo en sí, como avisado por alguna voz misteriosa, dio media vuelta y se dirigió corriendo a la vía. De dos zancadas trepó a lo alto de la trinchera y se colocó en medio de los

riales, cara al tren que avanzaba. Los gañanes siguieron tras él, gritándole:

—¡Juan! ¡Jaro! ¡Hombre!

Pero él ya no podía oírles. El estruendo del tren apagaba todos los ruidos. El estridor de su silbato fue un grito de angustia y de espanto que chirrió repetidas veces sobre la lámina azul de la mañana. Juan, erguido, impávido, esperó su tremenda embestida. Y la recibió con los brazos abiertos, como si, en el último instante, hubiese querido levantar el vuelo.

La oronda mujer terminó así su relato:

—¡Pobre! ¡Que Dios le haya perdonado!

Bajé las escaleras tambaleándose. En el portal, volvieron a sonarme las palabras que allí mismo me dijera un día el Jaro:

—Aquí, todo huele a bodrio y a gasolina.

Era ya noche cerrada y seguía lloviendo copiosamente. Pude tomar un tranvía cuando chorreaba por todas partes. Durante todo el trayecto, entre empujones y sacudidas, no hice otra cosa que pensar en el trágico final de mis amigos Fuensanta y el Jaro. A través de los empañados cristales, y sobre el fondo oscuro de la calle que recorriamos, estriado a veces por ráfagas de luz, me parecía ver el dolorido semblante de ella (*Cuénteme algo, don Federico*) o el patético rostro de él (*No haga caso, señor Federico, no son más que cuatro zaragatas*). Los ojos de Fuensanta manaban ternura maternal cuando se referían a Juan (*Es un chiquillo grande, don Federico, nada más que un chiquillo grande*), y los de Juan, violáceos si estaba furioso, tomaban el color de la miel cuando me hablaba de ella (*Fuensanta es como una niña, ¿sabe? Si pudiera comprarle una radio...*). Eran dos seres extraordinarios, de los que nadie, sin embargo, guardaría

memoria. Sólo en los papeles del registro civil constarían tres momentos de su tránsito por la vida: nacimiento, boda y muerte. Las páginas de las horas, los días y los años que ellos vivieron, en los que amaron, sufrieron y gozaron, quedarían en blanco para siempre. Así hay miles, millones de criaturas, que pasaron por la vida sin dejar siquiera la huella de un hijo. ¿Por qué y para qué vivieron? En los innumerables osarios que cubre la tierra quedan los restos de tantos seres cuyos nombres no constan en ningún archivo... Yo no olvidaría jamás a Fuensanta y al Jaro. ¿O sí? Pero, aún en el caso de que yo les recordase, ¿de qué serviría? ¿No se perdería conmigo su recuerdo? La verdadera muerte empieza en el momento en que nuestro nombre y nuestra imagen se borran en la memoria de los hombres. Eso se dice y es cierto. Así, hasta los criminales famosos, los guerreros y los déspotas, viven más que los hombres oscuros que cultivan la tierra o mueven las máquinas o realizan esos anónimos trabajos que hacen posible el desarrollo de las civilizaciones. Seguro que ni Juan ni Fuensanta pensaron nunca en la inmortalidad. Quizá no les importase. El mundo se reducía para ellos a su mutua contemplación y a su cotidianeidad minúscula y repetida.

En la estrecha calle enlosada donde vivía, la lluvia sonaba a tambor paciente. Yo iba ensimismado, bajo la impresión todavía de la muerte de Juan y Fuensanta, cuando, desde uno de los portales, brotó una voz:

—¡Olivares!

Me detuve, tratando de descubrir al dueño de aquella voz que me era familiar. Entonces, saliendo de las sombras, se me acercó el bulto de un hombre.

—¡Jaime!

Nos abrazamos.

—Supe que te pusieron en libertad esta mañana y llevo esperándote aquí más de una hora.

—Pero, hombre, ¿por qué no me has esperado en casa?

—Vengo huyendo, Federico, y debo llevar tras de mí varios podencos. No podía subir por no comprometerte.

—Pero si el asunto ha quedado reducido a una tempestad en un vaso de agua, Jaime. Ya no tienes por qué temer.

—Vosotros, no; pero yo, sí. A mí se me quiere poner fuera de combate para siempre.

—Pero, ¿qué dices, hombre?

—Es la verdad. Créeme. Pero también te digo que a mí no me cogerán vivo nunca.

Comprendí que sería inútil discutir con aquel testarudo delirante.

—Bueno, ¿para qué me esperabas?

—Llevo dos días sin comer y todas estas noches durmiendo en el taxi de un buen compañero. No puedo ya tenerme en pie. Si no me ayudas, sucumbo.

Yo no llevaba encima más que tres o cuatro pesetas. Tampoco tenía más dinero en ninguna parte.

—Querría marcharme esta misma noche a Barcelona, Federico.

Pensé en subir a pedirle dinero a mi hermana, pero lo más probable sería que ella no dispusiera de una cantidad como la que necesitaba mi amigo. Pero se me ocurrió en aquel momento una idea.

—Ven, vamos. Aquí nos estamos poniendo como sopas. En el bar podremos hablar y pensar más tranquilamente.

—¿En el bar? Habrá chivatos.

—No te preocupes ahora por eso. Me conocen y, además, ¿qué importan ahora los chivatos? Lo que importa es que tú puedas irte a Barcelona esta noche, ¿no?

Se dejó llevar por mí a regañadientes. Entre tanto, me habló de Ramón:

—Le avisé con tiempo y pudo ocultarse. Quedamos en huir después los dos juntos en un camión que debía salir para Málaga al día siguiente, muy temprano, pero, cuando acudí a la cita, no encontré a nadie. Me dijeron que el camión acababa de salir, apenas diez minutos antes. Seguramente, a estas horas, Ramón se pasea tranquilamente por Tánger o por Casablanca. Yo me vi obligado a permanecer aquí por falta de dinero. A propósito, ¿crees que encontrarás el que necesito?

—Me lo darán, Jaime. Espero que sí.

—¿Quién?

—Una mujer.

—¿Una mujer?

—Sí, una millonaria.

—¡Hum!

Entramos en el bar y allí pude darme cuenta del drama de aquel hombre. Había enflaquecido hasta la demacración. En su rostro, de barba crecida, sus ojos brillaban con luz de fiebre dentro del semicírculo morado de sus párpados. Iba sucio, destrozado, sin ninguna prenda de abrigo, calzado con unas viejas alpargatas mojadas.

—Debes sentir un frío terrible.

—Ca, no lo creas. Ya no lo siento.

Temblaba de fiebre. Me acordé de mis días de vendedor de

gaseosas, cuando recorría las calles de la ciudad extenuado por el hambre y el cansancio, y de que gracias a Jaime hallé un empleo menos oneroso la misma tarde en que perdí el tacón del zapato. Me acerqué al mostrador y pedí un café con leche y un bollo para mi amigo, que era lo más que podía ofrecerle en aquel momento.

—Esto te animará un poco. Mientras, yo resolveré tu asunto por teléfono.

—¿Por teléfono? Te acompañó.

—No, hombre. No es necesario. Tú quédate aquí tomándote el café. El teléfono está ahí mismo, junto a los lavabos.

—¿Estás seguro de que vas a hablar con una mujer?

Vi la sospecha lancinante asomada a sus ojos y le miré de frente, con aplomo, y le respondí, secamente:

—¿Es que vas a desconfiar de mí?

Jaime se encogió de hombros y me volvió la espalda. Yo seguí en dirección a los lavabos. Antes de coger el auricular me volví a mirarle y me quedé más tranquilo al verle devorar el bollo y sorber el café humeante.

—¿Quién llama?

Era la voz de Jacinto.

—Soy Federico Olivares. Haz el favor de decir a tu señora que necesito hablar con ella inmediatamente.

—Me parece que no va a poder ser —dijo Jacinto—. En este momento se encuentra en el salón jugando a las cartas con unas amigas, y el molestarla ahora...

—No te importe —le interrumpí—. Hazle una seña y dile luego que estoy yo al aparato.

—¿Tan urgente es?

—Urgentísimo. Anda y no pierdas el tiempo.

Siguió una pausa de silencio que me pareció larguísima. Luego, oí un leve taconeo que se aproximaba y, finalmente, la voz de Piluca:

—¿Federico Olivares?

—Sí.

—¿El bombero?

—El mismo.

—Pero, hombre, ¿por qué no has vuelto por casa?

—No he podido, Piluca.

—¿Que no has podido? No te creo. Lo que te pasa es que no quieres rozarte siquiera con burgueses, aunque a ti no debiera importarte mucho que yo lo sea.

—Te digo que no me ha sido posible y debes creerme. He estado detenido hasta esta misma mañana.

—¿En la cárcel?

—Sí.

—¡Dios mío! ¿Y cómo no me lo has hecho saber? Hubiéramos podido ayudarte. Nuestro mismo abogado...

—Bueno, no quise molestarte para eso. Ahora se trata de otra cosa, Piluca.

—¡Jesús! ¿Otro lío? ¿Estás metido en otro lío?

La voz de Piluca tembló a través del hilo telefónico. La conversación se prolongaba demasiado, pero me placía tanto que no era capaz de cortarla en seco.

—Tranquilízate. El que necesita tu ayuda es un amigo mío, a quien quiero como a un hermano, que se encuentra en un apuro grave. ¿Puedo contar contigo?

—Por supuesto que sí, hombre, si tú me lo pides. Pero, ¿qué he de hacer?

—Poca cosa. Él necesita dos mil pesetas para poder marcharse de Madrid esta misma noche, porque cree que corre peligro. No es necesario que le veas siquiera. Se presentará a Jacinto en mi nombre y que sea éste quien le dé el sobre con el dinero. ¿De acuerdo?

Piluca me dijo que mi amigo podía ir cuando quisiera y que Jacinto, en efecto, le daría el sobre con las dos mil pesetas que ella iba a preparar inmediatamente. Por su parte, sólo me pedía que fuese algún día a su casa. Hablaríamos de muchas cosas: de mis aventuras, de las cosas de Toni, de ella misma...

—Si vieras cómo me aburro... Sólo el juego es capaz de distraerme un poco. En eso me parezco a mi padre.

Accedí, cómo no. Iría a su casa una tarde cualquiera.

—Lo de aquella noche fue estupendo, Federico.

—Ya lo creo que sí, Piluca.

—Bueno, el día que te decidas a venir avísame antes por teléfono, ¿eh?

—Así lo haré, Piluca, no te preocupes.

—¡Muá, rojillo!

Sonó el chasquido de un beso en el teléfono y, después, el ruido de colgarlo. Yo me quedé un instante suspenso. *¿Y por qué no?* Pero no era aquélla una situación propicia para pensar en tales cosas y volví inmediatamente adonde dejara a mi amigo. Y ya no estaba allí. Escudriñé el salón con la mirada y no lo encontré. Todavía se hallaban sobre la barra el plato y el vaso vacíos. Entonces pregunté por él al hombre del mostrador que le había servido.

—Ha salido hace apenas un minuto. Me dijo que usted pagaría la consumición.

Eso hice efectivamente y salí también a la calle en su busca. Pensé que estaría esperándome fuera, pero no logré descubrirle, a pesar de que no transitaba nadie por allí. La lluvia seguía golpeando las losas furiosamente e impedía ver a distancia. Tal vez se hubiera refugiado en algún portal... Grité su nombre y nada, en vano. No obstante, recorrió la calle en ambos sentidos, llamándole. Inútil también. Todo inútil. Entonces comprendí que la sospecha se había impuesto en la conciencia de mi amigo, enturbiada por la debilidad, la fiebre y la manía persecutoria. Hambriento, casi desnudo y sin dinero, aquel hombre corría el peligro de amanecer muerto en el quicio de una puerta o bajo un puente. Me lo imaginé huyendo sin descanso, entre las sombras, bajo la lluvia, jadeante, enloquecido, sin poder detenerse ni para tomar aliento, como si le persiguiese una trailla de lebreles.

—¡Jaime! ¡Jaime! —grité por última vez, desesperado ya de que me oyera y se fiara de mí.

El agua me escurría por la cabeza, por el rostro, por la gabardina, por los pantalones, y se me colaba por el cuello y por los zapatos. Yo estaba inmóvil en medio de la calle, como un fantasma. Si alguien me hubiese visto así, como un espantapájaros, habría pensado que yo estaba ebrio o que padecía un ataque de locura. De pronto, eché a correr hacia casa.

Alfonsina se asustó al verme de aquella manera.

—¡Jesús, cómo vienes! Estás empapado.

También mi cuñado se alarmó. Pero les tranquilicé diciéndoles que un corte de corriente en los tranvías me había obligado a volver gran trecho andando, que por eso no pude evitar el remojón y que eso era todo. Mi hermana me quitó la gabardina y corrió a prepararme ropa seca. Entonces vino Fernando hacia mí y

me abrazó, diciéndome:

—Enhorabuena, chico. Ya ha pasado lo peor. Ahora, a vivir. A propósito, creo que tengo una buena noticia que darte.

Era un empleo de escribiente en un modesto almacén de coloniales, un escribiente para todo: fichas, facturas, contabilidad...

—Y no te asustes por la contabilidad. Aquí estoy yo para ayudarte. El caso es ir saliendo y que tú empieces a abrirte paso en la vida. Ya habrás escarmentado del todo, ¿no? Pues, ahora, como si amaneciera para ti, ¿no te parece?

Al fin, la contabilidad.

XIV

Sí, me encontraba en la habitación de Celia, en su lecho, con ella durmiendo a mi lado, y recordé que la noche anterior había vuelto a burlar al sereno y penetrado en el piso de la mano de la muchacha como lo que era, su amante furtivo. Dentro de poco amanecería, dentro de poco tendría yo que escurrirme igual que una sombra y abandonar la casa antes de que el portero empezase su turno de vigilancia en la garita del portal. Me aguardaban las facturas, las letras comerciales y los libros de números en la pequeña oficina instalada en el hueco de la escalera, allá en el almacén de coloniales, y los múltiples olores a especias, a embutidos a legumbres, a queso... (*Señor Federico, cobre. Señor Federico, pague. ¿A cuánto asciende la cuenta de «El pájaro azul»?*) Me llamaban señor Federico, como en la obra, pero yo era para el dueño, para la dueña, para sus hijos y para sus dos dependientes un tipo de clase superior. *Tiene muchos estudios y es maestro de escuela*, decía orgullosamente mi patrón cuando me presentaba a sus agentes de ventas o a sus clientes. Sin embargo, el primer día, después de ponerme al tanto de mis obligaciones, me llevó aparte para decirme: *Por ahora no puedo ofrecerle más que mil pesetas de sueldo al mes. ¿Hace?* El negocio era, en realidad, estrecho, pero mi situación, más estrecha todavía. Por lo

tanto, acepté. (*Hace*). ¿Horas de trabajo? Las necesarias, sin reloj. Yo terminaba todos los días mareado por los números y aún tenía que llevarme a casa varios problemas para que mi cuñado me ayudase a resolverlos. La verdadera compensación de mi trabajo estaba en el trato personal que recibía: respeto, admiración y mucha paciencia para mis inevitables errores primerizos. Yo creo que mi patrón advirtió muy pronto que mis conocimientos contables eran muy problemáticos, más bien inexistentes. Pero él tampoco podía exigir más por el sueldo que me pagaba. En suma, eran buena gente todos, hasta los vecinos de los alrededores que acudían a mí para que les redactase cartas, o escritos para pedir el seguro de vejez, o declaraciones juradas, o borradores de demandas ante la Magistratura del Trabajo, todo ello graciosamente, ni qué decir tiene. Lo que más me placía de mi nuevo empleo era la relación directa con unos estratos sociales que yo siempre había visto horizontalmente, como un paisaje, sin penetrar nunca verticalmente en su entraña. Me gustase o no, lo cierto era que yo había sido hasta entonces un señorito, colmado de buenas intenciones, sí, pero sin haber convivido íntimamente con aquellos a quienes yo trataba de defender y redimir desde un punto de vista puramente apriorístico, doctrinal e hipotético. Estaba aprendiendo más allí sobre las condiciones reales de su existencia que en mis muchos años de lecturas y meditaciones. No era, no, el dinero el que establecía las fronteras entre unas clases sociales y otras. El dinero era un resultado. La causa residía en la diferencia de bagaje cultural, de preparación ante la vida, de cultivo de la inteligencia, en resumen. No eran gentes dormidas. Eran mentes sin roturar. La tarea debía consistir, pues, en cultivarlas, pero no para una primera siembra de rebeldías

alocadas y devastadoras, porque son como los huracanes que se encalman de pronto y permiten que el sol torre otra vez los sembradíos, sino para volear sobre su espíritu el grano fecundo de los principios de la sabiduría, porque es ésta quien da al hombre conciencia de sus derechos y deberes, de dignidad y de responsabilidad. La igualdad no es cosa de bolsillo, sino de enseñanza; de saber, no de tener. Por ahí empezaba yo a vislumbrar la solución a los problemas sociales del hombre.

Bien, pero, ¿cuál era mi porvenir? Naturalmente, la lucha, desde cualquier terreno, por mis ideales. Ya vendrían tiempos mejores y entonces... Y, entre tanto, esperar, pero esperar laborando. Sentía un amor más profundo y verdadero que nunca por aquellas gentes, quizá porque ya formaba parte de ellas. Yo era uno más, *señor Federico*, uno más que, en adelante, esperaría el cumplimiento de las grandes promesas con los pies en el suelo, no sobre nubes de quimeras, y sembrando todos los días, no sonoras palabras que se lleva el viento, sino pequeñas verdades, e insistentemente, como la lluvia menuda que empapa la tierra.

El humo del tabaco hizo toser y despertarse a Celia.

—¿Qué haces?

Se me abrazó a la cintura perezosamente.

—Pensar.

—¿A estas horas?

—Si supieras qué pesadilla he tenido...

—Un mal sueño, ¿no?

—Y tan malo. Como que seguía en la cárcel y tendría que estar así hasta que mi carpeta llegase a la última mesa, figúrate.

—Carpeta... ¿Qué dices?

Celia, que ronroneaba entre la vigilia y el sueño, se estrechó

aún más contra mí y añadió: —Pero todo eso es mentira. Ahora estás conmigo.

—Claro.

—Y esto es verdad.

—Sí, mujer.

—Pues no hagas caso de los sueños ni pienses en nada y abrázame.

Olía a noche. Le acaricié las mejillas y ella besó mis manos y las puso después sobre su pecho izquierdo.

—Escucha cómo suena mi corazón.

Pecho suave, cálido, donde resonaban los hondos latidos de su corazón confiado.

—Es tarde, Celia —dije.

Había sido una intensa noche de amor y yo no quería poner en peligro otra vez su salud.

—Tengo que vestirme —añadí.

—Está bien. Mira a ver, pero no enciendas la luz.

Me solté suavemente de ella, del anillo de sus brazos, puse los pies en el suelo y llegué a oscuras hasta la ventana. Luego de descorrer la cortina, abrí sus hojas de madera y pude ver, a través de los cristales, que estaba amaneciendo. Lucían aún las farolas del alumbrado público y una luz lechosa, opaca, como una humareda, se abría paso penosamente por los cauces desiertos de las calles.

—Jesús, qué noche tan corta —exclamó Celia. Después me advirtió—: Sí, tienes que darte prisa, Federico, si no quieres que te descubra el portero.

Yo abrí del todo la ventana y recibí en mi frente y en mi pecho desnudo el aire frío del amanecer. Fue como un chorro de agua

purificadora, que me dejó limpio de temores y de malos sueños. Ya estaba despertando la ciudad. En breve, comenzaría su trepidante trajín, su vida desbocada y absorbente. ¡Qué inmenso, qué profundo, qué estremecedor y qué hermoso gozo sentí yo entonces! Porque yo vivía, vivía!

Águilas-Madrid Abril-diciembre de 1976



ÁNGEL MARÍA DE LERA (Baides, Guadalajara; 7 de mayo de 1912 - Madrid; 23 de julio de 1984) fue un novelista español.

Su padre era médico y así su infancia pasó por varias localidades de Castilla y La Rioja. Ingresó en el seminario de Vitoria, donde estudió Humanidades hasta que en 1930 sufrió una crisis de fe y lo abandonó. Se trasladó a Andalucía estudiando cuatro años de Derecho en la Universidad de Granada.

Estuvo en el Ejército Republicano donde llegó a ser comandante. Vivió los acontecimientos de la rebelión de Casado en Madrid y evoca parte de sus experiencias en la novela *Las últimas banderas*, galardonada con el Premio Planeta en 1967.

Estuvo preso de 1939 a 1947. Tras salir de la cárcel hubo de aceptar los más humildes oficios: peón de albañil, barrendero, agente de seguros hasta que fue contable de una pequeña fábrica

de licores de Madrid. Poco a poco empezó a hacer colaboraciones de prensa hasta que publica su primera novela titulada *Los olvidados* que fue publicada en 1957. Tras ellos puede dedicarse profesionalmente a escribir. Su novela *La boda* fue llevada al cine en 1964 con la dirección de Lucas Demare. Entre los periódicos en que colaboró destaca el diario ABC.

Su obra se enmarca en el realismo de la posguerra, con un fuerte contenido social, escribiendo una veintena de novelas. Como fundador y presidente de la Asociación Colegial de Escritores se implicó en la defensa de los intereses de estos.

En 1973 fue el ganador del V Premio Ateneo de Sevilla por *Se vende un hombre*.

Con *Los que perdimos* toma a los personajes de *Las últimas banderas* en el momento y lugar mismos donde los dejara, conformando la tetralogía *Los años de la ira* con las novelas: *La noche sin riberas* (1976) y *Oscuro amanecer* (1977). Se casó en 1950 y tuvo dos hijos.